Un peculiar asesinato malayo

Shamini Flint

Serie El inspector Singh investiga

AMOK EDICIONES

Un peculiar asesinato malayo

Shamini Flint

Serie El inspector Singh investiga

Traducido por Eva Carballeira

AMOK
EDICIONES

Un peculiar asesinato malayo
Serie *El inspector Singh investiga*

Título original: *Inspector Singh Investigates: A Most Peculiar Malaysian Murder*
© 2008, Shamini Flint
Publicado por primera vez en el Reino Unido en lengua inglesa en 2009 por Piatkus, un sello de LittleBrown Book Group
all rights reserved

AMOK Ediciones
C/Salustiano Olózaga 18, 4ºD
28001 — Madrid — España
comunicacion@amokediciones.es

© Amok Ediciones por esta primera edición digital en España, febrero de 2023
© 2022, Eva Carballeira, por la traducción
Elena Rueda, por la edición de mesa
Agustín Ferrer Casas, por la ilustración de cubierta
Natalia Martínez, por la maquetación

Dirección creativa y de arte de la colección:
Madre, Espacio de Contenidos Creativos.
www.madrenohaymasqueuna.com
Diseño gráfico de este título:
Milos Kalvin para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-18-7

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo

Capítulo 1

La acusada Chelsea Liew estaba sentada en un banco de madera en el tribunal, dentro de un cubículo también de madera y esposada a una agente de policía.

El fiscal, un malayo grande y lustroso que esperaba su turno para subir al estrado, observó cómo el juez leía los cargos con voz lenta y pomposa.

—Usted, Chelsea Liew, mató a Alan Lee el dieciocho de julio. ¿Cómo se declara la acusada? ¿Culpable o inocente?

El enjuto vejestorio (con dientes grandes y amarillos, y una mata de pelo negro inverosímil) era escéptico sobre una posible declaración de inocencia.

El abogado de Chelsea, un indio alto, delgado y con una gran nuez que sobresalía por encima del cuello blanco de su camisa, se esforzó en no contradecir al juez debido a la poca empatía que mostraba hacia su cliente.

—Señoría, las pruebas son circunstanciales, la policía y la fiscalía se han apresurado a dictar sentencia porque se trata de un caso importante. Todos los cargos deberían ser retirados.

El juez enseñó los dientes amagando una sonrisa. Encorvado sobre su mesa y con la toga negra arrugada en los hombros, parecía más un buitre que un miembro de la magistratura.

—¿Culpable o inocente? —preguntó.

El abogado sabía reconocer una causa perdida. Nervioso, miró a la mujer que estaba en el banquillo de los acusados.

—Inocente —murmuró finalmente la acusada. El abogado suspiró aliviado.

El juez dio un golpe con el mazo.

—La acusada permanecerá en prisión preventiva hasta que se fije la fecha del juicio.

El abogado defensor hizo un último intento para ayudar a su cliente.

—Señoría, este es un caso excepcional que afecta a una madre con tres hijos. Aunque no se suele conceder la fianza cuando los cargos son de asesinato…

—¡Solicitud de fianza denegada! —lo interrumpió el juez.

Se levantó y, rápidamente, los abogados, el público de la sala y el personal del tribunal se pusieron en pie. Nadie permanece sentado en presencia de la ley «aunque su representante sea un anciano incompetente, medio senil y con el sentido de la justicia atrofiado», pensó furibundo el defensor. El juez dio por terminada la sesión y abandonó la sala con la toga flotando tras él.

El abogado de Chelsea se recostó abatido en la silla mientras el equipo de la fiscalía parecía

satisfecho. La única que no reaccionó fue la acusada. Mucho antes de que su matrimonio terminara con el asesinato de su marido, había agotado su rabia y había llegado al límite de sus emociones. Miraba fijamente el suelo entre sus pies; no se resistió cuando la agente de policía la agarró del brazo y se la llevó.

El inspector Singh estaba embutido en un pequeño asiento de plástico del aeropuerto de Changi. Encorvado y con la barriga aplastándole los pulmones, tenía las rodillas (rechonchas y sudorosas) pegadas para evitar rozar a las personas que tenía a ambos lados. El inspector odiaba el contacto físico con desconocidos, pero era difícil no invadir otros asientos debido a su corpulencia. Llevaba la camisa arrugada, con manchas de humedad bajo las axilas y justo encima de la barriga, y el bolsillo (lleno de bolígrafos) descosido en una esquina. Solo sus zapatillas blancas de deporte seguían tan inmaculadas como cuando se las puso para ir a la oficina esa mañana, felizmente ajeno al caso que estaban a punto de asignarle y sobre el que, casualmente, había estado leyendo en los periódicos. Recordó sentir lástima por el policía al que encomendaran la desalentadora tarea de encontrar al asesino de Alan Lee. Ahora, sabiendo que era él, lo sentía mucho más.

Estaba esperando un vuelo a Kuala Lumpur. Suspiró con un jadeo sibilante: casi siempre le faltaba el aliento porque era un fumador empedernido; necesitaba un cigarro porque su misión en Malasia le causaba desazón, pero en Singapur estaba prohibido fumar en interiores y, aunque quería salir, no se decidía para no perder su lugar en la cola. Singh sabía que no le habrían asignado el caso si no fuera extraoficialmente el miembro «con más papeletas para una jubilación anticipada forzosa» del anuario de la policía de Singapur. Suspiró otra vez y su vecina, una mujer blanca de mediana edad, lo miró furtivamente.

Singh sabía qué estaba pensando. ¿Un hombre de tez oscura con turbante y aspecto nervioso, preocupado? Desearía no ir en el mismo vuelo que él. Singh no tenía ni la paciencia ni las ganas necesarias para explicarle que los seis metros de tela que se había envuelto alrededor de la cabeza para dar forma a un turbante negro y puntiagudo, constituían un símbolo de su herencia sij[1]. No era un indicador de inclinaciones terroristas, como tampoco lo era el turbante de ninguna otra persona.

Se agudizó su necesidad de fumar. A la mierda, se arriesgaría a perder el vuelo. Palpó en el bolsillo de su pantalón el paquete de cigarrillos y se levantó con dificultad del asiento. Se secó la frente con la mano, sudaba y el turbante le picaba cuando hacía calor.

Iba hacia la salida y unos gritos llamaron su atención; miró a su alrededor con curiosidad e identificó la causa del altercado: dos hombres (uno era blanco y el otro chino) discutían en la zona de primera clase; los dos aseguraban haber llegado primero al mostrador aunque habían llegado al mismo tiempo.

A Singh no le apetecía intervenir; dio un paso hacia la salida pero miró hacia atrás y cambió de idea al ver las caras de hastío de los que esperaban en la cola para volar hacinados como ganado en clase turista. Avanzó en silencio hacia los hombres y las zapatillas de deporte amortiguaron su aproximación, aunque estaban demasiado ensimismados gritándose el uno al otro y no lo habrían oído llegar. El blanco era corpulento, tenía el cuello colorado y la nariz llena de venitas rojas; el chino era delgado y atlético, vestido con el típico uniforme de *yuppie*: polo, pantalones de algodón y un juego de maletas caras.

Singh se acercó a los hombres (las puntas de sus pies estaban casi pegadas), apoyó una

mano de grandes dedos sobre el pecho de cada uno de ellos y los empujó: se separaron como las orillas del mar Rojo. El hombre blanco tropezó con el borde de la alfombra azul de primera clase y estuvo a punto de caer al suelo.

—¿Pero quién se ha creído que es? —exclamó enfadado.

El hombre chino asintió para secundar la pregunta con el rostro desencajado de ira. A Singh le pareció gracioso que los dos exenemigos hicieran frente común.

—El inspector Singh de la policía de Singapur —respondió sonriendo amablemente. Los dos hombres lo miraron con incredulidad. Singh no se lo reprochaba, ciertamente estaban ante un ejemplar de policía con sobrepeso, sudoroso, peludo y poco convincente—. A ver, ¿de qué va todo esto? —preguntó el agente.

—¡Me ha quitado mi sitio en la cola!

—¡No, él se ha colado!

La azafata que estaba detrás del mostrador de facturación miró a Singh y puso los ojos en blanco.

El inspector observó a los dos hombres mientras, pensativo, arqueaba una ceja. Se giró y fue hacia la cola de clase turista, contó a los diez primeros pasajeros y les hizo señas con la mano imperiosamente. Los pasajeros dudaron, pero sucumbieron ante la actitud autoritaria de Singh y lo siguieron; señaló el mostrador de primera clase y se alinearon en silencio.

—Pero mi billete es de clase turista —objetó tímidamente una mujer menuda con un sari.

—No se preocupe, señora —replicó Singh con amabilidad.

Se volvió hacia los dos hombres.

—Ustedes dos, al final de la cola.

—¿Qué está diciendo? —bramó el blanco.

—Ya me ha oído, pónganse ahí a la cola.

—¿Detrás de todas estas personas?

—Sí.

—¡No puede hacer eso! —protestó el hombre chino.

—Pues acabo de hacerlo.

—¡Haré que lo despidan! —tartamudeó el hombre, enfadado.

Singh sonrió. De repente estaba de buen humor.

—¡Para eso también hay una cola muy larga! —declaró.

Regresó con desgana a su asiento, con su billete en la mano… Ya no le daba tiempo a fumar pero había merecido la pena.

Cuarenta y cinco minutos después estaba en el avión sentado al lado de un anciano malayo que vestía túnica blanca, sandalias y un turbante blanco impoluto en la cabeza. El malayo le sonrió mientras se sentaba, mostrando unos dientes largos y escasos encajados en encías rojas y retraídas, pero perdió el interés y se recostó en su asiento cuando descubrió que su compañero era singapurense.

El avión atravesó una leve turbulencia y Singh miró nervioso por la ventanilla la costa de Malasia Occidental. Singapur, una islita separada de la península por el estrecho de Johor (una exigua franja de agua) conectada con dos puentes, se había perdido de vista.

Se concentró en el asunto que le ocupaba, en el motivo de este viaje inesperado a Malasia. Tenía el expediente en el maletín pero no lo sacó, no había suficiente privacidad para revisar los detalles durante el vuelo y había memorizado los datos de la investigación. La notoriedad del caso y la complejidad que se intuía bajo la aparente certeza de los hechos, habían copado

los periódicos de Malasia y de Singapur durante las últimas dos semanas, augurando convertir las pesquisas en una pesadilla.

Los superiores del inspector Singh habían decidido darle un regalo envenenado, la oportunidad perfecta para acabar con él: si resolvía la maraña de intrigas que entorpecían el caso ellos se llevarían el mérito, y si fracasaba lo aprovecharían para librarse de uno de los últimos policías contestatarios de Singapur. En una organización que valoraba más el método que el instinto, los medios que los resultados y el papeleo más que el trabajo de campo, él era el grano en el culo del que nadie hablaba: esperaban que tuviera la decencia de jubilarse anticipadamente. Pero como de momento no lo había hecho, estaba en ese pequeño avión soportando un vuelo turbulento y de camino a un país con la opinión pública enfrentada.

El inspector Singh tenía bastante claro que no había ninguna posibilidad de resolver con éxito el caso que acababan de asignarle. Nunca la había cuando la religión se anteponía a la razón y los políticos se inmiscuían en las labores policiales. Malasia y Singapur eran dos excolonias británicas que en su día habían formado parte de un mismo país, y que se habían convertido en vecinos desconfiados e independientes. Para los dos países, cualquier actuación oficial del otro era una amenaza o un insulto en potencia. La prensa sensacionalista y los políticos competían por el tiempo en antena y por hacer las declaraciones más incendiarias. Las autoridades malayas hablaban de «injerencia injustificada en los asuntos de Estado», mientras que las de Singapur habían adoptado una actitud arrogante y rígida «para asegurarse de que se hacía justicia».

Pero para el inspector Singh los lazos históricos y familiares que los unían eran más sólidos que los conflictos que los separaban, aunque eso no hacía más que exacerbar cualquier tipo de desacuerdo entre ambos países. Entre Malasia y Singapur no existía el distanciamiento respetuoso ni la resolución formal de conflictos: cualquier diferencia de opinión se convertía en una riña familiar. Y se estaban aireando demasiadas opiniones sobre el caso en los periódicos y en las redes sociales.

Cuando el avión estaba a punto de aterrizar, Singh distinguió las famosas plantaciones de palmeras ordenadas en cuadrículas y el circuito de carreras de Fórmula Uno, otro de los proyectos del anterior Gobierno en su intento de arrastrar a Malasia a la escena mundial. El ex primer ministro Mahathir estaba convencido de que si realizaba las obras más descomunales, las mejores o las más caras del mundo, la comunidad internacional trataría a Malasia con respeto. Pero, como era de esperar, Malasia se había convertido en sinónimo de financiación y de construcción desmesuradas y sin sentido.

Singh fue hacia los trenes que conectaban el edificio de la terminal del aeropuerto internacional de Kuala Lumpur con la sala de llegadas. El techo estaba iluminado con cientos de lucecitas que simulaban un cielo estrellado; había leído que utilizaban un programa informático que combinaba las luces de forma aleatoria.

Frunció el ceño. La aleatoriedad programada le parecía un contrasentido. Se indignó todavía más cuando subió al tren de enlace: era automático y no tenía conductor. Singh había estudiado durante su carrera la capacidad de errar de los hombres, pero la prefería a la supuesta infalibilidad de las máquinas que le inspiraban menos confianza aún. Abandonó el frescor del aire acondicionado de la terminal para salir al sofocante calor tropical.

Se dirigió hacia las larguísimas hileras de Mercedes Benz y se subió en el asiento trasero del primero. El chófer malayo tenía una barba negra escasa y descuidada —casi todos los chóferes del servicio autorizado de transporte de pasajeros eran malayos— y, sin embargo, su

coche estaba impoluto. En la ventana de atrás había pegado un verso del Corán. El inspector no hablaba árabe pero sabía lo que ponía: «No hay más Dios que Alá y Mahoma es su único profeta». En la guantera había otra pegatina al lado del logotipo del Liverpool Football Club con la frase: «Nunca caminarás solo».

—¿Es usted hincha del Liverpool? —preguntó el chófer al ver que se fijaba en ella.

El inspector Singh era más aficionado al canal por cable de críquet de Singapur, pero le apetecía hacer una maldad.

—No, del Manchester United —respondió. Había olvidado que el United ya no era el equipo más odiado del mundo del fútbol.

El conductor asintió con empatía.

—Ahora muy difícil para otros equipos. Jefe del Chelsea quedó todo el dinero. —El hombre soltó una carcajada, mostrando dos hileras de fundas de oro que Singh vio brillar en el espejo retrovisor—. Antes lo que es importante es quién gana partido. Ahora lo que es importante es quién tiene jefe más rico. *¡Bagi orang kaya trophy sahaja!* ¡Que den directamente trofeo al rico!

El inspector se rio con ganas, sacó el periódico que había cogido en el avión y empezó a leer las últimas noticias sobre el asunto que lo había llevado a Kuala Lumpur.

Capítulo 2

—¡Usted no pinta nada aquí! No sé para qué ha venido, la policía malaya no necesita ayuda. Ya se puede largar. —El bigote (un pulcro cepillo negro entrecano) se le erizó de furia mientras gritaba al hombre que estaba al otro lado de la mesa. Sus ojos, bajo unas cejas rectas y pobladas, fulminaron al inspector.

Singh no se inmutó.

—Podemos hacerlo por las buenas o por las malas, ninguno de los dos queremos que la justicia fracase —dijo, mientras el comisario de policía malayo permanecía impasible ante su argumento conciliador.

El oficial no respondió; sentado detrás de su escritorio, tamborileaba impaciente con los dedos sobre la mesa. En ella no había nada relacionado con el trabajo. A lo mejor, pensó Singh, los altos mandos en Malasia se limitaban a esperar parapetados tras escritorios vacíos hasta que surgía la oportunidad de mangonear a algún policía extranjero. Por su experiencia en Singapur sabía que cuanto más alto llegabas, más relacionado estaba tu trabajo con la política y con la estadística, y menos con la lucha contra la delincuencia.

El policía malayo estaba esperando alguna reacción por parte de su homólogo singapurense. Singh se preguntó si se suponía que debía darle la razón, coger las maletas y regresar humillado a Singapur.

¿No era evidente que sus superiores de Singapur tenían más poder sobre él que el oficial que lo miraba con el ceño fruncido desde el otro lado del escritorio? En cualquier caso, si se trataba de ver quién aguantaba más, el inspector Singh era un maestro: sentado tranquilamente en la silla observaba un ramo de flores de plástico en un jarrón también de plástico.

El malayo fue el primero en parpadear. Se levantó, fue hacia un archivador, abrió un cajón y sacó una carpeta enorme.

—No me hace gracia pero ciertos círculos me han exigido que coopere. Esto es lo que hemos hecho hasta ahora. Tenemos a la esposa bajo custodia, y tiene permiso para visitarla si quiere. Puede interrogar a cualquier otra persona en Malasia pero solo si acceden a ello, no podemos obligar a nadie a hablar con usted. Le enviaré a mi asistente de campo para que le ayude.

«Y vigilará todos mis movimientos para informarle de ellos» pensó el inspector aunque no dijo nada. Este era un nivel de cooperación mayor del esperado a pesar de las reticencias, y

estaría presionado desde las altas esferas. Cogió la carpeta y asintió para dar las gracias a aquel hombre ceñudo.

El malayo se inclinó hacia adelante y posó las palmas de las manos sobre la mesa.

—Una cosa más: si se excede en su autoridad, lo meteré en la cárcel con la acusada. ¡Y no creo que el Gobierno de Singapur envíe a nadie para rescatarlo! —bramó.

El inspector Singh asintió nuevamente con una sonrisa, suponiendo que la burla sería la reacción que más molestaría a su homólogo. Se preguntó cuándo superarían los oficiales malayos su necesidad de regodearse en la intimidación teatral.

Salió por la puerta dando grandes zancadas. El sonido ahogado de unos pasos le hizo girarse y vio que un policía joven lo seguía apresuradamente; Singh se detuvo y esperó.

—¡Señor! —exclamó el muchacho, ejecutando un impecable saludo militar—. Soy el sargento Shukor, asistente de campo del superintendente Khalid Ibrahim. Me ha pedido que le ayude con este caso.

—Bien. Puede empezar por buscarme un sitio para instalarme y leer el informe —le ordenó el inspector Singh—. Y luego me vendría bien un poco de té.

El inspector Singh siguió al joven policía que le habían asignado hasta una salita con una mesa y un armario archivador. Se apoltronó en la solitaria silla de la sala que chirrió ruidosamente. Singh se dio la vuelta para mirar a través de los oscuros ventanales tintados que tenía detrás: en un campo, un grupo de jóvenes (vestidos con pantalones cortos azules y camisetas blancas) entrenaban al mando de un instructor con voz atronadora que se escuchaba a lo lejos. Al menos el programa de formación de la policía seguía dando importancia al entrenamiento físico y no solo a los conocimientos informáticos, pensó. Y, como para subrayar la importancia que tenía para él la salud, encendió un cigarro y encajó su gran trasero en la silla.

Observó al sargento Shukor, que permanecía de pie con elegancia esperando sus órdenes. El joven tenía una mandíbula fuerte y bronceada, la nariz ancha y chata y los ojos un poco separados. El inspector pensó que si el sargento había sido un esbirro durante toda su vida profesional, no podía haberse ensuciado mucho las manos. El uniforme azul oscuro del policía malayo estaba planchado a la perfección y le quedaba lo suficientemente ajustado como para marcar sus musculosos muslos y antebrazos. Su revólver reglamentario —reluciente, negro y peligroso— estaba cuidadosamente enfundado.

—A ver, ¿quién está realmente a cargo de la investigación del asesinato de Lee? —preguntó Singh.

—El inspector Mohammad, señor.

—¿No debería hablar con él antes de ponerme a trabajar?

El sargento era muy transparente para ser oficial de policía y parecía incómodo: su rostro reflejaba emociones tan visibles como descifrables.

—¿Qué pasa? —le preguntó Singh.

—Se suponía que debería estar aquí para recibirlo, señor. Pero no ha aparecido.

El inspector de Singapur puso cara de circunstancias.

—¿Otro policía malayo díscolo?

—No exactamente, señor.

Singh se disponía a seguir indagando, cuando alguien llamó con suavidad a la puerta; miró a Shukor y este la abrió.

Entró en la sala un hombre muy alto, con el cabello corto gris plomo y rostro delgado. Iba

vestido con un elegantísimo traje oscuro, una camisa azul claro, gemelos con el escudo de una universidad y una corbata de un azul más intenso. Parecía recién salido de un escenario, de una tragedia de Shakespeare o de una sala de reuniones llena de subordinados complacientes que le daban siempre la razón.

—¿Inspector Singh? Soy el inspector Mohammad. Gracias por dignarse a iluminar a estos pobres malayos que no hacen más que dar palos de ciego en este caso.

Su voz encajaba con su aspecto: agradable y naturalmente elegante, estaba claro que su hostilidad iba a ser sutil y difícil de sobrellevar. Singh, súbitamente consciente de su camisa húmeda y de su barriga, se quitó el cigarrillo de la boca.

—Es un placer, inspector Mohammad —dijo.

—Por favor, llámeme «Mohammad». No son necesarias las formalidades si vamos a trabajar juntos.

El inspector Singh asintió.

—Por lo que me ha explicado el sargento es usted quien lleva el caso, ¿cierto?

—¿El asesinato de Alan Lee? Sí, eso me temo. Aunque parece un asunto bastante sencillo, ¿no cree?

Singh señaló la montaña de papeles que tenía delante.

—Estaba empezando a familiarizarme con los hechos.

El inspector Mohammad esbozó una sonrisa.

—Me temo que no es agradable. Bueno, será mejor que le deje a lo suyo, Shukor le proporcionará todo lo que necesite. Le espero en mi despacho cuando termine.

Y se marchó, cerrando con suavidad la puerta al salir.

El inspector Singh silbó en voz baja, con los labios fruncidos.

—¿Y este de dónde ha salido? —preguntó.

El sargento Shukor no fingió malinterpretar la pregunta.

—Es de una familia muy rica, señor. De hecho pertenece a la realeza de Perak.

Singh asintió con la cabeza. Nueve de los trece estados de Malasia eran antiguos sultanatos con monarquías hereditarias. Eso implicaba que mucha gente presumía de ser de la realeza o al menos de estar emparentada con ella.

—Estudió en un internado de Inglaterra y se doctoró en Psicología Criminal en Cambridge.

—¿Entonces qué pinta aquí?

—Dicen que le encanta este trabajo y que no quiere que lo asciendan porque serían todo gestiones y no habría labor policial. —Al inspector Singh no le extrañaba que no quisiera convertirse en un burócrata porque a él le pasaba lo mismo—. Le dejan tranquilo porque tiene muchos contactos —siguió explicando Shukor.

Singh frunció el ceño. Él no tenía muchos contactos y sus superiores lo dejaban en paz solo cuando les convenía.

—¿Puede llevarme a ver a la sospechosa? —preguntó bruscamente, dejando a un lado su curiosidad por el policía malayo.

El joven asintió.

—Claro, señor. El inspector Mohammad dijo que sería lo primero que usted querría hacer, así que ya lo he arreglado.

Estaba bien que se hubieran adelantado aunque no le gustaba que supusieran que él era previsible.

—Iré a verla en un par de horas. Antes prefiero familiarizarme con la investigación.

El muchacho, entendiendo que podía retirarse, se cuadró con elegancia.

—En ese caso le traeré una taza de té, señor.

El inspector Singh miró a su alrededor en busca de un cenicero y no encontró ninguno; tiró la colilla al suelo, la apagó rápidamente (la moqueta parecía inflamable) y escondió los restos bajo la mesa de una patada. Era hora de empezar a investigar. Necesitaba encontrar la forma más rápida de salir de ese embrollo para regresar a Singapur, así que desató el cordel que aseguraba el expediente del caso y empezó a leer.

El expediente se titulaba «Chelsea Liew» y entre paréntesis podían leerse las palabras «DNI Singapur». Esa breve referencia era la razón por la que él estaba en Malasia: Chelsea Liew era ciudadana de Singapur y tenía un documento de identidad de Singapur. Se había casado con un malayo y llevaba veinte años viviendo en Bangsar, un barrio residencial de Kuala Lumpur. Tenían tres hijos con pasaportes malayos, pero ella era singapurense y estaba acusada de asesinar a su exmarido. En circunstancias normales, la detención de un singapurense en un país extranjero no habría alertado a la policía de Singapur. La embajada, si se lo pedían, podía interesarse para confirmar que el ciudadano en apuros tendría un juicio medianamente justo, pero nada más.

Pero este caso era distinto. Los matices religiosos, las batallas por la custodia, el clamor popular y las sensibilidades políticas entre Malasia y Singapur, habían forzado una solicitud del Gobierno singapurense —deseoso de aparentar que hacía algo— al Gobierno malayo —que estaba deseando fingir que estaba por encima de los conflictos— para que un agente de policía de Singapur colaborase en la investigación. Y ahí estaba él, sentado en una sala cutre de Bukit Aman (el cuartel general de la policía malaya), con un expediente de ocho centímetros de grosor y sintiendo verdadera lástima de sí mismo.

Singh observó la carpeta y reconoció la eficiencia del sargento Shukor en los montoncitos perfectamente etiquetados de recortes de periódicos, transcripciones judiciales y notas de interrogatorios policiales. Ya conocía los primeros datos del caso, pero se recostó en la silla y dejó que la historia al completo se desplegara ante él, mientras la taza de té que Shukor le había llevado permanecía intacta sobre la mesa.

Capítulo 3

Chelsea Liew y Alan Lee, su marido malayo, salían habitualmente en las páginas de sociedad desde que celebraron su gran boda hace veinte años. Hasta el inspector Singh estaba al tanto de que la hermosa modelo se había enamorado y vivía un tempestuoso romance con el apuesto heredero de una gran fortuna maderera. Se casaron y vivieron en una gran mansión con seguridad veinticuatro horas y un coche para cada ocasión. Singh miraba el recorte de periódico descolorido de la feliz pareja: era el equivalente singapurense de una boda real. Los periódicos detallaron minuciosamente el banquete para los mil invitados al enlace: el coste estimado, los políticos y personalidades que asistieron, los detalles de los manteles… el vestido de novia, diseñado para ella por un conocido modisto parisino (que copiaron casi todas las novias de Singapur ese año). La imaginación popular estaba cautivada por el cuento de hadas de una muchacha pobre y muy bella que se había casado con uno de los solteros más ricos de Malasia. Y a pesar de toda la publicidad, las especulaciones y la envidia, la novia parecía serena y el novio orgulloso.

Chelsea abandonó su carrera como modelo después de casarse. Se rumoreaba que su marido no le permitió que siguiera trabajando: no les hacía falta el dinero y él no quería que ella se exhibiera. Singh recordó vagamente que su propia esposa (la de las opiniones tajantes y los presentimientos agoreros) había afirmado que una mujer no debía renunciar a su independencia por un hombre. Al inspector le molestó este comentario porque la señora Singh había dejado su trabajo de profesora cuando se casó con él y nunca intentó recuperarlo, ni cuando tuvieron la certeza de que no iban a tener hijos. Aunque, a decir verdad, su esposa no había renunciado a su independencia el día de la boda, sino que simplemente había confiscado la de él, pensó. De todos modos, sus sombríos augurios respecto a la pareja habían hecho que deseara en secreto lo mejor para aquel ricachón y su mujer florero. Tal vez ese matrimonio de cuento de hadas tuviera un final feliz.

Pero su esposa tenía razón. Los chismes y las insinuaciones empezaron después de la luna de miel. Decían que Chelsea Liew había engordado, que había aparecido con un ojo morado y que habían visto a su marido saliendo por la ciudad. En vez de imágenes de ella sonriendo radiante a la cámara, las revistas empezaron a publicar fotografías alejándose apresuradamente o tapándose la cara con el bolso. Después de tres embarazos difíciles nacieron sus tres hijos. Se produjo una tregua temporal del constante goteo de malas noticias porque decían que Alan Lee estaba encantado con el nacimiento de sus hijos y herederos. Durante un tiempo ella fue

el modelo a seguir por las madres de todo el mundo: estaba entregada a su creciente familia.

Los negocios de él también estaban dando que hablar. Alan Lee se había hecho cargo del legado familiar al morir su padre porque su hermano mayor, Jasper, había renunciado al negocio de la explotación maderera y se había convertido en activista defensor de la vida salvaje, lo que aseguraba enfrentamientos en las portadas de los periódicos malayos. Alan Lee era un hombre de negocios importante, los políticos buscaban su apoyo, y mientras Chelsea desapareció de la vida pública, fotografiaban a Alan Lee con otras mujeres a las que etiquetaban evasivamente como «amigas» o «compañeras de trabajo».

Por fin, tras veinte años de matrimonio, Chelsea había solicitado el divorcio y la custodia de sus hijos alegando maltrato y adulterio. Las acusaciones y contraacusaciones constituían gran parte del expediente. Las transcripciones del proceso en el que ambas partes habían luchado sin tregua por la custodia, detallaban el deterioro cruel de su relación. El historial médico de ella mostraba evidencias de lesiones traumáticas causadas probablemente por palizas; Alan insistía en que eran autoinfligidas y argumentaba que era una mujer peligrosa y trastornada que no debía hacerse cargo de sus hijos. Ella, por medio de sus abogados, había demostrado el adulterio continuado. Él intentaba aparecer como víctima, alegando que necesitaba un poco de consuelo porque su esposa le ignoraba y que su relación con otras mujeres no afectaba a su capacidad para ser un buen padre.

Incluso el hermano renegado, Jasper Lee, testificó a favor de Chelsea. Había declarado que Alan Lee no era un progenitor ejemplar ni era el hombre adecuado para ejercer la paternidad y la custodia de sus hijos, ya que era un padre ausente volcado en la gestión de sus negocios criminales y en su vida social. Los abogados de Alan Lee habían hecho lo posible para desacreditar a su hermano basándose en que era la oveja negra y frustrada de la familia que, no contento con romper el corazón a su padre desmarcándose de la empresa familiar, buscaba venganza contra el hermano que había tomado las riendas. El hijo menor de la familia, Kian Min, intervino para contradecir a Jasper y testificar a favor de Alan Lee, poniendo de manifiesto su rectitud y su buen corazón. Esto había causado cierto revuelo, ya que no era ningún secreto que el hijo menor trató de persuadir a su padre para que le cediese el mando de Maderas Lee cuando Jasper abandonó la empresa. Y no había sido una petición descabellada. Alan no terminó la ingeniería que había empezado en Estados Unidos, continuamente pedía dinero y era un picaflor, siempre detrás de alguna mujer guapa. El padre tuvo la tentación de saltarse al hijo mediano en favor del menor.

Pero Alan, tal vez sospechando que ya había tentado demasiado a la suerte, volvió a casa justo a tiempo, sentó la cabeza con Chelsea, mostró interés en la empresa y las reglas del orden hereditario triunfaron. En los periódicos insinuaban que Kian Min, que seguía trabajando en la compañía pero que apenas se hablaba con Alan, debía de haber recibido un buen soborno para testificar en falso a favor del hermano al que tanto detestaba.

La opinión pública se posicionó a favor de la esposa cuando, súbitamente, el juicio se aplazó dos semanas. Durante esos días se especuló mucho sobre la razón de ese aplazamiento repentino. ¿Acaso creía Alan que iba a perder? ¿Tenía un plan para secuestrar a los niños y llevárselos del país? ¿Lo tendría ella? Además, tratándose de Malasia, había que añadir la sospecha de que el tribunal podía estar interesado en obtener un resultado concreto… Alan Lee tenía dinero y era incuestionable que el dinero socavaba la justicia.

Al final no se trataba de nada de eso.

Alan Lee soltó el bombazo cuando el tribunal volvió a reunirse. El sargento Shukor tenía

una curiosa vena artística y dramática, porque además de la trascripción de los procesos judiciales había incluido varios bocetos de los personajes principales. Singh encendió otro cigarrillo y no tardó en ser absorbido por aquel drama judicial.

El policía entonó el *bangun* (en pie) con solemnidad. El juez, un indio enorme medio calvo y con «pico» en lugar de nariz, atravesó la puerta oculta detrás del estrado en el que se sentaba. Se remangó la toga, se aclaró la garganta ruidosamente y tomó asiento. La sala estaba llena. Era el primer día tras el aplazamiento de dos semanas. Los periodistas, incluidos los de Singapur, que habían hecho cola desde primera hora de la mañana para tener un buen sitio, se susurraban unos a otros y garabateaban notas frenéticamente. Los abogados fingían rebuscar entre sus papeles y gruesos textos legales.

Los artistas bosquejaban con rapidez, intentando transmitir el ambiente de la sala con unos cuantos trazos rápidos de bolígrafo. El inspector Singh, mientras observaba las imágenes del expediente, pensó que habían hecho un buen trabajo. Se apreciaba el revestimiento de madera oscura y se intuía el olor a humedad. El juez parecía gigantesco y el personal del juzgado diminuto. Los progenitores que se peleaban por sus hijos estaban sentados cada uno con sus abogados, separados por un pasillo y por veinte años de infelicidad. Ella vestía de forma conservadora: traje oscuro, camisa blanca y la falda muy por debajo de las rodillas. El ligero maquillaje no era suficiente para ocultar sus ojeras. Tenía los labios fruncidos y apretados con fuerza, como si luchara para evitar que su ira se desbordara.

Alan Lee había dedicado menos tiempo a pensar en su atuendo o quizá le habían aconsejado mal. Llevaba un traje claro con una corbata alegre (inapropiados en aquel ambiente tan sobrio) y se mostraba presuntuoso, como si fuera el único convencido de que fallarían a su favor. Los abogados, dibujados con sus camisas blancas, sus cuellos almidonados y sus togas negras, parecían aves de presa picoteando el cadáver de lo que en su día había sido un matrimonio. Los periodistas estaban representados con trazos rápidos, sin apenas detalles, como una manada de carroñeros al acecho, dispuestos a abalanzarse sobre los restos de aquella pareja famosa.

El juez observó indignado la sala abarrotada que tenía delante y esperó a que se quedara completamente en silencio.

—¿Están presentes todas las partes interesadas en el caso de Liew contra Lee?

Lo dijo en inglés, aunque el malayo era la lengua oficial de los tribunales. Al principio del juicio había iniciado el procedimiento en malayo, pero los abogados de ambas partes habían solicitado permiso para continuar en inglés y el juez se lo había concedido. La excusa no fue que su malayo (y el del juez) fuera atroz, sino que Chelsea Liew, al ser singapurense, no sería capaz de seguir el proceso judicial.

Singh sabía que en Malasia se hablaban tantas lenguas que en muchas ocasiones la justicia se paralizaba por la falta de un intérprete capaz de reconstruir la Torre de Babel en un tribunal.

—Sí, señoría —respondió respetuosamente el abogado de Chel-sea Liew a la pregunta del juez.

El abogado de Alan Lee, el señor Loh, era un hombre chino y enérgico, conocido por utilizar todos los trucos a su alcance para asegurar el éxito de sus clientes. Pero nunca se había demostrado que infringiera la ley… Utilizaba los vericuetos legales para favorecer a sus

clientes en circunstancias en las que profesionales más honestos mostraban mayor rectitud y ética.

—¡Sí, señoría! —exclamó Loh alegremente.

—Supongo que los abogados de ambas partes estarán listos para continuar con el proceso judicial de custodia —replicó el juez, un tanto irritado por esa demostración innecesaria de buen humor.

—Vamos a presentar una solicitud oral de desestimación del proceso judicial de custodia, señoría —declaró inesperadamente el señor Loh.

En la sala se hizo un silencio absoluto.

El abogado de Chelsea Liew se puso en pie. Estaba enfadado y se le notaba en la voz.

—¿Por qué? ¡Señoría, el demandando está haciendo perder el tiempo al tribunal! —exclamó.

—El señor Chandra tiene razón. ¿Por qué iba a desestimar el proceso judicial? Prácticamente hemos concluido con las vistas de la custodia —replicó el juez.

—Nos acogemos al Artículo 121 (1A) de la Constitución de la Federación de Malasia, señoría —dijo con firmeza el señor Loh.

Se oyó un murmullo en la sala mientras los periodistas se preguntaban unos a otros qué ley era esa y las personas del público se hacían eco de la pregunta. Alan Lee estaba sonriendo. Chelsea Liew se sentó muy recta en el banco de madera, mirando cada vez más nerviosa al juez y a su abogado, esperando una explicación.

Su abogado hizo lo que pudo.

—¿Al Artículo 121 (1A)? ¿Pero qué tiene que ver, señoría? —preguntó, mirando al juez con actitud casi suplicante—. Mi cliente ya ha sufrido bastante. Está deseando rehacer su vida con sus hijos. El señor Loh y su cliente han cometido desacato ante el tribunal con esa solicitud irrelevante.

—Está poniendo a prueba mi paciencia, señor Loh —advirtió el juez.

—Solicitamos la desestimación del proceso judicial porque consideramos que este tribunal no tiene jurisdicción para fallar sobre esta cuestión. El órgano adecuado para un litigio de custodia entre las partes es el tribunal de la *sharía* 2.

Se produjo un gran alboroto en la sala cuando los asistentes entendieron, colectivamente, dónde quería llegar con ese argumento. El juez golpeó el mazo con fuerza y fulminó con la mirada a los presentes. El ruido disminuyó, aunque todavía se escuchaba algún susurro. A ese genio no se le podía obligar a volver a entrar en la botella.

El juez se volvió hacia el señor Loh.

—¿Y por qué un tribunal religioso musulmán, el tribunal de la *sharía*, iba a tener jurisdicción? —preguntó, intentando mostrarse paciente.

El señor Loh respondió en voz alta y clara para que lo escuchara toda la sala.

—Mi cliente, Alan Lee, se ha hecho musulmán hace poco, señoría. Todas las cuestiones de derecho de familia de los musulmanes son competencia del tribunal de la *sharía*, de conformidad con el Artículo 121 (1A) de la Constitución.

—¡Pero Chelsea Liew no es musulmana! ¡Y sus hijos tampoco! —exclamó indignado el señor Chandra.

El señor Loh tenía las de ganar y lo sabía.

—No soy un experto, claro está, pero creo que según la ley islámica la religión de los menores es, por extensión, la de su padre… O él puede decidir que sean musulmanes, como

efectivamente ha hecho —dijo.

La transcripción que el inspector Singh estaba leyendo finalizaba de forma bastante prosaica: «Se levanta la sesión. La demandante, la señora Chelsea Liew, ha protagonizado un altercado y ha tenido que ser desalojada».

Los periódicos fueron menos discretos en relación al «altercado en el tribunal» causado por Chelsea Liew. El inspector Singh encontró un artículo del *Malay Mail*, un periódico sensacionalista de la tarde, que era especialmente gráfico: «La señora Chelsea Liew empezó a gritar barbaridades a su exmarido, Alan Lee. Intentó apartar a empujones a su propio abogado, el señor Subhas Chandra, pero este le cerró el paso. Entonces trepó a la mesa y perdió un zapato por el camino. Se abalanzó sobre el señor Lee y empezó a darle patadas y a arañarle. Este intentó protegerse pero ella le hizo un rasguño en una mejilla con las uñas. La sangre le caía por la cara. El *Malay Mail* confirma que necesitó a un cirujano, puntos incluidos, para evitar daños irreversibles en su rostro. Intervinieron tres mujeres policías para reducir a Chelsea Liew, que fue detenida y posteriormente puesta en libertad sin cargos. Las últimas palabras que dirigió a su marido mientras la arrastraban fuera del tribunal, fueron: "¡Te mataré por esto!"».

Capítulo 4

El señor Alan Lee, en una rueda de prensa en la puerta del hospital donde le curaron las heridas de la cara, dijo: «Es un insulto para mí y para mi religión insinuar que me he convertido al islam para conseguir la custodia de mis hijos. En esta época tan difícil, después de la ruptura de mi matrimonio, he estado buscando apoyo espiritual y lo he encontrado en el islam. Estoy orgulloso de ser musulmán y deseo criar a mis hijos en la única fe verdadera».

Al pasar la página, el inspector Singh encontró el informe de la autopsia de Alan Lee, asesinado una semana después de la accidentada vista judicial. El informe determinaba que Alan Lee había muerto a causa de las lesiones ocasionadas por una herida de bala en el pecho: la bala del revólver le había perforado un pulmón y le había seccionado la arteria coronaria principal. La víctima falleció por la herida del corazón, no por la lesión del pulmón, pero cualquiera de las dos lo habría matado.

Le habían disparado en una calle desierta a doscientos metros de la puerta de su casa, no se encontró el arma y llevaba su cartera, su Rolex y su cadena de oro. Ingresó cadáver en el hospital general de Kuala Lumpur.

Chelsea Liew, su exmujer y madre de sus tres hijos, había sido detenida y acusada del asesinato.

El inspector Singh se limpió la tinta de periódico de los dedos frotándose las manos en los pantalones. Se sentía como un mirón y no como un policía, no le dejaba indiferente analizar hechos tan dramáticos. Golpeó repetidamente un pie contra el suelo, mirando sus zapatillas blancas, y durante un rato observó el goteo de agua del aparato de aire acondicionado que empapaba la moqueta.

Le resultaba difícil creer que la conversión y ferviente religiosidad de Alan Lee fueran algo más que cinismo e interés. El juez había accedido a posponer la audiencia de la custodia hasta que se solucionaran los problemas de jurisdicción, pero no disimuló su desagrado por lo que consideraba un truco legal barato que desprestigiaba a la administración de justicia. Los periódicos entrevistaron a amigos y compañeros de trabajo que expresaban su sorpresa por el hecho de que Alan Lee, precisamente, buscara consuelo en un poder superior. Pero su conversión al islam, sospechosa en el ámbito de la fe, era un arma poderosa en el ámbito de la ley.

El inspector Singh se zafó de la silla con dificultad, se estiró y fue en busca del sargento Shukor. Le encontró esperando al otro lado de la puerta; se puso firme y se cuadró al ver salir

al inspector.

—¿Ha estado aquí todo el tiempo? —preguntó el inspector sorprendido.

—Sí, señor.

—Deben haber descendido mucho los índices de delincuencia en Kuala Lumpur si puede holgazanear todo el día delante de mi puerta…

El sargento Shukor sonrió.

—En absoluto, señor. Pero me han dado órdenes de que no me separe de usted.

El inspector Singh se encogió de hombros.

—¡Bueno, pues lléveme a ver a la viuda!

—Estoy aquí para ayudarla —dijo el inspector, casi suplicante.

La mujer, sentada enfrente de él, no dijo nada. La habían llevado desde su celda a la sala de interrogatorios antes de que llegaran y no había hablado aún, ni los había mirado. Seguía sentada, inmóvil, con las rodillas juntas, los hombros hundidos y la cabeza agachada. Impasible a las preguntas del inspector. Él lo intentó de nuevo:

—Usted tiene nacionalidad singapurense. El Gobierno de Singapur me ha enviado para asegurarse de que la traten justamente.

Reflexionó sobre lo que acababa de decir y pensó que aquello no era del todo cierto. Al Gobierno no le importaba la suerte de esa mujer, pero quería dar una imagen de autoridad y de protección este año electoral. Y la opinión pública de Singapur estaba indignada con lo que consideraba el atropello de una persona a la que tenían la sensación de conocer personalmente, debido a la detallada y continua cobertura mediática del divorcio y de las batallas por la custodia.

El policía, al verla por primera vez, entendió el éxito de Chelsea Lee como supermodelo incluso reconociendo la huella de sus dolorosas experiencias. Tenía unos pómulos tan prominentes que casi sobresalían a través de su piel translúcida; sus ojos eran grandes y almendrados, aunque estaban rojos y con profundas ojeras azules. Llevaba el pelo recogido hacia atrás en una cola de caballo y tenía algunas canas sobre la frente. Sus labios, tan carnosos en aquellos anuncios de cosméticos de finales de los años ochenta, estaban pálidos, secos y cortados. Su cuello, largo y delgado, emergía de una camiseta muy grande. El inspector observó que era al menos quince centímetros más alta que él: incluso sentada y encorvada era evidente que sus largas piernas, enfundadas en el uniforme de la cárcel y con chanclas, tenían longitud suficiente para desfilar en las pasarelas antes de que el matrimonio y el asesinato la llevaran al silencio.

—Si usted no me ayuda, yo no puedo ayudarla —declaró Singh.

Ella levantó la vista por primera vez. Por un instante, mientras lo miraba con sus famosos ojos castaños, el inspector vivió un intenso *déjà vu*… Era como estar mirando la portada de una vieja revista y encontrarse de nuevo aquella bella mirada, aunque ahora transmitiera tanto dolor.

—Ya nadie puede ayudarme —aseguró ella con desgana.

—¿Por qué dice eso? —preguntó él, con una voz más amable de lo habitual. El policía, endurecido por los casos, sentía una compasión inusual por la acusada.

Ella hizo un gesto, un pequeño movimiento brusco con una mano, para señalar las paredes de la cárcel que la rodeaban.

—Solo saldré de aquí para encontrarme con la muerte.

—¿Mató usted a su marido?

—¿Usaría usted esa palabra para veinte años de brutalidad?

—¿Y qué hay de sus hijos?

—¿Qué puedo hacer por ellos ahora?

—No mucho mientras siga aquí.

El silencio volvió a invadir la sala.

—Al menos deje que hable con algunas personas, que descubra qué pasó. ¡Por favor! Si fracaso no tiene nada que perder, pero si tengo éxito podríamos sacarla de aquí para que vuelva con sus hijos —dijo el inspector.

Ella asintió una sola vez. Fue un gesto seco, como si le estuviera haciendo un favor en lugar de depender de él para salir de allí.

Chelsea Liew se puso de pie y el inspector se levantó también, observando cómo se dirigía a la puerta arrastrando los pies; el sargento Shukor la abrió y ella salió. La agente de policía que la estaba esperando la esposó con brusquedad y se la llevó.

El inspector Singh casi había olvidado que el sargento estaba allí. Los dos hombres eran completamente antagónicos en su aspecto físico: uno de ellos en forma, fuerte, perfectamente afeitado y arreglado, y el otro desaliñado, con sobrepeso y barbudo.

—¿Usted qué opina? ¿Cree que fue ella? —preguntó el inspector Singh.

Shukor se encogió de hombros.

—Tenía un buen motivo.

El policía de mayor rango asintió.

—Y que lo diga. ¿Qué opina su jefe?

—¿El inspector Mohammad?

Singh asintió con brusquedad.

—Que es cien por cien culpable, señor.

No le sorprendió su respuesta, el trabajo policial raras veces era complicado… Los misterios detrás de las puertas cerradas y tener muchos sospechosos eran material de ficción. Normalmente, la última persona a la que se oía amenazar de muerte a alguien que más tarde aparecía muerto, era el asesino. No podía culpar al inspector Mohammad porque no estaba sacando conclusiones precipitadas, solo se remitía a los hechos.

—¿Y ahora qué, señor? —preguntó Shukor interrumpiendo su reflexión.

—Pasaré la tarde en casa de mi hermana y luego volveré al hotel.

—Iré a por el coche, señor… y lo esperaré fuera.

El hermano de Alan Lee, Jasper, estaba sentado en un pequeño despacho del segundo piso de una antigua casa-almacén cercana al barrio chino. Desde las cristaleras con contraventanas podía ver la entrada con tejadillo rojo de pagoda de la calle Petaling, tan bulliciosa y abarrotada como siempre. Hileras e hileras de puestos vendían imitaciones: bolsos de Gucci, relojes Tag Heuer y plumas Mont Blanc. La calidad era a menudo exacta a la de los originales, incluidos el etiquetado y las marcas de agua. Jasper Lee llevaba un Rolex falso que había comprado en esa calle hace tres años. Hordas de turistas pululaban por las callejuelas estrechas, acosados por los vendedores chinos: los expertos regateaban el precio de las falsificaciones, y los incautos pagaban una fortuna conformándose con tener algo de lo que

presumir al volver a casa.

Jasper era indiferente al sonido de los cláxones atronadores y de los motores que aceleraban bajo su ventana. Había aprendido a desconectar de los ruidos, e ignoraba el mal olor de las alcantarillas y la basura amontonada mezclado con el fortísimo hedor acre de las anchoas apiladas en la acera, delante del mayorista de alimentos secos de la planta baja.

Al principio, cuando disfrutaba de la libertad y del enorme alivio de renunciar al negocio familiar y a las expectativas de su padre, le encantaban esas imágenes y esos sonidos que contrastaban tanto con su estricta educación. ¡Era todo tan colorido y tan auténtico comparado con su encorsetada vida, sometida a la mirada y a la severidad de su padre!

Pero esos primeros y embriagadores días habían quedado atrás: el pasado le había alcanzado. Recordó las últimas palabras que su padre le gritó en cantonés, colérico, mientras él abandonaba furioso la casa familiar: «Algún día te darás cuenta de que la familia es lo más importante».

Él contradijo al anciano patriarca de la familia e insistió en que era más importante compartir valores que compartir sangre, pero ya no estaba tan seguro. A su hermano mediano le habían pegado un tiro en una calle de Bangsar; su cuñada, que le hacía sentir un pánico abrumador, estaba en la cárcel; su madre estaba hundida, sus tres sobrinos estaban al cuidado de la madre de Chelsea, y no sabía nada de su hermano menor. Puede que al final efectivamente todo se redujera a la familia.

Jasper miró a su alrededor y observó las fotografías de orangutanes pegadas en las paredes, tomadas en la selva de Borneo en uno de sus viajes: vetustos patriarcas que miraban tranquilamente a la cámara, jóvenes machos inmortalizados mientras chillaban agresivos a algún intruso, grupos familiares de orangutanas con sus crías… Transmitían una sensación de comunidad apacible e independiente, muy diferente a la odiosa realidad de su propia existencia.

Se puso en pie despacio, como un anciano. Necesitaba hacer algo más antes de tomar una decisión.

Una fuerte tormenta eléctrica había paralizado el tráfico, el cielo estaba oscuro, aunque todavía era primera hora de la tarde y la lluvia caía a plomo como grandes lágrimas. Hacía años que el inspector Singh no estaba en Kuala Lumpur, y había olvidado las inundaciones repentinas y los embotellamientos causados por la lluvia. Kuala Lumpur era una enorme obra en construcción, pensó mientras miraba por la ventana. Las grúas asomaban por todas partes con su aspecto escuálido e inestable, y el cielo se iluminaba como en un mediodía tropical cuando impactaba un rayo en una ellas. Los puntiagudos rascacielos a medio construir parecían ruinas retorcidas, y los pilares de hormigón para los trenes automatizados (la última apuesta para descongestionar el tráfico) se erguían como gigantescos centinelas petrificados por algún poderoso enemigo.

El inspector pensó que hasta el cielo lloraba por los tres niños cuyo padre había muerto y cuya madre estaba en la cárcel acusada de haberlo asesinado. Era un pensamiento muy rocambolesco para el taciturno policía, este entorno estaba afectando a su equilibrio. No podía olvidar los ojos castaños, tan bellos y tan llenos de dolor, de la viuda. «¡Chelsea Liew!» Un nombre ridículo, como muchos otros nombres que los singapurenses occidentalizaban para parecer más cosmopolitas. Elegían los alias más inverosímiles: Singh había conocido

jóvenes de Singapur que alardeaban de nombres de pila como «Mayfair» y «Rothmans».

Una tregua inesperada de la lluvia que caía sobre el techo del coche interrumpió sus cavilaciones. Se fijó en que habían avanzado unos metros y ahora se encontraban debajo de un inmenso paso elevado de seis carriles. Los dos lados de la carretera estaban atestados de motos, sus conductores se refugiaban de la lluvia bajo la imponente estructura de hormigón, y las luces de los coches resplandecían sobre sus brillantes chubasqueros de plástico. Unos cuantos jóvenes estaban encaramados a un lado de la carretera fumando cigarrillos, probablemente esos cigarros de clavo de Indonesia que se habían hecho tan populares, como si el humo de las decenas de coches que avanzaban en primera no fuera suficiente veneno para sus pulmones.

El inspector, que ya había empezado el día en Singapur de mal humor, estaba ahora extremadamente irascible. Pensaba en la enorme dificultad del caso que le habían colocado mientras avanzaban lentamente hacia su destino. ¿Cómo iba a investigar el asesinato de Alan Lee? Carecía de autoridad. La policía malaya no tenía intención de ayudarle; el inspector Mohammad iba a ser un hueso duro de roer; el muchacho que conducía el coche en el que estaba atrapado lo espiaba y, por si eso no fuera suficiente, Chelsea Liew no estaba cooperando. Había supuesto que le propondría un montón de sospechosos desesperada por salvarse. Pero parecía indiferente ante los esfuerzos que él le prometió realizar, y no le había proporcionado información con la que trabajar. Quizás estaba exhausta por todo lo que había sufrido, tal vez fuera incapaz o no tuviera ganas de seguir enfrentándose al sistema. Lo único que consiguió fue su consentimiento a regañadientes para que intentara descubrir la verdad. Y ese era el problema, admitió el inspector Singh: ¿él buscaba la verdad o la respuesta más obvia, rápidamente asumida por la policía malaya, era la correcta?

Por fin se detuvieron delante de la casa de la hermana del inspector Singh. El sargento le comunicó que estaría cerca, cenando en uno de los puestos callejeros que abrían al atardecer. El inspector asintió y luego, mentalizándose para el encuentro familiar, tocó el timbre.

Su hermana, una mujer grande y corpulenta con una nariz que César habría querido tener, llevaba puesto un caftán de batik con flores rosa fucsia, un poco raído alrededor del cuello. Saludó con la cabeza a su hermano y abrió la puerta del todo en señal de bienvenida. No se abrazaron ni se besaron aunque no se veían hace más de un año porque para ellos expresar así sus emociones habría sido impropio. A los asiáticos de su generación no les gustaba el contacto físico, el afecto se expresaba en otros gestos como por ejemplo a través de la comida: se esforzaban en la preparación de una cena, cocinaban algunos platos de más, recordaban el plato preferido de alguien y lo servían caliente… Esa era la mejor forma de demostrar a la familia que te importaban.

La vivienda estaba amueblada con un estilo que solo podría describirse como «sij malayo tradicional». Se encontraba al final de una hilera de casas adosadas de planta baja; habían pavimentado y construido en el estrecho jardín original de la propiedad: no sobrevivió a la ampliación ni una brizna de hierba. Ya en el interior, la minúscula sala de estar (con un pesado sofá de tres plazas de piel sintética de color marrón y dos sillones a juego) resultaba agobiante. El respaldo y los brazos de todos los sillones estaban cubiertos por tapetes de ganchillo. En otros tiempos, cuando el aceite de coco para el cabello era habitual entre las mujeres sijs de pelo largo, los sofás se protegían así para evitar que estuvieran siempre manchados por las «cabezas aceitosas». Los tapetes eran solo decorativos en casa de su hermana; a Singh le parecían espantosos aunque, por otro lado, le reconfortaban porque le

recordaban su infancia. La pintura de un paisaje rural indonesio (un óleo con grandes pinceladas oscuras) colgaba de una pared. La compra de obras de arte originales y baratas había estado de moda unos treinta años antes, y ese cuadro sin duda había sido una «inversión» de esa época (ninguna familia sij que se preciara compraría arte simplemente por sus cualidades estéticas). Antes del efímero auge del arte, las casas se decoraban con objetos religiosos, fotografías y, las de aquellos que tenían dinero, con papel pintado con motivos alpinos. La casa de su hermana estaba tenuemente iluminada con bombillas de cuarenta vatios, lo que contribuía a aumentar el lóbrego ambiente de aquella clase media.

Baljit llevaba treinta años viuda, su marido murió como consecuencia de una dieta a base de postres y té azucarado cuando sus tres hijos tenían menos de cinco años. La dejó bien situada gracias a una cuantiosa póliza de seguros y a la casa, cuyo valor había aumentado exponencialmente a lo largo de los años cuando Bangsar dejó de ser un pequeño asentamiento rural para convertirse en el núcleo de la clase media malaya. El inspector Singh sospechaba que tras el dolor por la muerte de su marido, le había salido bien la jugada: dinero en el banco, control total sobre sus tres hijos y la ausencia de un cabeza de familia.

—¿Cómo está Dev? —le preguntó ella.

—Bien, como siempre —respondió él a la pregunta sobre su mujer.

—¿Sigue demasiado delgada? No como tú, deberías comer menos, ¡ya sabes lo que le pasó a mi pobre marido!

Le sirvió una taza de té caliente bien cargado, espesado y endulzado con leche condensada, y empujó hacia él una bandeja de dulces indios mientras se lo decía…

—¿Para qué me dices que haga dieta si me sirves este tipo de cosas? —le preguntó malhumorado el inspector.

Solo llevaba diez minutos con su hermana mayor y ya lo estaba incordiando con el comportamiento habitual de las mujeres sijs de su generación: la capacidad de alternar comentarios insultantes con recomendaciones para mejorar su salud y su vida.

Ella cambió de tema.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a trabajar en la investigación del asesinato de un malayo porque la sospechosa principal es singapurense.

—Lo he visto en los periódicos —comentó su hermana entusiasmada— y no me extraña que lo matara: ¡convertirse al islam para quedarse con los niños!

—No está claro que fuera ella —señaló el inspector.

—No digas tonterías, ¿quién iba a ser si no?

—Eso es lo que he venido a averiguar.

—¡Bah, estás perdiendo el tiempo!

El inspector Singh, esa misma noche y ya en la habitación del hotel, se quitó las deportivas y los calcetines, y movió lentamente los dedos, uno a uno. Mientras arrugaba la nariz por el olorcillo, se preguntó si su hermana tendría razón. Era insufrible, pero tenía la habilidad, con sus observaciones directas y sin tacto, de acertar algunas veces. La opinión general era que Chelsea Liew había matado a su marido, y además por muy buenas razones. Incluso los musulmanes habían dejado de apoyar públicamente al fallecido: el discurso oficial, adoptado por las autoridades religiosas, daba por hecho que cualquier conversión al islam se hacía de corazón, y la gente no creía que un empresario chino de dudosa reputación, enzarzado en una cruenta batalla con su exmujer maltratada por la custodia de sus hijos, encontrara de repente y

«tan oportunamente» a Dios.

El cadáver de Alan Lee seguía en la morgue del hospital general de Kuala Lumpur un mes después de su muerte porque la madre de Alan Lee y el Consejo Islámico Estatal no se ponían de acuerdo en quién debía quedarse con el cuerpo. Y el motivo de la desavenencia era si Alan Lee debía ser enterrado según los ritos musulmanes o según los ritos budistas. El Consejo alegaba que Alan Lee se había convertido al islam poco antes de su muerte, y tenían los documentos que probaban su conversión oficial. Su madre decía que era imposible porque le había cocinado su plato favorito una semana antes de su muerte: *bak kut teh*, una sopa de panceta de cerdo que habría sido un sacrilegio para cualquier musulmán, ya que consideran que los cerdos son animales impuros y prohíben su ingesta en el Corán.

El hospital, alegando un aplazamiento temporal otorgado por el juzgado civil a su madre, se había negado a entregar el cuerpo al Consejo para enterrarlo. El Consejo, muy ofendido, argumentaba que las prácticas religiosas musulmanas exigían enterrar el cadáver cuanto antes tras el fallecimiento, aunque la necesidad de realizar una autopsia lo impedía. Además el tribunal dictaminó un aplazamiento hasta determinar qué religión profesaba Alan Lee en el momento de su muerte, si es que profesaba alguna.

Consultaron a la viuda por si tenía alguna opinión al respecto:

—Me importa un comino que lo metan bajo tierra, que lo sepulten mirando a la Meca o que lo incineren. La realidad es que se está pudriendo en el infierno —respondió fríamente a su abogado.

Los pelos de las fosas nasales del letrado temblaron mientras suspiraba con fuerza.

—Tendrá que controlar ese tipo de emociones, o al menos guardárselas para usted si queremos que salga de aquí.

—Pero ¿dónde está mamá? ¡Quiero que me arrope mamá! —el pequeño sollozaba con su pijama de Spiderman mientras le caían grandes lágrimas por las mejillas. Se giró hacia su hermano—. ¿Dónde está mamá? —El niño mayor, con expresión estoica, miró a su abuela. Ella no sabía qué hacer, no podía contarles la verdad y sus mentiras no resultaban convincentes. Siempre usó la disciplina (no el afecto) como herramienta para criar a sus hijos y ahora, al asumir el cuidado de sus dos nietos menores, con su padre asesinado y su madre encarcelada, no era capaz de estrecharlos entre sus brazos y calmar sus miedos. El niño mayor se volvió hacia su hermano pequeño y lo rodeó con sus brazos delgados; con las cabecitas pegadas y el pelo oscuro todavía húmedo después del baño, los hermanos se consolaron el uno al otro.

Capítulo 5

El viento zarandeaba el pequeño aeroplano Cessna biplaza, que no paraba de dar botes por las corrientes de aire ascendente de las colinas. La hélice giraba enérgica y ruidosamente, como si fuera consciente de su importancia para que el avión no cayera en barrena hacia la selva: no había vuelta atrás cuando la vegetación te engullía. Las copas de los árboles eran tan altas que si una aeronave atravesaba el follaje era imposible verla. Un avión privado de dieciocho plazas se había estrellado en Borneo unos meses antes y no habían encontrado rastro de la nave ni de los pasajeros. Sobrevivir en la selva era prácticamente imposible: los cortes se gangrenaban, las heridas se infectaban, las sanguijuelas se adherían ávidas de sangre… Las lluvias torrenciales dejaban sin fuerzas, la ropa y los zapatos se pudrían por la humedad, la comida era escasa y la constante amenaza de los enormes ciempiés y de las cobras hacían de cada paso un peligro más.

Los poblados que había en la selva eran indígenas, escasos, pequeños y muy aislados. Todas las ciudades grandes de Borneo estaban en la costa, con la jungla a un lado y el mar al otro como vía de escape. Llegar andando a la ciudad más cercana podía llevar semanas, e ir en canoa por el río (con uno de los motores fueraborda que tanto escaseaban) llevaría días. Solo las pistas de aterrizaje estrechas y cortas, horadadas en la selva, ofrecían una salida rápida en caso de emergencia.

Jasper Lee, a los mandos del pequeño avión, envidiaba el aislamiento de aquellos poblados. Su idea de paraíso era estar a una semana de distancia en cualquier dirección de las ciudades llenas de prostíbulos, cines y alcantarillas atascadas por botellas de plástico. Bajó la vista hacia el ondulante dosel verde, salpicado por unos cuantos ejemplares de árboles *dipterocarpus* excepcionalmente altos que sobresalían entre el resto. Si seguía adelante con su plan, nunca más admiraría la exuberante belleza de Borneo, no volvería a escuchar el parloteo de los orangutanes ni el chillido estridente de un cálao bicorne. No volvería a ver una pantera nebulosa desapareciendo entre los árboles ni a seguir las huellas de un elefante pigmeo por el corazón de la selva. Jasper visitaba Borneo una última vez, alzando el vuelo en un avión alquilado; quería poner a prueba su determinación y se recordaba lo que estaba en juego.

El hermano pequeño de Alan Lee se sentó tras la mesa de su difunto hermano y sonrió. Era un hombre delgado, elegante, impecablemente vestido. La mesa era enorme, demasiado grande para el heredero, de una madera tan pulida que parecía un espejo. Encima solo había

un teléfono, un PowerBook Macintosh con el logotipo de Apple resplandeciendo enigmáticamente y un bloc de notas con una pluma Mont Blanc al lado. Las paredes color crema de la habitación estaban vacías salvo por un par de obras de arte de destacados artistas malayos: un caótico cuadro de Ibrahim Hussein dominaba una pared, y había un sofá y de un par de sillas en un rincón del gran despacho para charlas de negocios más informales.

Lee Kian Min era un hombre feliz. Había esperado mucho tiempo para poner los pies bajo la mesa de su padre, que después había sido la de su indigno hermano. Trabajó duro y se esforzó en aprender los entresijos del negocio mientras sus hermanos mayores se dedicaban a perseguir orangutanes y mujeres, respectivamente. Los despreciaba por su debilidad y los envidiaba por ser los herederos. Pero siempre supo que llegaría su oportunidad.

Cuando Jasper Lee se desvinculó de la familia y el patriarca casi muere del disgusto, Kian Min tuvo la certeza de que su momento había llegado; pero su padre decidió, a pesar de las dudas, que Alan tomara el relevo. Kian Min estaba desolado, pero en lugar de marcharse como Jasper, se quedó, trabajó en la sombra e hizo que la empresa sobreviviera. Cuando su padre murió continuó haciendo lo mismo. Permitió que Alan interpretara el papel de magnate de la madera mientras él controlaba discretamente el negocio. Aprendió a ser paciente, a esperar el momento adecuado, a ocultar su ira cuando Alan hacía una de sus visitas esporádicas a las oficinas de la empresa. Y ahora tenía su recompensa: la empresa era suya, y pensaba saborear cada instante detrás de la gran mesa.

El inspector Singh se reunió con el sargento Shukor en la entrada del Ritz Carlton. Había retrasado su partida argumentando que no podía soportar más atascos y el sargento se había tomado el aplazamiento con filosofía. Ahora, saciado por el bufé del desayuno del hotel y con la barriga presionando su camisa, el inspector se sentía con energía y listo para zambullirse de lleno en el caso.

—Lléveme a la morgue —ordenó.

—¿A la morgue, señor?

—Sí, quiero conocer a Alan Lee.

—Tengo el informe de la autopsia si prefiere verlo.

—Ya lo he leído. ¡Quiero conocer a Alan Lee!

Se abrieron paso hasta el hospital y aparcaron a distancia del edificio principal. El aparcamiento estaba atestado de coches, la mayoría de la marca Proton. El Proton, coche nacional de Malasia, se había apropiado de una gran parte del mercado del automóvil malayo gracias a una combinación de subvenciones e impuestos, lo que implicaba que muchos pacientes demasiado pobres para pagar un seguro de salud privado podían ir en coche a un hospital público para recibir su tratamiento subvencionado. También implicaba que Malasia estuviera siendo asfaltada con urgencia para construir nuevas carreteras por las que circular. Al parecer, cuando una persona tiene un coche «necesita» ir a algún sitio a hacer algo, reflexionó el inspector. Los días en que la vida discurría a un agradable ritmo de *kampung*, de pueblo, habían quedado atrás. Ahora los malayos andaban por ahí, a toda velocidad en coches baratos tuneados, buscando un sitio a dónde ir. Su destino favorito era algún «megacentro comercial» de hormigón, tipo búnker.

Los dos policías dejaron atrás un montón de coches que se diferenciaban por los cristales tintados, los parachoques enormes y los tapacubos deportivos. La sala de espera principal del

hospital estaba llena de gente: los alegres visitantes de los enfermos leves y los angustiados familiares de los moribundos. La morgue era difícil de encontrar, una característica de diseño común a los hospitales de todo el mundo. ¿Tal vez para ocultar su destino final a aquellos que estaban más cerca de él?, pensó distraídamente el inspector. Singh no pudo evitar pensar que, en un hospital, era mejor disimular la proximidad de la muerte y esconder sus cuerpos. Señalizar la morgue a los pacientes no ayudaba a un buen estado de ánimo para la recuperación. Sería el equivalente médico al «abandonad toda esperanza, quienes aquí entráis»3.

Un fibroso camillero del hospital vestido con un holgado uniforme verde devolvió al inspector Singh al presente. Estaba tratando de abrir el cajón de acero en el que se encontraba Alan Lee, y con el estrépito con el que se abre una botella de champán, se abrió el cajón. El camillero sonrió triunfante y sudoroso, con unos dientes negros y podridos. Un paquete de cigarrillos asomaba en su bolsillo superior y un ligero olor a tabaco sugería que trabajar ocupándose de los muertos no le disuadía de un hábito que aceleraría, sin duda, su llegada a los cajones. La imagen de un par de pulmones enfermos en el paquete de cigarrillos (la última de una larga retahíla de advertencias sanitarias impuestas por el Gobierno) parecía superflua en tales circunstancias. Singapur había impuesto la misma advertencia sanitaria y el inspector Singh, asqueado por las imágenes de los órganos enfermos, transfería cuidadosamente los cigarrillos de cada paquete que compraba a uno viejo y roñoso en el que solo había una advertencia verbal. Había cambiado de hábitos sí, pero solo para evitar que lo aleccionaran gráficamente. El camillero estaba hecho de una pasta más dura.

El policía centró su atención en el cadáver. Se trataba de un cuerpo sin sangre, amarillo y con la piel seca, los labios fruncidos y los ojos cerrados. Entre los cuatro pelos oscuros que tenía en el pecho se apreciaba con claridad el agujero de entrada de la bala, así como las quemaduras de pólvora alrededor de los bordes.

—Debió de dispararle casi a quemarropa alguien que estaba justo delante de él —señaló el inspector.

—¿Cómo lo sabe, señor? —preguntó el joven sargento.

—No habría quemaduras de pólvora si la bala hubiera recorrido más distancia. Además, las quemaduras de la herida son homogéneas y eso significa que la bala entró recta. De otra forma las quemaduras serían asimétricas, estarían más hacia un lado que hacia el otro.

—¿Qué más puede deducir, inspector? —preguntó el sargento tratando de ignorar su creciente malestar: Alan Lee no tenía buen aspecto.

El inspector le sonrió con empatía.

—Su primer fiambre ¿eh? Recuerdo el mío hace unos treinta y cinco años más o menos. Una mujer asesinada por un novio celoso, tenía la cara azul e hinchada y las marcas del estrangulamiento en forma de mariposa. El primero nunca se olvida.

Volvió a concentrarse en el cadáver y continuó.

—Yo diría que la persona que lo mató lo conocía. El asesino debió de interceptarlo, habló con él y le disparó; estaban frente a frente cuando sucedió, Alan Lee no esperaba una agresión porque habría estado alerta y difícilmente habría sido un disparo tan limpio.

El sargento Shukor le dio la razón asintiendo con la cabeza, cautivado por su análisis.

—Además, creo que el que disparó era un aficionado… no un profesional.

Shukor se sorprendió.

—Solo un aficionado le habría disparado al pecho. Habría sobrevivido si la bala no hubiera

impactado directamente en el corazón, el esternón podía desviarla… y si hay una rápida intervención médica, es poco probable que un pulmón perforado sea mortal. No, un profesional siempre elige el tiro en la cabeza. A menos, claro, que fuera un profesional fingiendo ser un aficionado. —Su risa resonó en la fría sala—. Eso es lo que hace que este trabajo sea tan interesante.

Shukor sonrió.

—¿Y ahora a dónde vamos, señor? —preguntó.

—Volvemos con la bella viuda.

—Existe la posibilidad de que el tribunal de la *sharía* interne a los niños en un centro de acogida —dijo el inspector con crueldad.

Al principio creyó que no había logrado atravesar la espesa bruma del aislamiento de Chelsea Liew, pero ella levantó la vista y lo miró con sus ojos hundidos, sin pestañear.

—¿Qué está diciendo?

—Que es probable que el tribunal de la *sharía* decida hacerse cargo de ellos.

—Pero si están con mi madre.

—Ella no es musulmana.

—Y ellos tampoco.

El inspector se encogió de hombros.

—Son los hijos menores de edad de un hombre musulmán que los hizo musulmanes antes de morir.

A través de sus labios ajados, la acusada escupió; la saliva resbaló por su barbilla, tenía la boca demasiado seca para aquel gesto de rabia.

—¡No pienso dejar que se queden con mis hijos! —gritó.

Era la primera emoción que le mostraba. Aunque estaba encantado, disimuló su satisfacción.

—No podrá impedírselo estando muerta —replicó. Como ella no decía nada, él continuó —: y acabará muerta si no se defiende: sabe que la ahorcarán, el juez no tendrá elección si la declaran culpable de asesinato. —Ella asintió, más para sí misma que como respuesta a sus comentarios. El inspector insistió; empezaba a llegar a ella, socavando su muro protector para obtener una respuesta. Era cruel usar a sus hijos como herramienta para derribar sus defensas, Singh lo sabía, y observaba aquellos ojos grandes y asustados. No dudó en utilizar su ventaja —: No crea que habrá atenuantes, aunque la maltratara durante años el asesinato fue a sangre fría. —Chelsea guardó silencio y parpadeó como un animal salvaje acorralado. El inspector Singh continuó, esta vez más amablemente, la estrategia «poli bueno, poli malo» con un solo hombre—: Necesita proteger a sus hijos… y yo puedo ayudarla.

—Estoy agotada, no quería seguir peleando, además ¿quién iba a creer que yo no lo había matado? Después de lo que me hizo, después de que intentara arrebatarme a mis hijos… —susurró Chelsea, antes de hacer una breve pausa— Y creía que si no decía nada dejarían a los niños en paz, que olvidarían todo ese asunto del islam… no puedo creer que sigan intentando llevarse a los niños. ¡Él ya está muerto, por el amor de Dios! —añadió con amargura.

Singh aprovechó la coyuntura.

—¿Lo mató usted? —preguntó.

Ella lo miró como si lo estuviera viendo con nuevos ojos.

—Yo no lo maté —aseguró con firmeza—. El inspector la miró con escepticismo. —No lo maté aunque merecía morir mil veces.

—¿Y por qué no lo mató, si eso era lo que sentía?

El sargento Shukor, que permanecía de pie y en silencio, no daba crédito. ¿Aprobaba el asesinato como solución a los problemas maritales?

Chelsea Liew pareció tomarse la pregunta muy en serio.

—La verdad es que me lo planteé —reconoció.

—¿Y por qué no lo hizo?

Ella sonrió con ironía. La primera emoción que demostraba, aparte de la rabia.

—¿Porque alguien se me adelantó? No, no le maté porque no quería acabar aquí, así… separada de mis hijos.

Singh asintió.

—Bueno, pues quien haya matado a su marido le ha hecho un flaco favor. Tendrá que ayudarme a descubrir quién lo hizo si quiere salir de aquí.

Ahora fue ella la que asintió.

El inspector Singh podía vislumbrar un atisbo de la mujer que había luchado contra su poderoso marido con uñas y dientes por la custodia de sus hijos. Podía ver a la mujer que había tenido el valor de enfrentarse a todo el sistema malayo y de cuestionar la conversión al islam de su marido. Pero ¿la habría llevado esa misma fuerza a matar a su marido cuando el resto de vías se habían convertido en callejones sin salida?

—¿Por qué seguía con él? —le preguntó.

Una vez más, su lúgubre sentido del humor hizo acto de presencia.

—¿Me ve aquí sentada y me pregunta eso? —Singh curvó ligeramente los labios en una sonrisa involuntaria, a modo de respuesta. Ella suspiró y siguió hablando—. Al principio estaba enamorada de él, aunque no lo crea. Yo era muy joven cuando nos casamos, veintiún años, y estaba deslumbrada. Cuando leía los periódicos y las revistas pensaba que, por una vez, no necesitaban exagerar: de verdad se trataba de un cuento de hadas. Un hombre rico que conocía a una chica pobre y bella, la colmaba de regalos y flores, la llevaba de vacaciones a lugares exóticos y la trataba como una reina. Qué ingenua fui.

—¿Y después? —preguntó el inspector cuando ella se calló, perdida entre sus recuerdos.

—Empezó a pegarme… incluso cuando estaba embarazada.

Tomar conciencia de lo que su marido había sido capaz de hacer aún la estremecía.

—¿Por qué no lo abandonó entonces?

—No lo sé. ¿Por qué las mujeres no abandonan a sus maridos? Leía todas esas revistas femeninas, llenas de buenos consejos para las mujeres atrapadas en relaciones violentas. La verdad es que no me daba cuenta de que yo era una de ellas; recuerdo pensar que, aunque me pegara de vez en cuando, yo no era una de esas mujeres maltratadas. Claro que, en realidad, el mío era un caso evidente. La negación era por mi propio bien, por mi autoestima, por el bien de los niños. La verdad es que no lo sé. Alan —era la primera vez que usaba el nombre de su marido y tomó nota de ello— siempre tenía alguna excusa: o estaba estresado por el trabajo y había estallado, o yo había estado demasiado tiempo hablando con algún hombre en una fiesta… Después siempre se disculpaba, me traía regalos, me sacaba por ahí, lloraba de arrepentimiento. Dudaba de mí misma, puede que de algún modo fuera culpa mía. Parecía un buen hombre cuando me casé con él, quizá yo era una esposa terrible, una mujer malvada y lo había convertido en alguien horrendo. A lo mejor era una zorra que iba por ahí hablando con

hombres en las fiestas. —Levantó la cabeza con cierto orgullo—. Ahora cuesta creerlo, pero hubo un tiempo en que los hombres querían estar conmigo.

Él la miró. El pelo recogido, pálida, con las mejillas hundidas, desafiante, mirándolo a los ojos, retándolo a poner en duda que el despojo humano que era ahora había sido en su día una supermodelo.

—Seguro que los hombres seguirían queriendo estar con usted si saliera de esta prisión —comentó él.

Ella se ruborizó. Un matiz rosado (el primer color que veía en ella) tiñó su piel translúcida.

—¡Bah! Todos periodistas, seguro.

El inspector notó que empezaba a sentir un compromiso auténtico con el bienestar de esta mujer.

Unos golpes en la puerta pusieron fin a la conversación, era hora de que regresara a la celda.

Los dos policías, el joven y el viejo, permanecieron de pie delante de la prisión. El inspector entornó los ojos para protegerse del sol; el sargento Shukor sacó unas gafas del bolsillo y se las puso: unas lentes negras envolventes, como de esquiador, que le hacían parecer peligroso y más competente. El inspector intentó recordar si alguna vez había tenido tanta pinta de policía profesional como ese muchacho; lo dudaba mucho. Bajó la vista hacia sus zapatillas de deporte y tuvo que inclinarse para poder ver más allá de su enorme barriga. Estaban realmente sucias tras varios días de exposición al polvo y la mugre de Kuala Lumpur.

Miró a su alrededor. Daba la impresión de que en esa ciudad los contratos de mantenimiento y paisajismo se adjudicaban a las empresas por sus contactos y no por su competencia. La acera en la que se encontraba había sido repavimentada con baldosas de diferentes formas que simulaban diseños florales. La mayoría de ellas estaban agrietadas y faltaban algunas que estaban mal colocadas o que se habían levantado debido a la intensidad del sol.

Era imposible caminar y pensar a la vez, había que estar concentrado en todo momento para no torcerse un tobillo. En lugar de árboles frondosos que dieran sombra había palmeras plantadas a intervalos regulares: era una incorporación reciente, estaban apuntaladas con tablones de madera y tenían guirnaldas de luces enroscadas alrededor de los troncos; el cableado hacía que pareciera que los árboles estaban a punto de morir electrocutados.

El inspector suspiró y pateó un pedazo roto de acera que sobresalía.

—¿De quién habrá sido la brillante idea?

El sargento Shukor se encogió de hombros, un gesto de resignación que la anchura de estos reforzó. No sería él quien defendiera las aceras rotas, no iba a jactarse del orgullo patrio en esos momentos, sobre todo cuando se acababa de dar un golpe en un dedo del pie.

Aun así, el inspector pensaba que Kuala Lumpur tenía cierto encanto, aunque no sabía definirlo exactamente. Puede que fuera por la sensación de libertad o incluso de anarquía que le faltaba a Singapur. O quizás se trataba de la falta de respeto por la autoridad, de la ausencia de espacio físico, de la imposibilidad de dar un paso atrás y disfrutar de un momento de tranquilidad.

Los singapurenses siempre estaban ampliando la lista de razones (por si aparecía algún malayo) por las que era mucho mejor vivir en la isla que en la península: desde la ley y el

orden hasta la limpieza, desde la transparencia del Gobierno hasta la calidad de las escuelas, y siempre acababan resaltando la fortaleza económica de Singapur.

Finalmente, el malayo acababa asintiendo como si estuviera de acuerdo con los puntos expuestos y se encogía de hombros para indicar que, aunque pudiera, nunca intercambiaría su pasaporte con el singapurense. Y si lo presionaban para que diera alguna razón recurría a esa vieja historia que en cierto modo parecía resumir todo lo negativo de Singapur: «Pero vuestro Gobierno os prohíbe mascar chicle». Dos en uno, el Estado paternalista y el Estado policial.

Singh regresó a la cuestión que tenía entre manos.

—Vale, empecemos por el principio. Si Chelsea no mató a su marido ¿quién lo hizo?

—¿Usted la cree, señor?

—Sí —respondió en inspector Singh con firmeza.

Shukor suspiró. Se olía los problemas. Que un torpe policía de Singapur metiera las narices en un caso prácticamente cerrado era lo último que el inspector Mohammad quería cuando le encomendó hacer de niñera. A él le caía bien aquel policía singapurense: era sincero, directo y parecían importarle las personas. No eran números para él. Pero esa obsesión con la inocencia de Chelsea no tenía sentido, solo tenían su testimonio para seguir adelante. ¿Era suficiente para convencer al experimentado policía? Le precedían la reputación de buen detective y la reputación de hacer lo que le venía en gana. No se habría ganado ninguna de las dos siendo un ingenuo.

Singh interrumpió sus cavilaciones.

—¿Y bien? ¿A quién más tenemos?

—Ni idea, señor —respondió Shukor.

—Vale. Entonces hay trabajo que hacer. Descubramos quién asesinó a Alan Lee.

Capítulo 6

El almuerzo de la familia Lee había evolucionado a lo largo de los años. Lo habitual en los viejos tiempos, cuando el patriarca Lee presidía la mesa, era el copioso banquete típico de los chinos, grandes amantes de la comida. En su día, el viejo Lee solía llegar a casa a la hora de comer en una limusina con chófer (una de esas Mercedes Benz adoradas tanto por el estatus que conferían como por su robustez); una de sus dos esposas había cocinado y se servían muchos platos, todos pensados para favorecer la salud integral y el bienestar. El uso de hierbas para la longevidad y de polvos comprados en la botica —seleccionados entre las hileras de tarros que había detrás del mostrador, tras una escrupulosa consulta, y combinados correctamente— aportaba al cuerpo el equilibrio adecuado de elementos.

Chelsea Liew, que pertenecía a otra generación, solía almorzar un sándwich que la empleada doméstica elaboraba cuidadosamente —de atún mezclado con cebolla y ajo bien picados, con un poco de zumo de lima por encima— o tal vez un bocadillo vegetal caliente —de berenjena y calabaza sacadas del horno en el punto perfecto de cocción, crujientes por los bordes, con una pizca de semillas de sésamo y servidas entre dos rebanadas de pan integral— algo que no tenía nada que ver con las comidas de su infancia, a base de *congee* 4 con anchoas fritas.

Alan Lee almorzaba en alguno de los restaurantes caros de Kuala Lumpur, por ejemplo un buen *dim sum* 5 en el restaurante chino del hotel Mandarin Oriental, con vistas a las torres Petronas, hasta hacía poco los edificios más altos del mundo (ahora superados por el equivalente de algún otro país con grandes ambiciones). O comía algún plato occidental para demostrar al mundo que no solo tenía dinero sino también clase, como ponían de manifiesto sus gustos cosmopolitas. Incluso la *nouvelle cuisine* francesa era accesible para la nueva élite de Kuala Lumpur. Atrás quedaban los días en los que el único plato «occidental» disponible era la chuleta con patatas del café Coliseum, en Jalan Tuanku Abdul Rahman. A pesar de ello, muchos de los miembros de ese club selecto y adinerado hacían una parada en algún puesto callejero cuando volvían a la oficina para completar la comida con un *laksa* 6 o un *roti chanai* 7. Ni el propio Alan Lee evitaba hacer más contundente su almuerzo con un paquete de fideos comprado de regreso a su oficina.

Kian Min, adicto al trabajo, comía poco y normalmente lo hacía en su mesa. Su secretaria le compraba algo antes de su pausa para el almuerzo. Hacía tiempo que había renunciado a intentar averiguar qué era lo que él quería o lo que le gustaba. Ahora se lo compraba en una

zona de restaurantes cercana, y lo elegía por la longitud de las colas de los puntos de venta. A Kian Min le daba igual comer un filete de cordero correoso, un *arroz biryani* 8 aceitoso o unos fideos fritos.

Los hábitos alimenticios de la familia Lee Habían cambiado mucho últimamente. Chelsea estaba en la cárcel picoteando arroz blanco asqueroso con una salsa de carne imposible de identificar. A los dos hijos menores de Alan y Chelsea les servían cuencos de *congee* con finas lonchas de jengibre y pasteles de pescado; el mayor, Marcus Lee, se negaba a almorzar porque tenía resaca.

Jasper Lee, que ya había vuelto de su visita en avión a Borneo, se encontraba en una cafetería china. Su presupuesto era reducido y había dejado atrás su antiguo estilo de vida cuando renunció al negocio familiar. Estaba sentado en un taburete, delante de una mesa marrón de formica; las banquetas de cuatro patas eran de Ikea, cuyos taburetes de aluminio con asientos de plástico de colores eran más baratos que los de ratán o madera que solían adornar los restaurantes baratos. Jasper hizo un paréntesis para lamentar una baja más de la globalización que había pasado desapercibida y que nadie echaba de menos, aunque afectaba en parte al encanto que antiguamente solían tener los puestos de comida, incluso los que eran tan cutres como aquel.

El olor del *char kway teow* 9 frito y las llamas que se elevaban alrededor del wok que estaba sobre un hornillo conectado por un tubo de goma a una bombona de gas, desencadenaron una explosión de jugos gástricos en su estómago y una puñalada de acidez que le atravesó el pecho. La comida y un vaso de zumo de soja frío con hielo le saldrían por menos de cinco ringit. Jasper la iba a disfrutar mucho más que los platos cocinados con especies en peligro de extinción y con nombres vergonzosamente poéticos, que ofrecía cualquier restaurante chino exclusivo y caro.

El cocinero se secó el sudor de la frente y unas cuantas gotas cayeron en el wok, chisporroteando sobre los bordes calientes.

—¿Con extra de chile? —preguntó a Jasper.

Cuando asintió, extrajo un montoncito con una espátula de un gran recipiente de plástico y lo añadió.

Jasper lo engulló con entusiasmo. Antiguamente no habría sido capaz de comer bajo tanta presión como la que soportaba ahora, pero los años que había pasado en soledad le habían enseñado que dejar de comer no hacía más que agravar la naturaleza del problema al que se enfrentaba. Apartó los mejillones en el plato; uno de ellos se le coló y le llenó la boca con su rancio sabor metálico, parecido al regusto cálido y herrumbroso de la sangre. Estuvo a punto de atragantarse y lo escupió a medio masticar.

Una gata salió de la alcantarilla en la que esperaba una ocasión como aquella. Preñadísima, con unas mamas enormes que casi rozaban el suelo y unas costillas que se veían a través del pelaje sarnoso, aquella gata no era diferente a centenares de animales callejeros que vivían en los alrededores de los patios de comida, peleándose por las sobras mientras esquivaban la patada de algún cliente enfadado. Jasper se apiadó del animal, puso el dinero debajo del vaso vacío y dejó caer la comida al suelo. La gata no esperó a que se levantara para lanzarse a comer, era una madre apremiada por la necesidad de cuidar de sus crías a punto de nacer.

La escena le hizo pensar en Chelsea, la esposa de su hermano. No resultaba difícil creer

que hubiera matado a su hermano para proteger a sus hijos y no sentía ira hacia ella. Se preguntó qué habría almorzado; no sabía cómo era la comida de las cárceles malayas. Se estremeció, armándose de valor. Ya había tomado una decisión y no había vuelta atrás.

Su padre lo había tachado de inútil y de desleal cuando abandonó el hogar familiar. Siempre había sentido que esas acusaciones tenían una parte de verdad y por eso habían sido tan difíciles de soportar. Puede que su postura ejemplar respecto al negocio familiar, su deseo de lavarse las manos de lo que él consideraba dinero sucio, riqueza sucia, tuviera que ver con su incapacidad para estar a la altura de las expectativas de su padre. Era más fácil marcharse que admitir el fracaso.

Ahora huiría si pudiera.

—Vamos a empezar por el principio y a hacer las cosas a la antigua usanza —dijo el inspector Singh.

Shukor se aventuró a adivinar. Estaba empezando a entender las crípticas referencias del policía.

—¿Se refiere a quién sale ganando con la muerte de Alan Lee?

—Sí.

—No ha salido a la luz ningún testamento.

—¿Entonces los niños se quedan con todo? ¿Cuántos años tienen?

—El mayor diecisiete, los otros doce y siete.

—Tres chicos, ¿eh? Supongo que al mayor le vendría bien algo de dinero extra si su padre le daba lo justo. —El inspector no parecía muy convencido de su argumento.

—Es más complicado que eso, señor —dijo Shukor.

—¿Qué quiere decir?

—Si finalmente deciden que murió siendo musulmán, las leyes islámicas de intestados no son iguales que para los no musulmanes.

Singh puso los ojos en blanco.

—Dígamelo claramente. ¿Quién se quedaría con la increíble fortuna de Alan Lee según la ley islámica?

—A decir verdad señor, lo desconozco. Pero creo que se repartiría entre toda la familia: los hermanos, los hijos, puede que incluso Chelsea.

—No volvamos a sacar a Chelsea, le sobran los motivos pero ¿los hermanos podrían beneficiarse?

—Lo consultaré con un abogado señor… pero probablemente sí. —El inspector Singh se quedó pensativo—. Hay algo más, señor —añadió Shukor, tímidamente.

—¿Algo más? ¿De qué se trata esta vez?

El joven sonrió.

—La participación familiar en Maderas Lee… El padre la incluyó en un fideicomiso y Kian Min es el heredero después de Alan.

—¿Qué?

—Que Kian Min es el heredero de Maderas Lee, señor. Solo el resto de la fortuna, el dinero en efectivo, las propiedades y esas cosas se dividen entre toda la familia.

—¿Sabe una cosa, Shukor? Yo diría que Lee Kian Min tenía un motivo de peso para cargarse a su hermano.

Jasper Lee se dirigió a su cita concentrándose en el aquí y el ahora. Caminó por la acera con sus zapatos polvorientos, mirándose los pies mientras daba un paso tras otro. Se dio cuenta de que avanzaba con pasos rápidos y cortos, y conscientemente redujo la velocidad; no había ninguna prisa. Se fijó en las bolsas de plástico y en las latas acumuladas alrededor de los troncos de los árboles. Prestó atención a las bocinas que retumbaban a su lado en la carretera. Observó a los pasajeros con interés, sus expresiones de frustración y enfado por el atasco en el que se encontraban. El humo de los coches en marcha sin ningún lugar a donde ir le hizo sentirse mareado. Respiró hondo. Ni el aire perfecto del amanecer de las profundidades de las selvas de Borneo le había infundido tantas ansias de vivir como el olor a monóxido de carbono aquella tarde. Los rayos de sol del atardecer que se filtraban entre las hojas de la selva y lo convertían todo en oro, no le resultaban tan cautivadores como el sol abrasador vespertino sobre su cabeza desnuda.

Jasper entendía ahora a qué se referían los que decían que la vida pasaba ante sus ojos. En su caso no era tanto su vida como una sucesión de los momentos más destacados. Curiosamente no estaba contemplando ni reviviendo su pasado. Eran las sensaciones asociadas a los momentos importantes las que lo estaban invadiendo: oyó el portazo a sus espaldas al salir de casa por última vez, olió el perfume de la mujer a la que amaba el día que la conoció, sintió el viento revolviéndole el pelo mientras pilotaba su pequeño avión por encima de la selva. Era un mosaico de emociones y de experiencias, una recompensa por estar haciendo lo correcto.

Jasper Lee entró en la comisaría de Bukit Aman y carraspeó para llamar la atención del sargento de guardia, que estaba inmerso en las páginas deportivas del diario sensacionalista de la tarde. Sobre la mesa que tenía delante había un paquete de arroz con *curry* a medio comer envuelto en hojas de banano y papel de periódico, atado con una goma. El policía desvió la atención del periódico y levantó la vista.

—¿Sí? —preguntó malhumorado.

—He venido a confesar el asesinato de mi hermano Alan Lee —declaró Jasper Lee con firmeza, sin titubear.

Capítulo 7

El joven de ascendencia mixta se miró en el espejo de cuerpo entero con marco de teca situado en la parte más luminosa de la habitación. A Ravi le gustó lo que vio: los vaqueros lavados a la piedra (comprados así, nunca desgastaba tanto una prenda), de cintura baja, ajustados en las caderas y deshilachados en las rodillas realzaban sus piernas… una camisera negra y un cinturón ancho con una hebilla cuadrada muy masculina, el pelo cortado al ras de su cabeza bien formada. Tenía buen aspecto, le gustaba cuidarse: la piel, el pelo, la ropa. Entrenaba a diario en un gran gimnasio con paredes de cristal y se aseguraba de parecer natural: solo él sabía lo que costaba ese aspecto descuidado.

Mientras admiraba su imagen, no lograba entender por qué Chelsea no había querido verlo, se había arriesgado mucho al preguntar por ella. Nadie sabía nada de él ni de la relación que tuvieron pero ella había rechazado su visita. Un policía le había dado la noticia con una sonrisilla burlona: la reclusa se había negado a recibirlo.

Ella también le había rechazado al principio, pero había jugado bien sus cartas… Él, Ravi, era un experto en la psicología de las mujeres ricas y solitarias. Mantuvo la distancia física, trató a Chelsea con la cortesía amable de la vieja escuela, escuchaba sus relatos con empatía, no antepuso sus necesidades a las de ella. Y finalmente empezó a hablar con él, a desahogarse, a comunicarse. Como suponía —con las otras mujeres maltratadas a las que conoció fue muy similar— no estaría dispuesta a acostarse con él hasta empezar a abrirse: la comunicación era el compromiso y el sexo era la recompensa para los hombres que se ganaban su confianza.

Su relación era muy discreta y el marido nunca sospechó; Alan Lee se había confiado creyendo que las palizas someterían a su mujer. Era fácil organizar citas secretas cuando los niños estaban en el colegio, entre las compras, las idas y las venidas. Tenía a Chelsea donde quería: entregada en términos de consuelo emocional y de placer físico. Los pequeños regalos que ella le hacía se habían convertido en propinas en metálico.

Pero lo que más le cabreaba era que ella rompió el contacto con él cuando comenzó la batalla por la custodia. Él había insistido en que serían más discretos aún y que nadie se enteraría de su relación, pero ella se mantuvo firme: no pensaba dar munición a su marido para la guerra por sus hijos. Ella, que estaba alegando adulterio para conseguir el divorcio y la custodia, no estaba dispuesta a que la pillaran, literalmente, con el culo al aire. Ravi esperaba que el cántaro volviera a la fuente unas cuantas veces más. Y si no era así no pasaba nada, sabía cuándo soltar amarras y retirarse… había muchas mujeres ricas y solitarias en Kuala

Lumpur.

Pero asesinaron a Alan Lee. ¡Qué momento de euforia! Sonrió al recordar su efímero entusiasmo. Escribió a Chelsea declarándole su amor eterno, augurando un futuro en común, hablándole de su deseo de convertirse en el padre de sus hijos. Ella no respondió, pero él no se había preocupado porque sabía que estaba muy ocupada y que había sido extremadamente prudente durante los juicios del divorcio y de la custodia como para haberlo reemplazado. Con su marido fuera de juego, él pronto volvería a acercarse a ella, a su cama y, con un poco de suerte, al matrimonio: su pasaje a la gran vida.

No entendía nada cuando detuvieron a Chelsea por asesinato, no podía ser. Iban a colgar del cuello a su gallina de los huevos de oro y, además, ella no quería verlo. Dio una patada a la cama muy frustrado y rayó uno de sus botines. Cogió un trapo, se sentó y comenzó a sacar brillo a la muesca con movimientos circulares muy precisos.

El móvil del sargento Shukor empezó a sonar y cogió el teléfono con la mano izquierda. Todavía tenía la mano derecha manchada por meterla en el *roti telur* 10 y el *curry dhal* 11 que estaba comiendo sentado enfrente del inspector Singh. La mesa era tan pequeña que entre las rodilleras de sus pantalones se estaba generando electricidad estática. El inspector ignoró las contorsiones de su compañero malayo intentando responder al teléfono y limpió el plato con el último trozo de *thosai*, un pan indio hecho con arroz y harina de lentejas. Se había comido tres raciones sin mediar palabra; el sargento asentía con la cabeza mientras escuchaba al hombre que estaba al otro lado de la línea. Agitó la mano en el aire para pedir la cuenta y el inspector lo fulminó con la mirada y le indicó con un cortante movimiento de cabeza que no se precipitara… Le apetecía algo de postre.

Pero su subordinado dio unos golpecitos al teléfono: el mensaje no podía esperar. El inspector Singh sacó un puñado de ringits del bolsillo y los lanzó sobre la mesa cuando llegó la cuenta. Se despidió del viejo punyabí de larga barba blanca (como la nieve) con una inclinación de cabeza y salió con Shukor al sol abrasador, parpadeando mientras se le humedecían los ojos por la intensidad de la luz. Estaban cerca de la mezquita de Masjid Jamek o Jamek, construida en la confluencia de dos ríos que parecían desagües: eran pequeños, de color marrón fangoso y con los márgenes de hormigón. Todo el romanticismo ligado a su presencia en el corazón de Kuala Lumpur se había perdido por la necesidad de canalizarlos para evitar desprendimientos. Pero la mezquita era un edificio bellísimo, de proporciones perfectas y estilo árabe.

El sargento Shukor se detuvo con los labios fruncidos y las manos en las caderas.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —preguntó el inspector.

—Ha habido una confesión.

—¿Una confesión? ¿Chelsea ha confesado? —A Singh se le cayó el alma a los pies, qué equivocado estaba con ella.

—No, ella no, ¡el hermano! Jasper Lee acaba de confesar.

—¿De confesar qué?

—¡El asesinato de su hermano!

—Pero ¿por qué? ¿Por qué mató a Alan Lee?

—¿Y yo qué sé? —exclamó el joven policía—. Vamos a descubrirlo.

Ahora la policía malaya tenía a dos personas en la cárcel por el asesinato de Alan Lee y el inspector Singh estaba furioso.

—¿Por qué no pueden soltarla? —preguntó enfadado.

—Debería entenderlo, inspector. No podemos soltarla hasta que el fiscal retire los cargos o el juez archive el caso. El fiscal no puede archivarlo todavía porque desconoce los detalles de esta nueva confesión. ¿Y si Jasper Lee y la viuda actuaron juntos?

—¡No sea ridículo! —le espetó el inspector.

El inspector Mohammad se encogió de hombros.

—Vale, ¿y por qué el juez no ordena su liberación?

—Por las vacaciones, me temo —respondió lacónicamente.

—¿Qué?

—El juez está de vacaciones.

El inspector Singh dio una patada a la mesa. Aquello era el colmo de la grosería para su homólogo malayo, pero el singapurense no fue capaz de reprimir su frustración. Chelsea Liew era inocente pero no querían soltarla.

—¿Y solicitando otra vez la fianza?

—Creo que su abogado está en ello. Yo no me preocuparía, Singh, pronto estará fuera.

A Singh se le quitaron las ganas de pelear, conocía la burocracia policial mejor que nadie, siempre estaba empantanado por el papeleo. La policía malaya no iba a librarse después de encarcelar a una hermosa madre con tres hijos mientras el asesino seguía suelto. No iban a empeorar las cosas actuando precipitadamente, tendría que tomárselo con filosofía. Y lo más importante: Chelsea Liew debía tomárselo con más filosofía aún hasta que la soltaran.

El inspector Mohammad observó a su compañero singapurense con interés.

—Usted estaba convencido de que era inocente, ¿verdad? Incluso antes de que el hermano confesara.

El inspector Singh asintió.

—¿Por qué razón? ¿En qué se basaba?

Singh reflexionó; el policía le estaba haciendo una pregunta y de verdad quería saber por qué estaba tan convencido de que Chelsea era inocente cuando todo indicaba lo contrario.

—No sé si estaba convencido, a decir verdad —respondió por fin—. Pero ella era tan fuerte y parecía tan… íntegra, que decidí creerla y buscar otras opciones. Y al parecer había unas cuantas, aunque nunca sospeché de Jasper.

Mohammad asintió afligido.

—Bueno, creo que le debo una disculpa. Yo estaba seguro de que había sido ella. Me temo que no levanté muchas más piedras.

Le honraba reconocerlo y el respeto de Singh hacia él aumentó. Estrechó la mano del malayo y se dio cuenta de que ya no había nada que le impidiera coger un taxi al aeropuerto y subirse a un avión para volver a Singapur. El trabajo estaba hecho, aunque sin ninguna aportación real por su parte. Lo habían enviado para que Chelsea recibiera un trato justo y el resultado había sido incluso mejor: la pondrían en libertad; sus superiores en Singapur tendrían que encontrar otra forma para obligarlo a prejubilarse. Iba a pedir a Shukor que lo llevara al aeropuerto pero lo pensó mejor: se quedaría unos días más, sentía curiosidad por ver cómo acababa el asunto.

El inspector Mohammad, con esa perspicacia que Singh advertía, adivinó su reticencia a marcharse de inmediato.

—¿Le gustaría estar presente en el interrogatorio de Jasper Lee? —le preguntó.

Era una rama de olivo para el oficial de policía de Singapur y el inspector Singh se aferró a ella de inmediato. Los hombres partieron hacia el laberinto de las celdas de detención. No le extrañaba que alguien encerrado allí confesara cualquier delito. Lo difícil de entender era por qué Jasper Lee, un hombre libre, había decidido entrar voluntariamente en ese lugar.

Aunque era el interrogatorio de Jasper Lee, él no estaba aportando gran cosa. Los policías malayos eran insistentes, se repetían a sí mismos, exigían respuestas, le recordaban que se estaba poniendo la soga al cuello. Pero el asesino confeso se mostraba impasible, parecía que aquel empeño le hacía cierta gracia.

—Ya les he dicho que yo lo maté, le disparé en el pecho. ¿Qué más quieren? —repitió.

—¿Qué arma usó?

—¿Usted qué cree? —preguntó Jasper con insolencia—. Pues una pistola obviamente.

—¿Qué tipo de pistola?

—¿Y yo qué sé? De las de apuntar y disparar.

—¿Cómo la consiguió?

Jasper se encogió de hombros.

—Uno puede comprar esas cosas si quiere.

Su indiferencia estaba empezando a irritar al policía que hacía las preguntas. El inspector Singh pensó que de no estar él quizá ya se habrían planteado darle una paliza. Entendía que pudieran sentir la tentación de hacerlo porque ese hombre, que estaba confesando voluntariamente un asesinato (y que parecía divertirse), era muy impertinente. O puede que estuviera menospreciando a la policía malaya. Pero no se imaginaba al pacífico sargento Shukor pegando a un prisionero, y el inspector Mohammad era el caballero más correcto que Singh había conocido: la idea de que maltratara a alguien resultaba ridícula. Por otra parte, Singh se recordó a sí mismo que este era el país en el que un policía de alto rango había puesto un ojo morado al viceprimer ministro. Tampoco había que confiarse.

El inspector observó a Jasper con curiosidad: en todos sus años de experiencia no había conocido a un asesino confeso que disfrutara tanto de su papel. Jasper Lee seguía vestido de calle porque, a pesar de su confesión, todavía no lo habían condenado. La policía prefería interrogarlo antes dada su inesperada aparición en escena. Era un hombre pequeño, regordete, y vestía de forma clásica pero informal; no era tan guapo como su hermano Alan. De hecho, el destino había sido bastante cruel al convertirlo en la caricatura de su apuesto hermano mediano: era más bajo y orondo, medio calvo y con orejas grandes y despegadas; parecía uno de esos dibujos grotescos que se hacen en pocos minutos en los sitios turísticos. Jasper tenía un lunar en una mejilla en el que crecían un par de «pelos de la fortuna». Los lunares peludos traían suerte según la tradición china; no era raro ver a ancianos retorciéndose esos mechones como los hombres de otras culturas se retorcían el bigote.

A pesar de su bravuconería, Jasper Lee tenía bolsas bajo sus ojos oscuros y, tras la montura de plástico negro de sus gafas, parecía cansado. Ahora se mostraba animado, pero había estado durmiendo mal, tal vez cuestionándose su decisión de confesar: hacía falta valor para enfrentarse a una pena de muerte segura.

—¿Por qué lo mató? —le preguntó Singh.

El inspector Mohammad apretó los labios, contrariado porque el inspector de Singapur se

estuviera aprovechando de la situación para inmiscuirse en el proceso del interrogatorio. Aun así no lo interrumpió, tenía curiosidad por la respuesta a aquella pregunta, pero no hubo ninguna. Volvió a preguntar.

—¿Por qué lo hizo? ¡Habrá alguna explicación, era su hermano!

Jasper Lee se encogió de hombros.

—Por varias razones, la verdad, Alan Lee era cruel y corrupto, yo lo odiaba por lo que estaba haciendo al medio ambiente. Merecía morir solo por eso.

—¿Qué? —exclamó el inspector Singh—. ¿Ha matado a su hermano para impedirle talar unos cuantos árboles?

—Sí. Y no son solo unos cuantos árboles, él y sus compinches están arrasando grandes extensiones de las selvas de Borneo. Sobornando o, si eso falla, intimidando a todos los que se interpongan a su objetivo. Los hombres como él están destruyendo los bosques tropicales. A veces, si quieres proteger algo que te importa, tienes que tomar medidas drásticas.

El sargento Shukor, sorprendido, fue quien tuvo la última palabra a la vista de aquel móvil inesperado.

—*¿You dah gila, ke?* —«¿Se ha vuelto loco?» le preguntó.

Capítulo 8

—Está mintiendo —declaró Chelsea tajantemente.

El inspector la miró sorprendido.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Jasper está mintiendo. Él no mató a Alan —repitió ella.

—¡Si ha confesado!

Ella, enfadada, negó con la cabeza.

—Me da igual, Jasper no es capaz de matar a nadie, es demasiado bueno. ¡No sabría ni por dónde empezar!

—¿Y por qué iba a confesar entonces?

—¿Y yo qué sé? Puede que uno de sus amigotes le diera una paliza.

El inspector Singh respiró hondo, intentando controlar su mal humor. Esa mujer era muy obstinada y no entendía por qué. Puede que fuera exmodelo, pero no encajaba en el estereotipo: era demasiado lista como para no ver las consecuencias de lo que afirmaba con tanta rotundidad.

—Para su información, acabo de estar con Jasper Lee mientras la policía malaya lo interrogaba —reveló pacientemente—. Nadie le ha tocado, no ha sido necesario, nunca he visto confesar un asesinato con tanto entusiasmo.

Chelsea Liew resopló. Fue un sonido sardónico y escéptico.

El inspector continuó.

—Se da cuenta de lo que está diciendo, ¿verdad? Su confesión la saca a usted del atolladero, sus abogados están volviendo a solicitar la fianza, el fiscal tendrá que retirar los cargos o el juez los desestimará. ¡Pronto será una mujer libre!

Chelsea Liew miró ofendida al inspector.

—¿Cree que debería sentirme mejor porque otro inocente va a acabar en la horca?

—Pues la verdad es que sí. ¡Creo que es mejor que cuelguen al hombre que ha confesado un asesinato que a una mujer maltratada y madre de tres hijos que siempre se ha declarado inocente! —gritó indignado el grueso policía.

Singh estaba solo en la celda con Chelsea. La policía malaya le había encomendado la tarea de darle la noticia de la confesión de Jasper, lavándose tranquilamente las manos con respecto a la singapurense a la que habían retenido de forma injusta durante todo un mes. Era magnífico ser portador de tan buenas noticias para una mujer que había perdido la esperanza,

y había imaginado su sorpresa mientras el color volvía a su pálido rostro. Pero se había encontrado con este rechazo inesperado y persistente. Las arrugas de preocupación de su entrecejo se habían hecho más profundas, y él no entendía nada. Lo intentó de nuevo.

—Ningún inocente confiesa un asesinato cuando la pena es una muerte segura.

—¿Lo dice por experiencia? —preguntó ella con sarcasmo.

—¡Por mis numerosos años de experiencia sí! —espetó él con rabia, molesto por lo que acababa de decirle.

Ella estaba semihundida en la silla, con las rodillas dobladas por encima del regazo y los brazos alrededor. Deshizo la postura, se puso de pie y lo miró desde arriba.

—Jasper Lee no ha matado a nadie —ratificó, pronunciando claramente cada palabra como si estuviera hablando con un niño o con un tonto.

Él la agarró del brazo.

—¡Solo hay una forma de que pueda estar tan segura!

Ella se soltó, con rabia.

—¿Ahora vuelve a acusarme de asesinato? ¡No! No estoy confesando, a diferencia de los lumbreras de la policía singapurense y malaya, sé reconocer a un inocente cuando lo veo.

Singh cambió de táctica.

—¡Vale! ¿Y a usted qué le importa si él lo hizo o no? ¡Salga de aquí y vuelva a casa con sus hijos!

Ella se dejó caer de nuevo en la silla para volver a adoptar la postura semifetal. Estaba a la defensiva, cansada, pero en absoluto derrotada.

—Lo haré, vaya si lo haré, no rechazaré una puerta abierta, se lo debo a mis hijos. ¡Pero después me esforzaré en limpiar el nombre de Jasper!

—Eso podría traerla de vuelta aquí —le advirtió Singh hastiado.

—Pues que así sea.

—¡Jasper ha confesado!

El hombre del otro lado de la línea telefónica percibió la emoción en la voz de Kian Min.

—¿Eso significa que podemos seguir adelante? —preguntó. Se hizo un silencio aderezado con el crepitar de la electricidad estática de la línea. El hombre repitió la pregunta—. ¿Señor Lee, está usted ahí? ¿Podemos seguir adelante?

—Sí, claro. ¡Adelante! —respondió tras unos segundos más de vacilación.

Wai Ming, que prefería que lo llamaran «Bruce» por su ídolo de la infancia, Bruce Lee, dio un puñetazo al aire.

—¡Fin de la espera! —exclamó en dialecto, saliendo de su caravana.

Para los miembros de la banda de matones que holgazaneaban fuera y no lo entendieron a la primera, lo repitió en malayo. Los hombres profirieron una débil ovación. Uno o dos tiraron sus cigarrillos y un par más volvieron a su trabajo de engrasar y limpiar las armas meticulosamente. Alguien apagó el televisor, alimentado por un generador exterior que ahogaba el sonido de la telenovela brasileña doblada al malayo que estaban emitiendo. Un nativo de la etnia *iban* afilaba su *parang*, un potente cuchillo de veinticinco centímetros de largo, contra una piedra. Los sonidos metálicos y las chispas ahuyentaron a una pareja de cálaos12 que estaban posados en lo alto de una rama.

El rocío pendía de las puntas de las hojas como lágrimas. Una niebla fina reducía ligeramente la visibilidad. Todavía hacía frío, el sol aún tardaría un rato en penetrar a través de las copas de los árboles y calentar la selva a nivel del suelo. Un chotacabras rozó la mejilla de uno de los hombres mientras se apresuraba a volver al nido para meterse en la cama. El hombre se estremeció ligeramente, era un pájaro de mal agüero, un mal augurio para una expedición. Caminaban en fila india por la orilla del río. A su izquierda, el Rajang, de color marrón fangoso, discurría lentamente por Borneo hacia el mar de la China Meridional. Un súbito y entusiasta parloteo rompió la quietud de la selva y los hombres frenaron en seco. Arriba, un grupo de macacos inquietos por su presencia gesticulaban agitados, pero se aburrieron del juego y se adentraron como un escuadrón en la selva. Los hombres reanudaron la marcha con los ojos muy abiertos, escudriñando el horizonte en busca de signos de actividad humana. No perdían de vista el río, vigilando a los cocodrilos que se hacían pasar por troncos a la espera de un desayuno fácil.

A Chelsea Liew le brillaban los ojos y tenía las mejillas sonrojadas. Llevaba un pañuelo en la cabeza como el que usaban las musulmanas devotas para evidenciar modestia y religiosidad; era una imagen habitual en Malasia, donde cada vez más mujeres musulmanas ocultaban su cabello recogido con un manto que llegaba hasta la cintura y cubría la parte superior de su cuerpo. Coacción masculina, presión, decisión propia… era difícil saber por qué tantas habían adoptado el código islámico de vestimenta más estricto, aunque el burka completo seguía siendo muy poco común. Las ataviadas con vestidos negros amorfos, medias negras, zapatos, guantes y un velo opaco, solían formar parte de las hordas de turistas árabes enriquecidos por el petróleo que venían a Malasia a comprar ropa de diseño para llevar bajo sus túnicas negras. Chelsea Liew llevaba un pañuelo de gasa transparente con un ribete de abalorios. Su pelo asomaba de forma seductora. No era muy probable que la intención del tribunal de la *sharía* al exigir que todas las mujeres, musulmanas o no, se cubrieran la cabeza para comparecer ante él, fuera la de aumentar el atractivo de la portadora. Pero eso era lo que habían conseguido en el caso de Chelsea Liew: la diferencia entre cumplir una ley e interpretar su esencia quedaba clarísima con el ejemplo de su tocado.

El alivio de Chelsea al salir de la cárcel pronto se transformó en amargura. Había vuelto a casa con sus hijos y no le habían hecho preguntas, demasiado agradecidos por haber recuperado a su madre como para preguntar cómo había regresado. Era como si los niños hubieran decidido que saber demasiado podría tentar a la suerte y se protegían del pasado ignorándolo. Chelsea sabía que al menos Marcus, su hijo mayor, era consciente de que había salido de la cárcel porque su tío había confesado: lo habían publicado en todos los periódicos y ella había aceptado su silencio retraído, agradecida por aquella tregua temporal.

Entonces había recibido un documento oficial del tribunal de la *sharía* requiriendo su presencia en la vista por la custodia de sus hijos. Al parecer el Consejo Islámico creía necesario solicitar la custodia de sus hijos, descendientes de un musulmán, para que no fueran criados por una madre no musulmana. Consideraban que los niños estarían mejor en un hogar musulmán y habían solicitado al tribunal de la *sharía* que pusiera a los niños al cuidado de musulmanes.

Chelsea había consultado desesperada a sus abogados y había descubierto que ellos no tenían *locus standi*, el derecho de comparecer ante el tribunal de la *sharía*. Tenían pleno derecho

a ejercer en la jurisdicción civil paralela que se imponía en Malasia en la mayoría de los casos, salvo en los concernientes al derecho de familia musulmán. Sus abogados podían asesorarla pero no comparecer. Finalmente encontró un abogado musulmán para que la representara y cuando llegaron a la audiencia les impidieron el paso en la puerta. Su ropa, una falda por la rodilla y una chaqueta sobre una blusa de manga larga, no era lo suficientemente modesta para el presidente del tribunal. Su abogado se apresuró a acordar un aplazamiento de veinticuatro horas. Ahora Chelsea iba vestida con el atuendo malayo habitual: el *baju kurung*, una blusa amplia de manga larga por debajo de las rodillas con el cuello subido, una falda larguísima y el pañuelo preceptivo.

Al final, como suele suceder en todos los tribunales religiosos o laicos, la vista se pospuso. El juez, vestido con una túnica negra y con la barba de un puño de largo que algunos musulmanes consideran imperativa en su religión, estaba deseando echarlos de la sala: la ley y sus convicciones personales habían entrado en conflicto. Daría unas semanas a todos para reflexionar sobre el tema.

El cielo era gris plomizo, impenetrable, y llovía a cántaros. El fragor de los truenos sucedía a los relámpagos que iluminaban el cielo y que hacían que el aire que los rodeaba hormigueara de electricidad. El clima exigía un desenlace más grandioso que el aplazamiento de una vista: era una tormenta perfecta para familias rotas por la rigidez de la ley. La lluvia había reducido el número de periodistas que la estaban esperando y unos pocos estaban acurrucados bajo voluminosos chubasqueros, al lado de la entrada principal del edificio del juzgado. Chelsea se quitó deliberadamente el velo que le cubría la cabeza, se soltó el pelo y guardó el pañuelo en el bolso

El inspector se había enterado de la vista por los periódicos y había decidido asistir. Sentía preocupación y curiosidad a partes iguales. Singh observó el aguacero sin muchas esperanzas de conseguir uno de los destartalados taxis rojos y blancos que recorrían las calles; apenas había tráfico, algo inusual en Kuala Lumpur. Todos habían decidido buscar refugio tratando de evitar una de las inundaciones repentinas que asolaban la ciudad, otra de las consecuencias previsibles e ignoradas de una construcción incesante y desenfrenada sin los drenajes adecuados para los monzones. El inspector miró a Chelsea y ella se fijó en él; gritó para que la oyera por encima de la lluvia mientras le hacía señas (enfatizadas por los truenos) para que se acercara.

—¡Venga aquí, quiero hablar con usted!

Él se acercó con docilidad, el chófer le cubrió la cabeza con un gran paraguas de golf y lo acompañó hasta el Mercedes Benz. Esa mujer era diferente a la que conoció entre rejas: aquella Chelsea estaba agotada, derrotada y lamentaba haberse enfrentado al dinero y a las influencias de su marido; pero ahora libre, descansada y batallando para conservar la custodia de sus hijos, la indómita mujer que él había podido intuir en sus momentos más difíciles había regresado. Y, una vez fuera de la cárcel y sin ser sospechosa del asesinato de su marido, podía volver a disfrutar de todos los privilegios de su riqueza: el coche, la ropa, el chófer. Él no le envidiaba nada porque había pagado las regalías de los ricos con sangre, sudor y lágrimas. Shukor le había dicho que aunque Alan Lee había hecho todo lo posible por hundir a Chelsea, no había dejado testamento y sus hijos tenían derecho a gran parte de su fortuna, exceptuando Maderas Lee que heredaba Kian Min. Ella contaba con el acuerdo de divorcio. Si se determinaba que Alan había muerto siendo musulmán, su dinero se repartiría de acuerdo con las leyes de la *sharía* e incluiría una buena parte para sus padres y hermanos; aun así, el

grueso de su fortuna se reservaría para sus hijos. Como musulmán no le estaba permitido legar sus posesiones a quien quisiera aunque hubiera dejado un testamento. Sin duda una consecuencia imprevista de su conversión, pensaba Chelsea con cinismo. Aunque apareciera un testamento en el que le hubiera dejado todo su dinero a la mujer con la que se estuviera acostando en el momento de redactarlo, el hecho de haberse vuelto musulmán protegería a sus hijos. Pero a Chelsea no le serviría de nada el dinero de su exmarido si sacaba un brazo de la tumba y le arrebataba a los niños. Apretó con fuerza los labios. No perdería a sus hijos.

El inspector Singh se sentó a su lado en el asiento trasero de cuero color crema sin hablar. Prefirió que ella lo hiciera cuando estuviera preparada; lo había llamado por alguna razón.

Los superiores del inspector en Singapur se habían enterado de que Chelsea era una mujer libre y le estaban insistiendo para que volviera. Le habían reservado un billete de avión para esa misma noche. Singh se alegraba de tener la oportunidad de hablar con Chelsea Liew antes de marcharse porque quería cerciorarse, por su propia tranquilidad, de que ella tenía las herramientas y el coraje necesarios para pelear.

El portal automático de la residencia de los Lee se abrió y el Mercedes entró en el camino de acceso; la puerta se cerró de inmediato detrás de ellos y el inspector vio que había cámaras de circuito cerrado cubriendo todos los ángulos. Oyó a lo lejos ladridos de perros de gran tamaño, había muchos perros guardianes en las instalaciones.

—No le sirvieron de mucho, ¿verdad? —comentó Chelsea, como si hubiera adivinado el rumbo que habían tomado sus pensamientos.

Señaló con la cabeza en dirección a los ladridos de los perros para indicar a qué se refería.

—¿Dónde lo mataron exactamente? —preguntó el inspector—. Sé que fue en los alrededores de la casa.

Ella asintió con frialdad.

—Sí, le dispararon en la calle, a unos doscientos metros. Si hacía falta el coche para ir a recoger a alguno de los niños al colegio, el chófer lo dejaba al pie de la colina. El que lo mató lo sabía.

Habían bajado ya del coche y estaban entrando por la puerta principal. Dos niños bajaron corriendo las escaleras y se detuvieron en seco al ver que su madre tenía un invitado. El inspector intentó sonreír de forma amistosa pero lo que le salió fue más bien una mueca nerviosa. Hacía mucho tiempo que no interactuaba con niños. Ellos lo fulminaron con la mirada, indiferentes a su intento.

—Niños, tengo un invitado con el que necesito hablar. ¿Podéis ir a jugar un rato? —dijo Chelsea.

—¿Te va a llevar con él? —preguntó el menor de los niños.

—Claro que no —respondió ella con calma.

A su lado él negó con la cabeza para enfatizarlo.

Los niños dieron media vuelta y volvieron a subir las escaleras arrastrando los pies. Chelsea observó cómo se marchaban con una expresión enigmática en el rostro.

—¿Un té? —preguntó entonces al inspector girándose hacia él.

La interrumpió la aparición de un joven malhumorado.

—Inspector Singh este es Marcus, mi hijo mayor —dijo Chelsea.

Singh se levantó y extendió la mano. Marcus lo miró con desdén y salió de la habitación.

Singh vio cómo se alejaba y se volvió hacia la viuda.

—Estos chiquillos.

Jasper todavía contaba con la fuerza de sus convicciones, pero su fuerza física empezaba a flaquear. Lo fotografiaron, le tomaron las huellas dactilares, le leyeron sus derechos y le acusaron del asesinato de su hermano. Estaba aterrorizado en un calabozo con varios miembros del hampa de Kuala Lumpur. Se sentó en el suelo, en un rincón de la celda intentando no llamar la atención. Entre sus compañeros de habitáculo había desde un pandillero chino con el tatuaje de un dragón que le subía por el brazo y se le enroscaba en el cuello, a un indio enorme con un gran bigote negro como el carbón y la cara picada de viruelas. La mayoría de sus compañeros de celda parecían indonesios a juzgar por su acento, como tantos otros inmigrantes ilegales en Malasia. Algunos recurrían a la delincuencia para redondear los ingresos obtenidos en los trabajos precarios que los malayos, tras cincuenta años de crecimiento económico, consideraban indignos de ellos. Otros eran chivos expiatorios. Esos hombres morenos y enjutos con las caras llenas de arrugas trabajaban en la construcción, en las plantaciones de caucho y palma aceitera, y en las gasolineras de todo el país. Confiaban en ellos y los maltrataban al mismo tiempo. Los que se convertían en delincuentes daban mala fama al resto. Jasper se acordó de la frase de la película *Casablanca* en la que la policía reunía «a todos los sospechosos habituales». Parecía que esa práctica seguía en boga. Al menos el Gobierno estaría orgulloso de que sus esfuerzos por integrar a las diferentes razas de Malasia en una sociedad diversa estuvieran dando sus frutos, pensó Jasper. El grupo que estaba allí encerrado era de lo más multirracial.

Capítulo 9

El inspector Singh bebió un sorbo de té de la delicada taza de porcelana china. El objeto parecía fuera de lugar en su mano grande y descuidada, y el dedo índice apenas le cabía en el asa.

Chelsea bebía también su té sentada enfrente de él. Podía olerlo, se trataba de un aromático té verde; él odiaba esa porquería, prefería cualquier té negro fuerte, pero olía bien. Singh se fijó en que Chelsea llevaba las uñas arregladas y brillantes pero sin pintar: había sacado tiempo para hacerse la manicura. También se había cortado el pelo lo tenía brillante, aunque seguía llevándolo recogido en un moño en lo alto de la cabeza. Bajo su atenta mirada, ella se quitó las horquillas de bisutería y el cabello le cayó en cascada sobre los hombros. Singh estaba seguro de haber visto una vez un anuncio de champú en la televisión en el que hacía lo mismo. Las pinzas parecían trampas para conejos, con sus largos dientes y su mecanismo de resorte.

—¡No se imagina lo maravilloso que es estar limpia! He tenido que restregar durante días para quitarme la cárcel de la piel —comentó Chelsea, negando con la cabeza.

Él no respondió. El inspector Singh no era de los que perdían el tiempo con conversaciones triviales. Y mucho menos cuando un asesinato era el trasfondo de la conversación.

Chelsea cambió de táctica con soltura.

—Se preguntará por qué le he pedido que venga ahora que ya ha hecho su trabajo y yo soy libre —dijo.

Él se encogió de hombros para indicar que estaba dispuesto a escucharla, pero también para renegar de algo tan burdo como la curiosidad.

—Necesito su ayuda.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó él desconcertado.

—Quiero que salve a Jasper. Que descubra quién mató realmente a Alan.

—Soy un policía de Singapur, no un investigador privado al que pueda contratar —replicó él molesto—. Mi vuelo de vuelta sale esta noche.

—Tiene que quedarse.

—¡No puedo! Y de todos modos aunque lo hiciera, no le resultaría útil. Me enviaron aquí a velar por sus intereses. Ya ha salido de la cárcel. Mi trabajo ha terminado —declaró—. Y finalmente su excarcelación no ha tenido nada que ver conmigo —añadió como coletilla.

Ella no dijo nada. Solo la rigidez de sus hombros revelaba su tensión.

—¿Por qué yo? —le preguntó el inspector.

Ella lo miró suplicante.

—No conozco a nadie más con talento para atrapar a un criminal, a un asesino. Y sé que usted velará por mis intereses.

—¿Qué le hace pensar que puede confiar en mí?

Ella no respondió, aunque él sabía que tenía razón: podía confiar en él. Por algún motivo le había tocado la fibra sensible.

—¡Podría perder mi trabajo! —objetó.

Alguien pisó una ramita y el líder se giró para fulminar con la mirada a sus acompañantes. La imagen que estaba buscando lo distrajo y le impidió regañar al culpable: una voluta de humo fina y ondulante en la distancia. La señaló con el pulgar, una ridiculez fruto de una época en la que lo castigaban por señalar porque sus padres lo consideraban de mala educación. Los individuos siguieron avanzando hasta que pudieron oler el fuego para cocinar. Con un gesto de la mano el líder indicó a sus hombres que se dispersaran y obedecieron dividiéndose en dos columnas para rodear el pequeño campamento indígena. Los penan, una tribu nómada que vagaba por la selva de Borneo en pequeños grupos comunitarios, estaban reunidos alrededor de una pequeña tortuga de río a la que daban vueltas en un espetón. Excepto uno o dos muchachos que vestían camisetas, los hombres llevaban taparrabos, las mujeres los pechos desnudos e iban descalzos. Estaban reunidos para desayunar, las ancianas se reían con bocas desdentadas y un anciano arrugado estaba contando una historia con voz aguda y temblorosa a un grupo de jóvenes que no le hacían caso; una muchacha levantó el espetón con destreza y troceó la tortuga en una gran hoja de banano.

Los hombres que los rodeaban esperaron la señal que llegó en forma de grito repentino por parte del líder; entraron precipitadamente en el campamento y dispersaron a los penan. Las mujeres huyeron a la selva aferrándose a sus hijos; algunos hombres intentaron oponerse, pero los tiraron al suelo y los golpearon con gruesas varas de madera; el anciano permaneció sentado, encogido de miedo, sin moverse del sitio. Uno de los atacantes desató la lata de gasolina que llevaba a la espalda y empezó a rociar con ella toda la zona; prendió fuego y se tomó unos instantes para admirar su obra.

El líder agarró al anciano por el brazo y lo obligó a levantarse.

—¿Me entiendes? —vociferó en malayo.

El anciano asintió con el terror reflejado en los ojos.

Una mujer joven embarazada, con cabello largo y negro y rostro amable, acudió en su ayuda. Se puso delante del anciano y miró furiosa a los intrusos.

El líder la agarró por el brazo y la atrajo hacia él.

—¡Fuera! Coge a tu asquerosa gente y largaos de aquí. Como veamos a un solo penan en esta selva lo mataremos. ¡Y perseguiremos a tu tribu para acabar también con ella! ¿Entendido? —gritó.

La mujer asintió.

El hombre la tiró al suelo, cayó mal y gritó de dolor. El anciano se inclinó sobre ella y el líder le dio una patada en la rodilla; él se cayó y el intruso le quiso dar otra patada, pero rodó y la esquivó. La mujer embarazada recibió todo el peso de la bota y se acurrucó tratando de

proteger su barriga y al bebé que llevaba dentro.

El líder dio un silbido y sus secuaces se situaron detrás de él. Los condujo de vuelta a la selva, muy satisfecho. Había sido rápido y fácil, tenían otras comunidades que rastrear y eliminar.

Los penan no tenían muchas posesiones. Llevaban generaciones viviendo en las selvas de Borneo en armonía con su entorno, tomando lo que necesitaban de la jungla, sin dejar más huella que la de sus pies desnudos sobre el barro, que desaparecía con cada aguacero. No les resultó difícil reagruparse y adentrarse más en la espesura; nadie los echaría de menos y el rastro de su efímera presencia se borraría pronto.

El inspector Singh solicitó una excedencia: acumulaba muchos días de permiso porque apenas se había tomado vacaciones durante su carrera. Sus superiores no le habían preguntado para qué. Si lo hubieran hecho y él hubiera sido sincero le habrían ordenado que regresara a Singapur de inmediato, pero les dio a entender que se trataba de una crisis familiar relacionada con su hermana, y ya que estaba allí debía tomarse unos días libres para intentar solucionarlo.

El inspector Singh, al que habían enviado para tratar de evitar un escándalo, tenía ahora todas las papeletas para convertirse en el protagonista de uno. Y es que, en contra de su buen juicio, había accedido a la petición de Chelsea de quedarse para tratar de ayudar a Jasper Lee. Era una tarea absurda, todavía más ridícula que su cometido original de velar por Chelsea y asegurarse de que tuviera un juicio mínimamente digno. Al menos ella siempre se había declarado inocente. Era la segunda vez que le pedían que defendiera a un hombre que había confesado alegremente ser un asesino. Singh había escuchado cómo Jasper admitía haber matado a tiros a un hombre sin que nadie lo obligara, con insistencia. Y no a cualquier hombre sino a su hermano. ¿Alguien que menospreciaba hasta tal punto su propia sangre no merecía que lo colgaran?

Pero Chelsea Liew le había suplicado, le había hecho creer que él era el único que podía ayudarla, que si le daba la espalda no tendría nadie más a quién recurrir. Había apelado a su masculinidad protectora. El inspector Singh pensó que hacía mucho tiempo que una mujer no le hacía sentirse imprescindible. Chelsea le había expresado su preocupación en voz baja y tono sincero: la policía malaya no buscaría a otro asesino. Ya estaban avergonzados por haber acusado a la persona equivocada una vez, y ella no podía recurrir a un investigador privado porque no tendría la certeza de que estuviera de su lado. Aceptaría el caso por su dinero y por el prestigio de un trabajo tan mediático, y probablemente vendería los trapos sucios que descubriera a la prensa sensacionalista.

Necesitaba a un profesional y él lo era. Después de todo, lo habían enviado allí para ayudarla. Tal vez no era consciente del importante papel que la política había jugado en la decisión del Gobierno de Singapur de enviarlo a él, a modo de corpulento caballero, al rescate. Ella sabía que estaba emocionalmente involucrado en sus asuntos, y él finalmente accedió. No recordaba el momento en que la conversación había dejado de centrarse en el hecho de si iba a ayudarla para centrarse en cómo lo haría.

—Gracias. No tiene ni idea de cuánto significa esto para mí —dijo ella, posando una de sus delgadas manos sobre el brazo de Singh.

Y él se dio cuenta de que ella lo decía de corazón y de que estaba atrapado.

Singh no tenía ni idea de qué iba a hacer. No tenía potestad para interrogar a nadie.

Contaba con el apoyo de Chelsea que podría abrirle algunas puertas, pero tampoco muchas. Y sin duda necesitaría la colaboración de la policía malaya si iba a intentar entrometerse. Ni siquiera sabía si Jasper accedería a verlo.

—Mamá ¿el tío Jasper está en la cárcel?

Chelsea miró a su hijo mayor. Marcus era un muchacho delgado y fibroso de diecisiete años con la pasión encendida de un adolescente. Pero últimamente ese joven combativo y luchador se había vuelto taciturno y siempre tenía la mirada clavada en el suelo. Ella se decía a sí misma que era inevitable que los recientes acontecimientos le hubieran pasado factura. Marcus había sido muy infeliz con su padre y había salido en defensa de ella cuando él la pegaba. Medía sus fuerzas con las del adulto y este lo ignoraba. Aun así, la muerte de Alan había afectado profundamente a Marcus; ella no entendía su reacción, que fluctuaba entre el desconsuelo y la ira, pero trataba de transmitirle la certeza de que saldrían adelante, de que el tiempo les ayudaría a recuperarse… Hasta que la habían detenido por asesinato y la habían apartado de sus hijos. No sabía cómo lo habían sobrellevado los niños. Las heridas estaban tan abiertas que ella no había querido hablar sobre su calvario o el de ellos, y se había limitado a intentar compensarlos con amor.

Al ver que no respondía, Marcus repitió la pregunta.

—¿El tío Jasper está en la cárcel?

Ella asintió e intentó abrazarlo, pero él se resistió y se apartó.

—¿Por matar a papá?

—Sí —dijo ella.

—¿Y tú crees que lo hizo él?

Ella negó con la cabeza enérgicamente.

Marcus le dio un fuerte puñetazo a una puerta.

Chelsea lo observó arrugando la cara, enormemente preocupada. Una instantánea fugaz del aspecto que tendría de vieja.

De sus tres hijos Marcus era el que más le preocupaba. Los otros dos se estaban recuperando de la dura experiencia gracias a su resiliencia infantil: se sentían inseguros, no se despegaban de ella y se comportaban de forma demandante, castigándola por haberlos abandonado. Pero Chelsea estaba segura de que el tiempo les devolvería la estabilidad. Lo de Marcus era diferente. Era el único que entendía, hasta cierto punto, cuánto había sufrido en su matrimonio con Alan Lee.

Eso había afectado a su comportamiento mucho antes del divorcio. Estaba siempre fuera o encerrado en su habitación. Con diecisiete años, carné de conducir y un Mercedes deportivo que su padre le regaló por su cumpleaños (a pesar de la oposición de Chelsea), ella sabía que frecuentaba las discotecas. Notaba el olor a tabaco rancio y a cerveza reseca en su ropa y en su aliento por las mañanas; tenía amigas a las que impresionaba con su coche, su dinero y su temeridad. Podía ver el odio que sentía hacia su padre, así como una rabia contenida hacia ella porque era su madre y se había dejado hacer daño sin que él pudiera protegerla.

Marcus se serenó cuando se aproximaba el divorcio, tal vez aliviado porque su madre por fin dejara a su padre. Seguía saliendo mucho pero parecía más tranquilo y feliz; Chelsea se preguntaba si tendría novia. Marcus necesitaba mucho afecto y ella sabía que su amor de madre no era suficiente para evitar que su primogénito perdiera el rumbo.

Pero durante las vistas por la custodia, Marcus había vuelto a las andadas: había encontrado botellas de alcohol en su habitación, y no se duchaba ni se cambiaba de ropa. Le había preguntado si le preocupaba que su padre pudiera obtener la custodia y le había asegurado que ella ganaría.

—Tengo diecisiete años, mamá. Ninguno de vosotros tenéis poder sobre mí, me importa una mierda quién de los dos obtenga la «custodia» —le había dicho con una desagradable carcajada.

No era capaz de descubrir qué le preocupaba. No había conseguido encontrar la manera de derribar el muro que su hijo había construido a su alrededor para mantenerla alejada.

Volvió a intentarlo.

—Marcus, ¿qué te pasa?

El negó con la cabeza.

—No me excluyas, deja que te ayude.

—¿Tú? ¡Si no sabes cuidar de ti misma!

El inspector Singh todavía tenía el expediente del asesinato. Era el momento de volver a echarle un vistazo, esa vez desde un punto de vista que pudiera exculpar a Jasper. Se sentó a la mesa de su habitación de hotel.

Tres horas después se levantó con las rodillas crujiendo por el esfuerzo y abandonó el hotel en uno de los taxis rojos y blancos que se extendían como un sarpullido por Kuala Lumpur. Su intención de reflexionar sobre el contenido del expediente que acababa de leer pronto se vio frustrada por la ineludible tarea de aferrarse al asiento mientras el chófer conducía entre el tráfico, sorteando las motocicletas por escasos centímetros y los coches por mucho menos todavía.

Se bajó bastante lejos del lugar del asesinato. Singh se autoconvenció de que lo hacía para empaparse mejor del contexto general del crimen, pero en realidad era porque estaba empezando a marearse. Salió del vehículo, dio al conductor unos cuantos ringit y miró a su alrededor.

Las hileras de casas adosadas se desplegaban en todas las direcciones. Al principio eran idénticas, pero sus dueños habían aprovechado los años transcurridos desde la construcción de sus hogares para expresar su individualidad. En Singapur las reformas de las casas tenían un único objetivo: aparentar riqueza. Singh había visto casas que parecían enormes, con grandes fachadas hacia la carretera y luego, al pasar a su lado otro día por un camino diferente, había descubierto que eran más estrechas que una falúa.

El inspector pensó que en Kuala Lumpur las personalidades que se expresaban a través de la arquitectura eran únicas.

Muchos propietarios imprimían personalidad a sus viviendas de una forma sencilla: con jardines preciosos y bien cuidados. Hileras de heliconias, tiestos de hibiscos y setos de buganvillas adornaban gran parte de las casas. Árboles enormes de mangos o de guayabas que en ocasiones sobresalían de los pequeños jardines, se cernían grandes y oscuros sobre la carretera. Otros propietarios habían decidido que los ladrillos y la argamasa eran la mejor forma de reafirmarse, y habían construido una desconcertante variedad de ampliaciones en sus diminutas casas. Las tejas habían cambiado el tradicional color óxido por el azul o el verde, los balcones con balaustradas sobresalían de las fachadas, estanques con carpas y

fuentes ocupaban todo el espacio útil del jardín. Las verjas eran de hierro forjado con adornos dorados. Una de las casas tenía elefantes de piedra en el tejado. Otra pavos reales de cerámica. En otra vivienda, aparentemente normal, había gallinas picoteando en el jardín. Parecía que el problema de la gripe aviar preocupaba menos en Kuala Lumpur que en Singapur.

A pesar del escaso criterio arquitectónico, las calles tenían cierto encanto. Singh suponía que era porque, aunque las ampliaciones eran peculiares, estaban diseñadas para reflejar el gusto del dueño y no su dinero. Además muchas casas estaban deterioradas y necesitaban una mano de pintura. Los colores más llamativos de la calle seguían siendo los de las flores y no los de las técnicas pictóricas que imitaban el glaseado de una tarta, como sucedía en Singapur.

El inspector Singh se orientó con la ayuda de un mapa de carreteras y se dirigió hacia el lugar del asesinato. Era un momento tranquilo de la mañana. No había demasiado tráfico en las calles. La hora punta de entrada al colegio y al trabajo había pasado y la de la comida aún no había empezado. Tendría que volver por la tarde para valorar el tráfico. ¿Era posible que nadie hubiera visto nada, o los testigos preferían no aparecer para que no los relacionaran con el famoso caso?

Tardó cinco minutos en llegar al punto en el que habían disparado a Alan. Allí era más fácil imaginar que el asesino hubiera pasado desapercibido. Se trataba de un callejón sin salida. Las casas adosadas habían dado paso a viviendas unifamiliares ocultas tras altos muros y cámaras de seguridad. El azul de las piscinas podía entreverse a través de las puertas delanteras. Las villas de estilo balinés, con gárgolas de piedra y plumerias incluidas, convivían con mansiones inspiradas en la Casa Blanca.

El inspector Singh dejó de examinar asombrado las casas para reflexionar sobre el asesinato de uno de sus residentes. Según el testimonio de su chófer, Alan Lee se había bajado del coche, le había hecho un gesto con la mano para que se marchara, y había dado media vuelta para subir la colina por la calle amplia y tranquila que conducía a su infeliz hogar. No había caminado ni cincuenta metros cuando se encontró a la persona que le disparó. El arma homicida no había sido recuperada, aunque la policía había registrado las alcantarillas y los vertederos en un radio de quinientos metros. Alan Lee conservaba sus objetos de valor (desde su reloj hasta sus gemelos de oro). El asesino se había llevado lo único que un hombre con su riqueza no podía reemplazar: su vida.

El inspector permaneció de pie en silencio, mirando a su alrededor, intentando entender e intentando visualizar el asesinato. Estaba convencido por los informes forenses que Alan Lee conocía a su asesino. El criminal pudo asustarse y huir antes de robar a su víctima, pero al inspector le parecía poco probable. Era un asesinato demasiado arriesgado, y parecía rebuscado que el móvil fuera el robo o, si lo era, que el asesino hubiera renunciado al delito antes de cometerlo.

Singh subió andando hasta la puerta de la residencia de Alan Lee. No sabía si Chelsea estaba en casa ni pretendía descubrirlo. No tenía nada de qué informar. Ya tendría tiempo suficiente para visitar a la viuda cuando hubiera hecho progresos en la investigación del asesinato de su exmarido. Ella quería que eximiera a su cuñado, Jasper Lee, pero el inspector no investigaba los asesinatos basándose en a quién prefería exculpar, los investigaba para encontrar al asesino.

En el fondo sabía que le complacería encontrar pruebas, contrariamente a los deseos de la viuda, que implicaran a Jasper Lee. Si conseguía demostrar a Chelsea que había sido Jasper y que su confesión era sincera, abandonaría su empeño de demostrar que era inocente y seguiría

adelante con su vida. El inspector Singh no estaba dispuesto a contemplar las alternativas. Si Jasper no lo había hecho, la principal sospechosa volvería a ser la exmujer de la víctima.

Singh llegó a la conclusión de que necesitaba hablar con Jasper Lee. Sacó el móvil y llamó al sargento Shukor.

—Soy Singh. Necesito hablar con Jasper Lee —dijo sin preámbulos.

—¿Por qué?

—Chelsea me ha pedido que investigue el asesinato. Que busque algún atenuante, a ser posible.

Decidió que la verdad pura y dura —que estaba intentando exculpar al hermano mayor— sería demasiado para el joven sargento.

Este vaciló al otro lado de la línea.

—Puedo conseguir que le dejen entrar. Pero como el inspector Mohammad se entere, me meteré en un buen lío —dijo finalmente el policía.

—Yo no se lo contaré si usted tampoco lo hace.

Los hombres que estaban sentados alrededor de la lustrosa mesa de madera, hecha con la sección transversal de un único árbol, estaban encantados. La cosa pintaba bien. La demanda de China de productos derivados de la madera era inagotable. Desde las graves inundaciones ocasionadas por el río Yangtsé años atrás, el Gobierno chino había tomado medidas severas contra la tala excesiva o ilegal en el continente. Pero eso no había frenado en absoluto la demanda de madera por parte de la enorme obra en construcción que era la China moderna. Y las autoridades (que con tanto retraso se habían hecho conscientes de la degradación de su medio ambiente) hacían la vista gorda a la madera de fuera del país. Como resultado los bosques primarios de toda Asia, desde Papúa Nueva Guinea hasta Borneo, se estaban talando a un ritmo que pronto supondría el fin de las grandes selvas asiáticas.

Pero nada de esto preocupaba a los hombres de la sala: ellos estaban en el lado rentable de la destrucción y los cuatro formaban parte de la directiva de la empresa maderera de Alan Lee. El jefe estaba muerto, pero los hombres seguían haciendo todo lo posible para que la empresa ganara dinero bajo el mando del nuevo director, Lee Kian Min. Además, Kian Min llevaba años dirigiendo el cotarro; habría sido mucho más difícil continuar si lo hubieran matado a él.

Kian Min entró en la sala, se sentó en la cabecera de la mesa y recibió los respetuosos saludos de los presentes.

—Vamos a aumentar la producción en Borneo —declaró.

Todos asintieron a su alrededor.

—¿Cómo es posible? ¿No habíamos talado ya toda la superficie no protegida? —preguntó con curiosidad uno de los hombres.

—No te preocupes por eso —dijo Kian Min—. Hemos encontrado zonas nuevas.

Los demás comprendieron lo que eso significaba. Se habían dedicado al negocio de la explotación forestal toda la vida, y sus padres antes que ellos. Esas nuevas zonas, después de generaciones de tala intensiva, solo podían ser reservas naturales y bosques protegidos.

—Hay que tener cuidado, genera mucho interés. Los dichosos penan salen en las noticias todos los días —comentó uno de los hombres, intranquilo.

—He dicho que no hay de qué preocuparse. Tengo todo controlado.

—¿Y qué hay del proyecto de los biocombustibles?

—También está bajo control.

La hermana del inspector Singh estaba poniendo la ropa a secar en el tendedero sujeto a dos postes de hierro en forma de «T», en la parte trasera de la casa. Dentro tenía una secadora que le había regalado su hijo. Le encantaba presumir de ella: «Esa secadora fue un regalo de mi hijo. Le va muy bien y no quiere que su anciana madre trabaje demasiado».

Pero en realidad nunca la usaba porque Baljit no creía que las prendas embutidas en una secadora se airearan como era debido. Estaba segura de que los oscuros recovecos de las enormes fauces de la máquina contenían moho y gérmenes. El sol y el viento habían secado la ropa de su familia durante generaciones y no sería ella quien lo cambiara. Pero estaba muy orgullosa de aquel moderno aparato que ocupaba espacio en la lavandería y que su hijo había comprado para ella.

Su vecina también estaba tendiendo la colada al otro lado de la valla y, naturalmente, se aproximaron para hablar como hacían los últimos veinte años.

Baljit inició la conversación con su franqueza habitual. Tenía algo de lo que alardear.

—¿Sabes que mi hermano ha sacado a esa tal Chelsea Liew de la cárcel?

—¿Qué hermano?

—Pues el de Singapur. ¡Es muy buen policía!

—¿Así que ese gordo es tu hermano?

—Sí. Ha sacado de la cárcel a esa chica, a la que mató a su marido.

—¿No había confesado otra persona?

—Sí, sí. ¿Pero por qué tan de repente, después de que mi hermano llegara de Singapur?

—¿Crees que él le hizo confesar? Aunque en Singapur la policía no puede pegar a la gente.

Baljit asintió con la cabeza.

—Yo sigo pensando que lo hizo la mujer, quizá sobornó a la policía para que la soltaran, a la policía malaya, quiero decir. La policía de Singapur tampoco puede aceptar sobornos —añadió pensándoselo mejor, por si aquello perjudicaba a su hermano.

Ambas se detuvieron a reflexionar sobre esa incorruptibilidad.

—Mi hijo dice que es muy fácil sobornar a la policía si te pillan en un control de velocidad.

Esa opinión no suscitó ningún tipo de censura por parte de la hermana del policía.

—Sí, tienes razón, pero un control… ¡no es lo mismo que un asesinato!

Capítulo 10

—Chelsea no acepta que usted haya matado a su hermano.

—¿Y la cree a ella antes que a mí? —La pregunta de Jasper parecía razonable.

—La verdad es que no —respondió el inspector.

—Entonces ¿qué hace aquí?

—No estoy seguro —confesó el inspector con un suspiro, frotándose los ojos con sus dedos regordetes—. Perderé mi empleo cuando mis jefes se enteren de esto… ¡Supongo que nunca he podido negarme a las súplicas de una mujer bonita!

—Dígamelo a mí —comentó Jasper—. Chelsea puede ser muy persuasiva.

El inspector se aferró de inmediato a aquello.

—¿Está diciendo que ella lo persuadió para que confesara?

Eso molestó a Jasper.

—¡No diga tonterías! Ella nunca haría algo así, ni siquiera lo intentó. Además, ¿por qué iba a aceptar?

El inspector cambió de táctica.

—Oiga, yo sí creo que usted ha matado a su hermano, pero dígame por qué y así podré convencer a Chelsea e irme a casa. No parece muy dispuesta a creerle —y añadió un señuelo —: Tal vez pueda encontrar algún atenuante… y evitar que lo cuelguen.

—¿Como qué?

—No lo sé, ¡llegué de Singapur la semana pasada, por el amor de Dios! Cualquier cosa: defensa propia, provocación, accidente... ¡lo que sea!

Jasper miró fijamente al inspector.

El policía notó que la cárcel empezaba a hacer mella en él: estaba pálido, había perdido el color en pocos días, bastante peso, consistencia… Con el uniforme de la prisión su rostro tragicómico tiraba más a lo trágico.

Por fin se decidió, respiró hondo y cuadró los hombros.

—Hay una cosa —dijo.

—Vaya, qué bien.

El prisionero ignoró su sarcasmo. Se reclinó en la silla de plástico con los codos sobre la mesa, sumido en sus pensamientos.

El inspector observó que el escaso cabello de Jasper tenía más canas que la primera vez que lo vio. Se preguntó otra vez qué llevaba a los hombres a cometer crímenes cuando las

consecuencias físicas y mentales eran tan duras para el cuerpo y para el espíritu. Entendía que Chelsea recurriera al asesinato si tenía la certeza de que no había más opciones para alejar a sus hijos de Alan Lee, pero no comprendía qué habría llevado a Jasper a cometer un acto así.

Singh esperó a que Jasper hablara; estaba acostumbrado a estos silencios expectantes, como una ciudad en las horas previas al amanecer… Había participado en muchos interrogatorios con prisioneros que permanecían sentados en silencio, valorando qué verdades contar y qué mentiras inventar. Finalmente se decidían y empezaban a hablar, pronunciando frases exculpatorias cuidadosamente elaboradas, reproducidas en sus mentes una y otra vez en los días y noches que pasaban en sus celdas, aferrándose a la esperanza de que alguna de esas palabras fuera el «ábrete, sésamo» que los sacara de la cárcel.

El hecho de comunicarse, de renunciar al silencio, implicaba que el prisionero acabara hablando de más, que se le escapara algo, que dejara caer alguna verdad sincera en medio de tanta justificación. El inspector Singh, como un buen afinador de pianos, sabía escuchar esos desahogos y captar las emociones que desafinaban y las que sonaban bien. Así que esperó pacientemente a que Jasper Lee empezara a hablar.

—Hay alguien que quiere verla señora. Dice que es urgente. —La sirvienta se las arregló, como dictaba la gran tradición de las empleadas del hogar, para transmitir mucho más de lo que había dicho con palabras. Chelsea la miró y supo, por el ligero énfasis que había puesto en la palabra «alguien», que ni conocía ni aprobaba a la persona que estaba esperando para ver a su patrona. Por la forma en que había levantado discretamente una ceja, supo que su asistenta no creía en absoluto que el asunto por el que esa persona quería verla fuera urgente. Sin embargo, no tenía nada que decir y se quedó de pie esperando instrucciones.

Chelsea se levantó del sillón en el que estaba leyendo unos papeles del juzgado. Se acercó a la ventana y separó un poco las cortinas. Un hombre chino de baja estatura y con sobrepeso estaba en la entrada con un expediente en la mano.

—Déjalo pasar —dijo.

El hombre estaba sudando. Los escasos mechones de pelo que le quedaban estaban cuidadosamente colocados sobre la calva; sus ojos eran dos pequeños puntitos negros que se perdían en los pliegues de grasa de su cara. A pesar de todo se las ingeniaba para transmitir, a través de su pecho hinchado y de su gran sonrisa, que estaba realmente satisfecho consigo mismo.

—Buenos días señor Chan. ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Chelsea.

—¡Nada, nada! Pero yo sí puedo hacer algo por usted, sí, sí.

Chelsea aguardó educadamente.

—¿Recuerda que me pidió que investigara a Alan Lee, su esposo, que descubriera qué hacía… con otras mujeres y eso?

La sirvienta, que había tomado la decisión estratégica de limpiar el polvo de la habitación de al lado, asintió con la cabeza. Un investigador privado, tenía sentido.

—Sí, claro que lo recuerdo. Pero mi marido ha muerto por si no lo sabía. Así que si se trata de sus honorarios, por favor envíeme la factura por las horas que ha trabajado.

El señor Chan tenía una uña larguísima y curvada en la mano izquierda con la que se hurgó la nariz.

—Ya sé que el señor Alan ha muerto. Descubrí algunas cosas e iba a comunicárselas

cuando la encarcelaron.

Al toparse con un muro de silencio, el investigador privado se volvió locuaz; la señora estaba utilizando las tácticas que él empleaba para que los maridos infieles recordaran… y eso no le impidió hablar.

—Cuando salió de la cárcel pensé que sería mejor entregarle el informe. Puede leerlo, siempre es bueno que la esposa esté informada de todo. Sé que el señor Alan ha muerto… —El hombre se secó la frente con una manga de camisa demasiado corta y fue al grano—. Mi factura está encima.

Chelsea asintió, deseando librarse de ese hombrecillo repugnante.

—Muy bien, echaré un vistazo al expediente y si la información es útil le enviaré un cheque —dijo.

—En efectivo por favor.

Ella arqueó una ceja.

—O mi mujer se quedará con el dinero.

Chelsea asintió bruscamente. El señor Chan lo tomó como una despedida y salió por la puerta sonriendo: no tenía la menor duda de que conseguiría su dinero.

La viuda lo vio marcharse y sintió rabia contra su difunto marido por obligarla a relacionarse con los bajos fondos para desenterrar sus trapos sucios y utilizarlos en las vistas de la custodia.

El señor Chan no era el único detective al que había contratado y algunos de ellos habían regresado con información suficiente para demostrar el adulterio. Recordó lo segura que estaba de que iba a conseguir la custodia de sus hijos y de que dejaría atrás la triste historia de su matrimonio con Alan Lee. Entonces él había lanzado la bomba: era musulmán y sus hijos también, así que debían darle a él la custodia. Chelsea Liew, con toda su incertidumbre, su miedo y sus dudas, solo tenía una cosa clara: Alan Lee había merecido morir.

Aquel hombre no parecía caucásico porque estaba muy bronceado, casi quemado por el sol: el color no era superficial, formaba parte de su piel curtida y arrugada como el pellejo curado de un animal. Tenía el pelo despeinado, canoso, grasiento y atado con un cordel; su ropa estaba desgastada y provista de parches improvisados en las rodillas. Solo cuando levantaba la vista, como ahora con el policía que estaba detrás del mostrador, sus penetrantes ojos azules delataban su origen.

Al igual que su acento, más de la vieja Inglaterra que de la nueva.

—Están intimidando a esas personas, y quiero saber qué piensan hacer.

—Informaré a mi superior cuando llegue, rellene el parte de incidencias. Es nuestro procedimiento —le comunicó el agente de policía.

—¿Le cuento que están acosando a los miembros más débiles de su sociedad para echarlos de sus tierras y así es como responde?

—Usted es extranjero. ¿Por qué me grita? No entiende las costumbres malayas. Esos penan son unos provocadores, no debería creer todo lo que dicen.

—¿Lo que dicen? He visto la destrucción con mis propios ojos. ¡Una mujer embarazada ha muerto!

—Informaré al respecto señor.

—Eso, hágalo.

El policía observó cómo el inglés salía dando un portazo. Como si fuera una señal, el oficial superior (la montura dorada de sus gafas de lectura asomaba en el bolsillo de su cazadora marrón) apareció en la puerta de su despacho. Había estado escuchando desde su oficina. Los dos hombres se miraron.

—¿Qué hacemos? —preguntó el de menor rango—. Si llama a la prensa… —Dejó la frase inconclusa.

Ambos conocían las consecuencias. No era necesario mencionarlas y dejar las palabras suspendidas en el aire como una profecía.

—No debe acudir a ellos. Ya sabes qué hay que hacer.

El policía de mayor rango volvió a su despacho y cerró la puerta con delicadeza.

El joven permaneció unos instantes en silencio sentado en su mesa. Observó la fotografía de su esposa en el salvapantallas… Sonreía tímidamente a la cámara: guapa, recatada, honrada y embarazada de su primer hijo. Se preguntó si sería verdad que habían matado a una mujer penan embarazada. Ojalá pudiera hacer retroceder el tiempo para ser el marido y el padre que su familia merecía y no caer por la resbaladiza pendiente que le traía aquí. Pero era demasiado tarde, lo único que podía hacer era evitar que lo descubrieran y así mantener a su familia a salvo y feliz en su ignorancia. Se desabrochó la cartuchera y sacó la pistola que nunca había usado salvo en el campo de tiro. Comprobó que estaba cargada, la enfundó y salió a la calle polvorienta.

Rupert Winfield se alojaba en una pensión china de Kuching. Era uno de los lugares favoritos de los mochileros, asequible y regentada por una china gritona que cobraba el alquiler y mantenía el lugar impoluto; llevaba siempre vestidos florales de nailon y perlas falsas, independientemente del momento del día y de la época del año; preparaba comidas baratas y sabrosas a base de arroz frito en la cafetería de la planta baja para los huéspedes que necesitaran una comida económica. Era conocida como «la señora Wong», aunque en todos los años que llevaba ocupándose del establecimiento nadie había conocido a ningún señor Wong. Tenía colgado un gran tablón de anuncios lleno de fotos y notas de los jóvenes que habían atravesado sus puertas a la ida o a la vuelta del interior de Borneo: mensajes de agradecimiento por aquel reducto de amor maternal en un mundo lleno de amenazas.

Ella siempre se enorgullecía al recibir un nuevo recuerdo para su pared, y la pequeña ceremonia con la que lo acogía nunca cambiaba: abría el sobre, sacaba la foto o la tarjeta, la dejaba con cuidado sobre la mesa, recortaba la dirección del remitente y la guardaba en una caja llena de papeles amarillentos, iba hacia la pared, la examinaba minuciosamente, sonreía mientras una o dos caras le traían a la memoria algún recuerdo agradable, clavaba con cuidado la nueva incorporación en un sitio libre, retrocedía para admirar su obra, se sentaba enfrente y se tomaba un café en una taza de cristal, removiendo la densa capa de leche condensada hasta mezclarla con el café negro y amargo.

Un policía entró en la cafetería. Miró a su alrededor detenidamente como buscando a alguien y volvió a salir. La señora Wong, que observaba la calle con la satisfacción de su merecido descanso antes de volver a planchar sábanas, pudo ver su silueta oscura, recortada sobre la brillante luz del sol. Impaciente, el hombre dio unas pataditas con el pie, como si a su cuerpo le molestara la indecisión de su mente. Por fin volvió a entrar y fue hacia la mesita que hacía las veces de recepción; no había nadie y buscó con la mirada alguien que lo atendiera. La señora Wong fue hacia él con sus andares de pato. El hombre la miró.

—¿El señor Winfield se hospeda aquí? —preguntó bruscamente.

Ella asintió.

—¿En qué habitación?

—¿Por qué pregunta?

—¡No es cosa suya! —Acarició con la mano la culata de la pistola, y la mujer vio las gotas de sudor que perlaban su frente y su labio superior.

—¿En qué habitación? —preguntó de nuevo el hombre. Sé que se aloja aquí.

—Uno, uno, cinco —respondió ella.

Él fue hacia las escaleras.

—¿Adónde va?

—¡No se meta en los asuntos de la policía, vieja!

—No está en habitación —le comunicó ella educadamente.

Se detuvo. La señora Wong señaló con la cabeza las pequeñas casillas que tenía detrás. Él aguzó la vista y localizó el compartimento en el que ponía «115»: había una llave dentro.

—¿Sabe cuándo volverá?

—Ni idea. —La mujer se encogió de hombros, sugiriendo que sus normas eran flexibles y sus huéspedes independientes.

—No le diga que la policía lo está buscando. Volveré más tarde.

No fue muy lejos. Pudo verlo de pie bajo la exigua sombra de una casuarina enfrente, observando la entrada del hotel. De vez en cuando miraba a ambos lados de la calle, pero la mayor parte del tiempo vigilaba la puerta. Ella recuperó su taza de café y puso cara de desagrado al beber un sorbo porque estaba frío. Lo dejó a un lado, fue hacia un armario, sacó una fregona y un cubo, gritó en cantonés al personal que iba a encargarse de los baños de arriba y empezó a subir las escaleras. Sentía la mirada del policía clavada en la espalda. Al llegar a la penumbra del final de la escalera, oculta a la vista desde la calle, la mujer dejó el cubo, se dirigió rápidamente a la habitación 117 y llamó con suavidad a la puerta. Rupert Winfield abrió, ojeroso y desaliñado; ella miró el interior de la habitación, iluminada por un tubo fluorescente; su ropa estaba esparcida sobre la cama y una maleta vacía en el suelo sugería que estaba empezando a hacer el equipaje.

—Ande, rápido. La policía busca usted.

Chelsea abrió el informe del investigador privado; encontró una nota con el nombre y la dirección de una mujer: «Sharifah Abdul Rahman, N.º 04-04, Urbanización Rosa, Ampang». Estaba grapada a la factura del investigador que ascendía a dos mil ringit. Arqueó las cejas. El señor Chan debía de estar muy convencido del valor de la información que le proporcionaba y esperaba que estuviera dispuesta a pagarle bien por ella.

El informe también contenía un CD. Chelsea lo sostuvo en la mano, observando cómo la luz se reflejaba en la brillante superficie. ¿De verdad quería ver lo que había en esa grabación? Debían ser más pruebas del adulterio de Alan, ella siempre lo había sabido y nunca había necesitado que se lo demostraran. Los tribunales habían exigido pruebas, así que las había conseguido, pero ahora que Alan estaba muerto ya no importaba. Chelsea llegó, de mala gana, a la conclusión de que no podía ignorarlo; tal vez contuviera algo tan prosaico como a su marido disfrutando de un plato de *char siew* —cerdo asado— después de su supuesta conversión al islam. Podría ser una buena prueba (suponiendo que alguno de los tribunales investigara realmente el asunto) de que la religión era únicamente conveniencia para Alan Lee.

Subió las escaleras alfombradas sin hacer ruido; entró en el cuarto de invitados y cerró la puerta. Allí había una televisión y un reproductor de DVD que apenas se usaban porque su matrimonio no era como para invitar a nadie a casa. Armándose de valor introdujo el CD, cogió los mandos a distancia y se sentó en el borde de la cama.

Las imágenes habían sido tomadas con un aparato de grabación con muy poca resolución, probablemente con un teléfono móvil, concluyó Chelsea. No le costó reconocer a su marido sentado en un taburete de la barra de una discoteca observando a las bailarinas. Chelsea no tenía claro si era por la calidad de la grabación, pero parecía que había humo en el ambiente. Unas luces intermitentes y de muchos colores iluminaban de vez en cuando la escena, y Chelsea casi podía oler el sudor de las bailarinas. El sonido estaba muy amortiguado pero distinguía el persistente ritmo de la música a todo volumen. Arrugó la nariz asqueada, Alan no podía ser más patético, yendo a discotecas donde la media de edad era veinte años menor que la suya. Siguió mirando, preguntándose si lo único que contenía la grabación era a Alan tomándose una copa.

Una mujer joven se dirigió hacia a su exmarido. Era impresionante. Alta y delgada, muy bien maquillada, entró en plano como una modelo. Sobresaltada, Chelsea se dio cuenta de que la altura y el estilo de aquella mujer eran muy similares a los suyos. Alan no la vio acercarse porque estaba concentrado en las bailarinas. Ella le rodeó el cuello con un brazo largo y delgado y él se giró en el taburete. La joven se inclinó hacia él, se agachó y le dio un beso en los labios. Se notaba que era un acto delicado y sensual aunque estuviera grabado con un teléfono. Alan respondió poniéndose de pie y estrechando a la mujer entre sus brazos. A Chelsea se le puso un nudo en la garganta. Saber que su marido era un adúltero y verlo eran dos cosas distintas. Las muestras públicas de afecto —o de lujuria, pensó Chelsea con desprecio— no eran habituales en Malasia. Algunas personas se volvieron para observar a aquella pareja que se besaba de forma tan desinhibida. Esa debía de ser Sharifah, la mujer cuya dirección constaba en el informe. La pantalla se quedó en negro. Se preguntaba por qué el señor Chan creía que estaría dispuesta a pagarle dos mil ringit por lo que le había proporcionado.

La cámara volvió a encenderse, quizá querían ahorrar batería. Un chico se acercó a la pareja, era delgado, iba vestido de negro y tenía el pelo corto y oscuro. Agarró a la mujer por el brazo y la apartó de Alan. Ella se giró, sorprendida, y al ver de quién se trataba retrocedió y dijo algo; era imposible oírlo por encima de la música pero resultaba obvio que conocía a aquel muchacho. Él la sujetó por los hombros y la zarandeó, no con brusquedad sino casi con actitud suplicante. A Chelsea le resultó evidente lo que había sucedido: Alan había robado la novia a ese joven y él estaba desesperado por recuperarla. Al ver el rostro de la mujer por primera vez, Chelsea se dio cuenta de que a pesar de la ropa y del maquillaje, era muy joven; no era en absoluto del estilo de Alan, a él le gustaban las mujeres con experiencia. Sin duda ella había caído rendida a los pies de aquel hombre mayor y rico que, cuando quería, sabía ser encantador. Chelsea casi sintió lástima por la chica.

Alan debió de hartarse de las súplicas vehementes del joven porque lo agarró del brazo y lo alejó de la muchacha. Esta extendió una mano en un gesto de compasión o de disculpa; puede que incluso fuera una señal de que en el fondo sabía que lo quería a él. Alan debió de darse cuenta porque posó ambas manos sobre el desconocido y lo empujó. El chico se tambaleó hacia atrás, recuperó el equilibrio y habría cargado contra Alan si la chica no se hubiera interpuesto entre ellos. Esta miró al joven negando con la cabeza; él dijo algo y ella

negó de nuevo, esta vez con mayor firmeza. El muchacho, enfadado, señaló a Alan con el dedo por encima del hombro de la chica. Lo único que Chelsea consiguió entender fue: «¡No permitiré que te sagas con la tuya!».

El joven dio media vuelta y se alejó de la pareja casi corriendo, pero no sin antes mirar directamente a la cámara del señor Chan.

Chelsea se dejó caer de espaldas sobre la cama y ocultó la cara en una de las almohadas.

Capítulo 11

—Yo lo maté.

—¡Sí, sí, eso ya lo he oído! ¡Lo que le estoy preguntando es por qué! —exclamó el inspector malhumorado.

—Por su trabajo… por su empresa.

—¿Usted quería la empresa? —El inspector no disimuló su asombro—. Creía que no quería saber nada y Chelsea me dijo que no le interesaba el dinero.

—¡No quería la empresa, quería que Alan dejara de dirigirla! —exclamó Jasper con impaciencia.

—¿Por qué?

—Solo hacía cosas ilegales y destructivas.

—No sé si entiendo lo que quiere decir.

—La empresa familiar se dedica a la explotación forestal, mi padre fue el que empezó con el negocio de la madera y construyó un imperio talando árboles por todo el país.

El inspector asintió indicando que conocía la historia de la familia Lee.

—Alan estaba ampliando el ámbito de acción a Borneo porque ahí están las mejores explotaciones forestales: la mayor parte de las maderas nobles de la península han desaparecido hace tiempo y las que quedan están protegidas en reservas naturales.

—Sigo sin saber dónde quiere llegar.

—Estaba talando de forma ilegal, destruyendo los ecosistemas de la selva tropical, causando extinción de especies, acosando a las tribus indígenas y expulsándolas de sus tierras…

Jasper Lee levantó la voz con rabia; su rostro enrojecido mostraba la repugnancia que le causaban las acciones de su hermano.

—¿Intenta decirme que usted es un ecoterrorista? —Dijo el inspector con sarcasmo.

—¡Me da igual lo que crea! Me ha pedido una explicación y ahí la tiene.

El inspector resopló.

—¿Qué quiere de mí? —le preguntó Jasper hastiado.

—La verdad sería un buen punto de partida.

El asesino confeso miró fijamente las paredes mugrientas de la celda que el policía tenía detrás.

—Me pregunta cuál es la verdad pero no me cree cuando se la digo. Sé que puede sonar

disparatado para ustedes que pueda haber matado a mi hermano para salvar los bosques tropicales, porque viven en ciudades con aire acondicionado y se pasan el día comprando y yendo al cine. —El inspector guardó silencio. Aquel no parecía el momento adecuado para decir que él no iba de compras ni al cine—. Pero lo entendería si fuera a Borneo —continuó Jasper.

El inspector Singh levantó una de sus cejas.

Jasper bajó la cabeza, negándose a mirar a los ojos al policía.

—Muy bien —dijo por fin el inspector—. Digamos que creo sus palabras, que creo que usted mató a su hermano por esa… gente de la selva. ¿Por qué ahora? —Jasper lo miró perplejo, con la frente arrugada—. Supongo que Alan llevará años haciendo barbaridades, ¿por qué matarlo ahora? Además, creía que el cerebro de Maderas Lee era su otro hermano, Kian Min. ¿Lo que ha hecho no ha empeorado las cosas? ¿No ha matado al hermano equivocado?

Kian Min estaba desconcertado, no entendía por qué su hermano Jasper había confesado el asesinato de Alan. Aunque hubiera cometido el crimen (algo que Kian Min consideraba muy poco probable porque Jasper no tenía pelotas para eso), era absurdo que se inculpara de una forma tan dramática.

Kian Min se había tomado con filosofía el turbulento divorcio de Alan y su prolongada batalla por la custodia. Cuando Alan le pidió que testificara para defender su reputación y compensar el dañoque Jasper había ocasionado al declarar en favor de Chelsea, se carcajeó y accedió a ayudarle… por un módico precio. Recordaba perfectamente ese momento: Alan lo llamó por el intercomunicador de su oficina; hasta cuando necesitaba un favor exigía que su hermano fuera a su gran despacho. Kian Min habría apostado una buena suma de dinero a que Alan no sabía en qué lugar del enorme edificio Lee de Jalan Raja Chulan estaba su modesta oficina. Pero él había acudido obedientemente y había accedido a ayudarle si dejaba de oponerse a su idea de ampliar el negocio.

Nunca había entendido la reticencia de Alan a adoptar su plan de desarrollo empresarial más reciente porque rara vez se involucraba en la planificación, y nunca tenía nada que decir sobre la prudencia o imprudencia de sus políticas. Sin embargo, de vez en cuando, para gran irritación de Kian Min, aparecía y vetaba algún plan. O, más excepcionalmente (ya que implicaba trabajo), proponía alguna idea para convertir el agua en vino. Kian Min estaba seguro de que Alan lo hacía solo para atarlo en corto, para impedir que se le subieran los humos y tuviera claro su lugar en la jerarquía de la empresa; para recordarle quién, por un accidente de nacimiento, era el jefe de Maderas Lee.

La tentativa más reciente de Alan había sido vetar los planes de Kian Min para convertir el territorio que habían talado en el este de Malasia en plantaciones de palma aceitera. Kian Min estaba convencido de que el futuro del sector estaba en los biocombustibles, y la empresa tenía una gran ventaja para introducirse en el mercado gracias a las concesiones de terrenos que tenían y que podían comprar con facilidad a los funcionarios corruptos del Gobierno. Pero Alan se había negado, argumentando que Maderas Lee era una empresa maderera y que no pensaba poner en riesgo el legado que su padre le había dejado. Había insinuado que él, Alan, había heredado la empresa porque su padre confiaba en que diera continuidad al negocio familiar. Kian Min había señalado en vano las ventajas de la diversificación y los

peligros de aferrarse a una industria de explotación forestal que se estaba quedando sin árboles. Alan se había mantenido en su decisión hasta que necesitó a su hermano para testificar en las vistas de la custodia. Kian Min había fijado el precio de su cooperación: la creación de una división de biocombustibles y Alan accedió de inmediato.

—¿Y toda esa palabrería sobre la protección del legado de papá? —le preguntó maliciosamente Kian Min.

—No me importa en absoluto, pero me encanta ver la cara que pones cuando frustro uno de tus maravillosos planes empresariales.

Kian Min, de pie delante de la mesa de su hermano como un colegial al que habían enviado a ver al director, sintió una gran ira pero no dijo nada.

Alan le hizo un gesto con la mano para indicarle que podía retirarse.

—¡Largo de aquí! Esa cara de amargado va a quitarme las ganas de almorzar —le dijo como despedida.

El inspector Singh miró con tristeza sus zapatillas deportivas (blancas como la nieve), manchadas de barro y cubiertas por una fina película de polvo gris. En Singapur, donde se podía comer sobre las aceras, nunca tenía dificultades para mantener impoluto su calzado, pero en Kuala Lumpur era imposible: la cantidad de coches en la compleja red de carreteras, la ubicación de la ciudad en un valle sin aire ni viento y la escasez de árboles hacían que siempre hubiera una capa de suciedad en la ropa y en el calzado. El policía se preguntó si habría llegado el momento de dejar a un lado su excentricidad y comprarse un par de zapatos negros de cuero. Se rascó el pecho por encima de la camiseta blanca que siempre llevaba bajo la camisa; una gota de sudor rodó desde su turbante, dejando un rastro húmedo a su paso hasta llegar al cuello. Vio cómo una joven malaya con un bebé en brazos intentaba subir un carrito a la acera; Singh se levantó y se acercó para ayudarla a subir el cochecito, ella lo miró con gratitud y se escabulló hacia la tienda más cercana con aire acondicionado, desesperada por escapar de aquel calor sofocante. El bebé del carrito llevaba puesto un *body* largo, unas manoplas y un gorrito, tenía la carita colorada y parecía aturdido. El niño mayor iba vestido con vaqueros y una camisa de manga larga: era un hombre en miniatura con el pelo húmedo pegado en la frente.

Singh sacudió la cabeza pensando en sus reflexiones. Estaba observando los detalles, analizando el contexto, empapándose del entorno; sus habilidades e instintos detectivescos se habían disparado, pero su falta de autoridad en la ciudad y su peculiar cometido no le permitían explayarse. Cogió un periódico y se acomodó en la silla mientras esperaba su café y a su invitado.

El joven sargento se acercó tan sigilosamente como siempre y Singh no lo vio hasta que lo tuvo delante. El veterano señaló una silla invitando a Shukor a sentarse pero no lo hizo; se quedó de pie, mirando al inspector con cara de preocupación.

—¿Qué pasa? —le preguntó Singh.

—Hay otro hombre.

—¿A qué se refiere?

—Chelsea tenía… o puede que tenga un amante.

—¿Cómo lo sabe?

El sargento Shukor le pasó una carta por encima de la mesa. Estaba escrita a mano con una

caligrafía intrincada, juvenil, y mucho subrayado para enfatizar. El inspector la cogió con cautela y leyó los planes entusiastas de un muchacho provocados por la muerte del marido de su amante.

—¿De dónde ha sacado esto?

—Estábamos reuniendo las cosas que nos llevamos en el registro de la residencia de los Lee cuando detuvimos a Chelsea. Encontré esto mientras las ordenaba.

—¡Alan Lee ignoraba la existencia de este muchacho tan entusiasta!

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, imagino que si no lo habría sacado a relucir en la batalla por la custodia, hasta le habría evitado convertirse al islam. Los tribunales nunca aprueban el adulterio y ella podía haber perdido la custodia sin ningún desvarío religioso —explicó—. De hecho, si siguiera en el banquillo de los acusados por el asesinato esta carta habría sido el último clavo de su ataúd —añadió Singh pensativo.

—¿Va a preguntarle por él?

Singh sonrió y señaló la carta.

—Preferiría saber lo menos posible sobre la boba criatura que ha escrito esta obra de arte epistolar. —Singh volvió a coger la carta y se fijó en la firma—. Un tal «Ravi», según parece. Pero tiene razón, tenemos que cerciorarnos de que no sea relevante para el caso. Puede que Chelsea ya no sea sospechosa, pero parece muy segura de que Jasper no es culpable y ¡tal vez sepa algo importante que ignoramos sobre su amante! Si nos tomamos en serio sus efusiones literarias, es una criatura de emociones intensas.

Chelsea se levantó de la cama, fue al lavabo y se echó agua fría en la cara. Cogió la suave toalla de baño y se secó; se miró al espejo… sus ojos eran los de un animal salvaje acorralado; respiró hondo varias veces. Todo lo que había hecho en su vida, lo había hecho por sus hijos. Ahora ellos la necesitaban más que nunca y no sabía de dónde sacar fuerzas. Se sentía asqueada e intimidada por lo que acababa de descubrir en el disco del investigador privado.

La distrajeron unos golpes en la puerta.

Su hijo menor le estaba pidiendo a gritos que saliera porque quería enseñarle algo y era importante. Abrió y el pequeño entró a trompicones, emocionadísimo porque había cazado un saltamontes en el jardín.

—Qué bien. Recuerda tratarlo con cariño. Mamá no puede ir a verlo ahora, tiene que salir un momento.

Al niño no le gustó y Chelsea lo rodeó con los brazos y lo abrazó con fuerza.

—Volveré pronto cielo —le aseguró con un nudo en la garganta.

El chófer estaba fuera pero ella rechazó sus servicios con un gesto de la mano y cogió las llaves de su coche. No quería que nadie supiera dónde iba; sacó el automóvil del garaje, salió a la calle y pasó por el lugar donde habían asesinado a Alan. El papel con la dirección anotada estaba sobre el asiento del copiloto. Sabía dónde iba, lo que no tenía claro era qué iba a hacer cuando llegara allí.

La Urbanización Rosa resultó ser una colonia de viviendas bajas y elegantes, a cierta distancia de cualquier calle principal. Chelsea subió en ascensor al cuarto piso y recorrió apresuradamente el pasillo amplio y bien iluminado hasta llegar al apartamento 04-04. Vaciló. Mientras se fijaba en el número cuatro (considerado de mal agüero por los chinos porque era

el número de la muerte) tomó una decisión. Llamó con fuerza al timbre y escuchó una campanilla al otro lado de la pesada puerta.

La puerta se entreabrió y apareció una joven que dibujó literalmente una «o» de sorpresa con la boca al verla: su notoriedad reciente hacía que la reconocieran al instante, pero ella se quedó allí de pie, sin saber qué hacer. Chelsea dio un paso adelante con intención de entrar; la joven se encogió de hombros y se hizo a un lado. Chelsea entró en el apartamento, un lugar agradable y espacioso, con acuarelas en las paredes y alfombras persas en el suelo. Un gato enorme de color gris se enroscó entre sus piernas maullando suavemente.

—Bonita casa, ¿te la compró mi marido? —preguntó Chelsea tranquilamente.

La mujer (que en realidad no era más que una niña) no dijo nada, pero la culpabilidad en su gesto respondió por ella.

Sharifah cogió al gato y lo estrechó contra su mejilla.

—¿Qué quiere? —susurró.

Chelsea se acercó a la mesa del comedor que estaba llena de libros y de papeles. La joven estaba estudiando y la mayoría eran textos de ciencias.

—¿Por qué demonios te liaste con él? —le preguntó con curiosidad.

—La verdad es que no lo sé. Era muy amable, me compraba muchas cosas, parecía tan sofisticado…

Chelsea quería gritarle por haber sido tan ingenua, pero no lo hizo al darse cuenta de que ella había caído en esa trampa hace muchísimos años.

—Dijo que se casaría conmigo y yo le creí. Dijo que se estaba divorciando de usted, y como había salido en los periódicos sabía que era cierto —dijo Sharifah con actitud desafiante.

Chelsea se encogió de hombros.

—Podría haberlo hecho, supongo.

—¡Hasta accedió a convertirse al islam porque yo soy musulmana! —alegó Sharifah, molesta por la incredulidad de Chelsea.

Esta levantó la vista bruscamente al oír aquello.

—Es cierto que se convirtió —dijo secamente. ¿Era posible que lo hubiera hecho para casarse con esa mujer? Si de verdad tenía intención de casarse con ella no tendría más opción. Era la ley. Para casarse con un musulmán en Malasia, el no musulmán debía convertirse al islam. Eso daría al traste con el supuesto de que la conversión había sido una estrategia maquiavélica para quedarse con los niños, de que Alan no era un verdadero musulmán y que, por lo tanto, los niños tampoco lo eran. El tribunal de la *sharía* le quitaría a los niños casi con total seguridad. Miró a Sharifah, intentando dilucidar si Alan de verdad se había enamorado de ella. No era imposible, ella era guapísima, radiante, muy joven y tenía una voz preciosa.

—De verdad creía que quería casarse conmigo pero entonces alguien lo mató. Al principio oí que había sido usted… pero luego detuvieron a su hermano —comentó Sharifah.

—Jasper confesó.

—Entiendo. —Pero estaba claro que no lo entendía.

—¿Te entristeció su muerte? —le preguntó Chelsea.

—Pues claro —aseguró la joven, pero bajó la vista y su cabello liso le cayó sobre la cara como un velo.

Chelsea la miró con lástima. Su pena no parecía muy auténtica; puede que hubiera empezado a sospechar que una relación con un hombre mayor, por muy rico que fuera, no

sería en absoluto como ella se esperaba. Puede que Alan hubiera empezado a pegarla. Tal vez se había despertado entre sus brazos una mañana y se había dado cuenta de que las cosas no iban a ser tan bonitas cuando ella todavía fuera una mujer joven y su marido se hubiera convertido en un anciano. O quizá quería de verdad a aquel muchacho que le había suplicado apasionadamente que se fuera con él.

—¿Qué quiere? ¿Qué hace aquí? —volvió a preguntarle Sharifah armándose de valor.

—En realidad no he venido por mi marido sino por mi hijo.

Capítulo 12

Sharifah parecía asustada.

—¿Qué quiere decir?

—No me interesa tu sórdida aventura con mi exmarido. Quiero que me hables de tu… de tu relación con mi hijo.

—¿Cómo lo sabe? —Sharifah, que tenía el pelo teñido de color castaño, se tiró de unos mechones con nerviosismo.

Chelsea desdeñó la pregunta con una mano de manicura perfecta.

—Cuéntame la verdad.

Cuando Sharifah habló, lo hizo casi en un susurro.

—Marcus y yo íbamos juntos a clase y empezamos a salir. Él no quería contárselo a nadie porque yo soy musulmana y temía que nos metiéramos en un lío. Durante un tiempo fuimos muy felices. —La muchacha levantó la vista, poniéndose a la defensiva—. No es que hiciéramos planes a largo plazo, ni nada de eso… Simplemente salíamos y nos lo pasábamos bien, nada más.

—¿Y luego qué pasó?

—El chófer vino a recogerlo un día al colegio, y me fui con él porque íbamos a ir al cine. Marcus nunca quería volver a casa, así que siempre estaba haciendo planes.

Sus palabras le dolieron pero Chelsea no lo demostró.

—Su padre estaba en el coche. Fue una coincidencia porque tenía una reunión cerca, o algo así —continuó Sharifah—. Habló un poco conmigo, no mucho. Marcus siempre me decía cuánto odiaba a su padre pero a mí me cayó bien.

Chelsea sabía lo bien que disimulaba Alan Lee. Pocas personas lo creerían capaz de ser tan cruel.

—Supongo que debió de informarse de quién era yo… y fue a por mí.

—¿Y cambiaste al hijo por el padre?

—Marcus solo era un niño. Alan parecía tan maduro, yo no sabía qué hacer.

Chelsea guardó silencio.

—Cuando mataron a Alan temí que lo hubiera hecho Marcus —reconoció Sharifah—. Pero entonces la detuvieron a usted… ¿y ahora dice que su hermano ha confesado?

Fue una fuga de lo más prosaica. La señora Wong lo condujo por las escaleras y él se quedó

detrás de ella, oculto por su amplia cintura y sus enaguas de flores. Una vez abajo se puso de rodillas y la siguió a cuatro patas como un perro en celo. Ella no dijo una palabra, se limitó a recorrer el pasillo hasta la cocina. Una vez allí ignoraron la mirada desconcertada del anciano desdentado que lavaba los platos. Ella abrió los postigos, Rupert Winfield saltó por la ventana y no se incorporó hasta que estuvo fuera, al otro lado de donde se encontraba el policía haciendo guardia.

—¡Gracias! —dijo a través de la ventana abierta.

Ella fue más práctica.

—¿Dinero, pasaporte?

Él se dio unas palmaditas en el bolsillo del pecho para tranquilizarla a ella y también a sí mismo.

—Sí, no hay problema. Todo en orden.

—¡No vaya al aeropuerto!

Era un buen consejo. Él asintió. Ella le tendió la mano en un tímido gesto de despedida. Él se la estrechó y se la llevó al pecho. Ella entendió que se lo agradecía de corazón.

El aeropuerto estaba vetado pero debía regresar a Kuala Lumpur porque allí tenía contactos que tenían contactos. Hablaría con ese defensor de la vida salvaje, Jasper Lee; era buena persona y pertenecía a la familia Lee. Estaba convencido de que eran ellos los que se hallaban detrás de los terribles hechos que había presenciado. Puede que Jasper tuviera alguna idea de quién era el verdadero responsable del ataque a los penan. Pero primero tenía que llegar hasta allí, y no iba a ser fácil con un policía corrupto pisándole los talones. No era tonto. Sabía que él era una amenaza para una industria multimillonaria: temían que se pusiera en contacto con la prensa para contarles su versión o que pidiera ayuda a policías o funcionarios del Gobierno que no estuvieran comprados. Podría difundir la historia del trato que recibían los penan a manos de la industria maderera y denunciar la indiferencia y la corrupción de la policía de Borneo.

El policía que había intentado tenderle una emboscada en la pensión no lo perseguía para charlar. Si desaparecía ahí, en Borneo, no sería más que otra anécdota de un hombre blanco que creía que podía domar la selva y se equivocó. El inglés se puso unas gafas de sol; si ocultaba sus ojos azules no llamaría la atención a primera vista. Solo así podría escapar.

Rupert cogió un taxi para dirigirse a un pueblito de pescadores que se encontraba a unos kilómetros de Kuching. Los hombres habían salido a la mar, las chalupas se veían a lo lejos, balanceándose arriba y abajo en el malhumorado océano. Solo había una embarcación amarrada cerca de la desembocadura del río. El pescador limpiaba las redes y silbaba a través de un hueco entre los dientes. Era un barco alegre, flamante gracias a una capa de pintura fresca, y además, parecía razonablemente apto para la navegación. Una bandera malaya ondeaba en el timón.

—¿Por qué no ha salido hoy? —preguntó Rupert al hombre en un malayo macarrónico.

Este se encogió de hombros.

—¡Motor no encendía!

—¿Y ya funciona? —El pescador no pareció entenderlo—. ¿Motor ya bien? —volvió a preguntarle.

El hombre sonrió.

—¡Sí, ya bien!

—¿Quiere dinero? —le preguntó Rupert quitándose las gafas para que pudiera ver que era

extranjero. Para los lugareños la mayoría de los extranjeros eran turistas ricos.

El pescador miró hacia el mar observando como sus compañeros regresaban lentamente a la orilla con la pesca del día, una masa brillante y plateada de peces que se retorcían en la cubierta de las embarcaciones.

—Todos los días voy al mar. Queda muy poco pescado y tengo cinco hijos. ¡Claro que quiero dinero!

—Bien.

El joven policía regresó. A la señora Wong no le sorprendió.

—¿Dónde está? —le preguntó este.

Ella se hizo la tonta.

—¿A qué se refiere?

—Rupert Winfield, el de la habitación uno, uno, cinco.

—Uno, uno, cinco, no: uno, uno, siete. ¡Ya se ha ido!

El policía le dio una bofetada. El golpe fue tan inesperado que ella se tambaleó hacia atrás y se sentó pesadamente en su silla, sujetándose la mandíbula.

—Si no encuentro a ese hombre, volveré a por usted —la amenazó el policía inclinándose hacia su figura encogida.

No era difícil suponer lo que había ocurrido. Seguramente su presa se había escapado por la parte de atrás con la ayuda de esa gorda. La miró con desprecio. Si no conseguía localizar a su objetivo, volvería y le haría entender que no había sido prudente interponerse en su camino. El policía reflexionó. Sabía, porque había puesto sobre aviso al aeropuerto, que Rupert Winfield no había escapado por allí. La otra posibilidad era un barco. El policía se subió a la moto y salió de la ciudad por la carretera de la costa; se detuvo en el primer pueblo pesquero: los hombres estaban llegando a la orilla y negaron haber visto en el pueblo a ningún *mat salleh*, el término local para «hombre blanco», y mucho menos haberlo llevado al mar. Sus esposas, que se estaban atando los pareos y preparándose para ayudarles con el pescado, respaldaron esa versión. No tenían motivos para mentirle. Quizá Rupert hubiera ido a algún sitio de la costa más alejado para conseguir que alguien lo sacara de Sarawak, o quizá había salido de la ciudad en dirección opuesta, hacia el este en lugar de hacia el oeste. No había manera de saberlo con seguridad. El sargento negó con la cabeza, la fortuna no le estaba sonriendo y llegaría demasiado tarde. Prevenido, Rupert Winfield se había dado cuenta de que era necesario actuar con rapidez. Dudaba que se hubiera molestado en seguir subiendo por la costa sin detenerse antes en ese pueblo para buscar una salida. El policía tomó una decisión: de*sharía* el camino andado.

Tuvo suerte: un niño que lanzaba piedras al agua en el muelle le contó que un hombre blanco había pasado por allí.

—*¡Mata biru macam David Beckham!* —«Con los ojos azules como David Beckham», dijo fascinado. El sargento le dio una moneda.

—¿Por dónde se fue?

El niño señaló el mar con indiferencia.

—*¡Pergi sampan Pakcik!* —«Se fue en el barco del anciano».

—*¿Ke mana?* —«¿A dónde?».

El niño se encogió de hombros. Ni lo sabía, ni le importaba.

El policía salió de nuevo hacia la ciudad. Tendría que informar de su fracaso.

El sargento Shukor sabía que lo mejor para su carrera era mantenerse alejado de aquel sij contestatario, pero se estaba involucrando en los pormenores del caso contra Jasper Lee. Su misión oficial era seguir al policía de más allá de la frontera y su labor extraoficial era alentarlo a que se marchara lo antes posible utilizando cualquier táctica, incluida la obstrucción. Pero allí estaba él, ayudándolo activamente; ya había conseguido que Singh visitara a Jasper Lee en varias ocasiones.

Estaba presente en los interrogatorios y le fascinaba la maestría con la que el inspector utilizaba los silencios como arma: se sentaba tranquilamente en la celda esperando a que Jasper Lee empezara a llenar los espacios vacíos con palabras. Sin amenazas (ni violencia explícita o implícita) conseguía que el prisionero se irritara cada vez más hasta que empezaba a hablar para pasar el rato o para distraerse de sus aciagas circunstancias. Y de esas conversaciones vacías habían surgido varias perlas de información; la más peculiar era que Jasper había matado a su hermano para que dejara de destruir el medioambiente. Shukor esperaba poner a prueba estas técnicas la próxima vez que le pidieran que interrogara a un sospechoso o a algún testigo. Y cuanto más aprendía, más obligado se sentía a devolver el favor al policía singapurense. Sabía que cuando sus superiores se enteraran (como sucedería inevitablemente) se encontraría en una posición difícil, pero esperaba que sus esfuerzos para entonces hubieran sido fructíferos.

Él y el inspector estaban sentados en su restaurante favorito, bebiendo té azucarado y observando cómo los vendedores ambulantes anunciaban sus mercancías: desde alfombrillas de oración hasta rosarios. Todos los productos estaban pensados para la multitud que iba los viernes a rezar a la mezquita, formando hileras en el suelo en dirección a La Meca y cantando sus alabanzas a Dios.

Shukor estaba perdido en sus pensamientos.

—Es posible —dijo finalmente.

—¿Qué?

—Es posible que matara a su hermano por lo que estaba haciendo en el este de Malasia, sobre todo en Sarawak.

—¿Qué le hace pensar eso?

—He estado investigando su historia —respondió Shukor.

Dudó un momento, pero finalmente entregó al inspector una carpeta. Una nueva vulneración del protocolo: la entrega de informes policiales confidenciales. Era el botín obtenido en la oficina de Jasper, situada en el segundo piso de una casa-almacén del barrio chino. No querían que la acusación de Jasper por el asesinato de su hermano fracasara; tenían una confesión y necesitaban información y contexto, porque no sería el primer acusado que se retractara de su confesión en el último minuto alegando haber declarado bajo coacción, fuera cierto o no.

El inspector examinó el expediente con curiosidad; la mayoría de los documentos eran bastante intrascendentales y revelaban cierto interés en los temas de conservación de Malasia. Había informes del Fondo Mundial para la Naturaleza descargados de internet, varios folletos que reclamaban el cese de la tala de árboles en Sarawak, y recortes de periódico sobre la situación de todos los animales (desde los orangutanes hasta los elefantes pigmeos) como

consecuencia de la deforestación. Y un proyecto de investigación sobre una tribu nómada de Borneo, los penan, escrito por un tal Rupert Winfield. Además, Jasper y Rupert Winfield habían intercambiado correspondencia sobre los problemas a los que se enfrentaban los pueblos indígenas debido a que su relación simbiótica con la naturaleza se veía alterada por la industria maderera.

—Supongo que esto demuestra que de verdad le importaban estos temas, pero de ahí al asesinato hay un abismo —señaló el inspector.

—Lo dice porque aún no le he enseñado la mejor parte —replicó Shukor.

—¿A qué se refiere?

Este le pasó otra carpeta sobre la mesa.

El inspector la cogió, la abrió, empezó a hojear las páginas y a inclinarse sobre ellas cada vez más, lo que indicaba que su interés aumentaba. Por fin miró al joven que estaba al otro lado de la mesa; Shukor tenía un ligero aire de suficiencia porque habitualmente nunca iba un paso por delante del corpulento policía.

—¿De dónde ha sacado esto?

—También de su oficina.

—Bueno, no es una pistola humeante pero da cierta credibilidad a lo que dice de su hermano.

El sargento Shukor asintió.

Ambos bajaron la vista hacia los papeles que tenían delante; eran una colección variopinta de informes anuales de empresas, mapas de estudios gubernamentales, notas manuscritas, listados impresos de precios de productos básicos y columnas de números. Al principio era difícil ver lo que Jasper pretendía con el cuidadoso subrayado de los mapas y con las notas garabateadas al margen. Pero, tras un examen más minucioso, era evidente que, al comparar los rendimientos de la empresa con el volumen estimando de madera que se había vendido a lo largo de los años, Maderas Lee había vendido más madera de la que aparecía en sus libros. Habían inflado sistemáticamente los precios de las maderas nobles y de la madera procesada que exportaban para justificar los grandes ingresos que percibían. Todo ello, junto con los mapas de prospecciones en los que se mostraban las áreas de explotación forestal, las zonas de conservación y los resultados de los reconocimientos aéreos de Jasper, demostraba que la tala había invadido ampliamente varias zonas protegidas.

También había varias cartas que Jasper había remitido a diversas autoridades de Sarawak en las que informaba de estos hallazgos, aunque en las respuestas adjuntas siempre desmentían amablemente que se estuvieran llevando a cabo explotaciones forestales ilegales delante de sus narices. Sus funcionarios habían comprobado las acusaciones y no habían podido demostrar su veracidad.

Jasper había garabateado con rabia en el margen de una de las respuestas: «¿Cuánto te han pagado por eso?».

—Sin duda era un tema que le preocupaba —señaló el inspector Singh.

Shukor asintió.

—Casi soy capaz de creer que haya matado a su hermano por eso.

—¿Un hombre con una misión?

—Sí, si tenía pruebas de que la empresa de su propia familia estaba involucrada en esas actividades, y ya sabe cómo son estos chinos, la importancia que le dan al honor familiar y a las apariencias.

—¡Lo normal sería que se enfrentara a su hermano, no que lo matara!

—Tal vez lo hiciera.

El inspector pensó que era una observación pertinente y bien planteada, era probable que Jasper se hubiera encarado con su hermano y que lo ignorara. ¿Cuál era el siguiente paso? ¿El asesinato? El linchamiento en los medios de comunicación sin duda.

—¿Y no habló con la prensa?

—Puede que no tuviera mucha suerte.

—¿Qué quiere decir?

—Hay muchos periodistas en nómina de los corruptos; puede que la prensa se negara a publicarlo.

El inspector se tiró de la barba canosa. Era posible que Jasper hubiera intentado estas opciones antes, que hubiera fracasado y que decidiera matar a Alan… pero algo no encajaba. Seguía sin poder creer que Jasper Lee hubiera matado a su hermano por algo tan abstracto. Pensó en los asesinos que había atrapado a lo largo de los años, en los crímenes pasionales y en los crímenes por ambición; nunca se había topado con un asesino altruista. El amante le seguía pareciendo el sospechoso más factible. Pero Ravi no había confesado y Jasper sí.

—No creo que fuera un auténtico converso ¿por qué quería arrebatar los niños a su madre? Es cruel —opinó en tono mesurado un hombre con aspecto de asceta, túnica blanca y gafas gruesas.

—No podemos cuestionar su conversión porque abriría la veda a que amigos y familiares pusieran en tela de juicio la verdadera intención de un converso tras su muerte. La gente dudaría de todos los nuevos musulmanes —aseguró un joven exaltado de ojos brillantes y barba negra, dando un puñetazo en la mesa para enfatizar su convicción—. Hay que estudiar el caso. No podemos sentar un precedente en el que nosotros decidamos cómo y cuándo es aplicable la ley de la *sharía*. Eso no es justicia islámica —continuó.

—Si no era un verdadero converso, Alan Lee tendrá que justificar sus actos ante Dios, no nos corresponde a nosotros juzgar lo que hay en el corazón de un hombre. Él siguió los pasos necesarios, manifestó que quería convertirse al islam, declaró que sus hijos eran musulmanes, y tenemos la responsabilidad de velar para que sus vástagos se eduquen en un hogar musulmán.

Esa era la opinión del presidente del Consejo, un reputado erudito muy respetado por sus compañeros aun cuando no estaban de acuerdo con él.

El asceta exhaló un débil suspiro al ver hacia qué lado se inclinaba el Consejo.

—Que Alá nos perdone —dijo.

¿Podía perder? La primera audiencia se había aplazado y volverían al juzgado la semana siguiente. Chelsea estaba sentada en la sala de espera del despacho de su abogado de la *sharía*, esperando con impaciencia su asesoramiento. La sala era pequeña y agobiante, con un par de sofás gastados; Chelsea notaba los muelles, que ansiaban liberarse a través del tejido floral, y observó que la alfombra estaba manchada de café o té, puede que también de lágrimas. Había un par de frases en árabe, suponía que del Corán, enmarcadas y colgadas en las paredes. Un cenicero de plástico con quemaduras ocupaban la mesa de centro (que era de mimbre con tapa de cristal), junto a un jarrón con flores de plástico en rosas y verdes fluorescentes que

Chelsea, con razón o sin ella, siempre asociaba con los estándares de calidad cutres de China. Sabía que el abogado tenía mucha experiencia y mucho éxito, ¿por qué no limpiaba esa sala de espera asquerosa?

Por fin la hicieron pasar a otra habitación pequeña y agobiante con una mesa llena de libros apilados. Una toga negra con ribetes dorados, deshilachada por los bordes tras años de uso, colgaba de un perchero en una esquina. El abogado era diminuto, casi como un gnomo, y estaba prácticamente oculto por los montones de papeles de su escritorio. Unas orejas grandes y puntiagudas sobresalían a los lados del gorrito de tela blanco que llevan los musulmanes que han peregrinado a la Meca. Se levantó al verla entrar y ella le tendió la mano esperando su saludo.

Él negó con la cabeza imperceptiblemente.

—Como sabrá, señora Lee, mi religión me prohíbe tener contacto con ninguna mujer que no sea mi esposa.

Chelsea dejó caer la mano a un costado. Se sentía avergonzada y se puso de inmediato a la defensiva.

Como para acentuar el choque cultural entre ellos, el abogado rodeó la mesa, evitando rozarla mientras lo hacía, y abrió la puerta que ella había cerrado al entrar. Colocó un tope con un pie enfundado en una sandalia. Tampoco se le permitía estar a solas con una mujer que no fuera su esposa tras una puerta cerrada. Una vez resueltos los preliminares de forma satisfactoria, sonrió mostrando unos dientes grandes y manchados de café.

—¿Puedo ofrecerle una taza de té? —preguntó.

Chelsea negó con la cabeza. Necesitaba ir al grano, este hombre era el abogado más veterano en activo de la *sharía*. Le habían dado muy buenas referencias de él y, a pesar de las sandalias y la toga deshilachada, era caro. Ella no había ido allí a tomar el té.

Él lo captó.

—He estudiado a fondo su caso, por supuesto —aseguró. Lo que no dijo fue que también conocía las hazañas recientes de Chelsea.

Esta asintió.

—¿Qué posibilidades tengo? ¿Pueden quitarme a mis hijos?

No estaba de humor para dar rodeos y a su abogado pareció molestarle un poco que fuera tan directa.

—Esta es una confluencia de circunstancias muy poco habitual —respondió pensativo.

Chelsea lo fulminó con la mirada. Al parecer daba igual que fueran de la *sharía* o de la jurisdicción civil, todos los abogados cobraban por horas y nunca respondían a una pregunta directamente.

—¿Y qué consecuencias tiene esa «confluencia de circunstancias poco habitual» para mis hijos y para mí? —preguntó.

El abogado suspiró y levantó la vista. Su expresión sincera la reconfortó por un instante. No tanto su respuesta.

—No lo sé. No sé cuál será el desenlace. —Se produjo un tenso silencio entre ellos mientras digerían el reconocimiento de su ignorancia como si se tratara de una fruta verde, amarga e intragable. El abogado fue el primero en hablar—. Resulta ingrato sentar precedente en un caso de dominio público. Todas las partes implicadas creen que deben ser lo más estrictas posible porque no quieren que las consideren débiles.

Ella asintió. Se había pasado la vida en las portadas de la prensa sensacionalista. Pero ahora

había gravitado hacia la prensa seria y estaba en juego la reputación de hombres poderosos.

—Mis contactos en el Consejo Islámico me han informado de que hay división de opiniones en lo que respecta a si ellos deberían juzgar el asunto de la custodia para empezar. No todos tienen claro que la conversión de su marido fuera auténtica —añadió el abogado.

—¡Claro que no lo fue! —exclamó Chelsea.

—El Consejo, por desgracia, no quiere sentar precedente dudando de la autenticidad de una conversión religiosa. Está claro por qué: cada vez que un no musulmán se convirtiera, los miembros de su familia que se opusieran acudirían a los tribunales. Lo que es una cuestión de fe acabaría convertida en una cuestión de pruebas.

Chelsea se desplomó en la silla.

—¿A dónde quiere llegar?

—Puede que el tribunal no nos permita presentar pruebas para demostrar que Alan no era realmente musulmán. Siguió los procedimientos legales para convertirse y podrían darlo por bueno. Si lo hacen… Como un asunto estricto de Derecho de Familia islámico, los niños deberían ser educados como musulmanes… y por musulmanes. El tribunal podría quitarle a sus hijos.

—¿Qué podemos hacer?

—Hay una forma segura de evitar que pierda a sus hijos —respondió el abogado amablemente.

Ella levantó la vista esperanzada.

—¿Cuál?

—Usted también podría convertirse al islam.

—Obviamente ya me lo había planteado —musitó Chelsea.

—¿Y por qué no lo hace?

—¿De verdad cree que las conversiones por conveniencia son la solución?

El abogado juntó las yemas de los dedos de ambas manos y la observó con pesar.

—Mejor que no me revele que su potencial conversión al islam no sería auténtica. Es importante que su adopción de la fe resulte creíble.

Chelsea resopló.

—¿Como la de Alan?

El abogado no fue capaz de mirarla a los ojos, bajó la vista, revolvió los papeles de la mesa y suspiró.

—Alan habrá ganado si me convierto, será como si hubiera vuelto del más allá para controlar qué hago y cómo vivo mi vida con mis hijos. No quiero concederle esa victoria —dijo Chelsea en voz baja.

—Podría ser la única forma de conservar a sus hijos.

Ella asintió.

—Soy consciente de ello. Pero por ahora seguiré confiando en que los tribunales hagan justicia.

Capítulo 13

Singh no tenía muchas ganas de ver a Chelsea; preguntarle por su talón de Aquiles no iba a ser agradable. La verdad es que le había sorprendido descubrir que tenía un amante: le parecía impropio de ella, pero seguramente no estaba en condiciones de entender a una mujer vulnerable. Sobre Ravi, sin embargo, no tenía dudas: era un personaje despiadado a la caza de mujeres a las que poder explotar; era su trabajo, su forma de ganarse la vida. Singh se había topado con muchos de su calaña a lo largo de los años y siempre había creído que eran demasiado cobardes para cometer un asesinato. Pero la riqueza potencial de Chelsea y su gratitud si eliminaba a su marido, quizá hicieran que Ravi sintiera la tentación de extralimitarse.

Había otra posibilidad: tal vez Chelsea Liew indujera a Ravi a creer que sí tenía las agallas que le faltaban para matar a su marido. Singh se secó la cara con un gran pañuelo blanco. Lo cierto era que no le apetecía en absoluto plantearse la implicación de Chelsea en el asesinato, tanto si ella había apretado el gatillo como si no.

Singh estaba sentado (encajado en una silla larguirucha y acolchada) esperando a Chelsea. Había rechazado los refrescos, el té, el zumo de sandía recién exprimido y el café que la sirvienta indonesia le había ofrecido. El inspector pensó que la mejor manera de conocer alguien era preguntar a su servicio doméstico, siempre que se les persuadiera para que hablaran. Las personas se peleaban delante de ellos y revelaban secretos como si no estuvieran allí; contestaban al teléfono cuando llamaba un amante y descubrían las manchas de carmín en la camisa de un marido infiel.

Singh decidió poner a prueba su teoría.

—Háble me de Alan Lee, su jefe —pidió a la sirvienta.

La empleada doméstica indonesia (con su delantal de volantes) se mostró cautelosa y reacia a hablar.

—No tengo nada que decir señor —declaró finalmente.

—¿Nada? —preguntó el policía con incredulidad.

—¡Nada! —aseguró ella, esa vez con mayor firmeza.

El inspector sabía por experiencia que, a veces, los que pretendían ayudar eran los que más daño hacían. Al intentar engañarlo abrían a menudo nuevas líneas de investigación.

Singh insistió.

—Toda la familia debe de estar devastada por el asesinato del jefe —señaló.

Podía ver cómo ella se debatía entre el deseo de darle la razón en todo lo que decía y la tentación de revelar lo que realmente opinaba de su difunto patrón.

—A veces tenía muy mal carácter —comentó por fin.

—Lo sé, lo sé. Tengo entendido que maltrataba a su esposa, la señora Lee, aunque quizá lo mereciera.

La empleada doméstica no iba a reprocharle que fuera políticamente incorrecto. En lugar de ello aseguró al policía en voz baja que Chelsea era una esposa y una madre ejemplar, y que nunca había hecho nada para enfadar a su marido.

El inspector sabía que eso no era cierto porque conocía la existencia de Ravi. El énfasis en la voz de la indonesia al retratarla como un dechado de virtudes incapaz de hacer nada malo, le hizo sospechar que la sirvienta también sabía lo del amante. Su lealtad hacia Chelsea le impresionó. Estaba dispuesta a mentir a un policía para protegerla… Una decisión valiente para una trabajadora inmigrante en Malasia que dependía de la buena voluntad de las autoridades para ganarse la vida.

La puerta se abrió y entró Chelsea. Llevaba un pantalón de lino blanco y una camisa azul cielo abierta sobre una camiseta blanca. Su apariencia era fresca y lozana, nada que ver con la mujer traumatizada de hacía un par de semanas.

—¿Qué tal todo? —le preguntó como si la suya fuera una relación de amistad informal y de confianza, en lugar de un vínculo forjado en circunstancias inusuales.

Él se encogió de hombros hundiendo el barbudo mentón sobre el pecho, como si prefiriera no hablar.

Ella lo miró con curiosidad.

—¡Vamos, puede contármelo! Ya llevo una buena dosis de malas noticias en los últimos meses. ¿Ha encontrado alguna prueba contra Jasper? No lo creeré si me dice que sí. —La mujer sonrió para evitar que sus palabras resultaran ofensivas.

—No, ninguna en realidad. Asegura que mató a su hermano porque estaba talando las selvas —resolló el inspector.

—¿En serio? —Ella negó con la cabeza con afectuosa incredulidad—. Sé que Jasper se toma esas cosas muy en serio pero ¿no le parece un poco exagerado?

Singh asintió.

—A mí también me parece algo raro.

Se hizo un silencio incómodo entre ellos. Singh puso la espalda recta y se acarició la barba mientras intentaba parecer competente a la par que amenazador.

—No ha venido a hablar de eso, ¿verdad? —preguntó ella mirándolo a los ojos.

Él fue el primero en apartar la mirada. Fijó la vista en un punto detrás de ella, miró fugazmente hacia el techo, se ató uno de los cordones de las zapatillas y se recostó en la silla.

—Por el amor de Dios, tampoco puede ser tan malo —dijo Chelsea medio divertida medio preocupada.

—Sabemos lo de su amante —reveló Singh bruscamente.

Esa vez fue ella la que se recostó en la silla y evitó su mirada.

—Ravi fue el error de una mujer sin ningún lugar dónde ir… y sin nadie a quién recurrir. Es irrelevante —susurró bajando la vista.

—Al contrario; además de Jasper, es nuestro principal sospechoso.

Chelsea lo miró a los ojos.

—Ya se lo he dicho: Ravi no significó nada entonces y no significa nada ahora.

—Como quiera. Pero eso deja a Jasper en el punto de mira… solo.

—Se olvida de alguien —dijo Chelsea.

—¿De quién?

—De Kian Min, el hermano menor de Alan. Él se ha quedado con la empresa y era lo que más ambicionaba en la vida. ¿Quién dice que no mató a Alan para heredar Maderas Lee?

—Qué interesante que se esté desviviendo por ayudar Jasper, uno de los hermanos, pero no tenga ningún reparo en señalar al otro, a Kian Min —dijo el inspector.

—De interesante nada —le espetó Chelsea—. Jasper es un hombre bueno y decente, pero al lado de Kian Min, Alan era el bueno de la película.

Singh levantó una mano.

—Vale, lo investigaré.

Arrastraron a Ravi al interrogatorio. El sargento Shukor colaboró encantado; no mencionó la posible reacción de sus superiores ni se regodeó en su angustia por meterse en problemas si ayudaba al policía singapurense. Sentía curiosidad, igual que el inspector, por ver al hombre que había engañado a Alan Lee.

A regañadientes el enorme policía reconoció que Ravi era realmente guapo. Su físico era perfecto: fuerte pero no excesivamente musculado; de ascendencia medio india, medio china, sus rasgos eran armoniosos, su mirada cordial y su piel impecable.

Sin embargo, tardaron poco en calarlo.

Ravi empezó a vociferar.

—¿Cómo que van a detenerme? ¿Por qué? ¡Si yo no he hecho nada!

—Ha tenido una aventura con una mujer rica cuyo marido ha aparecido muerto —señaló Singh.

Ravi empalideció. Miró alternativamente a los dos policías.

—Yo… yo no fui —tartamudeó—. No pueden ir por ahí acusando así a la gente de asesinato. Quiero un abogado. ¡No pienso decir nada más hasta que no tenga un abogado! Están vulnerando mis derechos.

Singh sospechaba que los conocimientos de Ravi sobre métodos policiales se reducían exclusivamente a los dramas televisivos estadounidenses.

—No está detenido, solo estamos hablando. Puede marcharse si quiere.

Ravi valoró sus opciones. Los agentes lo observaban en silencio, y finalmente decidió cooperar. Sin duda por temor a que la policía usara las pruebas de otros sin poder exponer su versión de los hechos, pensó Singh con cinismo.

—Obviamente, ella fue a por mí —declaró como argumento inicial de la fase de cooperación.

El inspector Singh respiró hondo.

—¿En qué sentido? —preguntó.

—Nos conocimos en una fiesta. Me di cuenta de que le gustaba.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Shukor.

El inspector se preguntó si el policía estaba desperdiciando un tiempo valioso del interrogatorio intentando obtener datos sobre el comportamiento femenino de alguien que se consideraba un experto en el tema.

Ni siquiera en compañía de dos hombres Ravi podía evitar pasarse los dedos por el pelo.

Un ensayado gesto de coqueteo.

—Pues porque no dejaba de mirarme. Me di cuenta de inmediato. Y cuando nos presentaron y nos dimos la mano, ella estrechó la mía durante más tiempo del necesario. Esas cosas se notan, ¿no? —comentó con arrogancia.

—Cambiemos de tema —dijo Singh con brusquedad—. ¿Qué pasó después?

—Le di mi número de teléfono.

—¿Y ella lo llamó?

—No exactamente, no. Pero… Bueno… Nos tropezamos un par de días después en el Marriott y tomamos un café.

Singh había visto eso muchas veces. Un hombre, poco menos que un *gigoló*, se fijaba en una mujer rica, solitaria e infeliz, y se las ingeniaba para coincidir con ella hasta que conseguía que le abriera su corazón y su cama. Lo que le extrañaba era que Chelsea hubiera caído en las garras de uno de esos depredadores, claro que Singh tampoco sabía cuánto había sufrido. Además, estaba claro que ella tenía muy mal ojo para los hombres… Se había casado con Alan Lee.

—Continúe —ordenó bruscamente Shukor al amante.

Cuando el tema de conversación era su éxito con las mujeres, a Ravi no le costaba tanto hablar.

—Sucedió lo de siempre —siguió explicando el joven, esbozando una sonrisa de superioridad—. Ella me persiguió y acabamos teniendo una relación. Yo no quería porque estaba casada, pero al final no pude resistirme. —Ravi se detuvo a admirar su retrato de un hombre con principios al que una mujer implacable había tentado en exceso.

—¿Cuánto le sacó? —preguntó el inspector directamente.

Eso pareció molestarle.

—No sé de qué está hablando.

—¿Cómo se sintió cuando ella terminó la relación?

—¿Quién ha dicho que fuera ella quien le puso fin?

—¡Ella misma!

Ravi no parecía tener claro si contradecir o no esa versión de los hechos, pero decidió no hacerlo.

—Estaba preocupada por la guerra de la custodia.

—¿Y cómo se sintió usted cuando su fuente de ingresos se vio amenazada?

—Ella no era mi fuente de ingresos, ¡era la mujer a la que amaba!

El sargento Shukor resopló con sorna. Ravi lo miró molesto y luego, teniendo en cuenta el físico del policía, decidió que era mejor prevenir que lamentar.

—Yo la quería —repitió en voz baja—. Me habría casado con ella y habría sido un padre para sus hijos.

Singh no fue capaz de contener su sarcasmo.

—¿Insinúa que habría hecho el esfuerzo de casarse con una mujer extremadamente rica y hermosa? ¡Me deja con la boca abierta!

Ravi iba a decir algo, pero se lo pensó mejor. Se desplomó en la silla con aspecto taciturno. Aquello no estaba yendo como había previsto.

—¿Entonces lo mató? —le preguntó Singh.

—¿Qué?

—¿Mató usted a Alan Lee?

—¡Claro que no!

—Tenía buenas razones.

—Yo no lo maté. Además, creía que el hermano había confesado. —Como el policía no le contestaba, repitió las mismas palabras con mayor congoja—. ¡Yo creía que el hermano había confesado!

—¿Puede que lo hiciera Ravi? —preguntó Shukor más tarde, cuando los dos agentes estuvieron a solas.

El inspector Singh se encogió de hombros.

—A mí me ha parecido un cobarde, pero no es la primera vez que me sorprende ver hasta dónde es capaz de llegar la gente por dinero. Tenía un motivo excelente. Con Alan fuera de juego, debía de sentirse lo suficientemente seguro con Chelsea como para creer que había encontrado a la gallina de los huevos de oro.

—Pero seguimos teniendo la confesión de Jasper —comentó Shukor indeciso.

Singh suspiró.

—Tiene toda la razón. Seguimos teniendo esa puñetera confesión.

La oficina estaba cerrada. Rupert apoyó la frente en la pared mugrienta y cerró los ojos. Estaba demasiado cansado, sucio y preocupado como para enfrentarse a otro obstáculo. Jasper Lee era su mejor baza. Necesitaba a alguien con contactos e información, un intermediario que supiera del tema sería perfecto, y más si era una persona con la que había trabajado y en la que confiaba. Pero la puerta estaba cerrada con llave y el lugar tenía un aspecto mohoso y húmedo. Hacía tiempo que nadie entraba allí. Intentó echar un vistazo a través del cristal tintado, pero la habitación estaba a oscuras y no se intuían ni las siluetas de los muebles. No había forma de saber cuánto tiempo llevaba abandonada la oficina y mucho menos dónde estaba Jasper Lee.

De repente Rupert deseó encontrarse en cualquier otro lugar. Aquel pasillo estrecho al final de la escalinata se parecía demasiado a un callejón sin salida. Bajó trotando las escaleras. Era peligroso bajo la escasa luz de una única bombilla desnuda, pero estaba resuelto a regresar al bullicio de la calle. Nuevamente abajo, sintiendo la seguridad del anonimato entre la multitud, entró en la cafetería que estaba al pie del edificio y preguntó a una anciana que estaba cortando verduras dónde estaba Jasper. Esta soltó una carcajada, mostrando unos dientes de oro que sobresalían de sus rojas encías, pero no contestó. Una mujer agobiada escaldaba verduras en una olla enorme de agua hirviendo y luego las servía con destreza en una hilera de platos, mientras otra empleada echaba un chorro de salsa de soja y una cucharada de ajo frito sobre cada uno de ellos.

—¡Ella no hablar «ingrés»! —dijo esta última.

Él se giró hacia la mujer, agradecido.

—Tal vez usted pueda ayudarme. Estoy buscando a Jasper Lee, el hombre de la oficina de arriba. Puede que viniera aquí a comer.

Ella lo miró con curiosidad, sujetándose un mechón de pelo empapado en sudor detrás de la oreja.

—¿Para qué quiere él?

—Es un viejo amigo mío.

—Él ya no aquí.

Rupert asintió alentadoramente, deseando que continuara. Sabía que Jasper ya no iba por allí. Necesitaba saber adónde había ido.

—¡Él en cárcel! —dijo la mujer respondiendo a su pregunta silenciosa.

—¿Cárcel?

Lo primero que pensó Rupert fue que, de alguna manera, la policía había adivinado dónde iría y había eliminado a su único aliado en la batalla contra las empresas madereras. Pero se dio cuenta de que no tenía sentido.

—¿Por qué está en la cárcel? ¿Qué ha hecho? —preguntó.

—Él mata a su hermano. Va a cárcel. ¡Seguro que cuelgan! —La mujer parecía encantada con el incongruente final de la trayectoria vital de su vecino. El placer de ser la portadora de tan extraordinaria noticia superaba la lástima que pudiera sentir por un hombre que se enfrentaba a un destino tan ingrato, aunque se tratara de alguien a quién había servido en la cafetería muchas veces en los últimos años—. Siempre gusta sentar allí y comer fideos —siguió diciendo la mujer, señalando una mesa pequeña—. Siempre gusta mi comida —añadió en voz baja, como si por un momento se apiadara de Jasper—. Pero luego se encogió de hombros y reanudó su tarea de sacar las verduras del agua hirviendo, frunciendo el ceño al comprobar que sus treinta segundos de conversación habían hecho que las verduras se quedaran flácidas y pasadas.

Rupert echó a andar calle abajo. No le afectaban ni el ruido, ni la multitud, ni los autobuses que pasaban a toda velocidad, rozando las aceras. Estaba demasiado sorprendido por lo que acababa de oír. Se negaba a creer que aquel hombre amable que había conocido, rebosante de compasión por todos los seres vivos, pudiera haber matado a alguien. Él mejor que nadie sabía el tiempo y los esfuerzos que Jasper había dedicado a proteger a los miembros de la sociedad que eran más débiles que él. ¿Por qué iba a asesinar a su hermano? Seguro que era una acusación falsa de la policía para quitarse a Jasper Lee de en medio, no le sorprendería en absoluto ya que llevaba veinticuatro horas huyendo de un agente corrupto. Sabía que la investigación de Jasper estaba cada vez más y más cerca de demostrar el alcance de la tala ilegal que estaba teniendo lugar en Borneo. Alguien había debido de considerar oportuno incriminarlo por un crimen que no había cometido.

¿Cómo podía averiguar más? Rupert Winfield decidió consultar los archivos de la hemeroteca. Media hora más tarde revisaba la historia del encarcelamiento de Jasper y no estaba contento: la persona que creía que podía ayudarlo estaba metida en un buen lío. Adiós a su teoría (formulada durante su paseo por la ciudad) de que Jasper había sido incriminado porque estaba causando problemas a la industria maderera. El hombre había confesado matar a su hermano, Alan Lee, al que consideraba responsable de lo sucedido en Borneo. Él, Rupert, ya no tendría la oportunidad de hacerle ver las consecuencias de sus actos, pero le resultaba muy difícil creer que Jasper lo hubiera matado.

Se estiró y estornudó. Incluso cuando los periódicos viejos estaban en una pantalla, parecían exudar moho; le recordaba a la época en la que consultaba libros polvorientos para estudiar las tribus indígenas de Borneo. Nunca había imaginado que su interés académico estuviera tan ligado a su propio destino. Pero su vida entre las gentes más sencillas (primero como investigador y luego como defensor) había cambiado totalmente su orientación profesional, y decidió que las torres de marfil del mundo académico no eran para él. Las cambió por una causa real y había sentido una gran plenitud los últimos años.

Miró a su alrededor. Era una sala vacía y sin alma, con varias pantallas de ordenador y una

maraña de cables por el suelo, a lo largo de las paredes o pegados a la moqueta con cinta de embalar marrón. Le recordaba al amasijo de cobras negras que había encontrado una vez retorciéndose bajo una piedra. Se quedó allí sentado, perdido en el pasado, olvidando sus problemas mientras recordaba la selva.

La primera opción del inspector Singh nunca habría sido mudarse a casa de su hermana. Pero ahora que ya no estaba en Kuala Lumpur oficialmente como policía singapurense al que habían asignado un caso malayo, el presupuesto no le daba para un hotel. Así que la había llamado para decirle que se alojaría con ella unos días; reaccionó con más indiferencia que entusiasmo, pero nunca le hubiera dicho que no. La familia tenía derecho a aparecer y a quedarse indefinidamente, cualesquiera que fueran los inconvenientes y los gastos que ello implicara, y ella tenía grabada a fuego esta costumbre asiática. La hospitalidad era primordial, especialmente con los familiares: podían despellejarse entre ellos, chincharse, quejarse y de vez en cuando pelearse, pero sus puertas seguían abiertas para quien quisiera quedarse.

Ahora Singh estaba en el umbral con su pequeña maleta. Su hermana lo invitó a entrar y él se sentó en silencio en la sala esperando a que ella le preparara algo de beber. No tardó mucho en volver con una taza de té templado por la leche fría que le había añadido.

—¿Cómo es que no te quedas en el hotel? —le preguntó.

Él se planteó contarle que estaba trabajando por su cuenta, pero decidió no hacerlo. Le proporcionaría demasiada munición para fastidiarlo durante su estancia, y empezaría a hablar de la importancia de quedar bien con los jefes, con sus anécdotas habituales sobre el talento de su difunto marido en esas lides. Singh, que recordaba a su cuñado como un hombre huraño e irascible cuyo temperamento le había causado un infarto prematuro, se preguntó qué habría hecho su hermana si siguiera vivo para desmentir las numerosas historias que se inventaba sobre él para tener un tema de conversación.

—Aunque me quede aquí me seguirán pagando los gastos del hotel —dijo.

Ella asintió en señal de aprobación, bebiendo un sorbo de té de una taza con logotipos de «Avis» por ambas caras.

—¡Eso está muy bien!

Singh ignoraba si se refería a su astucia para sacarse un dinerito extra o a la generosidad del Gobierno de Singapur por dejar que se saliera con la suya con un truco tan antiguo para falsear gastos, aunque la taza evidenciaba que ella nunca rechazaba un regalo.

—¿Qué te apetece cenar? —le preguntó. Él se encogió de hombros con indiferencia. Era un hombre gordo, con la falta de preocupación por su dieta propia de un hombre gordo—. Voy a hacer *chapatis*13 —le comunicó ella.

—Entonces ¿por qué me has preguntado qué quería?

En lugar de responder, su hermana volvió a meterse en la cocina y Singh escuchó el tintineo preliminar de ollas y sartenes. Se levantó con cierta dificultad del sofá excesivamente blando y la siguió. Estaba poniendo una pesada sartén de hierro en el fogón. Encendió el hornillo que tenía debajo y limpió la superficie con un cepillo de fibra de coco que había sumergido previamente en una lata de *ghee*14 de color verde chillón; cogió un *chapati* (que había preparado con antelación) con el índice y el pulgar, y lo depositó sobre la sartén plana. El pan empezó a calentarse de inmediato, y se formaron unas burbujas de aire bajo la superficie que luego volvieron a deshincharse. Le dio la vuelta como a una tortita y él observó

la superficie dorada con algunas manchas dispersas más oscuras. Luego ella añadió un poco de *ghee*… su intenso aroma tostado y el del pan horneado inundaron la habitación, y Singh se dio cuenta de que, después de todo, le apetecía cenar *chapatis*.

—¡Qué bien huele! —comentó.

Ella ignoró el comentario y se limitó a cambiar el *chapati* a un plato para poner otro en la sartén. Los michelines que le colgaban de los brazos se bamboleaban con el esfuerzo, mientras en la cocina aumentaba el calor. Las gotas de sudor se acumulaban en su frente y en la de él. Singh retrocedió cincuenta años: recordó a su madre haciendo prácticamente lo mismo con una sartén similar e idénticos michelines. Entonces se preguntaba cómo su madre podía sudar tanto y seguir estando tan gorda. Ahora lo sabía. Una dieta rica en grasas, poco ejercicio y una predisposición genética a la obesidad. Sin duda el peso de su hermana era fruto de taras similares en cuestión de hábitos y de herencia. Recordó la última vez que la familia se había reunido para la boda de un sobrino: todo el clan tenía sobrepeso excepto su fibrosa mujer. Se habían reído mucho cuando todas las mujeres habían confesado que se despedían agitando la mano como la realeza, con el menor movimiento posible para que la grasa que tenían debajo del brazo no se meneara demasiado. Singh observó a su hermana mientras volteaba los *chapatis* y lo invadió un súbito afecto por ella. Se había esforzado mucho más que él en conservar las tradiciones familiares y transmitírselas a la siguiente generación. Aunque el inspector no verbalizaría esos pensamientos por nada del mundo.

—¡Qué bien huele! —repitió.

Ella señaló con la cabeza el plato donde los *chapatis* se estaban amontonando.

—Puedes comer.

—¿Fuiste tú? —le preguntó Rupert sin preámbulos.

Jasper lo miró divertido.

—He confesado —señaló.

Rupert asintió.

—Ya lo sé. He leído la prensa pero no te creo capaz de matar a nadie.

—¿Ni siquiera a Alan?

Rupert sonrió de repente a su amigo porque habían compartido muchos vasos de *arak*[15] al lado de una hoguera mientras Jasper se quejaba amargamente de su hermano.

—¿Qué haces tú aquí, de todos modos? —le preguntó Jasper—. ¡Lo último que supe de ti es que habías desaparecido en la selva con una hermosa chica penan!

Rupert negó con la cabeza.

—Se llama «investigación de pueblos en extinción». —Su rostro se ensombreció—. Me salvé por los pelos. Los matones atacaron el campamento al amanecer.

—¿Los matones?

—Un grupo de hombres armados. Yo me había ido a hacer pis y oí el escándalo. Volví corriendo, unos hombres armados estaban atacando a los penan. Cuando llegué se estaban marchando.

—¿Mataron a alguien?

A Rupert se le quebró la voz.

—A una chica. Tuvo un parto prematuro y murieron ambos, madre y bebé.

—¿Y tú qué hiciste?

—Me escondí. No tenía sentido dejar que me vieran, temía que nos mataran a todos si había algún testigo no penan. Ya sabes que no les preocupa que las autoridades los tomen en serio si se quejan, pero puede que no se tomaran tan a la ligera a un extranjero. Yo no sabía qué le había pasado a la chica en ese momento o me habría enfrentado con ellos fueran cuales fueran las consecuencias.

Jasper asintió pensativo.

—¿De qué iba el asunto? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta. Quería saber si Rupert había llegado a la misma conclusión por su cuenta.

—Pues supongo, o más bien sé, que eran de las empresas madereras. Quieren talar esa zona y está fuera de los límites, en una reserva natural. Es difícil talar ilegalmente con una tribu nómada en medio.

A Jasper le vino a la cabeza algo que Rupert había dicho antes.

—Estoy de acuerdo contigo, esa debió de ser la causa del ataque. Pero ¿por qué dices que más que suponerlo lo sabes?

—Esto no te va a gustar, pero reconocí a uno de los matones.

—¿Quién era?

—Ese tío grandullón de los tatuajes, el que trabajaba de capataz en las operaciones en Borneo de Maderas Lee.

Jasper asintió lentamente.

—¿Estás seguro de que era él?

—¡Segurísimo! Lo recuerdo de aquella vez que nos presentamos allí para protestar por no sé qué, ¿te acuerdas? Hizo que nos echaran.

—¡Vaya, parece que el fantasma de mi hermano aún sigue entre nosotros! —comentó Jasper.

—¿Sigue trabajando para Maderas Lee?

—Eso creo —respondió.

Rupert suspiró.

—No puedo decir que me moleste que Alan Lee esté muerto, pero me habría gustado obligarle a reconocer lo que hizo.

—Te entiendo perfectamente —aseguró Jasper—. Aunque en realidad Kian Min, mi otro hermano, es el que maneja los hilos de Maderas Lee hace tiempo.

—¿En serio? —preguntó Rupert mirando fijamente a Jasper.

—Sí. Así que si quieres enfrentarte a alguien, la persona adecuada sigue vivita y coleando.

Chelsea no podía rezar. Los dioses se estaban peleando por sus hijos, pero ella no podía pedir ayuda a ninguno de ellos aunque tenía un montón de opciones. A ella la habían educado como budista, su exmarido supuestamente era musulmán cuando murió, y su hermana era cristiana. Cuántas opciones de salvación. Su hermana, Ruth, le había dicho que rezar era a la vez un arma y un escudo. Chelsea habría buscado consuelo en la oración, pero no creía que hubiera una mano invisible detrás de la farsa del juego de la vida y no creía en un Dios benévolo. Le convencía más la existencia del capricho divino. Negó con la cabeza. ¿Seguro que era mejor culpar al azar de las maquinaciones del destino? No creía que tuviera la fuerza suficiente para defenderse si creyera que unos seres todopoderosos y omniscientes estuvieran contra ella. Todo el mundo tenía lo que se merecía. Alan estaba cosechando lo que había

sembrado; a estas alturas estaría retorciéndose en las llamas del infierno (si su hermana estaba en lo cierto) o a punto de ser devorado por los gusanos. Cualquiera de los dos le parecía un final de lo más adecuado.

Capítulo 14

Los episodios comenzaban con cierto ritmo, en forma de gruñido suave y repetitivo, podría acostumbrarse e incluso dormir. Pero no acababa ahí. El estruendo era cada vez más fuerte y se perdía el ritmo. Los bufidos y los resoplidos añadían variedad a la banda sonora; los ronquidos finalmente alcanzaban un clímax de toses y gruñidos al que seguía un silencio sepulcral. Ella se relajaba, los músculos de su cuello se aflojaban y entonces… volvía a empezar. Baljit no sabía qué hacer. Podría despertar a su hermano pero sospechaba que volvería a comenzar en cuanto ella regresara a la cama. Seguramente él también se despertaba de forma intermitente, nadie podía dormir con ese escándalo tan espantoso. Nunca le había caído bien la mujer de su hermano —un sentimiento que sospechaba que compartían—, pero ahora sentía lástima por ella. No le extrañaba que fuera tan retorcida y agria si tenía que escuchar esta cacofonía cada noche.

Baljit pensó en su difunto marido por primera vez en meses. Lo mencionaba a menudo en las conversaciones, tanto con sus vecinos como con sus hijos, y muchas de sus frases empezaban con un «si tu padre estuviera aquí…». Pero era una cuestión de hábito que no implicaba el recuerdo del finado. En ese momento recordó, vagamente pero con cariño, que él nunca había roncado. Se levantó, enrolló una toalla y la colocó en la parte baja de la puerta para amortiguar un poco el sonido; volvió a meterse en la cama y se tapó la cabeza con una almohada. Esperaba de todo corazón que su hermano atrapara pronto al asesino.

Subhas Chandra introdujo otro lápiz en el sacapuntas de su escritorio y giró la pequeña manivela con fuerza. Acarició la punta con el dedo, y el ligero pinchazo lo convenció de que estaba suficientemente afilado. Sacó otro de la caja. Cuando las cosas no iban bien, le daba por afilar lápices sin parar, y las cosas no iban bien. Él, que no tenía la costumbre de perder, estaba viviendo una derrota tras otra.

Recordó que se había alegrado de que le pidieran que representara a Chelsea Liew en la batalla de su divorcio y de la custodia de sus hijos. Habría preferido tener a Alan Lee como cliente: siempre era mejor representar a la parte de la pareja que poseía la mayoría de los bienes. Aun así confiaba en que ganaría, lo que significaba que Chelsea obtendría una parte importante de la fortuna familiar tras un acuerdo. En cualquier caso, el nombre del abogado y su fotografía llevaban semanas saliendo en todos los periódicos del país. Su imagen era una de las que, inevitablemente, acompañaba cada detalle escabroso del matrimonio Lee y de su

posterior ruptura. Las acusaciones y contraacusaciones se revelaban primero en los tribunales y después, a través de la prensa, a un público más amplio. Esa publicidad era difícil de conseguir. Podría haber renunciado a sus honorarios por la cantidad de beneficios indirectos que estaba obteniendo gracias al caso, pero por supuesto no lo hizo; era el tipo de precedente que ningún abogado que se precie sentaría. Había jugado bien sus cartas dejando que Alan Lee lavara todos los trapos sucios en público. Había logrado mantener a Chel-sea por encima de la contienda: era una madre que luchaba por sus hijos, no una esposa en busca de venganza. La opinión pública estaba del lado de Chelsea, la mujer maltratada y sufridora que se enfrentaba al violento magnate de la madera. Y entonces todo se fue al traste.

La conversión al islam de Alan Lee había sido un golpe táctico que a él, Subhas Chandra, el abogado especializado en divorcios más reputado del país, le había pillado por sorpresa. Era exasperante. Afiló otro lápiz y rebuscó entre sus papeles hasta encontrar un recorte de periódico que había guardado; era una fotografía suya en las escaleras del tribunal. Lo recordaba: quería evitar a los periodistas para no tener que responder a preguntas sobre la conversión de Alan Lee al islam. Contravenía su costumbre de celebrar ruedas de prensa cuando era necesario delante del tribunal para asegurarse de que él, y por supuesto su cliente, daban la mejor imagen posible. Su toga se había enganchado en la barandilla de las escaleras y él, sorprendido, se había girado. Lo habían fotografiado en ese momento, con la boca entreabierta, las cejas levantadas y los ojos como platos. El pie de foto rezaba: «¡Abogado desconcertado por el giro imprevisto de los acontecimientos!». Muy inteligente, la verdad.

Y acababan de darle malas noticias. Extendió la mano para coger el teléfono, pero volvió a sentarse; aunque era la silla ergonómica más cara que el dinero podía comprar, se revolvió en ella incómodo. Le habría encantado renunciar al caso, pero los titulares sobre el abogado que había abandonado a su representada justo cuando la cosa se ponía fea no le ayudarían con sus futuros clientes. Tenía que aguantar hasta el final.

Volvió a coger el teléfono y llamó a Chelsea Liew. Ella respondió de inmediato.

—¿Sí? —dijo con voz tensa.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

Ella no respondió a su pregunta directamente.

—Nada en particular. ¿Qué quiere?

El abogado se quedó callado y notó su impaciencia a través del teléfono; se armó de valor y con su mejor voz (la voz profunda y pausada que solía reservar para los tribunales) dijo:

—Tengo malas noticias. El tribunal ha entregado los restos de su marido para que los entierren de acuerdo con los ritos funerarios musulmanes.

—¿Y?

—Que han entregado el cuerpo al Consejo para que lo entierre.

—¿Y a mí qué? —replicó ella.

El abogado se secó una mano húmeda en la pernera del pantalón y cogió otro lápiz. Aquello no era fácil.

—Veo que no le preocupa lo que hagan con el cadáver y lo entiendo. Pero la decisión del tribunal tiene consecuencias legales.

—¿Qué quiere decir? —Su voz era dura y desconfiada.

—El juzgado de lo civil no nos ha consultado al respecto. Ha decidido que el asunto no era de su incumbencia, basándose en las declaraciones juradas.

—¡No entiendo nada de lo que está diciendo! —exclamó Chelsea con firmeza.

El abogado contuvo un suspiro y volvió a empezar, recordándose que, a pesar del tiempo que ella había pasado en los últimos meses en contacto con el sistema judicial, era profana en la materia.

—Como recordará, solicitamos al juez en la vista civil por la custodia que estudiara la conversión al islam de su exmarido. La idea era que si su nueva religión no era legítima, sus hijos no serían musulmanes y usted podría quedárselos.

—Sí, eso lo entiendo.

—Bueno pues el juez, al entregar el cadáver, ha reconocido que no tiene autoridad en virtud de la Constitución para evaluar una conversión al islam y determinar si era auténtica.

—¿Y?

—Que eso afectará a la decisión sobre los niños.

—¿Qué quiere decir? —Chelsea empezaba a enfadarse. Todo era muy complicado y parecía diseñado con el único fin de separarla de sus hijos.

—El juzgado de lo civil ha sentado un precedente al indicar que no cuestionará la autenticidad de una conversión para decidir si Alan Lee debería ser enterrado de acuerdo con los ritos musulmanes. En otras palabras, si él se consideraba musulmán a ellos les basta. Podrían usar la misma lógica con respecto a su demanda de custodia, y el tribunal de la *sharía* tendrá predisposición a considerar auténtica cualquier conversión al islam.

—Entiendo —dijo Chelsea lentamente—. ¿Y qué me recomienda que haga?

—¡Apelar!

—¿Puedo ganar?

—Es difícil saberlo. Son aguas constitucionales inexploradas…

Chelsea puso los ojos en blanco. Le encantaría tener un abogado que le respondiera de forma clara y concisa, pero sospechaba que esa limitación era endémica de la profesión.

—¿Pero usted qué cree?

—Las cifras nos dan cierta seguridad. El tribunal de apelación podría ser más proclive a tomar una decisión controvertida que un juez en solitario. No es imposible que consigamos un resultado favorable.

—Vale, pues adelante con la apelación —dijo Chelsea antes de colgar.

Su abogado archivó con cuidado el recorte de periódico e introdujo otro lápiz en el sacapuntas de sobremesa; giró la manivela de forma mecánica mientras observaba cómo caían las finas virutas en el receptáculo de plástico transparente.

El sargento Shukor daría la cara, no podía ser de otra manera. Esos peces gordos tenían demasiado dinero y estaban demasiado bien asesorados como para prestarse a ser interrogados por un policía de Singapur que estaba trabajando por cuenta propia en Malasia. Habían acordado que Singh lo acompañaría y permanecería en segundo plano, sin ser presentado a menos que fuera necesario. Sus orígenes singapurenses no serían revelados bajo ninguna circunstancia.

Habían concertado una cita y los hicieron pasar para ver a Lee Kian Min. Kian Min dirigía Maderas Lee como había hecho para su padre con agrado y para su hermano con desagrado. Su nombramiento como director general de la empresa aún no se había formalizado porque la compañía consideraba que era mejor esperar al entierro de Alan Lee antes del traspaso oficial. De todos modos la situación actual no suponía ningún problema: Kian Min no necesitaba

ningún cargo oficial, el poder y la riqueza eran suficientes para él.

Kian Min ignoraba por qué la policía quería verlo, pero aun así había coreografiado el encuentro para asegurarse de que sus interrogadores se sintieran en desventaja. Él estaba sentado tras el enorme escritorio y al otro lado había dos sillas mucho más pequeñas.

El hombre se levantó al verlos entrar y los acompañó hasta las dos sillas que estaban delante del escritorio. Su voz nasal sugería unas raíces no tan refinadas como insinuaban su atuendo y su entorno. A diferencia de Alan, que había ido suavizando el *towkay*16 chino de su voz gracias a una costosa educación, Kian Min se había quedado cerca de casa y lo había acentuado.

—¿Por qué quiere verme la policía? —preguntó.

—Solo son unas preguntas —lo tranquilizó el sargento Shukor. Singh percibió que el ambiente opulento lo había intimidado y que se sentía como un intruso, en lugar de como un policía cumpliendo con su deber. Ojalá él pudiera participar en la entrevista. En un abrir y cerrar de ojos tendría a ese cabroncete pillado por los huevos. Rechinó los dientes frustrado y los otros dos hombres se volvieron sorprendidos porque se escuchó en la silenciosa habitación. Singh se dio una palmadita en la tripa a modo de disculpa, cumpliendo con el plan preestablecido de hacerse el tonto.

—¿Qué preguntas quiere hacerme? ¿Se trata de mi hermano? Si es así puedo decirle que no tengo ni idea de por qué Jasper mató a Alan —declaró Kian Min confiado por el azoramiento de los policías.

—Nos han llegado rumores de que Maderas Lee está talando de forma ilegal en Malasia oriental —dijo Shukor en voz baja.

—Siempre hay algún rumor. A la gente no le gusta nuestro sector pero le gusta lo que producimos. —Kian Min acarició con delicadeza la superficie pulida de la mesa. Ese hombre, cuyo origen inculto resonaba en cada palabra de su discurso, tenía una querencia natural por las cosas bellas.

—Tenemos pruebas de que Maderas Lee está llevando a cabo talas ilegales.

Él levantó la vista al oír eso.

—¿Qué pruebas? ¡No puede ser!

—Tenemos mapas y fotografías aéreas que demuestran que han estado talando zonas de Borneo pertenecientes a parques naturales.

—Enséñemelas si dice que tiene pruebas.

Shukor negó firmemente con la cabeza.

—Antes queremos investigar un poco más.

—No pueden aparecer aquí y lanzar acusaciones. La policía de Sarawak lo investigó y no encontró nada.

—¿Entonces niega que Maderas Lee esté involucrada en actividades ilegales?

—Lo niego, por supuesto.

—A ver, la cuestión es la siguiente —intervino el inspector Singh, incapaz de atenerse a sus propias reglas para evitar meterse en líos—. Jasper dice que mató a su hermano para poner fin a sus actividades ilícitas en Borneo. Si lo que usted asegura es cierto y no existe ninguna actividad ilícita, Jasper Lee no tendría motivos… A diferencia del otro hermano de Alan que ha salido bastante bien parado de su fallecimiento prematuro. —Mientras decía esto, Singh miró con desdén los ornamentos del despacho de Kian Min y después se volvió hacia el hombre al que acababa de acusar de asesinato.

Para su sorpresa Kian Min se mostró imperturbable, incluso divertido. Ignoró la acusación y se concentró en la historia de Jasper.

—¿Así que Jasper dice que mató a Alan para que dejara de talar árboles? —El hombre se rio con sorna—. Lo cierto es que está tan perturbado que a lo mejor hasta se lo cree, pero esa no es la verdadera razón.

Shukor intervino. El inspector habría preferido dejar que Kian Min siguiera hablando por iniciativa propia.

—¿Y entonces por qué? ¿Por qué mató a Alan?

Kian Min los miró. La interrupción le había dado tiempo para pensar.

—Bueno, resulta obvio ¿no? —dijo finalmente.

Esta vez los dos policías guardaron silencio.

—Lo hizo por Chelsea.

Era la primera vez que iba a verlo. Se había mantenido al margen el mayor tiempo posible, pero la culpa la había llevado hasta la cárcel. No podía abandonar a su cuñado sin visitarlo al menos una vez. Gracias a él, ella era libre. Recordando su propia experiencia, se sorprendió al verlo. Estaba más delgado y cansado pero entró en la habitación caminando con bastante ánimo. Jasper poseía una resiliencia que ella nunca habría imaginado. Estuvieron en silencio un rato. Él la observaba con expresión divertida, adivinando sus emociones contradictorias: el alivio por no ser ella la que estaba encarcelada y la culpa porque él estuviera allí. Chelsea miró a su alrededor sin decir nada, incapaz de creer que había estado sentada en esa misma sala como acusada hace algunas semanas y no como visitante.

—¿Cómo te va? —preguntó a Jasper armándose de valor.

Él se encogió de hombros.

—¡Bueno, no es el Mandarin Oriental… pero estoy bien!

—¿Por qué has confesado? —quiso saber ella.

Él la miró directamente a los ojos con valentía.

—Porque yo maté a Alan.

—No te creo.

—Lo sé, y has intentado que ese policía gordo trate de convencerme de que no soy culpable. Pero lo cierto es que yo maté a Alan y no me arrepiento de ello.

Lo dijo con una mirada obstinada, desafiándola a que lo contradijera.

Ella negó con la cabeza suavemente.

—No fingiré que lamento la muerte de Alan. Para mí el hombre con el que creía haberme casado murió hace mucho tiempo.

En silencio, ambos recordaron una boda celebrada hacía muchos años en la que el esplendor de una joven novia había superado la cursilería del enlace tradicional y la había convertido en algo hermoso. Alan no le había pedido que fuera su padrino; la relación entre ellos ya se había deteriorado. Y, de todos modos, Jasper se habría negado. Sin embargo, se había sentado en el primer banco de aquella iglesia enorme para ser testigo de cómo su hermano se casaba con la mujer más hermosa que él había visto jamás.

Jasper observó a la mujer que tenía delante, buscando en sus facciones algo de aquella joven, o niña casi, que había visto aquel día. Se había hecho mayor, por supuesto, y había adquirido un aire de sofisticación como esposa de uno de los principales empresarios de

Malasia. En su cara había algunas arrugas apenas visibles, disimuladas por el maquillaje. Él pensó que Chelsea había envejecido como el buen vino: su rostro había ganado en carácter lo que había perdido en belleza. Su delicada estructura ósea seguía ahí y también sus ojos almendrados e iridiscentes. La encontraba más atractiva ahora que el día de la boda, cuando la envidia que sentía hacia su hermano le oprimía la garganta.

Tan sumido estaba en el pasado que no oyó hablar a Chelsea.

—¡Jasper! —repitió ella.

Él la miró sorprendido por su cambio de aspecto, hasta tal punto había estado inmerso en sus recuerdos.

Ella parecía preocupada y él sonrió para tranquilizarla.

—Estoy bien.

Chelsea se molestó.

—¿Cómo puedes decir eso? —le espetó—. No hace mucho yo estaba sentada en esa silla, esperando para dar un paseo al amanecer hacia la soga del ahorcado. ¡Es imposible que estés bien!

Él no sabía qué decir. Su rabia era palpable y comprendía queestuviera preocupada por él. Pero no sabía cómo enfrentarse a esa mujer firme de mirada fiera. Con el paso de los años ella se había replegado cada vez más en su caparazón, de manera que él había llegado a acostumbrarse a aquella mujer callada, educada y reservada. Pero salir de la cárcel y regresar a un mundo en el que ya no había ningún marido dominante, había eliminado su contención emocional.

Jasper cambió de tema.

—¿Cómo va lo de la custodia?

—No pinta bien. El juzgado de lo civil ha entregado el cuerpo de Alan al Consejo para enterrarlo de acuerdo con los ritos musulmanes —explicó ella.

Jasper no era tonto.

—Ya… ¿Y podrían usar ese precedente para el tema de la custodia? —preguntó, pensativo.

Chelsea asintió.

—Lo que me deja enteramente a merced del tribunal de la *sharía*, que estará aún menos dispuesto a investigar si Alan era musulmán o fingía.

—Supongo que también es posible que quieran proteger la santidad de su religión, impidiendo que se dé crédito a una conversión de conveniencia.

—¡Esa es mi única esperanza! —reconoció Chelsea un tanto desesperada—. Lo peor es que si Alan estuviera vivo, habría tenido más posibilidades. Los tribunales habrían visto que era imposible que fuera un auténtico converso. Ambos conocemos a Alan y no sería capaz de alargar demasiado esa pantomima. ¿Te lo imaginas yendo a la mezquita todos los viernes y ayunando durante el Ramadán? Pero ahora que está muerto se ha convertido en un tema de principios, no de personas…

—Entonces ¿lamentas que esté muerto? —le preguntó Jasper.

Chelsea tardó en contestar unos instantes que se hicieron eternos.

—No, no lo lamento —confesó en voz baja.

Jasper extendió una mano para estrechar la suya. Ella advirtió, distraída, que sus uñas no estaban limpias: los rastros de su primera semana en prisión.

—No tienes que preocuparte por mí, de verdad, estoy bien. Si me cuelgan pues que me

cuelguen. Hice lo que hice siendo consciente de las consecuencias. —Como ella no reaccionaba, él continuó—. Solo me gustaría poder hacer algo más para ayudarte.

—¡Concéntrate en ayudarte a ti mismo! —replicó Chelsea apretándole la mano para contrarrestar la aspereza de sus palabras. Se levantó, cogió su pequeña cartera, extendió la mano y le acarició la mejilla en un discreto y triste gesto de despedida antes de llamar a la puerta para que la sacaran.

Jasper no tuvo nada que objetar a su partida, aquel no era lugar para ella. De hecho, imaginársela en una celda era lo que le había dado fuerzas para confesar el asesinato. No quería verla allí, ni siquiera de visita.

Singh se llevó un pañuelo a la nariz y contempló el contorno borroso de las torres Petronas. El sol, que luchaba por filtrarse entre la penumbra, era un orbe pálido como la luna. Las calles estaban casi vacías, solo algunos mensajeros (con pañuelos alrededor de la nariz y la boca) conducían sus motos a toda velocidad. El olor a quemado era realmente intenso y Singh casi podía notar cómo el hollín le obstruía las fosas nasales.

—Tendrán que volver a cerrar las escuelas —comentó Shukor.

—Y sospecho que también los aeropuertos. Este año la neblina es muy densa, ¿no? —respondió Singh.

—Por los incendios en los bosques de Indonesia. Cuando cambia el viento, sopla hacia aquí desde Sumatra, Borneo y Java, y el humo se queda atrapado en el valle Klang —explicó Shukor.

De repente el malayo dio la vuelta y regresó al edificio del que acababan de salir. Singh lo siguió apresuradamente.

—¿A dónde vamos? —preguntó sorprendido.

El joven policía, que estaba muy serio, no respondió. Fue directamente hacia el ascensor y empezó a pulsar impaciente los botones con el dedo, de forma brusca y furiosa. La campanilla del ascensor sonó y Shukor se precipitó hacia él.

Las puertas se abrieron y Kian Min salió; le sorprendió ver a los policías todavía en el edificio, pero su turbación se transformó con rapidez en la máscara inquisidora que les había mostrado arriba. No le duró mucho tiempo.

Shukor lo agarró del brazo y lo arrastró hacia la salida.

—¿Qué está haciendo? ¡Suélteme! —gritó Kian Min enfadado.

La gente que estaba en el vestíbulo se detuvo a contemplar el espectáculo de aquel pez gordo al que arrastraban fuera del edificio. Singh, jadeando por la carrera, intentó captar la atención de Shukor. No tenía ni idea de qué mosca había picado al sargento.

Se detuvieron justo delante de la entrada principal. Shukor soltó el brazo flaco del chino.

—¡Mire a su alrededor! —exclamó. Kian Min obedeció, frotándose el brazo dolorido—. ¿Qué es lo que ve? —Era obvio que Kian Min no sabía cuál era la respuesta correcta—. ¿Qué ve?

Él negó con la cabeza.

—No lo sé. No se ve bien. ¡Hay mucha niebla!

Shukor lo agarró por las solapas y lo levantó de puntillas, hasta que la cara de Kian Min estuvo a unos centímetros de la suya.

—No, claro que no puede ver nada, con toda esta niebla. La culpa la tienen usted y sus

compinches que lo están deforestando todo, quemando las selvas… ¡Mientras aquí, en Kuala Lumpur, no podemos ver ni el final de la calle!

Kian Min negó tímidamente con la cabeza.

—No es culpa mía. No soy yo quien hace eso.

—Claro que sí. Usted y los de su calaña. Visten trajes caros y se esconden en sus lujosas oficinas mientras sus matones echan a la gente de sus tierras para que puedan talarlas y quemarlas para plantar palma aceitera —replicó Shukor.

Kian Min se recuperó del susto inicial. Se dio cuenta de que el policía no podía hacerle nada. Estaba en un lugar lleno de gente con un montón de testigos.

—Haré que lo echen de la policía —susurró.

—Pues será mejor que se dé prisa, porque pienso demostrar que son usted y su empresa los causantes de todo esto —declaró Shukor, describiendo un amplio arco con un brazo para señalar los alrededores y el espeso manto de niebla. Con el otro estaba sujetando a Kian Min y soltó sus solapas tan de repente que el hombre, más bajo que él, retrocedió dando tumbos y estuvo a punto de caerse antes de recuperar el equilibrio.

Shukor le dirigió una última y elocuente mirada y se alejó a toda velocidad, mientras el inspector se esforzaba por seguirle el ritmo.

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó cuando Shukor redujo la velocidad lo suficiente como para que pudiera alcanzarlo.

—A nada, simplemente me he enfadado.

Kian Min recuperó poco a poco la estabilidad. Enderezó la espalda. Se sacudió el polvo de la chaqueta y se alisó la corbata, haciendo una mueca de dolor por las molestias del brazo. Se alisó el pelo cuidadosamente y metió la mano en el bolsillo para sacar su móvil. Marcó un número y escuchó con tranquilidad, sincronizando su respiración con cada tono para recuperar el control de sus emociones.

Un hombre respondió al teléfono.

—¿Sí? —preguntó con impaciencia.

—Tenemos un problema —dijo Kian Min.

Chelsea vagaba por el salón colocando adornos que ya estaban en su sitio y reorganizando las fotografías de la repisa de la chimenea: había quitado todas las fotos de Alan. Aún así miraba la habitación con desagrado; decidió que, si tenía la oportunidad, cuando todo eso acabara y sus hijos ya no se vieran amenazados, desmontaría esa habitación para borrar cualquier rastro del pasado. De hecho vaciaría toda la casa y empezaría de nuevo desde cero. Consideró incluso la opción de mudarse, sería la alternativa más fácil y más sensata. Lo pensó un momento, sacudió la cabeza y exclamó en voz alta y clara: «¡No!».

Mudarse sería como huir, dejar que Alan tuviera la última palabra. Su presencia impregnaba toda la casa, supuraba como si su cadáver se estuviera pudriendo bajo el suelo. Él eligió a la interiorista, supervisó los proyectos, y la abofeteó cuando sugirió que un mobiliario opulento no era adecuado para ese clima ni para niños pequeños. Chelsea tomó una decisión: borraría cualquier rastro de él, no quedaría nada de Alan, ni de sus gustos, ni de su pasado, ni de sus preferencias. Haría que destruyeran todos los muebles que él había tocado. Volvería a pintar las paredes, levantaría el suelo de mármol y cubriría de moqueta cada centímetro; no solo destruiría cualquier recuerdo de Alan que hubiera en la casa, también sus huellas. Y cuando

hubiera acabado, él desaparecería de una vez por todas. No quedaría nada que la atormentara.

—¿Mami? —la llamó con timidez. Como no respondía lo repitió con más fuerza—. ¡Mami! —Chelsea miró al menor de sus tres hijos; hijo suyo pero también de Alan: una criatura de carne y hueso portadora de los genes de su padre. Entonces cayó en la cuenta de que aunque eliminara la presencia de su marido en la casa, sus hijos seguirían allí.

Quizás dejara la casa tal como estaba. Alan se había ido y su recuerdo se desvanecería; no necesitaba ningún exorcismo decorativo. Sonrió a su hijo:

—Quiero jugar con los legos, ¿me ayudas? —preguntó el niño.

Ella asintió y salió de la habitación con él.

Los dos policías se encontraban de pie con expresión avergonzada. El inspector Mohammad estaba furioso: tenía el rostro desfigurado por la rabia y le estaba suponiendo un gran esfuerzo lograr que las palabras se filtraran entre sus dientes apretados.

—A ver si lo he entendido bien: hay un hombre detenido por confesar la muerte de Alan Lee ¡por confesar! Pero ustedes dos, un novato y un extranjero, ¿han decidido seguir investigando?

—¡Sí, señor! —respondió el sargento Shukor.

—¿Y han ido a ver a Lee Kian Min, uno de los hombres más poderosos del país, para acusarlo de asesinato?

—¡Sí, señor!

—Y además lo han agredido en plena calle.

Shukor se limitó a asentir, incapaz de hablar.

Mohammad juntó las yemas de los dedos y los miró con incredulidad: se había quedado sin palabras dada la magnitud de su insubordinación.

—Dos semanas de suspensión y rece para que Lee no vaya más allá —dijo señalando a Shukor con el dedo—. En cuanto a usted —continuó, centrando su atención en el hombre más gordo— lo quiero en un avión rumbo a Singapur esta misma tarde.

El zumbido constante del ventilador de pie era el único sonido que se escuchaba en la habitación.

—No —replicó Singh mirando al inspector Mohammad a los ojos.

Capítulo 15

—¿Cómo que no? —gritó el inspector Mohammad.

—Que no, que no me voy a ir. Si quiere que deje el caso tendrá que detenerme.

—Como quiera. Shukor deténgalo.

Shukor dio un paso adelante con inseguridad, se detuvo, miró al inspector singapurense —aquel hombre gordo con expresión resuelta y zapatillas blancas sucias— y se volvió hacia su jefe.

—No puedo, señor —declaró con firmeza—. Estoy suspendido.

Singh entendió por primera vez el significado de la palabra «furibundo»: la cara de Mohammad se cubrió de manchas rojas hasta las raíces de su pelo canoso y apretaba los labios con tanta fuerza que estaban pálidos y sin sangre.

Singh intervino. No podía permitir que el joven policía arruinara su carrera a causa de su obstinación.

—Oiga Mohammad —dijo—, tiene toda la razón. Nos pasamos de la raya. Yo estaba husmeando y la cosa se nos fue de las manos —reconoció. Mohammad relajó un poco los músculos de la mandíbula. Shukor exhaló un suspirillo de alivio inaudible—. Escuche, si deja que nos expliquemos e insiste en ello, me subiré a un avión. Pero no creo que Jasper Lee haya matado a su hermano y sé que usted no quiere que cuelguen a un hombre inocente —añadió persuasivo.

—¿Pero qué está diciendo?—exclamó el inspector Mohammad—. Chelsea Liew no lo mató, Jasper Lee tampoco…. Alan Lee tiene una bala en el pecho. ¡Alguien tuvo que matarlo!

Singh se relajó. Ahora el inspector Mohammad estaba escuchando.

—Oiga, creo que puedo conseguir que Jasper Lee se retracte de su confesión. ¿Me deja intentarlo? —le preguntó.

Mohammad se rio.

—Vaya, esa sí que es una forma rara de trabajar. Aquí intentamos que los sospechosos confiesen, por las buenas o por las malas, no persuadirlos para que se retracten. Eso se lo dejamos a los puñeteros abogados.

Singh también se rio. Shukor no se atrevió. Continuaba en silencio, con la esperanza de conservar su empleo.

—Vale, trato hecho. Si Jasper Lee se retracta volveré a abrir la investigación y dejaré que usted se quede —dijo Mohammad de repente, golpeando la mesa con las palmas de las manos

al tiempo que se ponía en pie.

El investigador privado estaba rabioso, el disco que había entregado a Chelsea Liew valía su peso en oro. Esperaba que le pagara y que lo hiciera rápido, pero pasaban los días y no llegaba ningún mensajero con un sobre cerrado lleno de dinero. El señor Chan, además de una uña larguísima y un peinado de cortinilla sobre la calva, también tenía orgullo. Tras haber realizado la tarea que le habían asignado, esperaba algo más que una colleja o un rechazo silencioso. Pensó en su reunión con Chelsea: ella sentía repugnancia por él y por su trabajo, se había dado cuenta enseguida. Esos ricos y sus problemas maritales. Querían saber la verdad y encargaban a gente como él que hiciera el trabajo sucio para no estropear sus manicuras perfectas. Pero cuando les proporcionaba la información se indignaban, lo trataban como si hubiera manchado de barro sus carísimas alfombras. Y puede que así fuera, pero el barro era de ellos no de él.

No podía pasarlo por alto. Si se corría la voz de que a él, el señor Chan, le podían estafar sus honorarios, otros no tardarían en seguir su ejemplo. Reflexionó sobre el tema mientras se rascaba con la uña una roncha de eczema que tenía en el lado izquierdo de la nariz bulbosa. Entonces se le ocurrió una idea, el castigo perfecto para aquellos cabrones ricos que no entendían lo que era trabajar duro… Y además podía fingir que lo hacía por una buena causa. Sería un as muy útil; lo conservaría por si alguna vez necesitaba un favor. El señor Chan cogió el móvil y llamó a uno de sus contactos.

Jasper Lee estaba en la celda de interrogatorios. Parecía aún más delgado, pero seguía animado. Miró al trío compuesto por los inspectores Singh y Mohammad y el sargento Shukor.

—¿Qué puedo hacer por ustedes, caballeros? —preguntó—. La delincuencia debe de estar bajo mínimos si la policía puede desperdiciar a tres de sus mejores agentes con un asesino confeso.

Ninguno de los hombres dijo nada y el rostro de Jasper se tiñó de preocupación.

—¿Ha pasado algo? —preguntó—. ¿Chelsea está bien?

Fue Singh quien respondió.

—¡Uy, sí! Está fenomenal. Se ha quitado un peso de encima al salir de aquí. Y los niños también están bien.

Jasper se relajó visiblemente.

—Genial, me alegra que se esté recuperando —dijo.

—Me atrevería a decir que incluso está feliz —comentó Singh, como si estuviera pensando en voz alta.

—¿Ah, sí? ¿Por qué lo dice?

—Creo que será una gran liberación para ella vivir con su amante. Usted la conoce mejor que yo, pero no tiene pinta de ser de las que prefieren ocultar una relación.

—¿De qué está hablando?

El inspector Mohammad se revolvió un poco en el asiento, mirando al acusado. Jasper no se dio cuenta. Toda su concentración estaba puesta en el obeso policía de Singapur.

—De Ravi, por supuesto —respondió el inspector fingiendo sorprenderse ante la ignorancia de Jasper.

Shukor casi sintió lástima por Jasper Lee mientras observaba el espectáculo. No era rival para la malicia del policía sij, incrementada por sus habilidades dramáticas.

Jasper parecía irritado, como si sospechara que se estaban burlando de él pero no acabara de entender dónde estaba la gracia.

—¿Quién es Ravi? —preguntó con la mayor indiferencia posible.

—¿No lo sabe? Suponía que estaría al tanto de ese secreto por lo unidos que están Chelsea y usted.

Jasper no estaba tan perdido como para haber olvidado sus argumentos.

—No estábamos tan unidos —dijo.

Shukor pensó que ambos parecían actores (tanto el policía como el acusado) interpretando papeles de diferentes escenas.

—Así que ha conocido a alguien, ¿no? —preguntó Jasper, haciendo un gran esfuerzo por aparentar indiferencia.

—¡Más que eso! —exclamó Singh—. Al parecer, hace tiempo que tiene un amiguito —añadió en un tono muy sugestivo—. Parece que el que no corre vuela ¿eh? —comentó y, para sorpresa de Shukor, guiñó un ojo a Jasper Lee.

La estupefacción de Jasper era palpable. Shukor podría haber extendido la mano para cogerla, amasarla y darle forma hasta convertirla en un monumento al asombro.

—¿Qué está diciendo?

—¿Necesita que se lo ponga más claro? Pues que durante todo este tiempo que ha estado representando el papel de doña Inocente, ha tenido un bomboncito escondido. —Singh se quedó callado, reflexionando sobre sus propias palabras—. Bueno, puede que esté siendo un poco injusto, parece que ella quiere de verdad a ese tipo. Desde que salió son inseparables —añadió.

Jasper estaba pálido como la cera. Shukor dudaba que tuviera un aspecto más mortecino si estuviera colgando del extremo de una cuerda.

—No me lo creo —declaró Jasper, más para sí mismo que para cualquier otro.

—Bueno, pues mire esto… —El inspector Singh le pasó la carta de amor de Ravi por encima de la mesa.

Al inspector se le había revuelto el estómago al leer la sarta de mentiras que el novio estaba dispuesto a contar para hacerse con parte del dinero de Chelsea. El efecto sobre Jasper fue distinto.

La carta se le resbaló entre los dedos paralizados.

—¿Qué están haciendo aquí de todas formas? —preguntó, con una voz tan pastosa y ahogada que parecía que se le había hinchado la lengua de repente.

—Solo queríamos volver a preguntarle por qué mató a Alan Lee.

Jasper no respondió.

—¿Podemos hacer esto en otro momento, por favor? —dijo levantándose.

Dejaron a Jasper con sus pensamientos y se fueron.

—¿Por qué no le ha preguntado si seguía manteniendo su versión? —le preguntó Shukor.

—Demasiado pronto —respondió Singh, y Mohammad asintió dándole la razón—. Según mi experiencia, con un error como el que ha cometido… le costará un poco pasar de la incredulidad a la negación y luego, por supuesto, a la rabia. Le doy unas veinticuatro horas,

entonces querrá vernos.

Un joven policía uniformado se acercó a ellos y murmuró algo al inspector Mohammad; una arruga vertical apareció entre sus cejas. El policía le entregó un paquete y, cuadrándose con elegancia, se retiró al interior de la comisaría.

—¿Qué pasa? —preguntó Singh.

—Una grabación de un informador. Al parecer podría ser relevante para la investigación del caso Lee.

—¡Muy oportuno! —señaló el inspector Singh—. ¿Alguna idea de qué puede ser?

—Ni la más remota, pero podemos descubrirlo.

Los hombres se dirigieron a una sala con equipamiento audiovisual. Mohammad encabezaba el cortejo, caminando con la elegancia que le proporcionaban sus largas extremidades. Shukor lo seguía en silencio con pasos amortiguados. Singh cerraba la marcha moviéndose con torpeza. Parecían un estudio de contrastes físicos, una comitiva avanzando no solo por un pasillo sino también en la cadena evolutiva. Aunque respecto a la supervivencia del más apto y a pesar de las apariencias, habría que ser muy valiente para apostar contra el inspector Singh.

Mohammad abrió el paquete y pasó el disco a Shukor, que colocó el equipo con eficiencia. Los tres hombres se sentaron y la escena de la discoteca apareció ante ellos: el acaudalado Alan Lee, apenas unas semanas antes de su muerte, su juguetito y el iracundo muchacho rechazado.

A Shukor le recordó a un videoclip de rock de la MTV por los graves machacones, las luces intermitentes y la mujer despampanante.

A Singh (que era de otra generación) le evocó más bien a las películas mudas, con sus bellezas emperifolladas y su sobreactuación.

Le tocaba a Mohammad pronunciarse y así lo hizo.

—Jasper aún no ha cambiado de opinión y aparecen nuevos sospechosos de la nada.

—Puede que esa mujer tuviera razones para estar celosa —sugirió Shukor.

—Sí, aunque es más probable que el chico sufriera un subidón de testosterona —opinó el inspector malayo—. Tendremos que descubrir quién es.

—¡Qué va, no hace falta! —dijo Singh.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el inspector Mohammad contrariado—. ¿También está convencido de que es inocente? Déjeme a algún sospechoso por el amor de Dios.

Singh sonrió mostrando sus dientes pequeños y regulares manchados de nicotina y de café.

—No, no digo que no lo hiciera él, pero sé quién es ese muchacho, lo conocí la semana pasada.

Los otros dos se volvieron hacia él; el inspector sorprendido y el sargento (que estaba empezando a considerar omnisciente al policía singapurense) expectante.

—Ese de ahí es Marcus Lee —reveló el inspector con tranquilidad—, el hijo mayor del hombre asesinado.

Jasper Lee solicitó ver al inspector Mohammad veinticuatro horas después. Este avisó a Singh y se dirigieron a la cárcel. No había vuelto a salir el tema de su regreso a Singapur y aunque no había ninguna razón oficial para que se quedara (a menos que volvieran a detener a Chelsea), estaba demasiado involucrado. Mohammad había cambiado de parecer; ahora trataba al

inspector singapurense como a un aliado en la búsqueda de la verdad y no como a un adversario en la batalla por la gloria. Singh lo admiraba por ello, pero no esperaba que durara más allá de su siguiente disputa sobre el tema de la culpabilidad. Aun así, era mucho más agradable investigar con la autoridad de un departamento de policía respaldándolo. Singh, el contestatario, se había dado cuenta de repente de que la burocracia que tanto despreciaba cumplía un propósito muy útil: le proporcionaba poder y le garantizaba el acceso. Sin ellos su instinto no servía de nada.

Jasper Lee se había convertido en una imitación descolorida del hombre que era el día anterior. Su delgadez resultaba cadavérica, tenía los ojos irritados y el cabello sin vida. Singh pensó que se parecía a alguien que había visto recientemente, aunque no tenía claro si era a su sobrino Marcus o a Kian Min, su otro hermano. Entonces cayó en la cuenta con cierto sobresalto: Jasper Lee se parecía a Alan Lee tal y como lo había visto en la morgue, después de llevar muerto tres semanas a la espera de ser enterrado. Hasta que se había enterado de lo de Ravi, Jasper había esperado su muerte con dignidad, pero ahora parecía que se había hundido.

Singh encendió la grabadora.

—¿Quería vernos? ¿Ya tiene claro por qué mató a Alan? —le preguntó, con cruel sentido del humor.

Jasper permaneció sentado con aspecto sombrío. Los había hecho llamar, pero seguía teniendo el corazón encogido por lo que iba a hacer. Los policías percibían la duda y la ansiedad en su rostro, y también la frustración. Jasper Lee se había armado de valor para ser un héroe… y solo había conseguido hacer el papel de tonto.

Singh tenía la sensación de que, en parte, se trataba de la reticencia a admitir que su inmenso sacrificio había sido un error. Se trataba de un hombre al que su padre, sus hermanos y sus semejantes consideraban un fracasado. Había sido vilipendiado por ser débil, incapaz de lograr nada, por carecer de la frialdad necesaria para tomar decisiones empresariales inteligentes. Jasper Lee había elegido su momento para enfrentarse a su miedo secreto: que hubiera algo de verdad en esas acusaciones. En el fondo debía de sentirse orgulloso, orgulloso de su capacidad de autosacrificio, orgulloso de su coraje ante la muerte, orgulloso de su capacidad de tomar una decisión por principios y ser fiel a ella. Y todo para nada, para constatar la opinión de su familia de que era un ingenuo y un idiota.

—Aún no es demasiado tarde —aseguró Singh (casi con dulzura) a aquel hombre atormentado.

Jasper lo miró con lágrimas en los ojos. Mohammad se revolvió incómodo, él era de la vieja escuela: los hombres adultos no lloraban y los niños tampoco deberían hacerlo. Singh era de la misma generación, pero para él las lágrimas eran un reflejo honesto de las emociones. Y, para un policía como él, la honestidad llevaba a la verdad.

—¿Que no es demasiado tarde? —dijo Jasper—. Me temo que está muy, pero que muy equivocado. Ya era demasiado tarde hace veinte años.

—Demasiado tarde para tenerla a ella, no demasiado tarde para salvar su vida —lo instó Mohammad.

—¿Por qué iba a querer salvarla?

—Por las cosas que le importan —dijo Singh.

—Iba a sacrificarla por lo único que me importa.

—Lo sabemos —dijo Mohammad con amabilidad.

Jasper los miró y vio por sus expresiones compasivas que, en efecto, lo sabían. Le resultó mucho más fácil verbalizar sus errores.

—Yo no maté a mi hermano Alan Lee —dijo lentamente, mirando hacia el suelo y dándose cuenta de que era de cemento, tan duro, frío y gris como a él se le antojaba el mundo.

—¿Por qué confesó?

—Quería proteger a Chelsea. Tenía miedo de que la condenaran por el asesinato.

—¿Puede decirnos por qué quería protegerla?

—La amo. La amo desde que la conocí hace veinte años, en su boda con mi hermano.

—¿Y por qué ha cambiado de opinión?

Jasper intentó exponer sus argumentos.

—No lo sé, la verdad. Intentaba protegerla porque la quería, sabía que no podía ser mía, y menos si yo iba a acabar aquí. Pero descubrir que había tenido un amante durante todo este tiempo… Yo creía que estaba sola, ¿entienden? Que me necesitaba, que no contaba con nadie más.

—¿Por qué tenía tan claro que ella había matado a Alan?

La pregunta caló en su aturdimiento.

—¡No lo tengo claro! Pero ustedes parecían dispuestos a colgarla.

—¿Hay algo que le hiciera sospechar que había sido ella?

—¿Se refiere a si sé dónde está el arma homicida? Oiga, he decidido que no quiero sacrificarme por Chelsea, que lo haga su novio si quiere. ¡Pero eso no significa que vaya a ayudarles a ahorcarla!

Ese arrebato de energía duró poco y Jasper se desplomó en la silla.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Supongo que lo dejaremos marchar —contestó el inspector Mohammad—. Pero no se vaya muy lejos.

Singh dio unos golpecitos al policía malayo en el hombro y señaló la puerta con la cabeza.

—Tengo que hablar un momento con usted —dijo.

Los dos hombres salieron de la sala.

—¿Qué pasa? —preguntó Mohammad con impaciencia—. ¿Quiere que le dé las gracias?

—No, no. ¡No deje que se vaya todavía!

—¿Qué?

—¡Que no deje que se vaya todavía!

—¿Por qué? ¿No era usted el que no podía soportar que Chelsea Liew pasara una hora de más en la cárcel?

El inspector Singh despreció su postura anterior con un rápido ademán.

—Oiga, usted no cree que lo hiciera Chelsea ¿verdad?

—Yo no diría tanto —respondió Mohammad con cautela.

—Al menos está de acuerdo en que hay unos cuantos sospechosos pululando por ahí, ¿no? —Singh los contó con los dedos—. Kian Min, Marcus Lee, Ravi, esa mujer que pudo haberse sentido despechada.

—Y Chelsea Liew.

—Vale, y Chelsea.

—Estoy dispuesto a aceptar que tenemos varios sospechosos, sí. ¿Y qué? —dijo Mohammad.

—Dejemos a Jasper aquí. El asesino, sea quien sea, creerá que se ha salido con la suya. Podría cometer un error.

Si Mohammad se fijó en que había usado el pronombre masculino para referirse al asesino, no lo demostró. Al contrario, asintió con la cabeza.

—No es mala idea, la verdad. Probemos suerte.

El policía volvió a entrar para informar a Jasper Lee de que tendría que esperar un poco más para salir de allí. A él no pareció importarle.

Sharifah miró por la ventana. El día era tan caluroso que se apreciaba una bruma trémula, como si el calor hubiera deformado el aire. La visita de Chelsea la había dejado destrozada. Era terrible tener una conversación con la mujer con cuyo marido se había acostado. De nada servía decirse a sí misma que, de no haber sido ella, habría sido otra, porque no había sido otra, había sido ella. Pensó en sus padres, que tanto se habían esforzado por educarla para que distinguiera lo que estaba bien de lo que estaba mal. Pensó en Marcus, que la amaba y se había quedado hecho polvo cuando ella lo había traicionado no con cualquiera, sino con el padre al que tanto odiaba. Se sentía muy, muy avergonzada. Se preguntó si se atrevería a llamar a Marcus. Miró el móvil que estaba sobre la mesa del comedor. No, no podía llamarlo. No después de lo que había hecho. Gracias a Dios que había sido su tío quien había matado a Alan. Si ella hubiera incitado a Marcus a cometer asesinato no habría podido superarlo. Sharifah tomó una decisión. Repararía el daño lo mejor que pudiera. No podía cambiar el pasado, pero vendería el piso, las joyas… y devolvería el dinero a la familia Lee de forma anónima. No buscaba el perdón público sino la redención personal.

Sonó el timbre de la puerta y se acercó a abrir, nerviosa. Esperaba que no fuera otra vez Chelsea.

—Somos de la policía. Queremos hacerle algunas preguntas sobre Alan Lee —le dijo un sij.

Ella dejó entrar de mala gana a aquel hombre gordo y a su apuesto compañero malayo. Singh no se anduvo por las ramas. Había decidido de antemano ser agresivo con la adúltera, convencido de que solo un interrogatorio contundente surtiría efecto con una mujer tan osada como para tener una aventura con Alan Lee. Cuando Sharifah abrió la puerta y se asomó, el inspector entendió que no era la mujer manipuladora que había imaginado sino una muchachita mona, una víctima de Alan Lee. Pero sintió una ira repentina hacia la mujer que había agravado el infortunio de Chelsea Liew, que intentaba escapar de un matrimonio violento y rescatar a sus hijos de la nefasta influencia de su padre.

—Tenemos motivos para creer que usted mató a Alan Lee —le espetó a bocajarro.

—¡Íbamos a casarnos! ¿Por qué iba a matarlo?

Sharifah estaba indignada y asustada. Justo cuando la puerta del pasado empezaba a cerrarse, aquel policía gordinflón metía por la rendija su enorme pie con su sucia zapatilla blanca.

—¿Por qué un hombre como Alan Lee iba a casarse con usted? —le preguntó el inspector Singh, todavía furioso por el papel que la muchacha había desempeñado en el desarrollo del drama que rodeaba la vida y la muerte de Alan Lee—. Le diré lo que sucedió en realidad: él la colmó de atenciones, se la llevó a la cama y luego la dejó tirada como a todas las demás. Usted se enfadó, consiguió una pistola, buscó el momento adecuado y lo mató.

Sharifah tenía los ojos abiertos de par en par por la impresión; era muy joven y nunca nadie la había tratado con tanta agresividad, ni siquiera Chelsea (que tenía más razones que nadie para odiarla) le había levantado la voz. Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Pero si se convirtió al islam. ¡Lo hizo por mí!

—Puede que usted le diera la idea, pero él se convirtió para conseguir la custodia de sus hijos y hacer daño a su exmujer.

—¡No le creo!

—Solo las jovencitas ingenuas y estúpidas como usted permiten que hombres como Alan las exploten y las destruyan —declaró Singh indignado.

—Sé que cometí un error, ahora me doy cuenta, pero yo no lo maté. Cuando murió yo todavía lo amaba —aseguró Sharifah en voz baja.

—«Yo todavía lo amaba» —se burló Singh, enfadado—. Si fuera mi hija, la encerraría en una habitación y no la dejaría salir hasta que tuviera un poco de sentido común.

—Ya le he dicho que yo no lo maté… ¿puedo ayudarles en algo más? —preguntó Sharifah.

Singh advirtió con satisfacción que la muchacha tenía coraje. No entendía a Alan Lee. Se sentía atraído por mujeres fuertes y hermosas, a juzgar por los ejemplos de Chelsea y Sharifah, pero no se quedaba satisfecho hasta que les arrancaba el alma a palos.

—¿Alan le pegaba? —preguntó este con brusquedad.

Ella se sobresaltó ante el repentino cambio de rumbo, pero respondió con decisión.

—No, claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo? Ya se lo he dicho: él me quería. Me quería muchísimo e íbamos a casarnos.

Singh sabía que mentía. Estaba insistiendo demasiado, poniendo en práctica los argumentos que se había dado para justificar la violencia.

—¿Cuántas veces le pegó?

—¡Acabo de decirle que no lo hacía!

—¿Una sola, dos? ¿Después la cubría de flores y de disculpas? ¿Qué le decía, que estaba sometido a mucha presión en el trabajo? ¿Que la batalla por la custodia había ido mal ese día? ¿Que la quería tanto que se ponía celoso porque hablaba con el cartero? ¡Seguro que para usted era un halago que le pusiera un ojo morado!

—Fue solo aquella vez. Me dio una bofetada y se arrepintió muchísimo —dijo Sharifah con voz apagada.

—¿Y usted lo creyó? —le preguntó Shukor, hablando por primera vez durante el interrogatorio.

Ella lo miró desafiante.

—Sí.

—A ver si lo entiendo —dijo el inspector—. Él era mucho mayor que usted, estaba pasando por un divorcio en el que se le acusaba de adulterio y de malos tratos, y librando una amarga batalla por la custodia de sus hijos. Había empezado a pegarla y, aun así, ¿usted pensaba que se casaría con él y que vivirían felices para siempre?

Ella asintió con la cabeza.

—Supongo que suena raro —admitió.

—Muy bien, supongamos que la creo… que tal vez usted no lo matara —dijo Singh.

Sharifah levantó la vista esperanzada. ¿Podría cerrar por fin la puerta del pasado?

—¿Por qué no nos cuenta cómo hizo que Marcus Lee matara a su propio padre?

Capítulo 16

El señor Chan (el investigador privado) había entregado una copia del disco a la policía. Pensaba que así Chelsea Liew se lo pensaría dos veces antes de negarse a pagar algún trabajo en el futuro. Además, estaba convencido de que había encontrado la forma de recuperar las pérdidas causadas por la investigación de Lee. Se arregló con cuidado el pelo, se puso una camisa limpia, y se dispuso a ofrecer una exclusiva a la prensa: la grabación a cambio de dos mil ringit. Cuando explicó (con todo lujo de detalles impúdicos) lo que había en la grabación, comenzó una batalla de ofertas y consiguió cinco mil ringit.

No estaba nada mal, pensó con suficiencia. Gracias a su astucia había conseguido un resultado mucho mejor del previsto cuando aquella mujer no le había pagado. Pero cuando llegó al coche sintió una punzada de arrepentimiento que hizo que sus jugos gástricos anegaran sus úlceras. Doblado hacia adelante y jadeando de dolor, con una mano en la puerta del coche para no acabar de rodillas sobre el polvo, la gravilla y la mierda de perro (típicos de los descampados de la ciudad que hacían las veces de aparcamientos), el señor Chan se enfadó de verdad consigo mismo. Tenía que haber tanteado también a los periódicos de Singapur, le habrían pagado al menos el doble y en una moneda de más valor.

El periódico que compró la grabación la visualizó, recortó unos cuantos fotogramas, consultó a sus abogados y preparó la edición matutina con un entusiasmo que no se veía en la redacción hace tiempo. Tenían la primicia malaya del año.

Chelsea había convencido a Marcus para que se sentara con ella a tomar un café. No había sido fácil, él repetía que estaba ocupado, que tenía deberes, que solo se había pasado por allí un momento, que sería mejor dejarlo para otra ocasión. Pero ella había insistido, le había suplicado y él aceptó tomar algo rápido. Estaban sentados en la mesa del comedor (un mueble pesado y rectangular con dieciséis sillas alrededor) con dos cafés calientes. Los dos niños pequeños habían ido al parque con la niñera y nadie los interrumpiría durante un buen rato.

Chelsea rompió el silencio que se estaba volviendo opresivo.

—Estoy preocupada por ti Marcus.

—¿Por qué? —preguntó él—. Estoy bien.

—Yo no creo que estés bien. Apenas pasas por casa, ya no hablas conmigo ni con tus hermanos, tu ropa apesta a alcohol y a tabaco. He llamado al colegio y hace tiempo que no

vas.

—¡No me gusta que me espíes!

—No te estoy espiando. Soy tu madre y estoy preocupada por ti.

—Sí, una madre genial…

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Nada!

—Marcus, me he esforzado al máximo por ti. Me estoy esforzando al máximo por todos vosotros. Las cosas no han sido fáciles y lo sabes.

Marcus se movió nervioso en la silla.

—¿Puedo irme ya?

—Sé lo de Sharifah —dijo Chelsea con suavidad.

El chico se quedó inmóvil. Miró a su madre y vio la compasión y la lástima reflejadas en su rostro.

Varias imágenes de Sharifah revolotearon en su mente como una secuencia de fotos de un salvapantallas. Entonces recordó la última vez que la había visto, en aquella discoteca: allí de pie, parecía mucho mayor vestida con una elegancia que no era habitual en ella, con la ropa que su padre le había comprado, con las joyas que su padre le había regalado, vendiéndose a un hombre rico. Le había suplicado que se fuera con él, le había jurado que la amaba, había intentado explicarle el tipo de hombre que era su padre. Y, por un instante, pensó que la estaba convenciendo: su expresión se había suavizado y parecía más joven, como la chica que había conocido en el colegio… pero lo estaba mirando con compasión, con pena, con la misma expresión que veía ahora en la cara de su madre.

Marcus apoyó la cabeza sobre sus brazos cruzados. Su madre se acercó y lo abrazó. Él no la apartó. Permanecieron así mucho tiempo, hasta que finalmente Marcus volvió a poner la espalda recta.

—¿Cómo has sabido lo de Sharifah? —preguntó a su madre, mirándola con los ojos irritados.

—Eso no importa.

—¿También sabes lo de papá? ¿Lo que hizo?

Ella asintió con la cabeza, incapaz de hablar. La rabia que sentía hacia su marido muerto era tan grande que tenía la sensación de que podría prender fuego a las cosas solo tocándolas.

—Yo lo odiaba. Me alegro mucho de que esté muerto —dijo con amargura.

—Marcus, tengo que hacerte una pregunta importante. Y, respondas lo que respondas yo te protegeré, pero necesito saber la verdad.

Marcus la miró con el rostro desencajado por la tristeza.

—¿Has matado a tu padre? —le preguntó con suavidad.

—Marcus no mató a su padre —aseguró Sharifah con rotundidad, convencida.

—¿Cómo puede estar tan segura? —preguntó Singh.

—Conozco a Marcus. ¡Él nunca haría algo así!

—Seguro que el tribunal cree en su palabra —comentó Singh, con sorna—. Sería una testigo maravillosa teniendo en cuenta lo ejemplar que ha sido su comportamiento en este asunto.

Sharifah encajó el comentario sarcástico avergonzada, pero no cambió de opinión.

—Marcus Lee es un buen chico.

—Un buen chico, no como su padre, que era un hombre hecho y derecho ¿no? Si además de hablar de él así lo trataba como tal, no es de extrañar que le entraran ganas de matar a su padre.

—¡Él no mató a su padre!

—Pues alguien lo hizo.

—Creía que había sido su tío.

—Apuesto a que eso hizo que se sintiera mejor —alegó el inspector Singh con su intuición habitual—. Cuando se enteró de que Alan Lee estaba muerto debió de preocuparle mucho la posibilidad de haber incitado a Marcus a hacerlo.

—No estaba preocupada en absoluto —aseguró ella con firmeza.

—Oiga, la única forma de que sepa con certeza que Marcus Lee no asesinó a su padre es que usted matara a Alan.

—No, sé que Marcus no lo hizo… porque yo estaba con él en el momento del crimen.

Singh la miró incrédulo.

—¿Esa es su coartada?

Ella asintió con la cabeza, pálida pero convencida.

—¿Y qué era? ¿La gran reconciliación?

Ella valoró la respuesta.

Intentaba recordar exactamente lo que había dicho antes para no contradecirse, supuso el inspector. Casi resultaría divertido si no estuviera intentando despistarlos en una investigación por asesinato.

—No… —dijo Sharifah—. Yo no había roto con Alan, seguíamos teniendo intención de casarnos. Pero quería pedir perdón a Marcus, intentar que lo entendiera.

—Me cuesta creer que Marcus estuviera dispuesto a escuchar su disculpa.

—Me pareció que debía intentarlo.

—¿Y cuándo fue ese gran festival de reconciliación y de perdón?

—Ya se lo he dicho, el día que mataron a Alan.

—¿Y qué día fue ese?

—No me acuerdo.

—¿No recuerda el día que mataron a su prometido?

—Claro que lo recuerdo. ¡Lo que quiero decir es que no recuerdo la fecha exacta!

—¿Recuerda a qué hora fue esa reunión con Marcus?

—No exactamente, pero estuvimos juntos bastante rato.

—No me extraña, al fin y al cabo tenían mucho de qué hablar.

Shukor se preguntaba por qué el inspector estaba siendo tan desagradable con Sharifah. Hasta entonces nunca lo había visto ser tan duro y sarcástico con ningún testigo. Esa chica era muy joven, había cometido algunos errores terribles, pero eso era típico de la juventud y había tenido mala suerte con los daños colaterales.

Singh aún no había acabado.

—¿Mañana o tarde? —preguntó con rudeza.

Ella estaba confusa.

—No sé qué quiere decir.

—¿Estuvo con él por la mañana o por la tarde?

—No lo sé, no me acuerdo. ¡Ambas!

Singh soltó una carcajada.

—Siento lástima por usted, la imagino contando esa sarta de mentiras delante de la fiscalía cuando se juzgue a Marcus Lee por el asesinato.

—¿Qué va a hacer?

El inspector no respondió a la pregunta y se volvió hacia Shukor.

—Venga, vamos. Tenemos trabajo que hacer —dijo.

Shukor se despidió de Sharifah con la cabeza, casi disculpándose, y siguió a su superior. No tenía ni idea de por qué Singh había sido tan agresivo con Sharifah y tampoco pensaba preguntarle. No le apetecía en absoluto probar el filo áspero de la lengua del inspector, ya había sido bastante desagradable presenciar sus efectos. Sin embargo, había conseguido resultados. La muchacha —sintió otra punzada de compasión al recordar sus enormes ojos asustados— se había hecho un lío con la versión de los hechos que se había inventado a toda prisa, desesperada por proporcionar a su exnovio una coartada. Shukor no sabría decir si su intento era fruto de la culpa o del cariño por Marcus.

Los dos hombres bajaron en ascensor a la planta baja y subieron al coche. Circularon en silencio durante un par de minutos.

—¿Vamos a detener a Marcus? —preguntó Shukor.

—No. De hecho, deténgase aquí.

Shukor se detuvo a un lado de la calle.

—¿Y ahora qué, señor?

—Quiero que vuelva.

—¿Que vuelva?

—Sí, al edificio de apartamentos. Busque un buen arbusto y escóndase detrás de él; espere a que Sharifah salga y sígala. Que no le vea.

—Sí, señor. Pero ¿qué cree que hará?

—Ir a ver a Marcus para avisarlo.

—¿No cree que preferirá llamarlo por teléfono?

—Sospecho que querrá verlo para intentar planear la coartada. Además, le he birlado el móvil —reveló Singh, metiendo la mano en el bolsillo.

A Shukor le sorprendió el hurto, pero no se quejó.

—¿No cree que estuviera con él? —preguntó.

—¡No!

—Ni yo —dijo Shukor con pesar, saliendo del coche.

El inspector Singh también se bajó y rodeó el automóvil para sentarse con dificultad en el asiento del conductor, antes de echar el asiento hacia atrás para dejar más espacio a su barriga.

Shukor apoyó una mano en la puerta y se inclinó hacia adelante con solemnidad.

—¿Cree que fue ella, señor? ¿O él? —preguntó.

—No lo sé. Pero ambas hipótesis son muy plausibles. Puede que Alan Lee la dejara y ella podría haberlo matado por venganza. Marcus estaba muy cabreado sin duda. Incluso podrían haberlo hecho juntos.

—¿Qué quiere decir?

—Marcus habría heredado un montón de pasta… y Sharifah podría haberse casado con un hombre rico y joven.

—No creo que lo hiciera ella.

Singh se rio.

—¡Nunca será un buen policía si cree que una mujer guapa no puede cometer un asesinato!

—¿No es esa la razón por la que usted cree que Chelsea es inocente?

La risa de Singh se apagó. Lo que había dicho el joven agente era muy cierto.

—Póngase manos a la obra —le espetó.

—¿Y usted qué va a hacer, señor?

—Perderme de regreso a la oficina.

Singh aceleró escupiendo polvo y guijarros al policía que estaba junto a la carretera. Shukor se sacudió el polvo y se fue por donde había venido.

El inspector Singh era un hombre de palabra: en cuestión de minutos se había perdido. Lamentaba no haber cogido un taxi, el tráfico era denso, los conductores agresivos y muchos de los vehículos parecían a punto de descuajeringarse. Singh recordó con nostalgia que en Singapur la gran mayoría de los coches tenían menos de diez años. El sistema impositivo hacía que fuera más rentable desguazar un coche o exportarlo y comprar uno nuevo que aferrarse a un viejo cacharro. El Gobierno intentaba que Singapur (que era una isla diminuta) no acabara convertido en un aparcamiento gigante, así que invertía en transporte público y hacía que los coches fueran caros. Como consecuencia los coches eran valiosísimos y los dueños los cuidaban bien. Un coche sucio era una rareza en Singapur, por no hablar de uno viejo.

Singh suponía que en Malasia no había tales incentivos, así que los hombres llevaban a sus familias en furgonetas destartaladas, con seis o siete niños asomados por las ventanillas saludando a los otros coches. Los vendedores ambulantes conducían viejas tartanas. Los Mercedes Benz de treinta años hacían las veces de taxis. Las motocicletas serpenteaban entre el tráfico. Pequeños coches con motores de quinientos centímetros cúbicos (básicamente motocicletas con carrocería) circulaban por el carril rápido a velocidades homicidas. Los todoterrenos (elevados sobre neumáticos enormes) pasaban a toda velocidad. Misteriosas limusinas con cristales tintados se dirigían a sus turbios negocios. Todo era demasiado complicado para un policía de Singapur que no estaba familiarizado con la red de carreteras malayas.

Singh se preguntó si se suponía que su vagabundeo por Kuala Lumpur (tomando desvíos equivocados y realizando cambios de sentido) era una especie de metáfora de la forma en la que se estaba desarrollando el caso. Desde luego, el caos estaba servido.

Primero la detención de Chelsea. Singh se revolvió en el asiento, intentando despegar la camisa que llevaba adherida a la espalda por el sudor. Había resultado bastante revelador lo que había dicho el sargento de que él estaba tan convencido de la inocencia de Chelsea porque su físico lo había dejado fuera de juego. A Singh (que una vez en su juventud había sido primer bateador de Singapur y adoraba el críquet) le encantaban las analogías deportivas. Por supuesto, cabía la posibilidad. ¿Cómo era eso que decían? «A la vejez viruelas».

Singh dio un volantazo para evitar a una moto que había acelerado para adelantarle por la izquierda cuando él iba a cambiar de carril. Estuvo a punto de chocar con un Mercedes Benz, un mamotreto enorme, feo y ostentoso. El conductor tocó el claxon y el hombre que iba en el asiento de atrás levantó la vista un momento antes de volver a sus papeles. El inspector retomó sus atribuladas cavilaciones y centró su atención en Jasper. Sus dudas sobre la culpabilidad de Chelsea habían sido más que justificadas. Jasper Lee se había entregado y

había confesado. Singh rebuscó en su mente. ¿Había dudado de su confesión? Debía admitir que no, al menos hasta que Chelsea había insistido en que Jasper no había matado a Alan Lee. Incluso entonces se limitaba a seguirle la corriente. ¿Otra prueba de su debilidad por Chelsea? Eso pensaría Shukor sin duda. Y Singh no estaba convencido de que el joven estuviera equivocado.

Estaba pasando por delante de las torres Petronas, dos cohetes gigantescos de diseño geométrico que rozaban el cielo. Recordó los rumores constantes acerca de que las torres se inclinaban hacia un lado o hacia el otro. A él le parecían bastante firmes. Al parecer, habían encargado su construcción a dos contratistas diferentes para que trabajaran lo más rápido posible en una carrera para ver quién tocaba antes las nubes. Singh esperaba que no fuera cierto. Sonaba a terreno abonado para atajos y chapuzas.

¿Y qué había del otro hermano? Kian Min tenía muchas cosas en común con Alan, solo que la lujuria de Alan era carnal y la de Kian Min tenía más que ver con el poder y con la riqueza.

Lujuria. ¿Era ese el origen del caso? ¿Las ansias de poder de Kian Min lo habrían llevado a matar a su hermano? Singh suponía que Kian Min habría estado encantado de quitarse a Alan de en medio. Pero él era de los que pagaban para que otros hicieran el trabajo sucio en su lugar: ese era su *modus operandi*. Pagaba a otras personas para que echaran a los penan de sus tierras en Borneo, sobornaba a policías y a funcionarios gubernamentales para que hicieran la vista gorda… Si quisiera matar a su hermano habría contratado a alguien para que lo hiciera. Pero la muerte de Alan Lee no parecía el trabajo de un profesional. Singh estaba convencido de que Alan conocía a su agresor. Sería maravilloso que Kian Min resultara ser el asesino. Pero no tenía la certeza de que esa fuera la respuesta correcta.

¿Y qué había de Alan? ¿Habría sido la lujuria la causa directa de su muerte? ¿Acaso esa chica, Sharifah, lo había matado al darse cuenta de que ella no era más que su última conquista carnal, comprada y pagada tanto en efectivo como en especies? Había sido muy duro con la muchacha durante el interrogatorio. Sospechaba que Shukor se había dado cuenta. ¿Por qué se había comportado así, cuando resultaba evidente que ella no era la fulana con pintas que él esperaba? ¿Había sido porque él creía que había matado a Alan Lee y que tenía delante a una asesina despiadada? Visualizó su rostro juvenil desprovisto de maquillaje. Singh no llevaba toda una vida siendo policía para sacar conclusiones basándose en las apariencias. Y, sin embargo, se recordó a sí mismo que eso era precisamente lo que su sargento le había acusado de hacer en el caso de Chelsea.

Pensó con tristeza que era una lástima que no fuera de los que inculpaban a presuntos sospechosos, al menos hasta que no estaba seguro de que habían cometido el crimen. De lo contrario, le habría encantado acusar del asesinato del repugnante Alan Lee a ese personaje igualmente repulsivo, Ravi. Habría resultado de una simetría perfecta eliminar a ambos parásitos de la vida de Chelsea Liew. Pero, por desgracia, las ilusiones no se traducían en pruebas concretas.

Singh vio una señal en la que ponía «Bangsar» y giró con el coche en esa dirección. Al menos ese barrio le sonaba y el indicador de gasolina estaba casi al mínimo. Como su cartera de sospechosos. Solo le quedaba Marcus Lee; a él le sobraban los motivos: el maltrato habitual a su madre, la novia robada. Marcus era muy joven, lo suficiente como para que un subidón de testosterona pudiera haberle proporcionado el valor necesario para llevar a cabo el asesinato. Y para creer que podría salirse con la suya.

Había llegado a Bangsar, pero por mucho que lo intentaba no conseguía salir. Solo podía hacer una cosa. Aparcó el coche con cuidado en el arcén, ignorando las dobles líneas amarillas. Una tropa de monos de una reserva natural cercana le gritó desde los cables telefónicos. Él los miró con el ceño fruncido, pero decidió no enzarzarse en una competición de chillidos. Los monos se dirigieron a una papelera cercana y empezaron a vaciarla, parloteando con entusiasmo cada vez que encontraban algo delicioso. Miraban de vez en cuando al inspector por si se le ocurría robarles la comida. Singh paró un taxi y se fue a la comisaría.

El inspector Mohammad no estaba allí. Había ido al edificio Lee a hablar con Lee Kian Min. A Kian Min no le hizo ninguna gracia recibir dos visitas policiales en otros tantos días. Se tranquilizó un poco cuando Mohammad le dijo que solo estaba allí para disculparse por el comportamiento del sargento Shukor y para asegurarle que el policía ya había sido amonestado.

—Deberían haberlo destituido —reivindicó Kian Min, desafiando al inspector a contradecirle.

Mohammad decidió ser discreto.

—No ha sido decisión mía —dijo, insinuando que, si de él dependiera, Shukor habría salido mucho peor parado—. Los de arriba han considerado que se merecía una segunda oportunidad dada su juventud y su historial intachable hasta el lamentable incidente con usted.

—Será mejor que no vuelva a ocurrir.

—No ocurrirá señor Lee.

Kian Min miró expectante al inspector.

—¿Desea algo más? Tengo que seguir trabajando.

—Hay otra cosa en la que podría ayudarme señor.

A Kian Min no le pareció extraño que el circunspecto policía llamara «señor» a alguien más joven que él. Si se hubiera parado a reflexionar sobre ello, le habría parecido de lo más apropiado.

—Soy un hombre muy ocupado. No sé por qué ustedes, los policías, no lo entienden.

—No le robaré mucho tiempo señor.

Kian Min asintió y miró el reloj.

—Vale, ¿qué quiere?

—¿Mató usted a Alan Lee?

—¿Qué?

—Le he preguntado si mató usted a su hermano, Alan Lee.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¡Por esto! —dijo Mohammad, señalando todo lo que rodeaba al empresario.

—No necesitaba matarlo para conseguirlo. Yo ya era el jefe de la empresa.

—Eso no es lo que tengo entendido. Mis fuentes aseguran que Alan Lee era el cerebro que estaba detrás del éxito de la empresa.

—¿Alan? ¿El cerebro? —Kian Min soltó una sonora carcajada—. ¿Quién le ha dicho eso? —preguntó. Luego señaló con el dedo al inspector para enfatizar sus argumentos—. No sabe nada de Maderas Lee. Yo he sido el jefe de esta empresa desde que mi padre murió y Alan no

era más que su cara visible.

—¿Y qué hay de la decisión de pasarse al cultivo de aceite de palma para biocombustibles? He leído en los periódicos que fue la última decisión de Alan en el cargo antes de ser asesinado, y los analistas lo consideran un golpe maestro.

—Claro que es un golpe maestro… ¡pero mío! —reivindicó Kian Min casi a gritos.

—Pero en los periódicos…

Kian Min lo interrumpió.

—¡Le digo que fue idea mía, Alan ni siquiera entendía el negocio!

Mohammad negó con la cabeza, como si estuviera tratando de entender lo que le estaba diciendo.

—De todos modos, creía que había sido Jasper quien había matado a Alan.

—Tenemos razones para dudar de su declaración —comentó Mohammad impasible.

—¿De verdad? Qué pena. Pero, para su información, yo no tengo nada que ver.

—¿Cree que lo hizo Jasper Lee?

—Ni sé ni me importa quién mató a Alan. Era un inútil, toda su vida fue un cero a la izquierda—. Kian Min tenía un montoncito de saliva en la comisura de los labios.

—Pero usted testificó en el juicio por la custodia y aseguró que era un buen hombre, un buen padre y un hombre de negocios brillante.

—Es posible, supongo… la familia debe permanecer unida.

—Está ahí sentado diciéndome que no le importa quién mató a su hermano, pero que lo más probable es que lo hiciera su otro hermano, ¿y espera que me crea que se sintió en la obligación de testificar porque era de su familia?

Kian Min adoptó una actitud de hosca reticencia durante unos segundos.

—Bueno, lo del asesinato es diferente ¿no? —dijo.

—Tal vez, pero el perjurio, prestar falso testimonio bajo juramento ante el tribunal, es un delito.

—Yo no cometí perjurio.

—Mintió sobre el carácter de su hermano. Podría detenerlo ahora mismo y llevarlo esposado a la comisaría.

Kian Min se puso pálido.

—¿Cómo puedo hacerle cambiar de opinión?

—¿Qué me ofrece? —preguntó con prudencia el inspector Mohammad.

—¿Alguna contribución a su plan de pensiones?

Mohammad observó al hombre del otro lado de la mesa con expresión inescrutable.

—¿Cuánto? —dijo sin rodeos.

—Cien mil. —Mohammad sacudió la cabeza—. ¿Quinientos mil? Debería ser más que suficiente. ¡Podría retirarse con estilo!

—Eso es mucho dinero —reconoció pensativo Mohammad.

Sharifah abandonó su apartamento, se metió en un pequeño Toyota deportivo (sin duda también regalo de Alan) y arrancó a toda velocidad. Shukor, que esperaba en un taxi, no tuvo problemas para seguirla. Cuando llegó al barrio en el que Alan Lee tenía su mansión, pasó despacio por delante de la casa, dio la vuelta, aparcó el coche al final de la calle y esperó. Shukor se bajó del taxi calle arriba, pagó al conductor y se sentó en una parada de autobús.

No creía que ella lo viera. Estaba concentrada en la calle, observando los coches y a la gente con extrema atención. Él estaba oculto por los arbustos y los transeúntes, y llevaba un periódico para mayor verosimilitud. Pero ¿cuánto tiempo iban a quedarse allí sentados? Si ella pensaba alertar a Marcus, tendría que darse más prisa.

Las puertas de la residencia Lee se abrieron y un Mercedes Benz salió ronroneando. Shukor, que estaba observando a Sharifah, la vio agacharse discretamente para que pareciera que en el coche en el que estaba no había conductor. Se preguntó por qué lo hacía, hasta que vio al pasajero del asiento de atrás. Era Chelsea, oculta tras unas gafas de sol enormes. Shukor se dio cuenta de que Sharifah debía de estar esperando a que se fuera, incapaz de enfrentarse a la exesposa.

La joven esperó unos minutos y salió del coche. Ascendió por la colina despacio, con reticencia y con desgana. Shukor se mantuvo a una distancia segura, aunque no había peligro de que Sharifah se girara. Toda su atención estaba centrada en el reluciente portal dorado de la casa de Marcus; llegó a la entrada, buscó el timbre, lo localizó y lo pulsó una sola vez con fuerza e insistencia; pronunció unas palabras por el interfono y el portal se abrió. Sharifah avanzó unos cuantos pasos, vacilante, y el portal se cerró a sus espaldas.

Shukor encontró una sombra bajo una acacia para esperar a que ella saliera, mientras pasaba el rato tejiendo una flor con las hojas en forma de media luna, como hacían sus hermanas cuando eran pequeñas.

Sharifah estaba muerta de miedo. Intentó recordar la última vez que se había sentido tan aterrorizada. Tal vez cuando se había caído a la piscina y su padre la había rescatado, aunque ella ya se había hundido un par de veces y había experimentado el pánico de una niña de cuatro años incapaz de respirar o de nadar. Pensó que no era una sensación diferente a la que sentía ahora. Tenía el pecho contraído, sus movimientos eran lentos y descoordinados, la piel le hormigueaba a causa de los nervios. La empleada doméstica la esperó en la puerta mientras ella recorría el largo camino de acceso; la hizo pasar, la condujo a una sala de estar, la invitó a sentarse en un cómodo sofá y le ofreció una bebida que ella rechazó. Sharifah le explicó que era una compañera de clase de Marcus.

—Iré a buscar al señorito Marcus. ¿Puede decirme su nombre, por favor?

—Soy Sharifah, pero por favor, no se lo diga. Explíquele solo que es por algo del colegio. Quiero darle una sorpresa —dijo.

La sirvienta asintió. Estaba encantada de formar parte de una conspiración para animar al señorito. Llevaba mucho tiempo triste; ya lo decía su madre, el dinero no daba la felicidad. La joven filipina (que había dejado su aldea cerca de Mindanao para buscar trabajo fuera) nunca la había creído. Sin duda el peor estado de la existencia era ser pobre, no saber nunca si tendrías suficiente dinero para alimentar a una familia hambrienta y cada vez mayor. Pero ahora ya no pensaba igual. Desde que trabajaba con la familia Lee, entendía perfectamente lo afortunada que era de pertenecer a una familia grande y cariñosa donde todos se cuidaban entre sí. Volvió a sonreír a la joven y bella visitante. Se fijó en que la chica estaba pálida, puede que allí hubiera algo más de lo que se apreciaba a simple vista. Tal vez fuera alguna novia. Sin duda, ella podría animar a Marcus.

El muchacho estaba tirado en la cama jugando con una Gameboy portátil. Llevaba la misma ropa con la que se había ido a la cama, olía mal, no solo a alcohol y a tabaco, sino

también a rancio y a sucio. La empleada doméstica esperaba que la novia fuera de las tolerantes. Marcus, sin embargo, no estaba dispuesto a salir de la cama para bajar a recibir visitas.

—¿Quién es? —preguntó molesto.

—No se lo he preguntado —dijo la empleada.

—Sabes que deberías preguntar siempre.

—Sí, señorito Marcus. Es que se me ha olvidado.

—Bueno, pues averigua quién es y que se vaya.

—¿Por qué no baja a saludar? Puede que le ponga de buen humor.

Marcus resopló y entonces recordó que uno de sus compañeros de clase le debía dinero. Seguro que era él. Además, quería preguntarle a Charlie Hua si podía conseguirle algo para fumar que le ayudara a olvidar su profunda desolación. Esa sería una buena ocasión para hacerlo. Charlie conocía a todos los camellos que rondaban la escuela y debía a Marcus un favor por prestarle dinero cuando había andado un poco justo. Le había asegurado en su momento que el préstamo le ahorraría una buena paliza, o algo peor. Marcus se levantó.

—Vale, bajaré a verlo.

A la empleada doméstica no le pareció un buen momento para mencionar que el visitante era una mujer.

—¿Qué haces aquí? —Marcus no gritó. Su voz era apenas audible, pero la rabia recorrió sus palabras como si fuera su arteria principal—. ¡Fuera de mi casa!

Ella se encogió de miedo, como si sus palabras fueran golpes físicos. Le temblaban los hombros y se abrazó sí misma, en parte como gesto defensivo, en parte para intentar dejar de temblar.

Trató de hablar.

—Marcus…

—No, no quiero saber nada. ¡Fuera! —dijo él gritando.

Ella no sabía cómo atravesar su muro de rabia. Era algo casi físico, una barrera impenetrable entre los dos. Lo intentó de nuevo.

—No estaría aquí si no fuera importante.

Pronunció las palabras precipitadamente, como expulsándolas de su interior, pero él no pareció escucharlas. Seguía mirándola como si fuera una especie de aparición. Una pequeña parte de su cerebro reparó en la palidez de la chica. Había perdido peso e iba sin maquillar, no como en aquellos últimos días con su padre.

—Tienes que escucharme, Marcus. Esto es importante, si no, no estaría aquí —repitió ella.

Por alguna razón, eso le caló.

—¿Tienes algo importante que decirme? Menuda novedad, ¿no? La última vez que había algo importante que deberías haberme contado no te molestaste en hacerlo, ¿verdad? Aunque a lo mejor, solo a lo mejor, puede que me hubiera interesado un poquito saber que mi novia se estaba tirando a mi padre.

Sus palabras rezumaban sarcasmo, pero su voz seguía teniendo mucha rabia.

Sharifah creía que sabía, que se había imaginado cuánto daño le había hecho. Pero mientras observaba al muchacho joven y delgado que tenía delante, se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo mal que debía de haberlo pasado. No podía imaginar ni comprender lo que una

traición como la suya podría supone para alguien tan sensible como Marcus.

—Dios, Marcus, lo siento muchísimo. No podría haberme portado peor ni haberlo hecho peor y nunca me lo perdonaré porque sé que tú nunca me perdonarás —dijo.

Él sacudió la cabeza, como si sus palabras fueran un mosquito zumbándole en el oído por la noche.

—Pero tengo que hablar contigo. Tienes que escucharme.

Marcus la miró fijamente, sin parpadear.

A Sharifah estaba empezando a preocuparle su cordura.

—La policía ha venido a verme. Saben lo nuestro. Y lo mío con… Alan —declaró con determinación.

Él no respondió, ni dio señales de haberla oído.

—¡Marcus, la policía cree que mataste a tu padre!

—¿Qué, ha sido la novia? ¿O el hijo? —preguntó el inspector malayo, en un tono casual que Singh ignoró. No sabía por qué Mohammad estaba de tan buen humor, pero él no pensaba igualarlo. Y menos después de estar dos horas conduciendo por Kuala Lumpur.

—Es difícil saberlo —dijo Singh—. La chica dice que ella y Alan seguían juntos cuando lo asesinaron, así que no era la típica mujer despechada. Y también que se había convertido al islam para casarse con ella.

—¿En serio? ¿Y usted se lo ha creído?

—No. Yo creo que ella le dio la idea y que él se percató de que sería un arma poderosa en las vistas por la custodia. Pero dudo que él se hubiera casado con ella.

—¿Cómo era la chica?

—Guapa y peligrosamente ingenua.

—¿Una asesina?

—No creo. Pero ya me he equivocado antes —reconoció Singh a regañadientes.

—¿Cómo va a equivocarse nuestro infalible inspector de Singapur?

Singh miró a su homólogo con el ceño fruncido.

—¿Por qué está de tan buen humor, por cierto?

Mohammad ignoró la pregunta.

—Entonces debe de haber sido el hijo… Marcus Lee —dijo.

—Ella asegura que estaba con él a la hora del asesinato.

—¿Quién?

—La novia, Sharifah.

—¿Se acuesta con el padre pero sale con el hijo? ¿Una gran familia feliz?

—Era una coartada muy floja. No tenía ni idea de cuándo habían matado a Alan, así que probó suerte con un enfoque bastante abierto.

Mohammad se rio.

—¿Qué la impulsó?

—La culpabilidad, supongo. Sabe que la única razón por la que sospechamos de Marcus es que, por su culpa, tiene un motivo de peso.

—Debería haberla seguido, habrá ido a avisar al muchacho.

—He enviado a Shukor.

—Buena idea —dijo Mohammad satisfecho.

—¿Y qué ha pasado por aquí? —preguntó Singh.

—Chelsea Liew ha venido a visitar a Jasper, pero no ha podido verlo.

—¿Por nuestra culpa?

—No, por la de él. Supongo que no está preparado para comunicarle que ella vuelve a estar en la lista de sospechosos.

—Lo que nos lleva otra vez al principio. ¿A qué viene esa cara de gato que se ha comido al canario?

—He ido a visitar a Lee Kian Min —desveló Mohammad, con la mayor indiferencia posible.

—¿Ha accedido a verle? Pensaba que sería reacio a exponerse a un policía durante un tiempo.

—Y así era. Le dije que era el enviado oficial para pedir disculpas a un miembro destacado de la comunidad empresarial.

—Seguro que eso le fascinó.

Mohammad asintió.

—Todo iba bien hasta que le pregunté si había matado a su hermano, entonces se puso un poco nervioso.

—¿Qué dijo? —preguntó Singh.

—Bueno, lo negó todo, por supuesto, dijo que habría sido Jasper. —Mohammad sacudió la cabeza ante la capacidad de los hermanos Lee de señalarse con el dedo unos a otros.

—No se soportan, ¿verdad? —comentó el inspector Singh, haciéndose eco inconscientemente de los pensamientos del otro policía.

—No. Le costó mucho explicar por qué había declarado en las vistas por la custodia que Alan era tan buen tipo.

—Bien visto. Podemos amenazarlo con…

Mohammad lo interrumpió, decidido a que nadie le robara su papel.

—¡Perjurio! Sí, ya le he comunicado que podríamos hacerle la vida imposible.

—¿Y él qué dijo?

—Intentó sobornarme —reveló el policía malayo.

Singh se abstuvo de comentar que Kian Min debía de sentirse bastante confiado si la reputación de la policía malaya era cierta.

—¿Cuánto? —preguntó en cambio.

—Quinientos mil sin regatear…

—No está mal. Sí que debe de tener interés en no meterse en líos.

—En fin, yo le dije que no me bastaba con el dinero. Que necesitaba a otro sospechoso convincente.

—¿Y tenía alguno?

—Sí —dijo Mohammad sonriendo.

Capítulo 17

—A ver, ¿a quién ha traicionado Kian Min para salvar el pellejo? —preguntó Singh.

—A un empresario de Hong Kong —respondió Mohammad sin entusiasmo.

—¿Y la razón?

—Demasiado complicada. Ese hongkonés, Douglas Wee, está al frente de un conglomerado chino que necesita biocombustibles.

—¿Y?

—Maderas Lee se estaba planteando diversificar y entrar en el sector de los biocombustibles en parte porque esa sociedad, o al menos Douglas Wee, había prometido comprar toda su producción.

—He leído en la prensa que han decidido hacerlo, ¿no?

—Sí, así es… ahora que Alan Lee está muerto. Al parecer, él estaba en contra del proyecto y Kian Min a favor; la muerte de Alan lo ha hecho posible.

—¿Y por qué ese tal Donald o Douglas, o como se llame, querría matar a Alan?

—Según Lee Kian Min, o conseguía cerrar el trato para sus jefes chinos o empezaba a usar rodilleras protectoras.

—Es posible, supongo —dijo Singh dubitativo, rascándose la nariz.

Mohammad se rio.

—No hace falta que sea educado. Sé que es inverosímil, pero podemos traer aquí a ese tipo. Al parecer está en Malasia, ultimando detalles.

Singh asintió.

—Y si resulta ser todo una patraña, tendremos más argumentos para acosar a Lee.

Mohammad levantó un dedo a modo de advertencia.

—Que quede claro: en ningún caso usted o Shukor se acercarán a Lee Kian Min. Es un cabrón perverso y vengativo. Si vuelven a molestarlo no tendré poder para protegerlos… y a nadie más le importarán una mierda.

Singh levantó una mano regordeta de dedos rechonchos y uñas medianamente limpias.

—Entendido —aseguró.

—Bien —dijo Mohammad.

Chelsea la oyó. Había vuelto pronto de la cárcel porque Jasper se había negado a verla, había entrado en la vivienda y había seguido el sonido de las voces. Marcus estaba hablando con

alguien. Se preguntaba quién podría ser. Casi siempre estaba solo y de mal humor, nunca invitaba a amigos a casa y era raro que tuviera visita. Además aquella voz le resultaba familiar, un tono suave y musical con la cadencia ligeramente lírica de los malayos. ¿Quién podría ser?

Para su desconcierto se trataba de Sharifah. Chelsea se quedó muda de asombro. ¿Es que ningún lugar era sagrado para ella? ¿Cómo se atrevía esa mujer a plantarse en su casa? Alan estaba muerto. ¿Acaso creía que tenía algún derecho a presentarse en su hogar conyugal? Entonces escuchó una frase que alejó cualquier otro pensamiento de su mente: «¡Marcus, la policía cree que has matado a tu padre!».

Se encontraba en la puerta pero ellos no la vieron, estaban concentrados el uno en el otro. Era el momento perfecto para entrar en escena. Aquello tenía tintes de tragedia, tal vez con un toque de farsa, y estaba claro que ella no protagonizaba la obra que se estaba representando. Ahora el papel correspondía a su hijo.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que sospechan de Marcus? ¿Y Jasper? —preguntó en voz baja en lugar de echar a Sharifah de allí.

Aunque el efecto fue como si hubiera gritado: sus palabras cayeron sobre el silencioso retablo como piedras de granizo gigantes. Los dos se volvieron hacia ella. Aunque pertenecían a etnias distintas, sus rostros lívidos y asustados, sus ojos como platos y sus bocas entreabiertas los hacían tan parecidos que podrían haber sido hermanos.

—Esto no tiene nada que ver contigo mamá —dijo Marcus automáticamente.

—Lo siento mucho. No quería venir aquí. Pero tenía que avisar a Marcus —se justificó Sharifah.

Chelsea apenas los escuchó, apenas demostró su sorpresa por verla allí. Ignoró el rechazo y la disculpa con igual indiferencia.

—¿Cómo sabes que sospechan de Marcus? —volvió a preguntar.

Sharifah se giró hacia Marcus en busca de apoyo, pero él estaba mirando a su madre. Su expresión revelaba que se debatía entre el deseo desesperado de apoyarse en su fortaleza y la reticencia a exponerla a más dolor.

—La policía ha venido a verme —reveló Sharifah en voz baja, optando por poner todas las cartas sobre la mesa.

—¿Y qué ha dicho?

—Que ya no estaban seguros de que Jasper fuera culpable, no explicaron por qué, y que los siguientes con más papeletas éramos Marcus o yo.

—¿Por qué tú?

—Creían que podía haber discutido con Alan, que quizás me había dejado y yo estaba enfadada o celosa.

—¿Y lo estabas?

Las preguntas de Chelsea eran concisas y directas, quería entender bien a qué se enfrentaban. Con voluntad de hierro obligó a retroceder al miedo que brotaba como la lava de un volcán; visualizó el pánico y lo comprimió hasta convertirlo en una bolita negra que encerró en el fondo de su estómago. Ya habría tiempo para eso después. Ahora tenía que interrogar a esa mujer hasta que le quedara claro el peligro que corría Marcus. Era su hijo mayor. Fuera del tipo que fuera la información que tenía Sharifah, perjudicial o exculpatoria, necesitaba conocerla.

—No. Yo aún creía que íbamos a casarnos —respondió Sharifah.

—¿Aún lo creías? ¿Qué quiere decir eso?

La joven agachó la cabeza, incapaz de mirarlos a los ojos, mientras se veía obligada a hablar de su relación con el marido de una y el padre del otro.

—Estoy empezando a darme cuenta de que Alan nunca tuvo intención de casarse conmigo. De que él no era de ese tipo de hombres.

Chelsea consideró aquello irrelevante. Se sujetó detrás de la oreja un mechón de pelo que se había escapado de sus horquillas.

—¿Cómo sabía la policía lo de tu relación con Marcus?

Sharifah se encogió de hombros.

—No lo sé. Por su forma de hablar, debían de tener algún tipo de grabación.

Chelsea se sentó de repente.

—Dios mío —susurró para sus adentros, olvidando por completo la presencia de los demás—. Olvidé enviar el dinero.

—¿De qué estás hablando mamá? —le preguntó Marcus.

A Chelsea le temblaban las manos y las apoyó en los reposabrazos de la silla, intentando calmarse. ¿Acaso ella había provocado esta catástrofe?

—De un investigador privado. Lo contraté durante las vistas del divorcio y la custodia para encontrar alguna prueba de adulterio que respaldara mi argumentación contra tu padre. Apareció el otro día con una cinta y en ella salíais los tres… en una discoteca.

Por sus caras de preocupación, se dio cuenta de que habían identificado de inmediato de qué momento se trataba… y de que ambos sabían que no tenía buena pinta.

—¿Pero por qué iba a tener una copia la policía? —preguntó Sharifah confusa.

—Olvidé enviar el dinero. El investigador me pidió dos mil ringit. Fui a verte —Chelsea miró a Sharifah— y olvidé pagarle. Decidiría darme una lección.

Marcus imaginó cuánto estaría sufriendo su madre al pensar que ella le había echado directamente a la policía encima. Se sentó en el brazo de su silla y le dio un abrazo.

—Habrían acabado descubriendo lo mío con Sharifah de todos modos, no es culpa tuya, mamá.

Chelsea negó con la cabeza.

—No sé hijo.

Sharifah los interrumpió.

—Aún no he acabado. Marcus les he dicho que estaba contigo cuando dispararon a tu… a Alan. Pero como no sabía muy bien cuándo había sido, no sonó muy convincente. No sé si me habrán creído.

—¿Me has proporcionado una coartada?

Sharifah asintió, un poco avergonzada.

—¿Por qué?

Se hizo el silencio mientras ella rumiaba la respuesta. Su rostro joven se volvió reflexivo, como si fuera una estudiante dando vueltas a la pregunta de un examen y no una adúltera pensando en una coartada.

—Creen que lo hiciste por mí, y supongo que eso me hace responsable de que estés en este lío —dijo—. Intentaba hacer mejor las cosas —añadió con un hilillo de voz.

Chelsea imaginó que quería hacer mejor las cosas no solo en el contexto de las sospechas que la policía tenía con respecto a Marcus, sino en todo lo que había hecho durante los últimos meses. Se trataba de una mujer joven e inteligente que de alguna manera había acabado a la deriva y había tomado decisiones desastrosas. Chelsea casi podría haber sentido

una pizca de lástima por ella si no fuera porque las consecuencias de sus actos estaban a punto de llevarse por delante a su hijo.

—¿Crees que lo hice yo? —le espetó Marcus, con una voz más estridente de lo que pretendía. Aunque la estaba mirando a ella, Chelsea sospechaba que la tensión de su cuerpo se debía al miedo por la respuesta de Sharifah.

—Por supuesto que no, cariño. Sé que tú no has tenido nada que ver. Ya me lo has dicho y te creo —aseguró Chelsea de inmediato, lo más tranquilizadoramente que pudo.

Sharifah no dijo nada.

—¿Y tú? —le preguntó Marcus casi con grosería, incapaz de soportar su silencio esquivo.

—No —respondió ella en voz baja—. No creo que lo hicieras tú.

Marcus se dejó caer en la silla.

—Eso significa mucho para mí —declaró.

—Supongo que lo importante no es lo que nosotros pensemos, lo que cuenta es lo que crea la policía. Así que vamos a pulir esa coartada —dijo Sharifah con brío.

—No quiero que tengas que mentir para protegerme —objetó Marcus.

—No seas ridículo Marcus, Sharifah está intentando ayudar… Y tú no estás en posición de negarte —dijo Chelsea.

—Pero podría meterse en un buen lío…

—Y a ti podrían colgarte —le espetó Chelsea.

Se hizo un silencio después de que expusiera con crudeza el que sería el destino de Marcus si lo declaraban culpable de asesinato. Los tres se imaginaron a Marcus al amanecer, con una capucha en la cabeza, un par de policías y un médico como única compañía, a la espera de colarse por la trampilla con la gruesa y áspera soga alrededor del cuello.

Sharifah era consciente de que tenía que tomarse en serio su impulso instintivo de proteger a Marcus. Este no podía limitarse a una mentira contada bajo la presión de las circunstancias.

—Tu madre tiene razón Marcus —opinó.

Él estaba pálido pero su expresión era resuelta.

—Aun así sigue sin gustarme.

Chelsea se apartó un mechón de cabello de la frente.

—Lo entendemos Marcus. No creo que Sharifah tenga que testificar en los tribunales, ni nada parecido. Pero si tienes una coartada, la policía seguirá buscando al asesino en lugar de quedarse contigo. Y cuando encuentren a alguien más, no tendremos que seguir fingiendo —le aseguró con dulzura.

—Me pregunto por qué no creen que el tío Jasper haya matado a papá. ¿Por qué no lo han soltado si no fue él?

Chelsea sacudió la cabeza con pesar.

—Puede que eso también haya sido culpa mía. Convencí al policía de Singapur para que siguiera investigando porque yo no creía que Jasper hubiera matado a Alan. No tenía ni idea de que hubiera ninguna prueba que pudiera implicarte a ti.

—Fue un policía sij el que vino a verme —dijo Sharifah—. Era bastante desagradable, muy agresivo y no dejaba de acusarme.

—A lo mejor siguen creyendo que ha sido Jasper. Pero como he montado un escándalo, están investigando un poco más. —Chelsea se giró hacia su hijo—. Lo siento muchísimo, Marcus; lo que he hecho solo ha servido para buscarte más problemas y eso era lo último que pretendía —declaró desolada.

Marcus se encogió de hombros.

—Mejor no centrarnos en las cosas que podríamos haber hecho de forma diferente, mamá. Eso es agua pasada.

—Alguien tiene que decirme cuándo mataron a Alan. Y necesitamos una buena historia que justifique dónde estábamos a esa hora y qué estábamos haciendo —dijo Sharifah.

Los tres —la esposa, el hijo y la amante del hombre asesinado— se sentaron para urdir una coartada.

Los periódicos de la mañana siguiente pillaron a todos por sorpresa. Singh fue el primero en verlos. Se levantó temprano porque no había sido capaz de pegar ojo, algo muy poco habitual en él; más que como un bebé que se despertaba cada varias horas, solía dormir como un niño de seis años exhausto y derrotado por el esfuerzo de toda la jornada. Al contrario de lo que sospechaba su hermana, sus ronquidos no le impedían descansar. Pero había bebido demasiado café la noche anterior, su hermana le había dado la tabarra con una tediosa reprimenda sobre una boda a la que debería haber ido y no fue, el relleno de algodón del colchón tenía nudos y el pequeño dormitorio era o insoportablemente sofocante o, si encendía el aire acondicionado, un congelador. Así que se levantó de la cama al amanecer, merodeó por la casa en busca de café y oyó el golpe del diario aterrizando sobre el porche delantero.

Se trataba de un grueso fajo de papel de periódico atado con una goma que se rompió en cuanto lo cogió. Singh hizo una mueca, iba a ser uno de esos días.

Para su alivio, su hermana apareció en la puerta con ojos soñolientos pero instintivamente hospitalaria.

—¿Café?

Él asintió y se sentó en la pequeña mesa de fuera. Unos cuantos tiestos con plantas aportaban el único toque de verde al «jardín» alicatado, mientras a lo lejos se oía el canto de los pájaros y el arrullo gutural de las palomas. Todavía hacía fresco. El sol tropical no era más que una raya en el horizonte y Singh casi se sentía relajado. Aceptó el café que su hermana le ofrecía, murmuró un agradecimiento y abrió el periódico.

Era la noticia principal de la primera plana. Tres rostros de gran tamaño, ligeramente borrosos pero perfectamente reconocibles, miraban al lector, uno al lado de otro. Sharifah salía guapísima y parecía preocupada, Marcus tenía cara de angustiado y Alan de satisfacción. Singh se dio cuenta de que aquellas fotos eran del CD. Se preguntó de dónde lo habría sacado la prensa. Seguramente del mismo sitio que la policía. No contento con ganar puntos con la autoridad, el dueño del disco además había sacado tajada de él. Pero eso era lo de menos: había hecho saltar la liebre y esta había salido disparada.

Había tantos tamaños de fuente en la portada, entre los titulares, las firmas y los pies de foto, que al principio era difícil entenderla. «La amante de Alan Lee», «Lío en la discoteca», «El padre, el hijo y la mujer que se interpuso entre ambos». Había más en el interior. «Ver páginas 3-12 para más información». Singh leyó los artículos con calma. El periódico había sacado de contexto descaradamente la información de la que disponía. Resultaba interesante que, dentro del mismo periódico, cada columnista diera su propia opinión sobre quién era el culpable del sórdido giro de los acontecimientos. Había artículos en los que se pintaba a Sharifah como una *femme fatale* y otros en los que la consideraban una pobre niña indefensa.

Algunos periodistas le echaban directamente la culpa a Alan Lee e insinuaban que no les sorprendía que lo hubieran asesinado y que solo era cuestión de tiempo. Otros señalaban que lo de la novia musulmana era la prueba de que la conversión de Alan al islam había sido verdadera y demostraba de una vez por todas que aquellos que insinuaban que se trataba de una estrategia sin escrúpulos para obtener la custodia de sus hijos estaban equivocados.

Solo Marcus salía indemne aunque lo pintaban como un jovencito patético al que su propio padre había usurpado el afecto de su novia. El periódico insinuaba múltiples motivos para el asesinato en el triángulo amoroso que habían descubierto. La confesión de Jasper era un bastión contra esa línea argumental, pero ya se ensañarían cuando lo soltaran. Singh sacudió la cabeza. El caso, ya feo de por sí, se estaba poniendo más feo todavía. Pensó en Chelsea. Se iba a llevar un buen disgusto cuando viera los periódicos esa mañana.

Mohammad ordenó la liberación de Jasper. Cuando Singh se enteró se puso furioso.

—¿Por qué narices lo ha hecho?

—Es inocente —respondió Mohammad tranquilamente.

—Usted y yo sabemos que eso no tiene nada que ver. ¡No le estoy preguntando por qué lo ha soltado, le estoy preguntando por qué lo ha soltado ahora!

—Me ha parecido un buen momento. El resto de los sospechosos ya saben más o menos que no creemos que haya sido Jasper.

—¿Un buen momento? —Singh estaba a punto de estallar de rabia—. ¿Cómo va a ser un buen momento? Lo único que le ha faltado a la prensa matutina ha sido acusar a Marcus Lee de asesinato. Aunque seguro que mañana hasta eso cambiará.

—Por eso lo he hecho —confesó Mohammad.

—¿Qué quiere decir? —Hacía tiempo que a Singh se le había acabado la paciencia, y gritó a su homólogo malayo como si fuera un perro con malas pulgas.

—¡A diferencia de usted, yo estoy intentando encontrar al asesino! —El flemático inspector Mohammad estaba empezando a enfadarse.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que yo estoy intentando atrapar al asesino —Mohammad pronunció cada una de las palabras lentamente, como si estuviera hablando con alguien menos inteligente de lo normal —. Usted está intentando proteger a Chelsea Liew de «las hondas y las flechas de la escandalosa fortuna».

Singh lo ignoraba, pero el hecho de que Mohammad empezara a citar a Shakespeare revelaba lo enfadado que estaba. Shukor trató en vano de captar la atención del singapurense. El sij era quince centímetros más bajo que Mohammad, pero se había encarado con él y ninguno de los dos pensaba retroceder.

—De todos modos, eso no tiene ningún sentido —declaró Singh, con los dientes apretados—. Ya ni siquiera es una sospechosa formal.

—Eso es precisamente a lo que me refiero. Su labor era evitar que la colgaran por un asesinato que no había cometido, no protegerla de los rigurosos vientos del destino. Si Marcus Lee ha matado a su padre, lo ahorcarán por ello. Si permitimos que la prensa se ensañe con él, podría dar un paso en falso y delatarse a sí mismo. Puede que no se haya dado cuenta, pero nos hemos quedado con una camarilla de sospechosos y no hay manera de reducir la lista.

Singh lo miró pensativo. ¿Tenía razón? ¿Acaso él, un policía que se enorgullecía de su imparcialidad y de no perder nunca de vista el objetivo, había perdido de tal forma la perspectiva que, en lugar de buscar al asesino, estaba intentando proteger a una mujer que le había deslumbrado?

Mohammad percibió que, al menos, había sembrado en él la semilla de la duda y se dio por satisfecho.

—Voy a buscar a Douglas Wee para interrogarlo —anunció—. Ya saben, el último chivo expiatorio de Lee Kian Min —añadió impaciente cuando los demás lo miraron desorientados —. Le avisaré cuando lo tenga por si quiere estar presente —dijo acto seguido, tal vez lamentando un poco sus duras palabras.

Singh asintió distraído y el otro hombre llamó con la mano a Shukor y se marchó. El inspector Singh se sentó en un taburete y se agachó para atarse el cordón de una de las zapatillas. Se mareó un poco al doblarse y comprimir su enorme tripa. Volvió a enderezarse, esperó a que se le pasara el mareo y reflexionó sobre las palabras de Mohammad.

Llegó a la conclusión de que era posible que no se estuviera comportando de forma tan profesional como era habitual en él. Tal vez fuera por Chelsea, pero creía que en parte también era porque no estaba en Singapur. En ese lugar, limitado por unos superiores que no se fiaban de él, por unos compañeros que desconfiaban de sus métodos, por unos subordinados que le temían y por los interminables trámites burocráticos que empantanaban cualquier investigación, no tenía libertad para seguir su propio instinto con determinación. Pero ahí estaba, haciendo en parte de investigador privado y en parte de consultor al que habían traído en avión para que contribuyera con su humilde consejo. Eso le había generado cierta sensación de autonomía con respecto a las limitaciones habituales del trabajo policial.

Al fin y al cabo, en Singapur difícilmente habría aceptado trabajar por cuenta propia para una exsospechosa de asesinato con el fin de demostrar la inocencia de alguien. Nunca habría ido a visitar a un sospechoso y luego habría permitido que un policía novato lo maltratara, por mucho que el sospechoso se mereciera una buena paliza, como era el caso de Lee Kian Min. La culpa la tenía esa sociedad tan libre y laxa de Kuala Lumpur, con aquel carácter duro y agresivo que se le había contagiado. Singh negó con la cabeza. ¿Qué le echaban al agua por esos lares? La que bombeaban a Singapur no era tan potente.

Esa mañana Marcus se había levantado de buen humor. Para ser sospechoso de asesinato, había dormido bien. Salió de la cama, se dio una ducha rápida, se lavó los dientes con vigor y se vistió. Marcus se conocía bien, así que sabía perfectamente que su energía era por la aparente preocupación de Sharifah por su bienestar. Era ridículo que la buena intención de una mujer que casi le había destrozado la vida tuviera el poder de levantarle el ánimo de esa forma. Pero no había lugar a dudas: se sentía de maravilla. Y gracias a la meticulosa coartada que habían elaborado la noche anterior, también se sentía a salvo.

Entonces vio la prensa. Marcus solo tenía diecisiete años. Cuando se dio cuenta de lo pública que iba a ser su humillación, de lo imposible que resultaría olvidar el pasado y volver a conectar con Sharifah, se sentó en la cama y rompió a llorar con grandes lagrimones, como un niño que perdía algo muy preciado.

Chelsea se había quedado dormida. Como consecuencia, no se despertó con los periódicos

como el resto de los protagonistas. Se perdió tres llamadas histéricas de su abogado civil y dos de su abogado de la *sharía*. Cuando se levantó eran casi las once de la mañana. Cogió el caro reloj de pulsera que solía quitarse y dejar en la mesilla por las noches y miró la hora sorprendida. No se sentía como si hubiera dormido doce horas. Tenía los ojos secos y la mente embotada por una especie de telarañas, y su sabor de boca era el mismo de las tres semanas comiendo en la cárcel. Se arrastró fuera de la cama y caminó lentamente hacia el baño.

Pensó con amargura que tenía la apariencia de una mujer que había sufrido mucho: la piel tirante sobre los huesos, los iris descoloridos y el blanco de los ojos amarillento, como en las primeras etapas de la ictericia. Recordó que sus tres hijos habían nacido con esa enfermedad; eran unas cositas diminutas con los pies amarillos y los ojos a juego con su piel de recién nacidos, tumbados bajo las lámparas ultravioletas del hospital, con pequeñas gafas de sol envolventes. Había entrado en pánico con Marcus; con el segundo se había preocupado bastante menos, y se había tomado con filosofía la ictericia de recién nacido de su tercer hijo. La experiencia permitía juzgar si una situación era tan mala como se temía, y el miedo instintivo de una madre podía superarse a base de evidencias médicas. ¿Podría ser que su preocupación por Marcus estuviera fuera de lugar? Era imposible saberlo. Le caía bien el policía gordo de Singapur. Admiraba su capacidad de avanzar pesadamente hacia su objetivo, como un rinoceronte miope yendo hacia su almuerzo, ignorando todas las distracciones. Había agradecido su apoyo cuando se encontraba aislada en los confines físicos de la cárcel malaya y en la prisión mental que Alan había creado a su medida. Pero no se hacía ilusiones: Singh no iba a ignorar la verdad por ella. Si Marcus había matado a Alan y él encontraba alguna prueba, no ignoraría su deber.

Chelsea se metió bajo la ducha y la abrió. Giró la cara hacia el agua y trató de eliminar las preocupaciones y las arrugas. Llegó a la conclusión de que una de las verdaderas ventajas de ser rica era la ducha de alta presión. Recordó el baño de la casita en la que se había criado, donde por supuesto, no había agua caliente; todos se aseaban usando un cubo de plástico para echarse agua fría de un gran depósito alicatado que había en un rincón; los suelos eran de cemento, resbaladizos y siempre mojados; el jabón era rosa y áspero, y las toallas… Chelsea sonrió al recordar aquellas toallas raídas, unos rectángulos finos de algodón que apenas absorbían el agua.

Se secó rápidamente con una toalla esponjosa del tamaño de una alfombra. Pensó maquillarse y ponerse joyas, pero decidió que no. Era una experta en opinión pública y no era momento de aparentar demasiada seguridad. Reflexionó sobre cuál debería ser la primera tarea del día. Tal vez ponerse en contacto con el inspector Singh y convencerlo de que su hijo era inocente. Se interrumpió en pleno pensamiento. ¿Sería capaz de resultar convincente? Se confesó a sí misma que no estaba segura de que Marcus no hubiera matado a Alan. En cualquier momento de su infancia habría jurado que su dulce hijo, que lloraba por un gatito muerto o pasaba horas cavando en el jardín en busca de gusanos para alimentar a un polluelo de miná17 que se había caído del nido, era incapaz de hacer daño a nadie. Pero la tormenta perfecta de acontecimientos con la que se había topado lo había dejado completamente descolocado.

Chelsea casi deseó no haber sido tan insistente con Singh acerca de la inocencia de Jasper. ¿De verdad estaba pensando eso? ¿Preferiría que colgaran a un hombre inocente antes que a su hijo? Se dio cuenta de que, aunque su conciencia se oponía firmemente a dejar a Jasper en

la estacada, su corazón no lo tenía tan claro.

Chelsea escuchó el timbre de la puerta e hizo un mohín, lo último que necesitaba en ese momento era una visita. Se asomó por detrás de la cortina y comprobó, para su sorpresa, que se trataba de Jasper. Su fugaz satisfacción se vio empañada de inmediato por la confirmación de sus temores. Si la policía había soltado a Jasper, debía de estar tras la pista de su hijo.

Capítulo 18

Jasper llevaba ropa que le quedaba demasiado grande; los vaqueros azules y la camisa blanca estaban limpios pero no planchados e iba sin calcetines. Tenía el pelo demasiado largo y un aire furtivo que habría resultado apropiado en la cárcel pero que no encajaba en la lujosa casa de Alan Lee. Chelsea bajó las escaleras corriendo, abrió la puerta principal y lo abrazó con fuerza; él recibió su abrazo con rigidez y permitió que lo acompañara al interior. Preocupada, hizo que se sentara y le preguntó si le apetecía que le prepararan el almuerzo, comer o beber algo. Él se sentó en el borde de la silla con las manos sobre las rodillas, inmóvil salvo por el índice y el pulgar con los que pellizcaba nervioso un hilo suelto de sus vaqueros.

Ella se dio cuenta de que algo no iba bien y se sentó en una silla frente a él.

—¿Qué pasa, Jasper? —le preguntó con suavidad.

Él no respondió y ella decidió no presionarlo de inmediato. Sabía cómo era al principio la sensación de libertad, te sentías aliviado pero también tenías la impresión de que los espacios eran demasiado grandes y de que contenían demasiado vacío. La capacidad de elección resultaba abrumadora en el exterior. A Chelsea cuando la soltaron le resultaba difícil decidir qué ponerse y qué comer, pero pronto se le pasó y lo mismo le sucedería a Jasper. Ninguno de los dos había estado encerrado tanto tiempo.

—¿Te soltaron ayer? —le preguntó.

Él negó con la cabeza.

—No, esta mañana.

—¿Y has venido directamente a verme? Eres muy amable Jasper.

Él levantó la vista hacia ella cuando dijo eso pero volvió a mirar al suelo, parpadeando ligeramente como si ella fuera una luz demasiado brillante.

Chelsea optó por un tono desenfadado.

—Como puedes ver, yo voy tirando.

—Y yo me alegro, por supuesto —dijo él casi en un susurro.

Jasper no parecía alegre, parecía preocupado y cansado. Volvió a preguntarse por qué habría ido a verla casi en cuanto lo habían soltado.

—¿Por qué te dejaron marchar? ¿Cambiaste de idea respecto a la confesión?

Jasper asintió una sola vez.

—¡Vaya, yo sí que me alegro de eso! —exclamó, repitiendo sin querer las palabras de él—. Aunque nunca entenderé por qué confesaste, la verdad… —añadió.

Eso provocó una respuesta.

—Lo hice por ti —reveló él en voz baja.

Marcus tomó una decisión. Se subió al pequeño Mercedes SLK que su padre le había comprado al sacarse el carné de conducir. Su madre se había puesto furiosa, pero él, Marcus, estaba encantado. Sabía que no era más que un niño rico mimado pero, qué narices, todo tenía su lado bueno. Marcus no se veía a sí mismo como alguien excesivamente derrochador o perezoso, no era mala persona y el exceso de dinero no era lo que lo había echado a perder, sino tener un padre que había urdido una humillación pública desde la tumba. Eso sí lo había destrozado. Pensó que aunque él se sentía como la parte agraviada, tampoco le había hecho ningún favor a Sharifah presentándole a su padre. Ella era una adolescente alegre y comprometida, que anhelaba un futuro brillante como científica. Marcus nunca había entendido ese sueño, odiaba la Química, la Física y el resto de asignaturas imposibles. Seguramente él habría acabado yendo a una universidad de tercera, obteniendo algún título de Marketing o de Administración de Empresas y trabajando en la empresa familiar. A su madre no le habría gustado, pero ¿qué opción tenía? No estaba dotado de ningún talento en particular. Marcus se dio cuenta de que estaba pensando en sus planes de futuro en tiempo pasado. Al parecer el subconsciente se le había adelantado.

Se detuvo en un semáforo en rojo. El coche era tan silencioso que se preguntó por un momento si se había parado. Sería una forma muy chabacana de ver frustrados sus planes. Pero no, oía el débil ronroneo del potente motor. El semáforo se puso verde y él pisó a fondo el acelerador, dejando al resto de vehículos muy atrás. Rara vez ponía el coche a prueba. Se conformaba con tenerlo, y nunca había sentido la imperiosa necesidad de hacer de las autopistas su propio circuito de carreras.

Pero ese día era diferente. Su desgracia personal se había convertido en un calvario público. La prensa ni siquiera había insinuado la posibilidad de que él pudiera haber matado a su padre: esas serían las noticias del día siguiente. Pensó en el colegio. ¿Cómo iba a ser capaz de volver? Y no solo al colegio, allá donde fuera, restaurantes, librerías, el tipo del paraguas que vendía periódicos al final de la calle… todos ellos lo conocerían, no solo por ser el hijo del mítico personaje que era Alan Lee incluso muerto, sino como el pobre tonto que no había sido capaz de mantener a su novia alejada de un hombre treinta años mayor que él y que, para colmo de males, era su propio padre.

Mientras conducía por la calle esquivando el tráfico, vio a una hermosa mujer china que caminaba con zancadas largas y ligeras y se acordó de su madre. Al principio le había resultado muy embarazoso que fuera exmodelo: los niños se burlaban de él y le pedían que desfilara por los pasillos de la escuela. Pero eran bromas sin maldad. No era culpa suya no ser especialmente guapo. Tenía un rostro agraciado pero fácil de olvidar, no como ella, que era espectacular. De pequeño hubo momentos en los que casi la odiaba; no entendía por qué permitía que su padre la maltratara tanto, hasta se preguntaba qué hacía ella para merecerlo. Pero ahora lo entendía todo. Recordó la firmeza con la que había asegurado que lo creía, que sabía que él no podía haber matado a nadie y mucho menos a uno de sus progenitores. Él sabía que estaba mintiendo. ¿Cómo podría saber ella eso?

Marcus se dio cuenta de que estaba siendo un cobarde en comparación con su madre. Ella sabía lo terrible que era que los desconocidos chismorrearan y que sus amigos la rechazaran.

Pero nunca había tomado el camino fácil, seguía luchando por sus hijos. Marcus se preguntó si él habría tenido más valor de haber tenido hijos. ¿O sería una persona fatídicamente débil, como su propio padre? Al fin y al cabo, era natural que tuviera cierta herencia genética suya. Deseó no haber pensado en los hijos. No había sitio en su pequeño biplaza para el arrepentimiento.

Llegó al punto deseado: una curva grande y alta de la autopista, sobre uno de los ríos que atravesaban Kuala Lumpur. Aceleró hasta que el coche estuvo a punto de despegar. Al llegar a lo alto del puente dio un volantazo; en una décima de segundo había atravesado las barreras y se encontraba en el aire. El coche salió volando hasta que las leyes de la física decidieron que empezara a perder velocidad. Bajo la influencia de la fuerza de la gravedad, Marcus se vio atraído de nuevo hacia la tierra.

Singh creía que Douglas Wee era una rata, quizá por sus dientes delanteros grandes y prominentes y por sus fosas nasales coloradas (puede que se estuviera recuperando de un resfriado). Su cabello corto le recordaba al pelaje de un animal; tenía la cara puntiaguda y unos ojos demasiado juntos con los que escudriñaba furtivamente a su alrededor.

—Por supuesto que yo no mato Alan Lee. ¿Para qué quiero hacer eso?

—Dígamelo usted —dijo el inspector Mohammad, observando al espécimen que tenía delante con cierto desagrado. Todavía no estaba al tanto de la teoría de Singh sobre el parentesco de aquel hombre con los roedores, pero habría estado de acuerdo con él.

—¿Por qué dice que yo mato Alan Lee? Él muy gran negocio para mi empresa. Mejor para mí vivo.

—Eso dice usted, pero tenemos pruebas de que su desaparición ha sido positiva para sus intereses comerciales —dijo Mohammad. El dialecto del otro hombre estaba sacando a relucir el discurso más idiosincrático del policía. Douglas Wee no se estaba enterando de nada.

El hombre se limitó a mirar con auténtico desconcierto a aquel malayo tan alto y digno.

Singh intervino.

—Ha dicho que mejor para usted si Alan Lee está muerto.

—Eso no cierto —gimió la rata.

—Lee Kian Min dice que usted mató a Alan —dijo el inspector Singh, mandando la prudencia a tomar viento.

Douglas Wee escupió enfadado y todos se quedaron mirando el viscoso y burbujeante montón de saliva sobre el suelo de la sala de interrogatorios.

De pronto, a Singh le vino a la mente la espuma de la cerveza. Se rascó la barba, que siempre le picaba cuando le repugnaba la humanidad. Eran las últimas dos cosas en el mundo que querría asociar en su cabeza, una gran cerveza fría y la fiebre tifoidea.

—¿Por qué él dice eso?

—¡Ni idea, explíquenoslo usted!

Wee parecía estar preparándose para escupir de nuevo. Una mirada fulminante del inspector Mohammad le hizo tragarse el escupitajo y su nuez subió y bajó bruscamente.

—No gusto yo a ese —dijo Wee finalmente como explicación.

—A mí tampoco me gusta usted y no lo acuso de asesinato —señaló Singh.

Wee metió la mano en el bolsillo del pecho, sacó un pañuelo de seda rojo, se dio unas palmaditas con él en la frente, se secó las gotas de sudor del labio superior (que brillaban

como diamantes en el lecho de un río) y se sonó la nariz con fuerza.

—Son negocios —declaró el hombre.

—Va a tener que explicárnoslo —replicó Mohammad.

—Muy complicado —dijo Wee, insinuando que el policía podía carecer del intelecto necesario para entender los tejemanejes de sus transacciones comerciales.

—Pónganos a prueba —dijo Mohammad con ironía.

Wee parecía confundido de nuevo, pero decidió que se trataba de una invitación a hablar.

—Maderas Lee quiere entrar en negocio de biocombustibles… —Los policías que lo rodeaban asintieron, para indicar que estaban al corriente—. Tiene dos empresas que quieren comprar aceite, firmar contrato para futura producción de aceite. Mi jefe en China muy contento. Pero también otro empresario de Hong Kong.

—Y como Alan no quería cultivar palma aceitera, lo mató —dijo Singh.

—¡No, no! Primero Alan no quiere cultivar aceite de palma, pero luego cambia opinión.

—Eso no fue lo que nos dijo Kian Min —señaló el inspector Mohammad.

Wee se enfadó.

—¿Quieren oír mi historia o solo decir que yo equivocado en todo?

Singh le hizo un gesto con la mano como disculpa para que continuara, y Douglas se tranquilizó.

—Primero Alan no de acuerdo con biocombustibles. Pero luego hace trato con hermano. Quiere que él dice que es buena persona en tribunal. Alan estaba peleando con esposa.

Singh levantó sus orejas grandes, prominentes y peludas.

—¿Está diciendo que Alan y Kian Min hicieron un trato? ¿Un testimonio favorable a cambio de aceptar la nueva estrategia comercial? —preguntó el inspector Mohammad.

Wee vaciló.

—Creo que eso es lo que yo también digo —señaló. Continuó con más aplomo, ahora que sabía que contaba con su atención—. Pero Alan gusta mi empresa para firmar contrato y Kian Min prefiere otra de Hong Kong. Pero Alan firma contrato conmigo. Kian Min no sabía. —Estaba exultante. Incluso en una comisaría, el hecho de haber conseguido cerrar un trato con una competencia feroz era un motivo de orgullo.

—¿Y qué pasó después?

—Mataron Alan —respondió Wee abatido—. Y Kian Min quiere romper contrato. Pero yo digo «no». Él muy enfadado conmigo. Dice que contrato no legal. Yo digo que si intenta romper yo… yo denuncio.

Probablemente ese titubeo indicaba que lo había amenazado con métodos disuasorios más directos. Al policía le traía sin cuidado. Douglas Wee estaba resultando ser una fuente de información muy útil.

—¿Y ahora está intentando librarse de usted acusándolo de estar relacionado con la muerte de Alan Lee?

Eso Wee lo entendió.

—Eso creo, sí —dijo claramente.

—Pero ¿por qué nos ha llevado Kian Min hasta este tipo si acaba de meterlo en más líos? —le preguntó Singh a Mohammad.

Mohammad se quedó pensativo.

—Yo diría que ignoraba que este individuo tuviera tan buena relación con Alan como para saber tanto sobre sus acuerdos privados.

—Puede que tenga razón —admitió Singh.

Chelsea no respondió. Lo miró incrédula, rechazando instintivamente lo que él acababa de afirmar o eso le pareció a Jasper.

—Lo hice por ti —repitió este.

—¿Qué quieres decir? —musitó ella, en un tono de voz que sugería que temía su respuesta.

Jasper estaba tan tenso como las cuerdas de una raqueta de bádminton y su respuesta fue fulminante.

—¿Qué crees que quiero decir?

—La verdad es que no sé dónde quieres llegar —respondió ella mintiendo seguramente.

Jasper se levantó y se acercó a una ventana. Era un trozo de cristal excesivamente recargado, cubierto por unos visillos finos y por unos cortinones brocados, con volantes en la parte superior y a ras de suelo; las cortinas estaban recogidas con una cuerda gruesa que tenía un nudo y unas borlas en la punta. El hombre observó los cuidados jardines y atisbó el brillo de una piscina bajo la sombra de un tamarindo. Eso era lo que Alan le había dado a la mujer que amaba, entre otras cosas: posesiones materiales que apestaban a opulencia y a ostentación. Claro que también le pegaba y había intentado arrebatarle a sus hijos. Al final había muerto y nadie había derramado demasiadas lágrimas por él.

—Te quiero —dijo Jasper sin mirarla. Ella no respondió y él no se atrevió a girarse para verle la cara. No podría soportar ver su expresión de rechazo, consternación o incluso burla. El silencio de la habitación creció hasta engullirlos a ambos, convirtiéndose en una densa niebla de palabras no pronunciadas. Fue Jasper el que volvió a hablar, más agobiado que ella por aquel silencio. El primero en declarar su amor era el más vulnerable, siempre había sido así. Y su caso no era diferente—. Supongo que no lo sabías —añadió. El impulso de hablar no vino acompañado de la disciplina de detenerse. Jasper empezó a explicarse suplicando comprensión, empatía, perdón. Pero no pidió que su amor fuera correspondido porque sabía lo de Ravi gracias al policía de Singapur que le había dado la noticia—. Desde el día de tu boda. ¿No es increíble? Era la primera vez que te veía y no podía creer que fueras a casarte con mi hermano. Con Alan. Yo sabía cómo era: egoísta, infiel, violento. ¿Sabes? Estuve a punto de oponerme cuando preguntaron si alguien tenía alguna objeción… ¿Te imaginas qué escándalo si lo hubiera hecho?

—Ojalá hubiera sido así —dijo ella.

Él se volvió para mirarla por primera vez con un dolor de corazón intensamente físico. Lo disfrutó. Le hacía sentirse humano. Esa capacidad de sufrir, de sentir, era lo que lo distinguía de sus hermanos. Esa mujer nunca podría ser suya, pero ella le había regalado las emociones más intensas que jamás había sentido.

—Puede que en ese momento no pensaras lo mismo —bromeó Jasper.

Ella le devolvió la sonrisa, pero solo con los labios y no con la mirada, que seguía siendo cautelosa.

—No pasa nada. Probablemente fui demasiado sutil. No tenía nada que ofrecerte, ya ves. Nada comparado con esto. —Jasper observó el elegante entorno.

—Sigo sin entender por qué confesaste. —La afirmación de Chelsea sonó como una pregunta.

Jasper percibía auténtica confusión en su rostro. Ella consideraba que lo suyo había sido un

amor de juventud cuyos últimos coletazos se habían prolongado un poco más de lo habitual. Sin duda, creía que lo de ir a verla y decirle que la amaba era una especie de consecuencia de su estancia en la cárcel. Había temido por su vida, así que ahora estaba removiendo cielo y tierra en busca de catarsis emocional.

—Confesé porque quería salvarte de la cárcel, de la muerte. No soportaba verte sufrir —dijo Jasper lentamente.

—Pero… pero… —Chelsea no acabó la frase.

Él aprovechó para abrir su corazón.

—Sabía que nunca podría estar contigo, que nunca podría tenerte… Me pareció que lo mejor que podía hacer era salvarte. Te imaginaba teniendo una vida con tus hijos… sin Alan. Era lo que te merecías, lo mínimo que te merecías después de lo que él te había hecho sufrir. —Se interrumpió. Había llegado al punto en el que tenía que explicar por qué estaba allí sobre su gruesa alfombra, libre. Se dio la vuelta. Se avergonzaba de su propia debilidad, pero aún más de la de ella—. Pero entonces me enteré de lo de… Ravi.

—¿Qué? —Fue una única palabra y sonó como la explosión de un petardo: intensa, súbita, atronadora.

—Descubrí lo de tu amante —dijo Jasper.

Chelsea se aferró a los brazos de la silla hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

—¿Quién te ha hablado de… él? —preguntó.

—Ese policía gordo de Singapur. Dijo que eras feliz y que llevabas mucho tiempo con él. Insinuó que yo era un poco tonto —reconoció—. De hecho me sentí un poco tonto… Ahí estaba yo, imaginando que estabas sola… que de verdad me necesitabas, que necesitabas mi ayuda. Pero tú ya tenías a alguien —continuó, con amargura en la voz.

Chelsea se quedó callada durante tanto tiempo que Jasper se acercó a su silla deseando que dijera algo, que le explicara cómo era posible que, estando él a su lado, dispuesto a ofrecerle toda la protección posible, ella hubiera recurrido a otra persona.

—Supongo que me alegro… Debo alegrarme. Nunca querría que un inocente… Nunca querría que tú… murieras por intentar protegerme. Aunque el inspector no fue del todo sincero me temo —declaró ella finalmente. Chelsea vio un rayo de esperanza en su cara y se dio cuenta de que la había malinterpretado—. Sí, tuve una aventura —rectificó rápidamente —, fue breve, física y absurda. Le puse fin cuando empezó el proceso de divorcio. No he visto a Ravi desde entonces y tampoco tengo intención ni ganas de verlo.

Jasper se sentó tan bruscamente que ella creyó que se había caído. Estaba demacrado, exhausto.

—Lo siento Jasper —se excusó Chelsea.

Él encontró una veta de fuerza y humor que ignoraba poseer.

—Supongo que no me creerán si vuelvo a confesar, ¿no?

Jasper se marchó y Chelsea se quedó sentada en la silla, perdida en sus pensamientos durante unos minutos. Las revelaciones de Jasper habían sido extraordinarias. En el fondo sabía que su liberación volvía a ponerla en el punto de mira respecto al asesinato. Pero intentó no pensar en ello. Marcus también estaba en apuros, esa era su prioridad. Chelsea localizó el teléfono móvil y descubrió con desagrado las llamadas perdidas de sus abogados. ¿Qué querrían esos buitres? ¿Más honorarios? Se debatió entre llamar primero al abogado de la

sharía o al abogado civil. Pensó que el abogado musulmán se imponía en la prueba de integridad. El principal motivo de Subhas Chandra para aceptar su caso había sido incrementar su prestigio involucrándose en «el divorcio malayo del siglo», como lo había calificado la prensa en su momento. Ahora que las cosas no pintaban bien para ella, el entusiasmo del abogado había disminuido notablemente, pero el otro seguía haciendo un trabajo bastante concienzudo aunque desesperante.

El derecho a decidir le fue arrebatado. El teléfono sonó y su timbre pasado de moda inundó la habitación. Era el número de Subhas Chandra, su abogado civil.

Ella contestó con un pequeño escalofrío de temor.

—¿Sí?

—¿Señora Lee, es usted? —La voz atronadora del abogado le dañó el tímpano.

—Sí, siento no haber respondido a sus llamadas. ¿Hay alguna novedad? —preguntó, alejando el teléfono del oído.

La voz de él explotó como un cañón.

—¿Novedad? ¿Usted qué cree? Obviamente esas revelaciones tendrán un impacto en su caso.

Chelsea estaba confusa y su tono de voz así lo reflejó.

—¿Qué revelaciones? —Al otro lado de la línea se hizo un silencio sepulcral—. ¿Hola? ¿Está usted ahí?

—¿Los periódicos de hoy? ¿Los ha visto? —preguntó tímidamente Subhas Chandra en un tono completamente normal, olvidándose de poner su voz de abogado.

Chelsea negó con la cabeza antes de recordar que estaba al teléfono.

—Aún no. Esta mañana he estado ocupada —dijo.

—Debería echarles un vistazo —le recomendó, todavía en voz baja—. Pero me temo que no son buenas noticias.

Chelsea le pidió que esperara y fue hacia la mesa del comedor donde solían estar los periódicos para leerlos durante el desayuno; era su rutina habitual los días que no la interrumpía a primera hora de la mañana la declaración de amor de un admirador.

Hasta ese momento nunca había entendido la expresión «helar la sangre», le parecía algo exagerado, imposible. Ahora, mientras estaba allí de pie, temblando, comprendió perfectamente su significado.

—¿Está usted ahí? —preguntó Subhas Chandra.

—Sí —susurró ella.

—¿Tiene los periódicos?

—Sí.

—No son buenas noticias me temo.

Chelsea se dio cuenta de que él no estaba hablando de la vergüenza que su hijo debía de sentir al ver las proezas de su padre convertidas en noticias de primera plana. El abogado ni siquiera sabía que habían soltado a Jasper. Aquellas noticias eran malas a un nivel inimaginable, como si el horror actual no fuera suficiente.

—¿A qué se refiere exactamente? —Las cinchas de miedo que rodeaban su garganta ahogaron su voz. Dudaba que el abogado la hubiera escuchado.

Sin embargo, debió adivinar lo que estaba diciendo.

—¡A la custodia! —exclamó.

—¿Qué quiere decir?

—Alan tenía una amante musulmana…

—¿Y?

—Que puede que su conversión fuera auténtica.

—¡No diga tonterías! No se convirtió para casarse con una adolescente.

—Vale, usted y yo sabemos cómo era Alan. Pero la cuestión es que esto tendrá un impacto en el caso, tanto en el tribunal civil como en el de la *sharía*.

—Explíquemelo más claramente —le pidió Chelsea. Necesitaba entender bien a qué se enfrentaba.

—Nosotros hemos argumentado que los juzgados de lo civil deberían determinar si la conversión había sido genuina. La razón por la que pudimos persuadirlos para que estudiaran el repentino despertar religioso de Alan fue lo injusto del caso a primera vista. Era difícil dejarla sin compensación. El tribunal de la opinión pública estaba de su lado y a los jueces no les gusta parecer despiadados. Pero ahora que hay una pequeña posibilidad de que lo de Alan fuera auténtico, no van a sentir la misma presión por ayudarla.

—Vale.

—Eso no es todo. Incluso si por casualidad siguen accediendo a estudiar el tema, ahora hay pruebas de que la conversión al islam podría haber sido real y no solo para quedarse con los niños, así que podríamos perder.

—Lo entiendo. —Su voz se volvió áspera—. ¿Está diciendo que solo porque la última de las numerosas amantes de Alan casualmente era musulmana, podría perder a los niños?

—Sí —dijo Subhas Chandra.

—Supongo que mi abogado de la *sharía*, que también ha estado intentando contactar conmigo esta mañana, opinará lo mismo sobre el asunto: que el tribunal de la *sharía* podría usar su relación con Sharifah como prueba de que la conversión al islam era auténtica.

—Yo diría que sí. Eso proporciona a los tribunales un vacío legal. Significa que ya no tienen que pronunciarse sobre el tema por cuestión de principios. Si he de ser franco, creo que aprovecharán la oportunidad.

Chelsea miraba su teléfono, una venenosa amalgama de plástico y circuitos capaz de transmitirle noticias como aquella.

—Al menos con Jasper Lee en prisión por el asesinato de Alan, su hijo no corre peligro. De no ser así, esta prueba, el artículo del periódico, llamaría la atención de la policía —comentó el abogado intentando tranquilizarla.

—Jasper está en la calle —dijo ella automáticamente.

—¿Disculpe?

—Jasper está en la calle —repitió—. Él no mató a Alan —añadió, y colgó dejando al abogado al otro extremo de la línea más sorprendido de lo que nunca había estado en su ilustre carrera.

Chelsea pensó en llamar a su abogado de la *sharía*, pero decidió no hacerlo. Tendría que hablar con él pronto, pero no cabía duda de que le diría lo mismo: que los jueces usarían la prueba de que la conversión podría haber sido auténtica para desentenderse de ella. Subió corriendo las escaleras. Sería mejor que buscara a Marcus y lo preparara para los periódicos de esa mañana. A menos que ya los hubiera visto, en cuyo caso tendría que limitarse a intentar tranquilizarlo. Le vinieron a la cabeza varios clichés: «Después de la tormenta viene la calma», «no hay mal que por bien no venga», «lo que no te mata te hace más fuerte». Marcus no sería fácil de convencer.

Pero él no estaba en su habitación. La cama estaba hecha, se había duchado y cambiado, pero no estaba allí. Miró por la ventana. Su coche había desaparecido. Se recordó que tendría que confiscarle el deportivo ahora que Alan no estaba allí para impedírselo, y luego se preguntó cómo era posible que su mente tuviera tiempo para lo mundano en plena crisis. Se imaginó que Marcus habría ido a ver a Sharifah.

El timbre de la puerta repiqueteó y su sonido electrónico resonó en toda la casa. Chelsea esperaba que no fuera otra vez Jasper, no podría soportar más efusiones emocionales.

Bajó y vio que la empleada doméstica estaba dejando entrar a dos policías: el inspector Singh y Mohammad. No podía creerlo. Esperaba que no estuvieran allí para volver a detenerla o para detener a Marcus. Ambos parecían circunspectos y preocupados.

Chelsea se preparó mentalmente. La estaban mirando con caras deliberadamente impasibles. Aun así sintió lástima por ellos y eso le molestó, sin duda habían visto la prensa matutina. No necesitaba su compasión, lo que necesitaba era que encontraran al asesino y dejaran de acosar a su familia.

—¿Qué quieren? —preguntó bruscamente.

—Tenemos malas noticias. Ha habido un accidente —dijo Singh.

Capítulo 19

Rupert Winfield se registró en el Mandarin Oriental. Habitualmente no era su tipo de hotel, él era más de cuchitriles para mochileros. Aunque esa tampoco era su tipo de visita habitual a la ciudad. Su plan requería que se reinventara temporalmente para convertirse en uno de esos hombres que se alojaban en hoteles de lujo y llevaban trajes caros confeccionados a medida. Rupert abrió las cortinas y contempló las torres Petronas. Estaban tan cerca que le daba la impresión de que, si se asomaba a la ventana, podría tocarlas. Pero la cristalera estaba blindada y no había forma de abrirla. Sabía que la proximidad era una ilusión creada por el gran tamaño de los edificios que tenía enfrente. Supuso que eran hermosos: monumentos gigantescos, la capacidad el hombre de dominar la naturaleza… Tenía cierto atractivo sentirse único y poderoso, casi al nivel de Dios en cuanto a talento y logros en comparación con el resto de los mortales.

Pero Rupert se había acostumbrado al modo de vida de los penan. Para ellos la naturaleza era todopoderosa. Su capacidad de supervivencia dependía de una relación simbiótica con la selva que los rodeaba, no de una parasitaria. Rupert se preguntó por qué los parásitos que vivían en las ciudades no entendían uno de los principios básicos de la naturaleza: que los parásitos al final acababan matando a sus anfitriones. ¿Esa gente no sabía que, si seguían alimentándose, extendiéndose y creciendo, envolviendo a su anfitrión con los tentáculos de su codicia, llegaría un día en el que este ya no podría sustentarlos y, cuando muriera, ellos también lo harían? ¿No era mucho mejor el modo de vida de los penan, que no suponía una amenaza para su entorno? Su práctica del *molong* —no tomar nunca más de lo necesario— contrastaba radicalmente con las personas que podía ver allí abajo, que corrían de aquí para allá impulsando sus codiciosos negocios, que nunca estaban satisfechos con lo que tenían, que siempre querían más. Nunca habría imaginado que los tranquilos nómadas de la selva llenarían el vacío de su corazón y lo atraerían hacia su cultura y sus tradiciones. Rupert recordó que le habían concedido el título honorífico de «*laki* penan», que significaba «hombre penan». Pretendía ser un honor y él lo recibió como tal. Pero a ese pueblo tranquilo, con sus ropas de pieles de animales y su dieta a base de harina de sagú, no le permitían deambular en paz por las exuberantes selvas, viviendo de la tierra, sin dejar huella alguna al desplazarse, enseñando a sus hijos los secretos de los bosques. La avaricia de otros no podía coexistir con el altruismo de los penan, con su humor entrañable y sus generosos corazones.

Rupert se preguntó si era necesario que las empresas madereras talaran el territorio por el

que vagaban los penan. Sospechaba que no lo hacían solo por su voraz apetito de maderas nobles y del dinero que estas les reportaban, sino por un miedo atroz a que algún día tuvieran que reconocer que estaban equivocados. Que nada de lo que habían deseado y comprado les había reportado felicidad y mucho menos satisfacción. Que unas gentes de la selva vestidas con taparrabos habían sido más listas que ellos. Era mejor destruir la fuente potencial de verdades tan desagradables que permitirles vivir para presenciar las vidas de silenciosa desesperación de sus opresores.

Entró en el lujoso baño y estuvo a punto de tropezar con la ropa de cama que estaba en el suelo. Se había visto obligado a dormir sobre la moqueta porque la cama era demasiado blanda para alguien acostumbrado a duros lechos de piedra o a las tablas del suelo de un hogar comunal nativo. De todos modos, tampoco es que durmiera mucho últimamente. Los acontecimientos recientes le pesaban demasiado. Se sentía como cuando jugaba a pelearse con los niños penan y ellos se sentaban sobre su pecho hasta que le faltaba el aire, carcajeándose y riendo con su *laki* penan, orgullosos de haber sido tan valientes como para tomarse tales libertades con alguien del mundo exterior.

Rupert se dio un largo baño y se afeitó a conciencia. Se miró en el enorme espejo. Tenía un cuerpo delgado y fibroso, sin un gramo de carne de más, y una variada colección de tejido cicatrizado de diversas formas y tamaños. La selva era peligrosa para los no iniciados. Aun así, había aprendido los trucos de la supervivencia y tenía menos cicatrices recientes que marcas antiguas. Su curva de aprendizaje estaba grabada en su cuerpo. Posó una mano sobre su suave mentón. Tenía un aspecto raro. Su mandíbula era varios tonos más clara que el resto de su rostro curtido. Qué se le iba a hacer. Rupert se encogió de hombros. Había aprendido de los penan a no preocuparse por las cosas que no podía cambiar.

Sonó el timbre de la puerta y se puso un albornoz antes de disponerse a abrir. Era el peluquero que había pedido. Rupert sacó los periódicos de la bolsa de tela que estaba colgada en la puerta y se sentó a leer los últimos detalles de los escándalos de la familia Lee mientras le cortaban el pelo con esmero. Eso le sirvió no solo para ponerse al tanto de los acontecimientos, sino también para indicar al estilista que no estaba de humor para conversaciones banales. Un segundo timbrazo anunció la llegada del traje que había encargado. Le habían tomado medidas el día anterior y se lo estaban entregando, tal y como le habían prometido, en veinticuatro horas. Era increíble la eficiencia que generaba la búsqueda de la riqueza material, pensó Rupert mientras sonreía al hombre y le pagaba.

Singh se despreció por la elección de sus palabras: «Tenemos malas noticias. Ha habido un accidente».

Ya las había usado antes al presentarse en otras puertas con noticias que devastarían a los destinatarios, y nunca había sido capaz de prevenirlos o de preparar el terreno para lo que tenía que comunicarles, excepto con esa trivialidad.

Ver cómo el rostro de Chelsea se quedaba sin sangre fue como ver bajar la marea a cámara rápida. Ella al menos había entendido que se trataba de la entradilla de una tragedia. Era incapaz de hablar, abrió la boca, pero no le salían las palabras. Singh sabía que tenía que darle la noticia pero no conseguía hacerlo. Aquel no era uno de esos casos en los que saber algo era mejor que no saberlo. La ignorancia era el último ápice de protección que le quedaba a aquella mujer.

Mohammad intervino.

—Se trata de Marcus. Ha tenido un accidente… un accidente de coche —dijo, extendiendo una mano antes de dejarla caer a un costado.

—¿Está… muerto?

Singh agarró a Chelsea por la parte superior del brazo. Ella no pareció darse cuenta. Tenía la mirada clavada en el rostro de Mohammad, intentando leer la respuesta, anticiparse a ella durante ese segundo que él tardó en volver a hablar.

—No, sigue vivo. Pero no tiene buena pinta —respondió él.

Las palabras de Mohammad bastaron para incitar a Chelsea a la acción. Ella solo había asimilado la primera parte. Marcus seguía vivo, y si estaba vivo necesitaba a su madre y ella necesitaba llegar hasta él.

—¿Dónde está? —preguntó, desesperada.

—Vamos, nosotros la llevaremos —dijo Singh.

Shukor los estaba esperando con el coche. Mohammad se sentó delante y Chelsea y Singh se subieron atrás. Shukor arrancó inmediatamente, puso la sirena en el techo y empezó a zigzaguear entre el tráfico.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Chelsea con una serenidad inusitada. Solo las uñas que se estaba clavando en las palmas de las manos delataban su angustia.

—No tenemos muchos datos. Se cayó de un puente y acabó en el río. Unas personas que estaban en la orilla lo rescataron antes de que el coche se hundiera por completo y lo llevaron al hospital —explicó Singh.

Lo que no le dijo, porque no veía la necesidad de incrementar su dolor, fue que los testigos aseguraban que el coche había acelerado y se había dirigido hacia las barreras de forma intencionada.

Pero Chelsea Liew no era tonta.

—¿Lo hizo a propósito? —preguntó.

—¿Por qué piensa eso? —dijo Mohammad desde el asiento delantero. Seguía siendo un agente tras la pista de un asesino.

Ella no estaba de humor para juegos psicológicos con la policía.

—Seguro que usted también ha visto los periódicos —replicó hastiada.

Singh le respondió a su pregunta original en voz baja.

—Hay algunas pruebas de que no ha sido un accidente.

Chelsea se cubrió los ojos con la mano y apoyó la cabeza en la ventanilla.

En veinte minutos estaban en el hospital. Shukor los dejó en la entrada principal, y aquel pequeño y heterogéneo grupo de personas se apresuró a entrar. Mohammad, familiarizado con el hospital por anteriores visitas en cumplimiento del deber, los llevó directamente a la unidad de cuidados intensivos. Chelsea miró a su alrededor desesperada, tratando de identificar a su hijo entre los pacientes que yacían en la sala llenos de tubos, cables y vendas, completamente irreconocibles.

Mohammad mostró la identificación policial a la enfermera de recepción, una mujer madura y corpulenta con el cabello canoso y un aire de severa eficiencia.

—¿Marcus Lee? —le preguntó en voz baja.

Ella consultó la tabla que tenía sobre la mesa, recorriendo la lista de pacientes con una uña sin pintar, cortada con esmero. Chelsea la miraba angustiada.

—No está aquí. Lo han bajado para una cirugía de emergencia. Hay mucho que hacer. Aún

les queda un buen rato —dijo la enfermera. Luego miró a Chelsea y su expresión se suavizó. Ella también tenía hijos—. Hay una sala de espera fuera del quirófano. Pueden esperar allí. Seguro que los médicos saldrán lo antes posible para comunicarles cómo está. Informaré abajo de que la familia ha llegado. —Chelsea asintió con una mirada de gratitud—. ¿Va a venir algún otro familiar? ¿El padre? —quiso saber la enfermera cuando ya se iban.

Singh se preguntó si sería la única persona de Kuala Lumpur que no reconocía a la mujer que tenía delante, ni sabía quién era el muchacho de la mesa de operaciones.

Chelsea negó con la cabeza para indicar que no esperaba a nadie más, y se fue a buscar a su hijo.

Kian Min estaba encantado contigo mismo. Se había enterado de que la policía se había llevado a Douglas Wee. Eso le enseñaría a no meterse con el nuevo jefe de Maderas Lee. Pero maldito Alan no esperaba que ese cabrón firmara un contrato con el conglomerado chino. Le cabreaba que incluso desde la tumba fuera capaz de arruinar los planes de expansión del negocio. Kian Min prefería a la compañía de Hong Kong como socia en la empresa de biocombustibles por motivos puramente comerciales. Sospechaba que, seguramente, lo que había convencido a Alan no había sido la perspicacia comercial de Douglas Wee, sino la combinación de prostitutas y alcohol que tan bien sabía manejar. Douglas le había ofrecido el mismo entretenimiento a Kian Min, pero él no se había mostrado interesado. Kian Min no buscaba los placeres carnales. Lo que a él le excitaba era un trato cerrado, un rival pisoteado o una oportunidad identificada. Las mujeres no traían más que problemas. Bastaba con echar un vistazo a lo que le había sucedido a Alan y ver sus debilidades manifestarse en la siguiente generación, si las noticias que salían en la prensa sobre Marcus eran ciertas. Kian Min recordó que Marcus, en virtud del testamento del patriarca de los Lee, heredaría la empresa cuando él muriera y sintió un arrebato de rabia. El chaval parecía tan inútil como su padre.

Su secretaria entró sigilosamente. Él levantó la vista, inquisitivo a la par que impaciente.

—Acabo de recibir una llamada, señor. Su sobrino Marcus Lee ha tenido un accidente. Puede que no sobreviva —dijo ella. Lo observó con atención, pero él no dio muestra alguna de haberla oído. —Lo siento muchísimo, señor. ¿Desea que haga algo? —añadió titubeante.

—¿Que haga algo? No, puede irse. A menos que quiera decirme algo más.

Ella negó con la cabeza y se retiró, cerrando la puerta con un leve chasquido. Realmente era un cabrón.

Kian Min parecía satisfecho. Al parecer Marcus no sobreviviría para heredar después de todo. Tal vez alguno de los otros hijos de Alan estuviera hecho de mejor pasta.

Chelsea estaba sola. Los policías se habían marchado. Singh no quería irse, pero tampoco se le ocurría ninguna excusa para quedarse. La mujer llamó a casa y explicó a los otros dos niños que volvería tarde. Se lo comunicó con voz normal, alegre, y solo después de colgar se permitió el lujo de derramar algunas lágrimas. Pero se las secó de inmediato. Mientras Marcus estuviera vivo ella seguiría siendo fuerte, aunque los cimientos de su fuerza se estuvieran desmoronando bajo el peso de los acontecimientos.

Una sombra se cernió sobre ella y le hizo levantar la vista. Era Sharifah. Tenía los ojos rojos y llevaba el cabello recogido bajo un pañuelo. Vestía un *baju kurung,* pero la parte de arriba y la de abajo pertenecían a conjuntos distintos. Chelsea pensó con cinismo que si lo que

pretendía era tener un aspecto lo más diferente posible al de la joven de la prensa matinal, no podría haberlo hecho mejor.

Pero vio el miedo reflejado en los ojos de la chica y sintió una oleada de compasión que tuvo un efecto purificador y se llevó los restos del resentimiento de Chelsea hacia esa jovencita boba.

—Me he enterado por la radio. ¿Se sabe algo? —preguntó Sharifah.

Chelsea negó con la cabeza.

—Siguen operándolo. Todavía no he hablado con ningún médico.

Como si la hubiera oído, un médico vestido con un pijama verde y mascarilla salió por las puertas batientes que conducían al quirófano. Miró a las dos mujeres.

—¿La familia de Marcus Lee? —preguntó amablemente, como si ya se conocieran y acabaran de encontrarse en algún aeropuerto.

—Soy su madre. ¿Cómo está? Dígamelo, por favor —suplicó Chelsea.

El médico suspiró. El brillo de las luces reflejado en sus gruesas gafas ocultaba sus ojos.

—Bueno, ha sobrevivido a la operación. Era una situación delicada.

Una vez más, Chelsea repasó las palabras y se aferró a aquellas que quería oír.

—¿Ha sobrevivido? ¿Se pondrá bien?

El cirujano cambió de postura, incómodo. Llevaba mucho tiempo de pie, inclinado sobre el cuerpo destrozado de un muchacho, tratando de arreglar y reorganizar, coser y unir. Había sido extenuante. Le dolía la zona lumbar y el cuello a causa de la tensión de la cirugía. Pero aun así habría preferido volver a empezar de nuevo que hablar de aquel caso tan grave con la familia.

—Todavía es pronto para saberlo. Tiene muchas lesiones por el impacto: el bazo reventado, un pulmón colapsado, un hombro dislocado y algunos huesos rotos, incluidos todos los dedos de la mano derecha.

—Dios mío —dijo Sharifah con voz ahogada, abrumada momentáneamente por la magnitud de las lesiones de Marcus.

El doctor continuó.

—La única razón por la que ha sobrevivido al accidente es que todos los airbags del coche se activaron al entrar en contacto con el agua. Eso le sirvió de amortiguador, si no el impacto lo habría matado en el acto.

Chelsea reparó en la sangre del traje verde del cirujano y se le revolvió el estómago. Ese hombre estaba cubierto por la sangre de su hijo. Notó el sabor de la bilis en el fondo de la garganta y le recordó las náuseas matutinas que tenía cuando estaba embarazada de Marcus. Qué mal se había sentido y, sin embargo, qué contenta estaba cuando nació.

Chelsea miró al médico.

—Hay algo más, ¿verdad? —le preguntó.

El médico no fue capaz de mirarla a los ojos. Intentó hacerlo, pero acabó bajando la vista hacia su calzado salpicado de sangre.

—También tenía un coágulo de sangre en la parte frontal del cerebro. Lo hemos extirpado con éxito. Pero me temo que, aunque Marcus supere el postoperatorio, podría haber… daños cerebrales. No es infrecuente en este tipo de casos.

—¿Cuándo lo sabrán?

—Cuando despierte… y no sucederá hasta dentro de varios días, me temo. Debemos mantenerlo fuertemente sedado o su cuerpo no superará el trauma.

—¿Dónde está ahora?

—Sigue ahí dentro. —El médico señaló con la cabeza las puertas del quirófano que tenía detrás—. Volverá a la UCI, la unidad de cuidados intensivos, en un par de horas si quieren verlo.

Sharifah se mordió el labio inferior para evitar gritar a causa de la negra espiral de horror que todo aquello le producía.

—Estará inconsciente y no tendrá buen aspecto —les advirtió el médico—. No se sorprendan ni se preocupen demasiado por eso. —Y luego, tal vez dándose cuenta de lo frívolo que sonaba advertir a la madre de un niño con posibles daños cerebrales de que podría estar un poco magullado, levantó la mano en un gesto de nerviosa despedida y desapareció en las entrañas del hospital.

Los tres hombres estaban en el coche, camino de regreso a la comisaría. Cada uno de ellos estaba perdido en sus propios pensamientos. El silencio en el interior del vehículo era absoluto salvo por el crepitar de la radio policial. Mohammad y Singh eran policías desde hacía más de treinta años. Shukor era un novato. Pero ninguno de ellos se había encallecido a pesar de llevar años expuestos a los aspectos menos atractivos de la naturaleza humana. Esto era tanto su fortaleza como, cuando la compasión nublaba la razón, su debilidad.

Fue Singh el que dio salida a su conflicto interno.

—En serio, ojalá podamos endilgarle el asesinato a Kian Min… o a Ravi.

Los otros asintieron con la cabeza. Lo entendían perfectamente.

Esa vez fue Mohammad el aguafiestas.

—Puede que lo hiciera el chaval.

—¿Porque ha intentado quitarse la vida? —preguntó Shukor, mirando por el espejo retrovisor para ver la reacción del inspector Singh a su insinuación.

—Es lo que podría parecer. Soltamos a Jasper. Marcus se tira por un puente con el coche —comentó Singh en un tono aciago, grave, áspero y apenas audible.

Inesperadamente, Shukor contradijo con firmeza a sus superiores.

—No tiene por qué ser esa la razón, señor. Puede que lo haya hecho por lo que ha salido hoy en la prensa.

—¿En serio? —preguntó el inspector Mohammad con escepticismo—. ¿Lo humillan un poco e intenta quitarse la vida? ¿Usted lo haría?

—Si tuviera diecisiete años, tal vez —replicó Shukor a la defensiva pero con decisión.

Pudo ver cómo los otros dos hombres se esforzaban en recordar cómo era tener diecisiete años. Para Shukor el viaje no era tan largo. Podía evocar fácilmente la sensibilidad y la inseguridad de un niño de diecisiete años. Sin duda, él también habría sido capaz de quitarse la vida, o al menos de haberlo intentado, si se hubiera visto envuelto como Marcus en un escándalo público de ese calibre.

Singh había logrado retroceder en el tiempo hasta su propio pasado. Recordó a aquel jugador de críquet joven y delgado al que una vez humillaron al acusarlo injustamente de manipular la pelota. La vergüenza había sido tan abrumadora que habría preferido estar muerto. Quizás era injusto suponer que Marcus había matado a su padre basándose únicamente en su intento de suicidio.

La máquina del tiempo de Mohammad no estaba funcionando tan bien.

—Puede que tenga razón —dijo no muy convencido—. Pero creo que es muy probable que creyera que íbamos a ir a por él en cuanto soltamos a Jasper… e intentara buscar una salida.

Capítulo 20

Cuando Rupert vio en las noticias que habían liberado a Jasper, lo llamó. Acordaron reunirse en el vestíbulo del hotel. Casi no se reconocieron, aunque no hacía más de una semana que Rupert había visitado a Jasper en prisión. Jasper, antes alegre y tranquilo parecía abatido y cansado, y seguía con la misma ropa con la que había ido a ver a Chelsea el día anterior.

Rupert Winfield, que había pasado buena parte de los últimos cinco años viviendo como un nómada en la selva, tenía un aspecto elegante aunque su bronceado resultaba demasiado intenso para ser de solarium.

Los hombres se dieron la mano y se sentaron; pidieron dos cafés, uno solo para Jasper y un capuchino para Rupert.

—Te juro, Jasper, que lo único que me separaba de la felicidad absoluta en la selva era una máquina de café —declaró este último antes de beber un sorbo del espumoso brebaje caliente con chocolate espolvoreado.

—A mí me pasaba lo mismo en la cárcel —replicó Jasper con amargura.

—¿De qué iba todo eso, por cierto?

—Si no te importa Rupert, preferiría no hablar del tema.

Este asintió comprensivo.

Rupert cambió de tema con una naturalidad forzada difícilmente capaz de engañar a nadie. Pero el hombre con el que estaba hablando se hallaba tan perdido en el laberinto mental que él mismo había creado, que ni se enteró.

—Estaba pensando en la jerarquía empresarial de Maderas Lee —comentó.

—¿Sí? ¿Por qué?

—¿Recuerdas que mencionaste que Alan nunca había sido el cerebro de la compañía, que era tu padre y, a su muerte, tu otro hermano, Kian Min?

—Sí, Alan solo era la cara visible, estaba demasiado ocupado siendo infiel y pegándole a su mujer como para tener tiempo para los negocios. ¿Te sigue molestando que Alan esté muerto? —le preguntó Jasper.

—Parece que se merecía esa bala —comentó Rupert, y miró fugazmente a Jasper para ver si encontraba fuera de lugar un comentario tan fuerte. Le estaba costando más de lo esperado controlar sus emociones, y estaba cometiendo errores.

Jasper se encogió de hombros.

—Por eso a la policía le está resultando tan difícil. La gente hacía cola para cargárselo.

—Bueno, ya sabes por qué estaba tan enfadado. Quería asegurarme de que pagara por lo que hizo: echar a los penan, causar la muerte a aquella mujer. Tenía grandes planes para enfrentarme a él, para obligarlo a reconocer lo que había hecho.

—Supongo que al final pagó por sus actos —dijo Jasper. Rupert asintió, aunque no estaba totalmente de acuerdo con él. Después de todo, Alan había sido abatido a tiros en su propia calle. Jasper le sonrió con cariño, pero también con sorna—. ¡Lo sé, lo sé, no es lo mismo que haberle disparado tú!

A Jasper le sorprendió lo mal que encajó Rupert su amago de broma.

—Eso no está bien Jasper —dijo tartamudeando—. E-eso no está bi-bien. ¿Cómo se te ocurre decir algo así?

—¡Joder! Dame un poco de tregua, Rupert. He estado siglos en la cárcel, solo intentaba ser gracioso aunque malditas las ganas que tengo de serlo. Mi hermano está muerto, su mujer cree que soy idiota, mi sobrino está en el hospital, Kian Min se está apoderando del legado de los Lee, Maderas Lee sigue destruyendo todo lo que yo he luchado por conservar…

Jasper se cubrió la cara con las manos y Rupert le dio unas palmaditas torpes en el hombro.

—Lo siento, tío. Yo también estoy un poco sensible —reconoció. Al ver que Jasper no decía nada, Rupert continuó tímidamente—. Voy a ir a ver a Kian Min. Tengo una cita con él la próxima semana.

Jasper levantó la vista, bebió un sorbo de café e hizo una mueca.

—Necesito algo mucho más fuerte que esto. —Llamó con la mano a una camarera y pidió un *whisky* para cada uno—. ¿Qué esperas conseguir? —preguntó a su amigo.

Rupert negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Solo quiero explicarle lo que está pasando en Borneo.

—¿Crees que no lo sabe? Puede que él ordenara los ataques.

Rupert miró a Jasper y sus ojos azules brillaron con extraña intensidad.

—¿De verdad lo crees?

—¡Por supuesto! De todos modos, ¿cómo piensas colarte? Kian Min no es tan tonto como para dejar entrar en su despacho a un simpatizante de los penan para que lo sermonee.

Rupert señaló su traje con el dedo.

—¿Qué crees que es esto? Ya no soy *laki* penan, soy Jonathan Hayward, representante de la Comisión Europea. Quiero comprar biocombustibles para cumplir con los objetivos de emisiones de Europa.

—Me estaba preguntando qué nuevo estilo era ese. Había pensado llamarlo «metrosexual selvático».

Rupert se rio.

—¿Pero crees que puede funcionar? —preguntó a continuación, poniéndose muy serio de repente.

—Es un buen plan —reconoció Jasper de mala gana—. La mayor debilidad de Kian Min es la avaricia. Me gusta. ¡Acaba con él!

—Eso pretendo —dijo Rupert—. Vaya si lo pretendo.

Se bebió el *whisky* de un solo trago y sintió cómo el calor descendía hasta incendiar literalmente su estómago.

—Una cosa más… —Rupert metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre cerrado—. ¿Puedes guardarme esto? Ábrelo si… Ya sabrás cuándo abrirlo si es necesario.

Jasper lo miró inquisitivamente.

—¿Qué es? ¿Tus últimas voluntades y tu testamento? ¡Kian Min no va a pegarte un tiro en medio de su despacho del centro de Kuala Lumpur!

Rupert se recostó en la silla.

—Ya sabes, más vale prevenir.

Chelsea Liew estableció una rutina. Preparar a los niños para el colegio, despedirlos con sonrisas alegres y tranquilizarlos en relación al estado de su hermano mayor. Tomar un desayuno rápido o un sándwich en el coche e ir a la unidad de cuidados intensivos. Sentarse en una silla al lado de su hijo, hablar con él, leerle algo o perderse en sus pensamientos dispersos. Volver a tiempo para recibir a sus hijos menores cuando volvieran a casa del colegio y pasar la tarde con ellos mientras Jasper o Sharifah la relevaban en el hospital. La hacía trizas estar lejos de Marcus, pero sentía que debía aparentar normalidad ante los pequeños. Podría ser demasiado para ellos que volviera a desaparecer de sus vidas tan pronto tras la muerte de su padre, su paso por la cárcel y la hospitalización de Marcus. Así que jugaba con los lego, hacía puzles, escuchaba sus aventuras del colegio, los ayudaba a subirse a las barras del parque y a hacer los deberes… mientras permanecía aferrada al móvil con mano sudorosa, preocupada por Marcus.

Cuando los niños se sentaban a cenar, ella volvía al hospital a pasar una mala noche en una silla dura, casi siempre en vela y de vez en cuando acosada por sus peores pesadillas. Por la mañana se aseguraba de estar de nuevo en casa antes de que los niños se dieran cuenta de que había dormido fuera.

Esa era la rutina, aderezada con algunos enfrentamientos telefónicos en voz baja con sus abogados, durante los que ella miraba constantemente hacia la UCI, inquieta, mientras su equipo legal le advertía que la evolución no era positiva, que no iba a sacar nada en limpio en los tribunales. Tenía conversaciones apremiantes y difíciles con todos los especialistas que traía para una segunda, tercera y cuarta opinión sobre el caso de Marcus: vejestorios que se basaban en su experiencia y jóvenes que citaban las últimas investigaciones médicas. Ninguno de ellos le había podido asegurar que Marcus se pondría bien. Ninguno de ellos, a pesar de sus peroratas, había sugerido un tratamiento mejor que el de mantenerlo dormido para permitir que su cuerpo descansara y se recuperara del trauma de las lesiones, y cruzar los dedos para que no hubiera daños cerebrales irreversibles. Su agenda se veía interrumpida por algunos momentos de verdadero pánico cuando una máquina pitaba o cuando de repente temía que el sueño profundo de Marcus hubiera cruzado la frontera de la noche perpetua sin que ella se hubiera dado cuenta.

El aspecto de su hijo ya no le impresionaba tanto como antes. Se había acostumbrado a los vendajes y a los tubos que le ayudaban a respirar, a recoger su orina, a proporcionarle medicación intravenosa, alimento y cualquier otra cosa que a las enfermeras, con sus uniformes blancos almidonados, se les metiera en la cabeza añadir a esas bolsas blandas de plástico con líquido transparente que colgaban de las perchas metálicas. Los moratones que asomaban bajo los vendajes como un lienzo de arte moderno recorrían muy despacio la tabla de colores, pasando del rojo «carne viva» al azul, al púrpura y, por último, al naranja «sol naciente». Cuando le cambiaban los apósitos podía ver que parte de la hinchazón había empezado a remitir. Los largos ciempiés de puntos que reptaban por el cuerpo de Marcus ya no atravesaban pequeñas colinas carnosas de tejido inflamado. Estaba mejorando de verdad.

Su joven cuerpo estaba luchando por su vida, ignorando el deseo de morir que le había hecho saltar con el coche desde un puente.

Pero Chelsea todavía tenía que preocuparse por su estado mental. Aunque temía que al despertar siguiera decidido a poner fin a su existencia, tenía mucho más miedo de que recuperara la consciencia y fuera incapaz de manifestar su deseo de vivir o de morir, como un vegetal humano, sin capacidad de decisión.

Durante todo ese proceso, Sharifah fue su acompañante y Jasper su apoyo. Si hubiera tenido tiempo para pensar en algo más que el bienestar de sus hijos podría haber apreciado aquella ironía; pero sus pensamientos, como la llama de una vela bajo un ventilador de techo, iban en una dirección y luego en otra, pero no se separaban nunca de la mecha, estaban atados a un único punto.

Las dos mujeres adelgazaron y Jasper engordó. Chelsea y Sharifah apenas probaban bocado por lo encogido y cerrado que tenían el estómago a causa de la ansiedad. Pero Jasper, aunque no lo habría reconocido jamás ante nadie en el mundo, estaba feliz. Nunca había podido ayudar a la mujer a la que amaba. Su gran tentativa había sido un fracaso porque presa del monstruo de los celos, se había retractado de su confesión. Pero ahora, finalmente, le estaba resultando útil de verdad.

No veía demasiado a Chelsea. Muchas veces, cuando él llegaba al hospital, ella tenía que irse ya a casa con los niños. Intercambiaban unas breves palabras acerca de la situación de Marcus, sobre si los médicos habían hecho algún comentario críptico en relación a su estado, si le habían temblado los párpados, si parecía tener dolor, si las enfermeras le habían administrado un sedante eficaz. Ella le comentaba si había hablado con los abogados, si había habido algún avance en los intentos de convencer a los juzgados de lo civil para que dictaminaran que Alan era un farsante o para que los tribunales de la *sharía* determinaran que era el musulmán menos convincente que habían visto jamás. A veces Jasper iba a jugar con los niños. Siempre avisaba a Chelsea antes de hacerlo, no quería que dudara de sus motivaciones, ni que creyera que estaba intentando congraciarse con los pequeños para hacerse un hueco en su familia.

Una vez entró y se la encontró sollozando en silencio pero con tal intensidad que sus hombros se agitaban con fuerza bajo el chal que usaba para protegerse de las gélidas temperaturas de la UCI. Él le puso una mano en el hombro y miró a Marcus, paralizado de terror. Pero el chico seguía vivo, su estado no había cambiado. Jasper se arrodilló al lado de la silla, rodeó a Chelsea con los brazos y ella susurró, con el corazón roto, que era el decimoctavo cumpleaños de Marcus. Había cumplido la mayoría de edad en un coma inducido médicamente. Pero luego se secó los ojos con la punta del chal y puso los hombros rectos. Jasper se levantó y le apretó brevemente el brazo como signo de consuelo y compañerismo, y ella le sonrió con la mirada distante, perdida en otros pensamientos.

Fue lo más cerca que estuvo de proporcionarle apoyo emocional en lugar de asistencia práctica, pero aun así Jasper era feliz.

La policía se encontraba en un callejón sin salida. A Singh se le estaba acabando la excedencia. Cada uno tenía un favorito entre los posibles asesinos: Mohammad estaba convencido de que había sido Marcus, Singh estaba seguro de que había sido Kian Min y Shukor pensaba que Ravi había tratado de asegurarse el sustento asesinando al marido rico de su amante. Pero, por

mucho que lo intentó, no fue capaz de encontrar ninguna prueba que relacionara a Ravi con el crimen. Y un móvil, por muy convincente que fuera, no era suficiente para detenerlo, sobre todo cuando los dos policías veteranos estaban convencidos de que Ravi protegía demasiado su propio pellejo como para aventurarse a cometer un asesinato.

Nadie señalaba a Chelsea con el dedo. Singh porque, tal y como se reconocía a sí mismo, sentía debilidad por ella, Shukor porque se dejaba llevar por el inspector de Singapur y Mohammad porque no podía arriesgarse a detener a la misma mujer dos veces. Aunque todos eran conscientes de que tener favoritos no servía absolutamente de nada porque no había ninguna prueba convincente contra ninguno. Jasper, el único sospechoso que les había proporcionado un caso cerrado gracias a la prueba de su confesión, era un hombre libre. Abundaban los motivos pero escaseaban las pruebas.

Mohammad incluso se había preguntado en voz alta si el asesino podría haber sido alguien desconocido que se había asustado antes de desvalijar el cadáver. Singh descartó esa posibilidad. Que un hombre con tantos enemigos como Alan Lee acabara siendo asesinado por un desconocido requería la intervención de la Divina Providencia y mucha ironía, y esa no era una posibilidad a la que Singh estuviera dispuesto a dar crédito, ni aunque eso sacara a Chel-sea del atolladero de una vez por todas.

La policía no se quedó de brazos cruzados. Volvieron a hacer un llamamiento a los posibles testigos. Los soldados de infantería peinaron una zona más amplia en busca del arma homicida. La casa de la familia Lee fue registrada una vez más, así como las taquillas de Marcus en la escuela y la biblioteca. Registraron el piso de Sharifah, aunque en realidad nadie creía que ella tuviera nada que ver. Interrogaron a sus amigos y conocidos. Mohammad estaba especialmente convencido de que aunque Marcus, el hijo rico de un magnate de la madera, podría haber comprado un arma, carecería de la experiencia necesaria para ocultar su rastro adecuadamente, y eso les permitiría dar con el proveedor. Pero hasta el momento no había sido capaz de encontrar ninguna prueba; tal vez, como Singh había sugerido sarcásticamente, porque no había prueba que encontrar. Incluso habían registrado el despacho de Kian Min y su piso de soltero en Ampang. Shukor les había informado de que el apartamento era moderno, elegante y frío, el hábitat perfecto para ese hombre. Pero no había ninguna prueba física que lo relacionara con el asesinato.

—La cuestión es que la única prueba realmente útil sería la pistola —comentó Mohammad con impaciencia—. Y con un poco de tiempo y sangre fría podría estar prácticamente en cualquier sitio.

Singh se frotó los ojos con los nudillos, como un niño.

—Además, a nadie que tenga televisión se le ocurriría deshacerse del arma cerca del lugar del crimen. Y mucho menos con algo tan útil en ella como unas huellas dactilares —comentó.

—Ni siquiera a Marcus…

—No, seguramente no se pierde CSI —comentó Singh con desagrado.

—Ninguno de los candidatos, Chelsea, Marcus y Kian Min, serían tan tontos como para dejarse pillar con el arma. Fue un asesinato temerario, pero no creo que vayan a meter la pata ahora que se han salido con la suya. —Mohammad parecía estar completamente harto. Era el caso más importante de su carrera y no tenía ni una sola pista—. A no ser que Marcus se despierte y confiese, claro —añadió más animado.

Singh puso cara de circunstancias.

—Eso si recupera el pleno uso de sus facultades mentales. Creo que los médicos no son

tan optimistas. De todos modos, sigo sin creer que lo hiciera él.

—¿Han recuperado el coche? —le preguntó Mohammad a Shukor.

—Acaban de hacerlo señor y lo están revisando, pero hasta ahora no han encontrado nada. Ni pistola, ni nota de despedida, ni confesión… ¡Nada!

—¿Por qué iba a sonreírme la suerte de repente? —se preguntó retóricamente el inspector malayo, introduciendo los dedos entre su cabello canoso hasta parecer un Einstein asiático.

—¿Tan terrible sería que te convirtieras al islam para quedarte con los niños? —le preguntó Jasper tímidamente.

—Jasper, yo no creo en Dios. Mi marido se hizo musulmán de cara a la galería solo para fastidiarme. ¿Cómo va a ser la solución que yo finja un despertar religioso con el fin de engañar a un tribunal para que me dé la custodia de los niños que he criado, amado y que son míos según cualquier criterio de paternidad sensato?

—Visto así… —dijo Jasper en tono jocoso y Chelsea esbozó una pequeña sonrisa con los labios pálidos; estaba exhausta pero de verdad le había hecho gracia.

—Además, si me convierto al islam es como si Alan siguiera diciéndome cómo debo vivir mi vida. Pero tranquilo, no voy a permitir que nadie me separe de mis hijos. Lo tengo clarísimo.

—¿Y qué me dices de esto? —Jasper señaló a Sharifah, que se había quedado dormida en una silla con la cabeza apoyada en el borde de la cama de hospital de Marcus.

—Si Marcus sale bien de esta y esa chica puede darle una razón para vivir, ¿crees que me voy a interponer en su camino?

—Si quisiera casarse con ella tendría que hacerse musulmán —señaló Jasper titubeante.

—Esa sería su decisión y yo la apoyaría. Pero no será la mía. No si puedo evitarlo al menos.

—Necesitas un plan de huida.

Ella lo miró y decidió, tras analizar minuciosamente aquel rostro honesto, transparente y feo, que podía confiar en él. Confiar de verdad.

—He hecho planes —reveló crípticamente. Luego echó un vistazo a la sala—. Si no fuera por esto… —Ella dejó la frase a medias y Jasper no siguió preguntando. No estaba seguro de querer oír lo que pensaba hacer.

Chelsea se levantó.

—Tengo que volver con los niños.

Jasper se puso de pie para acompañarla y ambos se giraron para mirar a Marcus. Chelsea siempre se despedía de Marcus cuando se iba, y le explicaba que volvería cuanto antes, que solo tenía que cerciorarse de que sus hermanos estaban bien. Los médicos le habían dicho claramente que no podía oírla, pero ella no quería ni imaginarse que se despertara y se preguntara dónde estaba.

Chelsea rodeó la cama, se inclinó, se despidió de Marcus en un susurro y vio que sus párpados se agitaban. No era la primera vez que percibía cierto movimiento; los médicos le habían advertido que estaban reduciendo la anestesia de forma muy, muy gradual. Pero esa vez su hijo abrió los ojos, los cerró y volvió a abrirlos.

—¿Marcus? —dijo Chelsea sin aliento.

Sharifah se despertó y miró a su alrededor con los ojos adormilados, recordó con dificultad

dónde estaba y al ver a Chelsea inclinada sobre Marcus, se levantó. Jasper estaba a los pies de la cama, preparado para ayudar a Chelsea, pero consciente de que no le correspondía recorrer los tres pasos que lo separaban del lecho.

Marcus tenía la mirada perdida, las pupilas dilatadas y las córneas con un intrincado estampado de venitas rojas. Una de sus manos estaba entablillada y vendada: la derecha, porque se había roto todos los dedos contra el volante al impactar con el agua. Pero el muchacho agitó convulsivamente la otra mano, hinchada y con una aguja intravenosa clavada, y luego apretó el puño. Volvió a cerrar los párpados como si fueran el telón de un teatro bajando lentamente. Cuando los abrió de nuevo, Marcus tenía los ojos desorbitados. Sus pupilas se contrajeron hasta convertirse en un puntito en aquella habitación resplandeciente y fría. El chico miró a su madre y ella deseó, con toda su energía física y mental, que estuviera bien.

—¿Mamá? —dijo Marcus.

Chelsea no lloró ni cayó de rodillas. A su alrededor flotaban burbujas de histeria que estallaban contra sus entrañas. Se sentía como el champán en una copa de flauta, pero sonrió a su hijo con calma y de forma tranquilizadora.

—Estoy aquí, hijo. Todo va a salir bien —le aseguró.

Marcus giró un poco la cabeza y vio a Sharifah, que estaba tímidamente de pie al lado de su cama, nerviosa por cómo sería recibida. Una sonrisa débil, dolorosa y tensa se dibujó en los labios resecos del joven.

—Haz caso a tu madre, todo va a salir bien —le dijo Sharifah en voz baja, siguiendo el ejemplo de Chelsea.

Marcus sonrió más abiertamente y asintió con un movimiento mínimo, casi imperceptible, pero suficiente.

A Chelsea le dolió un poco que su hijo no encontrara consuelo en ella, sino en Sharifah. Pero alejó ese pensamiento y permitió que las lágrimas de alegría, que temblaban en sus ojos como el rocío de la mañana sobre la hierba, rodaran en silencio por sus mejillas.

La cita era a las dos y Rupert llegó diez minutos tarde. Como el representante de poderosos intereses gubernamentales que era, no quería parecer demasiado demandante o ansioso. Necesitaba que Kian Min estuviera a la defensiva. Entró tranquilamente y estrechó la mano de su anfitrión. Iba bien vestido, con ese toque extra de estilo que aporta usar ropa buena con confianza. Llevaba en la cabeza unas gafas para el sol intenso de Malasia y en la mano un maletín de cuero, nuevo y discretamente estampado con el logotipo de un diseñador caro. Su corbata era clásica, con rayas diagonales de colores vivos. Kian Min la reconoció como lo que era: un indicador de que el visitante tenía pedigrí.

—Gracias por recibirme con tan poca antelación —agradeció Rupert con su tono de voz más afectado.

Kian Min no iba a quedarse atrás en la lucha por los premios a la cortesía.

—Es un placer. En Maderas Lee siempre nos complace dar la bienvenida a nuestros clientes.

—Pero entiendo que debería ofrecerle mis condolencias… —dijo Rupert, solemnemente. Eso desconcertó a Kian Min—. ¿Su hermano, el exdirector de la compañía, no ha muerto recientemente?

—Ah, sí, sí. Gracias. Estamos todos muy afectados y extrañamos mucho a Alan —aseguró Kian Min, recuperándose de inmediato.

Rupert se permitió mostrar cierto escepticismo, pero siguió hablando.

—Tengo la certeza de que todos nos alegramos de que Maderas Lee esté en buenas manos. Pero ¿le importaría que fuéramos directamente a los negocios?

—¡Por supuesto que no! ¿Qué quiere de Maderas Lee?

—Biocombustible —respondió Rupert sin rodeos—. Un montón de biocombustible.

—Pues ha acudido al sitio adecuado. Estamos cambiando la explotación forestal por la palma aceitera para entrar en el negocio de los biocombustibles.

—Su hermano fue un visionario al identificar esa oportunidad de forma tan precoz —comentó Rupert.

Unas arrugas aparecieron alrededor de la boca de Kian Min, como si hubiera mordido algo muy, muy ácido.

—Sí, estamos orgullosos de él —dijo igualmente.

—La Unión Europea estaría interesada en sus cultivos en cuanto estén disponibles. ¿Ha firmado un contrato con alguien más?

—No —aseguró Kian Min con firmeza, ignorando las demandas de Douglas Wee y las expectativas de sus clientes de Hong Kong.

—Eso son buenas noticias —declaró Rupert, mostrando unos dientes blancos y brillantes que contrastaban con su rostro bronceado—. Pero hay un problema —añadió.

—¿Cuál?

—La Unión Europea tiene normas estrictas en relación a los biocombustibles. No podemos aceptar aquellos extraídos de selvas vírgenes o a expensas de culturas indígenas.

—Nosotros solo talamos bosques secundarios y tierras de cultivo —aseguró Kian Min aparentando franqueza.

—Eso no es lo que indica su reputación —dijo Rupert en tono ligeramente acusador.

—No podemos evitar a los «abraza-árboles» que nos acusan de hacer las cosas mal. Pero la policía nunca ha encontrado nada reprobable en Maderas Lee.

—¿No será porque los sobornan?

Kian Min parecía irritado. Solo su deseo de conseguir un contrato importante a largo plazo le impedía echar a su visitante.

—Nosotros no hacemos eso —dijo fríamente.

Rupert le dio unas palmaditas sugerentes a su maletín.

—Aquí tengo pruebas de que están echando a los penan de sus territorios. Me las han facilitado activistas medioambientales…

—Los penan son unos mentirosos —lo interrumpió Kian Min, enfadado—. No debería creer lo que dicen. Maderas Lee nunca ha hecho nada ilegal.

—No es una historia bonita, mataron a una mujer que estaba embarazada. Entenderá por qué mis jefes podrían preocuparse.

—¿Por qué no acuden a la policía?

—Se trata de una tribu nómada que está desperdigada por Borneo. ¡Tal vez crean que no pueden confiar en la policía!

Los dos hombres se miraron.

Rupert cambió de táctica. Se inclinó hacia adelante en la silla y posó ambas manos sobre la mesa.

—Oiga, Kian Min, ambos sabemos que no se puede hacer una tortilla sin romper unos cuantos huevos. Yo necesito biocombustibles. Tengo objetivos que cumplir, cuotas que satisfacer. No hay ninguna fuente en el mundo que cumpla con las directrices de nuestras políticas, que es lo que sucede cuando las reglas las escriben unos burócratas sentados en sus pequeños despachos de Bruselas. Lo único que necesito saber es si usted es capaz de mantener este asunto en secreto.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Kian Min con cautela.

—Sé que tiene a los funcionarios y a la policía en el bolsillo. Pero ¿qué hay de los penan? ¿Puede hacer que dejen de salir a la luz historias como esta?

—Por supuesto —aseguró Kian Min, ganando confianza—. ¡Unos cuantos penan en taparrabos no detendrán a Maderas Lee!

—¿Y qué me dice de esa historia de la mujer embarazada? ¿Es cierta?

Kian Min asintió.

—Fue un accidente pero nos vino bien. Así sabrán que vamos en serio y la próxima vez será más fácil echarlos.

—¿Habrá una próxima vez?

—Sí, hasta que sus biocombustibles estén asegurados.

—Bien, entonces solo tenemos una cosa más que debatir. ¿Podría echar a su secretaria? Esto es privado.

—No lo escuchará.

—Por favor, me sentiría más cómodo.

Kian Min reconoció el procedimiento. Ese era el momento en que el honorable representante de un eminente organismo gubernamental le pedía un soborno.

—Señora Lim, puede irse a casa —dijo por el interfono de su escritorio.

—De acuerdo, señor Lee. ¿Está seguro?

—Sí.

Rupert esperó unos instantes y fue hacia la puerta principal, que estaba entornada, y asomó la cabeza. La mujer se había ido.

—A ver, ¿cuánto? —le preguntó Kian Min alegremente cuando regresó.

—Ah, no quiero dinero —declaró Rupert—. Solo quería decirle que mi verdadero nombre es Rupert Winfield y que la mujer penan embarazada que murió era mi esposa. El bebé que no llegó a nacer era mi hijo.

Capítulo 21

Chelsea estaba en el hospital cuando recibió la noticia.

—El juzgado de lo civil ha decidido, como cuestión de derecho, que no tiene más opción que atenerse a los últimos precedentes sobre la apostasía. Las dudas sobre si un individuo es o no musulmán son un tema que compete al tribunal de la *sharía* en virtud de la Constitución Federal. —Subhas Chandra le comunicó las novedades con sobriedad.

—¡Pero si ni siquiera me han convocado! —dijo ella.

—No era necesario. No están decidiendo como cuestión de hecho sino de derecho. Lo único que necesitaban o querían era un fundamento jurídico. Y los últimos precedentes, aunque tienen que ver con la apostasía (el derecho de un individuo a renunciar al islam como su religión), resultaron tener gran importancia.

—Vale, supongo que no esperaba mucho más. Entonces ¿ahora esperamos al tribunal de la *sharía*?

—Sí, aunque al parecer ya se está reuniendo…

—¿Y ellos tampoco quieren verme?

—Solo querrán oír su testimonio si deciden poner en tela de juicio la autenticidad de la conversión al islam. Si deciden como una cuestión de derecho no hacerlo… —El abogado no fue capaz de continuar. ¿Cómo explicarle que todos los tribunales del país podían llegar a la misma conclusión sobre ese caso sin escuchar siquiera a la madre de los niños?

Mientras ella estaba sentada al lado de la cama de Marcus, oyéndolo hablar con Sharifah de banalidades, encantados por la conversación y por el sonido de sus voces, la llamó su abogado de la *sharía*. El tribunal había tomado una decisión. Alan Lee, tras haber seguido el procedimiento oficial para convertirse al islam, se había hecho musulmán y había muerto siéndolo, así que sus hijos también lo eran.

—En vista de lo cual podrían enviar a algún agente judicial a recoger a los niños —le advirtió su abogado con dureza.

—¿Hay algo más que pueda hacer?

—Apelar, pero podrían quitarle a los niños mientras lo hace.

—De acuerdo —dijo ella con serenidad—. Gracias por intentarlo.

Chelsea actuó con rapidez. Contó a Marcus y a Sharifah lo que pensaba hacer. Ellos asintieron y accedieron. Marcus se encontraba en el hospital, era mayor de edad y se estaba

recuperando. Lo abandonaría, no le gustaba, pero no tenía elección y él lo entendió. Jasper y Sharifah cuidarían de él. Estaba segura de ello.

Recogió a los niños menores en el colegio; se sorprendieron, pero cuando les aseguró que no se trataba de ninguna mala noticia —la última vez que había ido a buscarlos antes de la hora había sido cuando habían matado a su padre— lo consideraron unas vacaciones inesperadas y estaban entusiasmados. Chelsea pasó por casa y cogió las maletas que había hecho con antelación, los pasaportes, el dinero en metálico y los cheques de viaje. Llevaba tiempo preparándose para ese momento.

Llegaron al aeropuerto sin contratiempos. Fue en el mostrador de facturación del vuelo a Australia donde surgió el primer indicio de problemas. Llegaron temprano para el siguiente vuelo a Sídney y se pusieron a la cola en el pasillo alfombrado de primera clase. A la amable azafata, perfectamente vestida y maquillada, le cambió la cara de repente. Chelsea vio aparecer unas arrugas en su frente mientras observaba la pantalla que tenía delante. Apretó con tal fuerza la mano de su hijo menor que se quejó. Ella aflojó la mano y esperó educada y pacientemente, aunque por dentro estaba hecha un manojo de nervios. ¿Habría llegado demasiado tarde?

La joven de facturación se levantó de pronto.

—Disculpe —se excusó, antes de escabullirse con sus tacones altos, manteniendo el equilibrio con destreza sobre la cinta de equipajes, hasta llegar a un mostrador que estaba unas filas más allá, donde mantuvo una conversación en voz baja con un hombre trajeado. Chelsea se apoyó en el mostrador intentando poner cara de aburrimiento y de ligera impaciencia. La reacción típica de una mujer rica retenida por las autoridades, no de una mujer que está secuestrando a sus propios hijos e intentando desesperadamente salir del país.

El hombre del traje se acercó acompañado por la azafata, observó la pantalla y miró a la mujer y a los niños que tenía delante. Si los reconoció o reconoció sus nombres, no mostró signo de ello y estuvo un rato trasteando con el ordenador mientras los niños enredaban.

—¿Hay algún problema? —preguntó Chelsea irritada.

Al oír aquello, el hombre levantó la vista.

—Sí, señora. Por alguna razón, y estoy seguro de que debe de tratarse de algún error, sus datos y los de sus hijos figuran en un listado policial. No se les permite salir del país —explicó con gravedad.

—¡Es un error! —aseguró Chelsea con firmeza.

—Sí, señora, pero tengo las manos atadas. No puedo dejarla facturar a menos que su nombre deje de aparecer en ese listado.

Chelsea reflexionó. Habría perdido los estribos allí mismo y habría exigido facturar si creyera que eso funcionaría, pero sabía que sería inútil.

—Seguro que me reconoce y sabe cuál es mi historia. Están intentando quitarme a mis hijos. ¿Puede ayudarme, por favor? —dijo en voz baja, inclinándose hacia adelante.

—Me parece una situación muy injusta, pero si no la detengo yo aquí, inmigración lo hará allí —explicó el hombre dejando de fingir y señalando las puertas de embarque—. Y podrían arrestarla. —Chelsea se mordió el labio inferior para evitar que temblara. ¿Qué iba a hacer?—. La mejor opción es Johor —susurró el hombre de origen chino. Ella no lo entendió. Los fuertes latidos de su corazón amortiguaban sus palabras—. La frontera con Singapur. Hay tanto tráfico que no suelen comprobar todo tan minuciosamente. Puede que por ahí tenga más posibilidades de salir.

Ella lo miró y tomó una decisión.

—Lo intentaré —dijo.

Jasper iba camino del hospital cuando sonó su teléfono. Contestó pero no reconoció aquella voz aguda y entrecortada, tan acelerada que apenas entendía lo que decía.

Interrumpió a su interlocutor.

—¿Quién es? ¿Puede decirme quién es, por favor?

Se hizo un extraño silencio.

—Soy yo, Rupert Winfield. Solo quería decirte… que he matado a tu hermano —declaró el hombre lentamente y con claridad, como si Jasper le hubiera hecho salir de una especie de bucle mental.

—¿Qué? —exclamó Jasper—. Rupert, ¿estás bien? ¿Qué estás diciendo?

—Estoy en el despacho de Kian Min. Está muerto. Lo he apuñalado con la aguja de una cerbatana penan. Impregné la punta con uno de sus venenos.

—¡Dios mío, Rupert! ¿Por qué? ¿Qué has hecho?

A Rupert se le quebró la voz. Tras obtener el final y la venganza que anhelaba, el terror y el engaño de las últimas semanas lo abrumaron de repente.

—¿Recuerdas que te conté que habían matado a una mujer embarazada? —dijo.

—Sí —respondió Jasper de inmediato. Su mente iba a toda velocidad, tratando de asimilar lo que acababa de decirle Rupert. Ni siquiera sabía si creerlo.

—Esa mujer… era mi esposa.

El inspector Mohammad decidió, sin contárselo a los demás, que iba a detener a Lee Kian Min por perjurio. Dudaba que lo acusaran tratándose de uno de los principales empresarios del país, pero tenía suficientes pruebas como para arrestarlo. Al fin y al cabo, el propio Kian Min le había contado (como también había hecho Douglas Wee) que había mentido en los tribunales sobre el buen carácter de su hermano a cambio de que este accediera a la expansión de los biocombustibles.

El inspector Mohammad tenía claro que necesitaba avanzar en el caso. Necesitaba sacudir algunos árboles y ver qué caía. Había ido a ver a Marcus y a Sharifah para intentar desmontar su coartada del asesinato de Alan Lee, que él sabía perfectamente que era falsa. Pero se habían puesto de acuerdo para mejorar su versión y no los había coaccionado tanto como debería. Marcus seguía recuperándose. Esperaría un poco antes de presionarlo más.

Chelsea ya tenía suficiente apoyo popular sin necesidad de ningún cuento sobre el retroceso en la lenta recuperación de su hijo por culpa de la brutal fuerza policial malaya. Ya le apretaría los tornillos más adelante, tal vez amenazara con acusar al chico de intento de suicidio porque legalmente seguía siendo un delito, aunque no se perseguía.

Solo le quedaban Kian Min y Chelsea. Como no pensaba permitir que los otros dos policías del caso se acercaran a Kian Min, había decidido ir por su cuenta. Era poco probable que se resistiera a la detención, pero Mohammad dejó un par de hombres uniformados abajo, por si acaso. Seguramente Kian Min se comportaría como solía hacer la élite empresarial cuando se topaba con un policía. Lo acompañaría sin rechistar y llamaría a sus carísimos abogados y a sus influyentes amigos por el camino.

Shukor y Singh tenían instrucciones de volver a interrogar a Chelsea. Mohammad se lo había pedido y ellos habían accedido de buen grado, no porque ninguno de ellos pensara que fuera culpable, sino porque estaban hartos de estar sentados sin hacer nada. Singh sabía que tendría que coger un avión en un par de días. Ya casi se le había acabado la excedencia, no estaba llegando a ninguna parte con la investigación y la hospitalidad del inspector Mohammad se estaba agotando, igual que la de su hermana. Era hora de seguir su camino. No se opondría a ver a Chelsea una última vez. Le transmitiría su alegría porque su hijo hubiera sobrevivido a su intento de suicidio, puede que le chivara que la policía no tenía nada y que, si mantenía la calma, capearía con éxito la investigación por el asesinato. No era muy profesional, pero la profesionalidad tampoco había caracterizado su conducta en este caso hasta la fecha. Tal vez se estuviera haciendo viejo.

Los dos policías se decepcionaron al ver la limusina salir de la vivienda con Chelsea y los niños en el asiento de atrás justo cuando llegaban. Ellos no podían saberlo, pero Chelsea había hecho una parada en casa para rehacer las maletas. Si iba a intentar lo de Johor, necesitaba viajar ligera de equipaje.

—Sígalos. Deben de ir al hospital. Podemos hablar con ella allí —le dijo Singh a Shukor con indiferencia.

Circularon en silencio durante unos minutos.

—No va al hospital señor —advirtió Shukor.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Singh.

—Estamos saliendo de la ciudad. Esta es la carretera de Seremban.

—Hmmm, bueno, ¿tiene usted algo que hacer esta tarde?

—No, señor.

—Pues veamos a dónde va. A lo mejor tiene una cita con Ravi.

Siguieron adelante, cada cual perdido en sus propios pensamientos. La autopista estaba concurrida pero el tráfico era fluido. Tres carriles llevaban a la ciudad satélite de Seremban, y se llenaban por las mañanas y por las noches de trabajadores que iban y venían de la gran ciudad de Kuala Lumpur. Pero a media tarde el tráfico era tolerable. Shukor no tenía dificultad en mantenerse a una distancia discreta de su objetivo, un Mercedes plateado Clase S con una mujer y sus dos hijos en el asiento trasero.

—Estamos dejando atrás Seremban, señor. Va hacia el sur.

Singh estaba atónito.

—Nunca habría pensado que dejaría a Marcus para dar un paseo por el campo —comentó, pensativo—. Haga una llamada. Descubra si hay algo que no sabemos —añadió bruscamente.

Las revelaciones de Rupert prácticamente habían acabado con la capacidad de Jasper de pensar de forma coherente. Pero sabía que debía hacerlo si quería salvar a su amigo.

—Quédate ahí, no te muevas. Voy para allá —le dijo a Rupert en tono autoritario.

Rupert protestó con incoherencia.

—No, no… tú no te metas. Solo te he llamado, no sé por qué lo he hecho. Quería que alguien entendiera por qué…

—Tranquilo, Rupert. Sé qué debo hacer. Por lo que más quieras, no te muevas de ahí. ¿Dónde está la secretaria?

—Se ha ido a casa. Kian Min le dijo que se fuera.

—Vale, espera ahí. Cierra la puerta con llave si puedes. Llegaré en veinte minutos.

Jasper condujo rápido pero no de forma temeraria. No quería que lo detuviera la policía. Y mucho menos verse involucrado en algún pequeño accidente que le hiciera perder diez minutos preciosos en un altercado callejero. Hizo una parada por el camino para recoger un paquete cuidadosamente envuelto y atado con una cuerda en una taquilla de la estación de tren. Era un rodeo raro para un hombre con prisa, pero Jasper tenía sus motivos.

Aparcó el coche en el edificio Lee. Había un mostrador de seguridad donde las visitas tenían que firmar, pero Jasper pasó de largo como si estuviera en su casa y nadie lo detuvo. Conocía el camino, por supuesto, aunque hacía años que no iba por allí. Se dirigía hacia el despacho de su padre, donde solía jugar en un rincón cuando era pequeño; al despacho de Alan, donde tantas palabras duras habían intercambiado a lo largo de los años. Ahora era el despacho de Kian Min, a menos que, como Rupert aseguraba, estuviera muerto.

La ubicación le venía bien. En otras plantas, las abejas obreras de Maderas Lee se dedicaban a sus asuntos en sus cubículos. Iban a la cocina a tomar un café, se detenían en los dispensadores de agua fría a charlar, leían el periódico en el baño y asistían a reuniones interminables en pequeñas salas sin ventanas. Pero Kian Min tenía un gran despacho en un piso aparte, con una sala de reuniones vacía a un lado y su secretaria, que se había marchado hacía tiempo, protegiendo la entrada.

Jasper entró e intentó abrir la puerta. No estaba cerrada con llave. Rupert no le había hecho caso. No le sorprendió porque parecía desorientado. Posó una mano sobre la manilla de la puerta y vaciló, por temor a lo que pudiera encontrarse. Respirando hondo, como si estuviera intentando extraer valor de aquel ambiente seco y climatizado, Jasper giró el pomo y empujó. La pesada puerta rotó silenciosamente sobre sus bisagras.

Parecía una escena muy tranquila. Kian Min estaba como desmayado sobre su escritorio, podría haber estado echándose una cabezadita, y Rupert estaba sentado en el sofá de la zona de recepción, en un rincón del despacho. Estaba despeinado, con la corbata floja y la chaqueta del traje tirada encima de una silla. Pero sonrió a Jasper como si se sintiera realmente cómodo recibiendo visitas en el escenario de su crimen.

Jasper entró, fue hacia su hermano y le tomó el pulso. Kian Min estaba muerto de verdad. No se trataba de ninguna broma retorcida y sin gracia. Se acercó a Rupert y se sentó enfrente de él en un sillón. Observó a su amigo.

—¿Era tu mujer? —le preguntó suavemente.

Una única lágrima se abrió paso por las arrugas de expresión de la cara de Rupert hasta llegar a la comisura de sus labios. Este notó la sal en la punta de la lengua, sorprendido de que su tristeza tuviera un sabor tan intenso.

—Vine a Kuala Lumpur para enfrentarme a Alan, pero estaba muerto. Habría vuelto a la selva con mi gente, quizá habría muerto intentando impedir el paso a alguna empresa maderera, en realidad ya me daba igual lo que me sucediera —dijo con cansancio. Luego levantó la vista y miró a Jasper de forma acusadora—. Pero entonces tú me dijiste que él era el jefe. —Rupert señaló con la cabeza la figura desplomada—. Que seguramente él era el responsable del desalojo del territorio… y del asesinato.

Jasper asintió.

—No imaginaba lo que tenías en mente —objetó.

Su amigo se encogió de hombros ante su excusa.

—¿Cómo ibas a imaginarlo?

—¿Cómo ha muerto? —le preguntó Jasper.

Rupert se inclinó sobre el brazo de la silla y cogió una fina cerbatana de madera.

—Quería matarlo con un arma de los penan. A ellos nunca se les ocurriría quitarle la vida a nadie, pero en cierto modo me parecía adecuado. Lo he apuñalado con la aguja envenenada. —De pronto sonrió—. No me fiaba mucho de mí mismo con la cerbatana, no tengo muy buena puntería.

—¿Qué has usado?

—Látex de *tajem*18.

Jasper asintió con la cabeza. Estaba familiarizado con el veneno que los penan ponían en la punta de las agujas de sus cerbatanas para cazar jabalíes y ratones en la selva. Afectaba al corazón y podía matar a un animal pequeño al instante y a uno grande en unos minutos. Miró con ciertas reservas a Rupert.

—¿Era lo suficientemente fuerte como para matar a un hombre adulto?

—Lo destilé varias veces. Ha muerto casi en el acto.

Jasper asintió. Un sistema ancestral con un toque moderno, era una pena que Kian Min no tuviera sentido del humor.

Rupert siguió hablando.

—Lo admitió, ¿sabes? Creyó que sería lo que un comprador de sus nuevos biocombustibles querría oír.

—No me sorprende —replicó Jasper.

Desenvolvió el fardo que había traído con él.

Rupert observó el contenido con asombro.

—¿Para qué has traído una pistola? —preguntó—. ¿Es que vas a matarme? —dijo con cierta resignación.

—Esto no pinta bien —dijo Shukor, mirando a su superior con cautela.

—Suéltelo de una vez, no me dé las malas noticias a cuentagotas —refunfuñó Singh. Estaba de mal humor. Necesitaba hacer pis, pero no se atrevía a pedir a Shukor que parara en una gasolinera por si perdían la pista. ¿Qué les pasaba a los del coche de delante? Debían de tener la vejiga de hierro, pensó irritado.

—He hablado con el cuartel general —le informó Shukor—. El tribunal de la *sharía* ha emitido una orden de custodia a favor de un hogar infantil para musulmanes.

—¿Qué? ¿Van a quitar los niños a Chelsea para meterlos en un hogar infantil?

—Es la ley, señor. No hay miembros de la familia con derecho a quedarse con la custodia. Ninguno de ellos es musulmán.

—¿Y Marcus? No puedo creer que lo haya abandonado.

—Tiene dieciocho años. La orden del tribunal no lo incluye a él.

Singh asintió en señal de comprensión.

—Está intentando llegar a Singapur. Apostaría mi pensión —dijo el inspector.

—Pues seguro que la paran en la frontera —objetó Shukor.

—Ya, pero probablemente piensa que tendrá más opciones aquí que en el aeropuerto.

—¿Singapur le dará asilo?

—No creo, aunque seguro que solo quiere cruzar para irse a Australia o a algún sitio parecido.

—Bueno, para empezar, no va a pasar el control de inmigración —declaró Shukor.

—Eso vamos a verlo —se limitó a responder Singh.

—Si no piensas matarme y él ya está muerto, ¿para qué has traído una pistola a esta fiesta? ¿Para hacer una salva de honor?

En pleno encuentro rocambolesco en un despacho vacío con un hombre muerto en las inmediaciones, Rupert estaba mostrando resiliencia. Eso convenció a Jasper de que estaba haciendo lo correcto.

—Kian Min está muerto. No quiero que te cuelguen por ello —dijo.

—Me trae sin cuidado —replicó Rupert—. Te habrás dado cuenta de que no tengo un plan de huida demasiado elaborado. No tengo razones para vivir.

Era una frase dramática pero fue pronunciada con calma. A Jasper no le cabía ninguna duda de que Rupert lo decía en serio.

—Sé que te sientes así, pero todavía hay trabajo importante que hacer con los penan. Deberías honrar la memoria de tu esposa intentando preservar su modo de vida —dijo igualmente.

—Bonita idea —declaró Rupert—. Pero acabo de matar a un hombre.

—Por eso estoy aquí —explicó Jasper, cogiendo cuidadosamente la pistola con su pañuelo.

—¿De dónde has sacado esa pistola, por cierto?

—Se la compré a un poli corrupto una vez en Sarawak. No sé muy bien para qué, supongo que para defenderme si las cosas con la policía o con los madereros se ponían feas. Me ha resultado muy útil.

—¿Qué quieres decir?

—Con ella maté a mi hermano Alan.

Capítulo 22

Al llegar al edificio Lee, el inspector Mohammad dio unas vueltas por los alrededores buscando un sitio para aparcar. Podría haber dejado el coche en el arcén y su identificación policial en la ventanilla por si pasaba algún guardia de tráfico, pero no le gustaba hacer esas cosas. Era un hombre meticuloso que prefería guardar los privilegios policiales para cuando eran necesarios, no para cuando le convenían. Por fin encontró un sitio y aparcó dando marcha atrás con cuidado. Extendió sus largas piernas, salió del coche y caminó hacia el edificio con amplias y briosas zancadas. Se alegraba de estar haciendo algo. El hecho de tocar las narices a Kian Min tenía un atractivo adicional. Era un cabrón asqueroso y sería divertido hacerlo retorcerse en su enorme despacho. Se había pasado de listo al ponerlos tras la pista de Douglas Wee, otro personaje sumamente desagradable pero que difícilmente podría ser un asesino. Él, Mohammad, tenía pruebas suficientes para arrestar a Kian Min por perjurio, un delito que se tomaba muy en serio. Como hombre poco dado a las medias verdades y mucho menos a las mentiras, conocía la importancia de comportarse con honestidad en el día a día, y más en la administración de justicia. Esbozó una sonrisa seductora de falsa modestia. Un grupito de secretarias le miró. Mohammad se preguntó cómo podía ser tan ingenuo como para seguir recreándose en los tópicos sobre la justicia tras treinta años en activo.

Hizo una parada en el mostrador de seguridad para enseñar su identificación policial a un guardia indio con sobrepeso que llevaba un uniforme con una cantidad excesiva de galones y rayas doradas. A los guardias de seguridad privados les encantaba alardear. Echó un vistazo rápido y le dio paso con un gesto de la mano, sin más indagaciones ni preguntas.

Había dos puntos por los que cruzar a Singapur. La calzada de Johor Bahru estaba abarrotada, era vieja y estrecha. Contaba con una vía de tren en paralelo y carriles peatonales para los miles de obreros que trabajaban durante el día en Singapur pero vivían en Johor. Los autobuses turísticos se alineaban formando flotillas para dejar a los pasajeros y recogerlos al otro lado. Los vehículos de mercancías tenían que parar para ser registrados, y los cientos de coches, compradores, visitantes, empresarios y familiares que cruzaban la frontera internacional a diario atascaban la calzada todavía más. Era un caos. El Segundo Enlace, el otro punto por el que se podía cruzar, era nuevo, ultramoderno, eficaz y tentador. Pero los peajes para llegar al otro lado eran demasiado caros para la mayoría de los viajeros que iban y venían entre los dos países. Además estaba fuera de la ciudad, así que no era tan práctico para

los residentes. Singh comprobó con satisfacción que Chelsea iba a decantarse por la calzada. Había llegado a la conclusión de que tendría más posibilidades con unos funcionarios cansados y un paso lleno de gente.

Chelsea se sorprendió cuando se acercaron a la frontera. La limusina se detuvo a un lado. Ella se bajó con los niños, se recogió el pelo y se puso unas gafas de sol. El chófer abrió el maletero. Parecía estar discutiendo con ella, pero no le estaba prestando atención. Sacó una bolsa con ruedas y dio una mochila a cada niño. Estrechó la mano al conductor, le entregó algo en un sobre y se puso en marcha con paso ligero y decidido con los niños a la zaga.

Singh la contempló desde el coche con admiración.

—Va a entrar andando. Es donde hay más gente —dijo.

Hizo un gesto a Shukor para que parara. Los dos hombres bajaron del coche y siguieron a la fugitiva familia Lee.

—¿Tú mataste a Alan? ¿Por qué?

—Por Chelsea… su esposa. Siempre he estado enamorado de ella. Solo pretendía abordarlo, hablar con él, amenazarlo para que la dejara quedarse con los niños, por eso llevé la pistola. Aunque puede que en el fondo siempre tuviera intención de matarlo.

—Pero cambiaste de idea en lo de la confesión…

—Sí, descubrí que Chelsea tenía un amante secreto. Eso me destrozó. Decidí que, aunque hubiera matado por ella, no tenía por qué morir también por ella. —Rupert no daba crédito a lo que estaba oyendo. Por un instante casi olvidó su propia desesperación. Miraba atentamente a Jasper mientras sus ojos de zafiro brillaban con interés. Jasper siguió hablando —. Al final lo del amante no era nada serio, la policía me mintió al respecto. Pero yo ya estaba fuera y no parecía que quisieran volver a detener a Chelsea ni a nadie más. Imagino que estaban demasiado avergonzados por sus meteduras de pata, así que pensé que era posible que acabara saliéndome con la mía.

—¿Pero por qué te quedaste con la pistola? ¡Podrían haberla encontrado!

—Por si alguna vez tenía que demostrar que lo había hecho yo… No quería que colgaran a nadie más por mi crimen.

—¿Chelsea lo sabe?

—¡Claro que no!

—¿Esperas un final feliz? —le preguntó Rupert con tacto.

Jasper lo miró y, por primera vez, su voz y sus ojos rebosaron emoción pura y dura.

—No lo sé. Ahora ella depende de mí. Puede que con eso me baste.

Rupert volvió a arrastrarlo al presente.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—¿Dónde lo apuñalaste?

—En el cuello…

—Pues bien, ahí es exactamente donde pienso meterle una bala. Con un poco de suerte la policía dará por hecho que Kian Min mató a Alan y luego se quitó la vida en un insólito arrebato de remordimiento.

—¿De verdad crees que podemos salir airosos de esta? —preguntó Rupert escéptico.

Jasper suspiró.

—No tengo ni idea —reconoció finalmente—. Lo único que sé es que no quiero que te

cuelguen. Él se merecía lo que le ha pasado —dijo señalando el cadáver de Kian Min con la cabeza—. No tengo ninguna idea mejor pero tú tienes que volver a Borneo con tu gente.

—¿Y tú qué? —le preguntó Rupert.

—¿Yo? Lo que más me gustaría en el mundo sería tener una segunda oportunidad, que Chelsea pudiera contar conmigo si me necesita. Esa es también mi mayor esperanza.

El inspector Singh estaba cada vez más enfadado. Era un hombre gordo con un turbante empapado en sudor. El humo apestoso de la gasolina de los coches, de los autobuses y de los camiones que esperaban con los motores en marcha para cruzar a Singapur, le estaba mareando. Había resbalado en una mancha negra de aceite y se habría caído si Shukor no lo hubiera agarrado del brazo. Estaba sudando tanto a causa del calor, que no había un centímetro de su camisa que estuviera seco. Los pantalones le rozaban los muslos y la ingle. Miró a Shukor, que todavía se las apañaba para seguir fresco como una lechuga.

La cola en la que se encontraban serpenteaba por pasillos provisionales delimitados por bolardos. Chelsea y los niños iban unas diez personas por delante. Singh temía que se diera la vuelta y los viera. Pero no tenía de qué preocuparse. Ella estaba concentrada en la lejana cabina donde la exhausta funcionaria, sentada en su cubículo con aire acondicionado tras unas ventanas correderas tintadas, sellaba pasaportes después de dedicar una mirada rápida a sus propietarios.

Mohammad oyó el tiro en el ascensor, amortiguado pero nítido. Las puertas del elevador se abrieron con su sonoro timbre. Él salió al pasillo y miró a ambos lados. ¿Había sido un disparo? ¿Cómo era posible? ¿Habría sido en ese piso o habría resonado a través del hueco del ascensor desde alguna otra parte del edificio? Sacó la pistola de la cartuchera que llevaba en la parte de atrás del pantalón. No pensaba correr ningún riesgo. Avanzó lentamente, girándose de vez en cuando. Doblaba las esquinas con brusquedad, manteniéndose agachado. Se comportaba como un policía de los de la televisión. Además había oído un disparo, estaba seguro. ¿De qué le serviría su experiencia si no era capaz de reconocer el sonido agudo de un arma de fuego? Y los policías de la televisión, o al menos sus productores, leían los mismos manuales sobre cómo comportarse en una situación potencialmente hostil que los policías de verdad.

No había rastro de nadie y no se oía ningún ruido salvo el de su agitada respiración. Mohammad se irguió, acababa de llegar al despacho de Kian Min. No había nadie en la mesa de la secretaria; pensó que, seguramente, el magnate estaría dentro dictándole sus desagradables planes comerciales. Aun así, se acercó con cautela. Al llegar a la puerta preparó la pistola, giró el pomo lentamente, lo empujó y rotó agachado sobre sí mismo, mientras sus ojos y su arma seguían una trayectoria de doscientos setenta grados alrededor de la habitación. La única banda sonora que acompañó su secuencia de película de acción fue el latido de su corazón.

Solo había dos personas delante de ella: un anciano chino encorvado que arrastraba su maleta con dificultad y un joven malayo con barba poco poblada y hombros fuertes. Por fin llegaron al mostrador.

Chelsea introdujo los tres pasaportes por la ranura de la ventana de plexiglás y pidió a los niños (para los que la aventura se había convertido en una lata) que estuvieran quietos. La funcionaria de inmigración, una mujer con la piel estropeada por los gases del tráfico y la mugre, que llevaba un pañuelo azul oscuro en la cabeza sujeto bajo la barbilla con un alfiler oficial del Departamento de Inmigración, y que tenía los ojos más cansados e inexpresivos que Chelsea había visto jamás, cogió los pasaportes, tecleó los números rápidamente sin molestarse en volver a mirar hacia el monitor, cogió el gran sello, abrió el pasaporte de Chelsea por una página en blanco, levantó la mano para estamparlo… y algo en la pantalla llamó su atención. Chelsea vio las luces reflejadas en la placa con el nombre de la mujer. El corazón le dio un vuelco. La funcionaria volvió a teclear los números para comprobar que no había ningún error.

Se volvió hacia Chelsea y la miró por primera vez.

—No puede pasar.

Jasper Lee estaba allí de pie, pistola en mano. El dedo del inspector Mohammad se tensó por una décima de segundo sobre el gatillo del arma. Jasper tiró al suelo el revólver que estaba empuñando y levantó las manos.

—Justo a tiempo inspector Mohammad —dijo tranquilamente.

Había un hombre desplomado sobre la mesa. El inspector Mohammad se acercó. Levantó una muñeca inerte, sin pulso, sin el mínimo atisbo de vida. Tenía una herida abierta en la aorta pero no había demasiada sangre. Mucha menos de la que Mohammad se habría esperado. El hombre estaba muerto y el cuerpo parecía demasiado frío, hacía pocos minutos que Mohammad había escuchado el disparo. Aunque, por otro lado, la temperatura era gélida, el aire acondicionado debía de estar al máximo. Levantó ligeramente el cadáver para poder verificar su identidad. Comprobó que Jasper Lee acababa de convertirse en hijo único: sus dos hermanos estaban muertos.

El inspector Mohammad pidió refuerzos.

—La han parado —dijo Singh en tono apremiante. El inspector empezó a avanzar, ignorando a los viajeros furiosos que creían que quería colarse. Shukor se apresuró a seguirle.

—Disculpen, policía. *Lalu. ¡Lalu!* Abran paso —iba diciendo para excusarse.

Llegaron al mostrador justo cuando Chelsea estaba dando media vuelta. Ella los miró estupefacta.

—¿Tenían que seguirme hasta la frontera? —preguntó apesadumbrada—. No se preocupen. Sus compinches también están decididos a separarme de mis hijos.

Chelsea olvidó que los niños estaban presentes al hacer ese amargo comentario. El menor de ellos la miró aterrado, con los ojos llenos de lágrimas.

—Mamá, ¿qué estás diciendo? ¿Vas a volver a abandonarnos?

El niño mayor la agarró del brazo con ambas manos y se aferró a ella como si fuera un trozo de madera en un mar tormentoso. Los dos se echaron a llorar con grandes sollozos.

Chelsea miró a los dos policías; su indignación era evidente.

—¿Cómo puede estar bien esto? —les preguntó, lanzándoles las palabras como si fueran cuchillos.

Singh tomó una determinación. Lo habían enviado para proteger a esa mujer y eso sería lo

que haría.

—Déjelos pasar —exigió acercándose a la agente de inmigración.

—No puedo —replicó ella.

—Soy policía. La buscan en Singapur. Esta es una operación conjunta. ¡Déjelos pasar!

—¿Credenciales?

Singh sacó la cartera y le pasó su identificación policial. Ella le echó un vistazo.

—Policía de Singapur. No tiene autoridad aquí. No puedo dejarlos pasar —insistió.

Singh estaba desesperado. La multitud empezaba a impacientarse a sus espaldas, murmurando molesta por el retraso. Estaban formando un embudo en el mostrador, impidiendo que la gente siguiera con su vida. Estaban empezando a llamar la atención. Un agente con bigote, que estaba de pie a cierta distancia, observaba el alboroto intentando decidir si debía actuar. Singh sabía que si acudía un superior el juego habría acabado.

Shukor intervino. Levantó su identificación y la puso delante de la ventana.

—Soy de la policía malaya. Se trata de una operación conjunta. Déjelos pasar —dijo con autoridad.

La mujer vaciló ostensiblemente y Shukor le dedicó una sonrisa cautivadora.

—No se preocupe. Si hay algún problema puede echarme la culpa a mí.

Ella se decidió. Los hombros del joven policía eran lo suficientemente anchos como para esconderse detrás si había algún problema.

Cogió el sello y estampó rápidamente los tres pasaportes. Se los entregó a Chelsea, que los recibió con los dedos fríos y entumecidos. No dijo nada a los policías, no se atrevió por si la funcionaria de inmigración volvía a sospechar. Se limitó a mirarlos con gratitud, esperando que la entendieran. Después cogió a los niños y se apresuró a entrar en Singapur.

Tardaron cuatro horas en regresar al cuartel general de policía de Kuala Lumpur. Ninguno de los dos hombres dijo gran cosa por el camino. No estaban seguros de lo que habían hecho ni por qué, pero les había parecido lo correcto.

Mohammad los estaba esperando impaciente.

—¿Dónde estaban? —les espetó al verlos entrar, exhaustos y desaliñados.

—Siguiendo a Chelsea Liew y a sus dos hijos menores —dijo Singh, con hastío. Pero se nos ha escapado cruzando a Singapur por la frontera de Johor.

Mohammad los miró con recelo.

—¿No han podido detenerla?

—No, la perdimos…

—Pues seguramente a estas alturas ya estará de camino a Australia —dijo Mohammad—. De todos modos puede que sea lo mejor.

—¿Ya no sospecha que ella fuera la asesina? —preguntó Shukor.

—Ah, ¿no lo he mencionado? El asesinato de Alan Lee es caso cerrado —comentó con fingida indiferencia.

—¿Qué? ¿Cómo? —exclamó Singh.

—Jasper Lee mató a su hermano.

—¿Jasper? ¿Cómo lo sabe? ¿Ha vuelto a confesar?

—Sí, pero eso no es todo —dijo Mohammad y les contó lo sucedido durante el día… que había oído un disparo y se había topado a Jasper Lee al lado del cadáver de Kian Min con una

pistola en la mano.

—¿Está seguro de que era la pistola con la que mataron a Alan? —preguntó Singh, que seguía intentando asimilar todo aquello.

—Sí, hemos recibido el informe de balística. No hay lugar a dudas.

—¿Y utilizó esa misma pistola con Kian Min?

—Hay algo raro en eso —confesó el inspector Mohammad—. También había veneno en el cadáver de Kian Min. El equipo forense piensa que estaba muerto antes del disparo, y no había suficiente sangre. En cualquier caso, Kian Min tenía un agujero en el cuello que encajaba con el arma que su hermano tenía en la mano.

—Pero ¿por qué mató Jasper a sus hermanos? —preguntó Singh vacilante.

—Volvemos a lo de salvar los bosques tropicales, me temo.

Singh se rascó la barba pensativo.

—Nunca habría creído que Jasper fuera de los que cometen asesinatos múltiples…

Mohammad se levantó y le tendió una mano.

—Le agradezco su colaboración en este caso, inspector Singh. Además, esperamos que en el futuro haya una mayor cooperación entre la policía malaya y la de Singapur. No olvidaré mencionar su aportación en mi rueda de prensa.

A Singh le brillaron los ojos mientras recordaba sus numerosos encontronazos.

—Mejor no entre en detalles —bromeó—. Tengo que coger un avión —añadió, después de estrecharle la mano.

Rupert Winfield apenas podía entender lo que había ocurrido.

Jasper le había disparado meticulosamente a Kian Min a bocajarro en el cuello, justo en el punto de entrada de la aguja de la cerbatana. Iban hacia el ascensor para abandonar el edificio cuando vieron que las puertas se abrían. La rápida reacción de Jasper fue lo que los salvó. Él, Rupert, se había quedado allí clavado. Pero Jasper lo agarró del brazo, dobló la esquina bruscamente y lo arrastró por el pasillo. La gruesa moqueta amortiguaba sus pasos. Estaban acorralados y desesperados hasta que Jasper vio la puerta de la escalera de incendios, fueron hacia ella, la abrió de golpe, hizo salir a Rupert y dio un paso para seguirlo pero vaciló. Se giró hacia el pasillo antes de volverse hacia él.

—Vuelve a Borneo. Honra su memoria. Yo me ocuparé de las cosas aquí —dijo.

Rupert intentó oponerse pero Jasper levantó una mano para impedírselo, se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio y cerró la puerta detrás de su aturdido amigo. Rupert se quedó plantado en el lado equivocado de la puerta durante un buen rato. Entonces tomó una decisión. Bajó corriendo los dieciocho pisos de escaleras, salió a la calle y llamó a un taxi.

Y ahora se disponía a regresar a Borneo con los penan. Intentaría salvarlos, haría todo lo que estuviera en su mano para preservar esa cultura en vías de desaparición. En memoria de su mujer, de su hijo nonato y del amigo que le había regalado una segunda oportunidad.

Epílogo

El inspector Mohammad estaba en una celda con Jasper, grabando su confesión del asesinato de sus dos hermanos. Cuando por fin acabaron se quedaron allí sentados, mirándose el uno al otro.

—¿Esa es su versión? ¿Piensa ser fiel a ella? —le preguntó Mohammad.

Jasper sonrió.

—Esta vez sí lo seré.

El policía asintió pensativo. Parecía estar tomando algún tipo de decisión, pero al final optó por hacer otra pregunta a Jasper.

—¿Y cómo explica esto entonces? —El policía le tendió un sobre abierto del que sobresalía una carta.

Jasper la miró desconcertado. Tuvo una terrible sensación de *déjà vu*. Pero esta vez no permitiría que lo engañaran para que se retractara de su confesión. Además, había entregado el arma homicida.

Cogió la carta y la leyó con calma.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó sereno, levantando la vista.

—De su apartamento.

Jasper asintió.

—Había olvidado por completo la carta de Rupert. Si no, la habría destruido, por supuesto.

—¿Por qué?

—Kian Min merecía morir.

—Pero usted no lo mató.

Jasper se encogió de hombros.

—Maté a Alan.

—¿Por qué iba a asumir la culpa de lo que hizo ese tal Rupert Winfield?

Jasper sujetó la carta entre los dedos.

—Ya la ha leído. Me la entregó justo antes de ir a ver a Kian Min. Yo no sabía lo que estaba planeando… Pero obviamente él quería que alguien entendiera por qué iba a hacer… lo que iba a hacer.

—¿Mataron a su esposa?

Jasper asintió.

—Sí. Estaba embarazada. Kian Min se jactó de ello justo antes de morir.

Los dos hombres guardaron silencio. La carta que Rupert había entregado a Jasper estaba sobre la mesa, entre ambos: la súplica de un hombre con el corazón roto que buscaba un poco de comprensión.

—Eso explica por qué el cuerpo estaba frío, aunque yo había oído el disparo solo unos minutos antes, y por qué en el cadáver de Kian Min se encontró veneno —señaló Mohammad—. De hecho, si usted le disparó después de muerto… se explicaría también la falta de sangre.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Jasper.

Mohammad lo miró.

—¿Seguro que sabe lo que está haciendo?

—Solo pueden colgarme una vez.

Mohammad rebuscó en un bolsillo y sacó un encendedor de plástico transparente. Lo había encontrado debajo de su mesa. Era un resto de la visita del inspector de Singapur. Lo encendió con el pulgar y apareció una llama azul y amarilla. El inspector Mohammad cogió la carta de Rupert Winfield y acercó la llama a una de las esquinas. Tiró la hoja de papel ardiendo al suelo de cemento y ambos hombres observaron cómo se quemaba, curvándose hasta convertirse en cenizas.

—Gracias —dijo Jasper.

Mohammad asintió y volvió a guardarse el mechero en el bolsillo. Sospechaba que al inspector Singh le habría encantado el uso que acababa de darle.

Los libros son espejos; solo se ve en ellos lo que uno ya lleva dentro.
Carlos Ruiz Zafón, *La sombra del viento*

Serie *El inspector Singh investiga*
Próximo caso: *Una infame conspiración en Bali*

1 Los *sij* son seguidores del sijismo, religión monoteísta del estado indio fundada por Gurú Nanak. *(N. del E.).*

2 La *sharía* o ley islámica es el sistema legal islámico. *(N. del E.).*

3 Inscripción que Dante Alighieri encuentra en las puertas del infierno al inicio de su viaje, tal y como se narra en *La divina comedia*. *(N. de la T.).*

4 Gachas de arroz típicas de ciertos países del sureste asiático. *(N. de la T.).*

5 Especie de empanadillas chinas. *(N. de la T.).*

6 Sopa típica de la comunidad peranakan (descendientes de los primeros inmigrantes chinos en Malasia). *(N. de la T.).*

7 Pan plano circular típico de Malasia. *(N. de la T.).*

8 Arroz frito elaborado con una mezcla de especias y acompañado por carne, vegetales y yogur. *(N. de la T.).*

9 Plato a base de fideos planos fritos, muy popular en Malasia y Singapur. *(N. de la T.).*

10 Pan plano circular con huevo, típico de Malasia. *(N. de la T.).*

11 Famoso plato de origen indio a base de lentejas rojas. *(N. de la T.).*

12 Los cálaos son aves tropicales de aspecto similar al de los tucanes, y que habitan en las selvas tropicales de asia. Actualmente están en peligro de extinción. *(N. del E.).*

13 Pan indio plano y redondo, sin levadura. *(N. de la T.).*

14 Mantequilla clarificada. *(N. de la T.).*

15 Vino de coco fermentado. *(N. del E.).*

16 Denominación de los empresarios malayos de origen chino. (N. de la T.).

17 Especie de ave nativa de Asia. (N. de la T..)

18 Árbol venenoso endémico del sudeste asiático. *(N. de la T.).*